Tesoro de Autores Ilustres.

EL CASTELLANO, Ó EL PRINCIPE NEGRO EN ESPAÑA.

NOVELA HISTÓRICA ESPAÑOLA

POR D. TELESFORO DE TRUEBA Y COSIO.

TRADUCCION LIBRE

de D. J. S. S.

TOMO II.

BARCELONA.
LIBRERIA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR,
CALLE DE ESCUDELLERS, N. 53.

1845.

TESORO

DE

AUTORES ILUSTRES.

TOMO XLIV.

EL CASTELLANO.

II.

EL CASTELLANO.

EL CASTELLANO,

Ó EL

PRINCIPE NEGRO EN ESPAÑA.

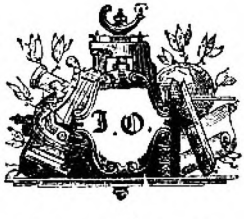
NOVELA HISTÓRICA ESPAÑOLA

POR D. TELESFORO DE TRUEBA Y COSIO.

TRADUCCION LIBRE

de D. J. S. S.

TOMO II.



Barcelona.

IMPRENTA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR,

CALLE DE ESCUDELLERS, N. 53.

1845.

I.

El astrólogo.

Pasó don Hernando aquel largo dia en una alternativa de ansiedad, de pesar y remordimiento. Esperaba con impaciencia el siguiente, y el momento de unirse al partido de Trastamara; pues estaba decidido á tomar una venganza muy señalada de la afrenta que el rey le habia hecho. Lo distrajo de estos aciagos pensamientos una carta de su amigo sir John Chandos, en que le rogaba fuese á verlo lo mas pronto posible. Este valiente caballero estaba, lo propio que todos sus compañeros, ocupado en los preparativos de su marcha.

A pesar de su dolencia, resolviera el príncipe Negro salir inmediatamente de España. Este era el parecer del médico en quien el príncipe pusiera mas confianza, y como este dictámen se hallaba acorde con el suyo, habia dado las órdenes necesarias para marchar al siguiente dia, y lo acababa de manifestar á don Pedro. En efecto, la permanencia de Eduardo en España era un manantial inagotable de disgustos y sentimientos para él y sus valientes compañeros. La conducta del rey, la rivalidad y envidia con que eran mirados por los españoles, y especialmente el temor de manifestarse como apoyo de los actos arbitrarios de don Pedro con su mera presencia, todo concurria á fomentar su impaciencia por alejarse de aquel suelo; y por esta razon resolvieron dejar á Sevilla en el dia inmediato, para regresar á Guiena á cortas jornadas por causa de la dolencia del príncipe.

— Perdonad, don Hernando, le dijo sir John luego que lo descubrió, en favor de mi precipitada partida la libertad que me he tomado de rogaros me vinieseis á ver, en vez de ir personalmente á visitaros, mayormente cuando me

consta que no os deteneis en estas vanas formalidades. Mi excelente y verdadero amigo, marchamos mas pronto que esperaba, y me hallo impaciente para tributar las debidas gracias al mas valiente caballero de Castilla por las bondades de que nos ha colmado, y ofrecerme de nuevo á su disposicion. El buen acogimiento que hemos hallado en él nos es tanto mas apreciable, en cuanto la benevolencia es poco conocida en la corte de don Pedro.

Este nombre, y la alusion que sir John hacia al carácter del rey, dispertaron la indignacion de don Hernando, quien no pudo dejar de decir con voz alterada: — Sí, sí, teneis razon: el reconocimiento y la bondad de don Pedro no pasarán jamás á la posteridad como un proverbio; mas yo os aseguro que sus antiguas deudas le serán pagadas con interés.

— Es muy cierto, respondió el caballero inglés; la tempestad estallará muy presto, y me sorprende que el rey tenga tan poca cordura que quiera descontentar á sus mejores amigos. Mas ya basta sobre este asunto, pues quiero hablaros de cosas de mayor interés. No se puede dudar que este reino se vea bien pronto regado de sangre; un caballero valiente, como vos, no podrá mirar indiferente el principio de la guerra sin querer tomar parte en ella, y es probable que desde las primeras hostilidades que produzca la crisis os declararéis en favor de don Pedro. Despues de tantos ejemplos de su egoismo é ingratitud, apenas puedo soportar esta idea; y sin embargo, abrazar la causa de un usurpador ... Mas no tengo la presuncion de dar consejos á un caballero que se gloria de obrar segun sus sentimientos nobles y generosos. Vuestra posicion en este reino será penosa y llena de embarazos: escuchad pues al presente la proposicion de un amigo. Dejad la España, y venid conmigo á buscar en otras tierras las brillantes hazañas que puedan asegurarnos una gloria inmortal. Si este partido os disgustase, no os estrecharé á adoptarlo; pero en cualquier acontecimiento acordaos que don Hernando de Castro ha-

llará siempre en sir John Chandos un hermano, y un verdadero amigo, que siempre será recibido con los brazos abiertos en su casa de Guiena, ó en su baronía de Inglaterra.

— Señor, respondió Hernando muy conmovido: vuestros amistosos ofrecimientos merecen toda mi gratitud, aunque en este momento no pueda aprovecharme de ellos; jamás se apartarán de mi memoria, y si la ocasion se presentase, recurriria á vuestra generosidad con la franqueza propia de un compañero de armas. Es cierto que se preparan grandes peligros; pero don Hernando de Castro no puede huir de ellos, pues debe responder al llamamiento de su patria.

Hicieron ambos amigos un mutuo cambio de ofrecimientos y protestas de constante afecto, y don Hernando se levantó luego para partir despues de prometer á sir John que se encontrarian de nuevo para arrostrar juntos los azares y gloria de una vida aventurera.

Habia cerrado la noche cuando el Castellano se separó de sir John Chandos para volver á su casa. La agitacion que excitaran en él los acontecimientos de aquel dia no se habia calmado aun, y la conversacion que acababa de tener con su amigo habia dado nuevo curso á sus ideas. Sus sentimientos rencorosos y vengativos se hallaban apaciguados, y substituidos por la generosa compasion, que es el mas noble y mas bello atributo del hombre. Divisaba don Hernando con horror el precipicio, á cuyos bordes reposaba el rey de Castilla, y no podia menos de suspirar, no obstante la baja ingratitud con que este monarca habia recompensado sus servicios. Olvidó Castro los agravios de don Pedro para no pensar sino en los peligros que le rodeaban. En el primer momento de su indignacion habia resuelto unirse al partido de Trastamara; pero reflexionando despues en el aislamiento en que se hallaria el rey despues de la partida de los caballeros ingleses, entró la compasion en su pecho, y trastornó sus nuevos proyectos. Despues de la afrenta que

acababa de sufrir, su orgullo no le permitia continuar sirviendo á don Pedro y exponerse á nuevas injurias; mas sin embargo no podia soportar la idea de declararse enemigo de un soberano á quien habia sido tan apasionado.

—No, á fé mia, exclamó el noble Castellano: por déspota que sea, y por mas ingratitud con que pague los antiguos servicios, Hernando no escogerá para vengarse el momento en que todos le abandonan. No, seguramente: mas vale aceptar la proposicion de sir John, y dejar este desgraciado país. Me trasladaré inmediatamente á Valpardo para unirme á Constanza, retirándome de una lucha en que no pueden tomar parte, ni mi honor, ni mi inclinacion.

Habiendo adoptado este plan, se apresuró el Castellano á llegar á su morada, para disponer los preparativos de su viaje, cuando fue interrumpido el curso de sus ideas por un ministro de justicia, acompañado de algunos alguaciles, que apoderándose de su brazo, le dijo:

— Don Hernando de Castro, daos á prision en nombre del rey.

Quedó el Castellano atónito y sobrecogido con un ataque tan repentino, y su primer movimiento fue el de empuñar el acero.

— ¡Retírate, miserable! le contestó; ó por vida mia, te pondré fuera de estado de poder impedir el paso á un valiente caballero.

El prudente ministril dió un salto hácia atrás, á vista de la toledana de Hernando; mas si el caballero por su actitud marcial habia sabido hacerle soltar su presa, no tuvo igual poder sobre la lengua de su antagonista, quien dijo á sus cuatro esbirros:

— Adelante, señores, avanzad, y apoderaos de ese hombre. Por Dios, que estamos buenos: ¿se ha visto jamás á un ministro de justicia insultado tan ásperamente en el ejercicio de sus funciones?

Entonces, como si hubiese temido que las varas de los alguaciles no pudiesen resistir á la espada de Hernando, añadió con acento mas elevado:

— Vecinos y transeuntes: yo os mando en nombre del rey, que nos auxilieis para asegurar á este rebelde, y que seais testigos de su insultante conducta. Aquellos á quienes se dirigia eran unos vagos de profesion, que parecian dispuestos á ser meros testigos de esta escena, pero no á secundar los esfuerzos de la justicia; por lo mismo Hernando trató de retirarse, aunque seguido de los ministriles á alguna distancia, y fuera del alcance de su espada; mas el ministro á fuerza de gritos consiguió reunir tanta gente, que aquel se vió precisado á detenerse, y haciéndole frente le dijo:

— Retirate, desdichado, y retrocede antes que te rompa los huesos.

— ¡Romperme los huesos! repitió el ministril indignado: he aquí una cosa admirable. Señores, añadió volviéndose á la gente, sed testigos de este insulto.

— Retirate, te digo, y no prosigas en seguirme.

— ¡Desgraciado! Recordad bien esta frase; y continuad así, ¿mas porqué no me llamais ladron?

— Este título te es harto familiar para que te haga grande impresion.

— ¡Cuerpo de san Juan! perfectamente: ¿lo habeis oido? soy un ladron.

— Tiempo es ya de poner fin á estas bufonadas; si sois portador de algun decreto contra mí, manifestadlo, y acabemos.

— Al momento: y me huelgo mucho de veros tan razonable. Tened, señor, mirad este papel: reconoced el sello del rey. Fuera bien á costa vuestra si hicieseis resistencia, y además seria del todo inútil. Adelante, alguaciles.

— Efectivamente es el sello real, dijo don Hernando, despues de haberlo examinado; aquí puede haber una equivocacion.

— ¡Una equivocacion! No, no, válgame Dios! No soy hombre capaz de cometer equivocaciones en el cumplimiento de mis deberes: así pues, señor don Hernando, no

fatigueis vuestra imaginacion, y dejaos conducir á la prision como un leal vasallo y buen cristiano.

Asegurado el Castellano de que el ministril estaba provisto de una autorizacion en debida forma para arrestarlo, y que toda resistencia seria inútil, se rindió, persuadido de que muy en breve seria reconocida su inocencia y se le pondria en libertad; mas sin embargo, al dirigirse á la prision no pudo librarse de una penosa idea. Principió á temer que algun enemigo secreto lo hubiese acusado de algun crimen imaginario, porque era demasiado generoso para suponer que el Rey intentase ejercer sobre él su venganza por la fuga de Constanza. Fuera de esto, la carta misteriosa que recibiera en la noche anterior aumentaba sus inquietudes; porque presumia que no era desconocido su arresto al autor de aquella. Sin embargo, esta idea no podia alarmar mucho á un hombre que siempre fuera un modelo de fidelidad; porque si bien este sentimiento se hubiese debilitado despues de la afrenta que el rey le hiciera, solo llegó á delinquir de pensamiento.

Lo que mas desesperaba al Castellano, era el ver malogrados sus proyectos por esta desgraciada prision, sin que le abandonase la esperanza de verlos realizados con el tiempo. Bajo la influencia de semejantes pensamientos llegó pues á la prision, donde fue encerrado en una habitacion separada. El siguiente dia fue señalado con un acontecimiento que causó mucha sensacion en toda la ciudad: este fue la partida del príncipe Negro y de sus compañeros. Fueron manifestadas algunas señales de alegría con bastante desenvoltura, que patentizaban con harta claridad el espíritu de revolucion que animaba al pueblo, y su rencor contra el gobierno.

El generoso Eduardo y sus valientes caballeros no dejaron sin profundo sentimiento un país que se lisonjeaban haber conseguido dejar en paz, y que al presente miraban amenazado de las mas crueles desgracias. Su partida fue la señal de muchos actos de insubordinacion á cual mas pro-

nunciado y atrevido. La fuerza y el número de los descontentos aumentaban de un modo alarmante; muchas ciudades y castillos se declararon en una manifiesta insurreccion; y don Álvaro de Lara habia vuelto á Francia para empeñar á Trastamara á que pasase de nuevo los Pirineos, y tomase posesion de un reino que impacientemente deseaba su vuelta. Una poderosa faccion, compuesta de los mas grandes señores de Castilla, se habia coligado contra don Pedro, que principiaba á ver con terror los progresos de la conjuracion. En pocos dias recibió la alarmante noticia de que las ciudades de Segovia, Avila, Palencia, Salamanca y Valladolid se habian declarado en favor de don Enrique, y la inquietud que experimentó, se fue aumentando aun mas con el rumor que se esparció de que don Enrique habia entrado en España.

En efecto, apenas se informó don Enrique de que todo estaba dispuesto para recibirlo, hizo de su parte todos los esfuerzos que podian asegurar su empresa. Se habia formado ya un poderoso partido en Francia, donde era aborrecido don Pedro desde la muerte misteriosa de la infeliz doña Blanca de Borbon. Todas las noticias que recibia le aseguraban que su causa era sostenida por los grandes y el clero; mientras que ofrecia un seguro recurso á un tropel de aventureros extranjeros, cuya desordenada conducta era el azote de la Francia. Entre los mas celosos partidarios de Trastamara se encontraba don Bernal, hijo del conde de Fox, quien llegó á casarse despues con doña Isabel de la Cerda, de cuyo enlace descienden directamente los duques de Medina-Celi.

Al paso pues que Castilla se encontraba en aquel tremendo estado de agitacion que precede ordinariamente á una grande crísis, el príncipe Negro y sus compañeros llegaron sanos y salvos á Guiena, aunque muy irritados por el comportamiento que con ellos habia tenido don Pedro. Esta fue una circunstancia bien feliz para don Enrique, que estaba en acecho de los menores sucesos que pudiesen fa-

vorecer sus proyectos. Á pesar de las promesas de los conspiradores castellanos, y el auxilio de sus aliados los franceses, no podia resolverse á volver á principiar la guerra sin el apoyo del formidable guerrero, en cuyos talentos tenia tanta confianza. Beltran Duguesclin se hallaba aun prisionero de los ingleses, y por lo mismo don Enrique resolvió prudentemente no pasar los Pirineos hasta que fuese satisfecho el rescate de su principal apoyo.

Nada se oponia al cumplimiento de este deseo. Eduardo no era ya el aliado de don Pedro, y aunque no pudiese esperarse que llegase á tomar las armas contra este, por muy legítimas que fuesen sus quejas, estaba decidido á guardar la mas estrecha neutralidad, y á no intervenir mas en favor del rey de Castilla. Este era un punto importante ganado por don Enrique y sus amigos, y así resolvieron desde luego formalizar el rescate de Duguesclin con el príncipe Negro, quien, segun los usos y costumbres de la caballería, dió la libertad á su prisionero, luego que hubo recibido la suma estipulada con anticipacion.

Al frente de fuerzas considerables pasó don Enrique los Pirineos, por los desfiladeros de Valdeandorra con tanta diligencia como secreto. Tal fue la rapidez de su marcha, que todo el ejército de Trastamara se hallaba ya en las fronteras de Castilla, antes que el rey de Aragon, á quien no se habia pedido permiso para pasar por su territorio hubiese tenido tiempo de oponerse á su tránsito. Atravesaba ya el rio Ebro, cuando se dirigió á don Álvaro, y le dijo:

— ¿Amigo mio, nos hallamos ya en Castilla?

— Sí, señor: gracias al cielo, pisamos el suelo que Dios y los castellanos han dado á V. M.

— ¡No burlaré las esperanzas de mis amigos! exclamó don Enrique. Una vez me he visto precisado á ceder á la suerte, mas ahora vuelvo á entrar en Castilla para no salir de ella. Arrojóse entonces del caballo, se arrodilló, y trazando una cruz con la punta de su espada, pronunció estas palabras:

— Juro por esta santa cruz, que por espantosos que sean los peligros que puedan rodearme, no volveré á salir de Castilla. Arrostraré intrépidamente todos los contratiempos, y consagro mi vida á esta grande empresa. ¡Logre yo sostenerme en ella por la gracia de Dios y la intercesion del apóstol Santiago!

Semejante protesta era propia para inflamar los ánimos y reanimar las pasiones caballerescas de sus compañeros de armas, quienes manifestaron su aprobacion con sus gozosas aclamaciones.

— Por el santo nombre de Dios, dijo don Bernal, juro tambien segundar hasta la muerte los esfuerzos de don Enrique, al presente legítimo soberano de Castilla por la voluntad de los nobles, y por la bula de su santidad el pontífice Urbano V. Las mismas protestaciones fueron hechas sucesivamente por los principales jefes, y lleno de entusiasmo, entró el pequeño ejército en Calahorra, primera ciudad de Castilla por aquella frontera. Fue recibido en ella don Enrique con general aclamacion, y sus fuerzas se aumentaron no solo con una gran parte de los habitantes que voluntariamente le ofrecieron sus servicios, sino con un tropel de merodeadores, y gente infeliz, que vinieron á colocarse bajo sus banderas desde todos los puntos del reino, llevados los unos de su pasion al desórden, impelidos otros por el rencor que profesaban á don Pedro, y los mas con la esperanza de sacar provecho sirviendo á su hermano.

Despues de algunos dias de descanso, se dirigió don Enrique á la antigua ciudad de Burgos, donde le estaba preparado el acogimiento mas magnífico. Revestido el obispo con su traje de ceremonia y seguido de su clero, salió al encuentro de don Enrique, cantando un himno en accion de gracias por la vuelta del augusto monarca, que debia librar al país de la tiranía del criminal, del escomulgado don Pedro. Un inmenso concurso le esperaba en su tránsito, y todo parecia presagiarle el feliz éxito de su empresa.

Su primer cuidado al llegar á Burgos fué el de conciliarse el amor del pueblo. Puso desde luego en libertad á todos los que se hallaban presos por órden del rey; entre los cuales se encontraban muchos soldados hechos prisioneros en la batalla de Nájera. Hizo publicar un manifiesto, en el que hacia á todos las promesas mas lisonjeras, sin descuidar ninguno de los artificios ordinarios para adquirir popularidad y presentar sus planes bajo el aspecto mas favorable.

Apoderóse despues á viva fuerza del castillo en que se hallaban retirados Don Jaime, hijo del rey de Mallorca, y el Alcaide don Alfonso Fernandez, que rehusaron unirse á su partido. Tuvo don Enrique la prudencia de conservarles la vida, permitiendo que se retirasen donde mejor les pareciese; porque decia: No he venido á gobernar en Castilla violentamente, sino por el libre consentimiento de los castellanos; así pues, los que prefieran exponerse á la crueldad del tirano, son libres de retirarse, si así lo quieren, pues no deseo contar entre mis filas sino hombres adictos á mi causa por otros motivos que los del temor.

La indulgencia de don Enrique con sus enemigos, su bondad aparente y sus brillantes promesas, contrastando con la conducta de su hermano, contribuian á fortificar su partido y á favorecer sus proyectos; y de dia en dia se aumentaba su ejército, recibiendo á cada instante alguna noticia satisfactoria. En este estado se contentó con visitar la ciudad sus cercanias, adoptando todos los medios posibles de afirmar su popularidad y aumentar sus fuerzas, antes de marchar hácia la imperial ciudad de Toledo, que aun se hallaba adicta al rey, y que tenia una guarnicion numerosa.

Durante este tiempo era informado don Pedro de los diarios progresos del poder de su rival, de la desafeccion de los nobles, y aun de los que fueron sus mas celosos partidarios, con una mezcla de furor y desesperacion. Veia la nube que amenazaba obscurecer el horizonte de su poder; pero esta

terrible perspectiva no excitaba en su corazon ni arrepentimiento por lo pasado, ni temores por lo venidero.

Cada dia se volvia mas descontento y agitado: nada era capaz de distraerlo, y hasta se olvidaba de la caza que fuera su pasatiempo favorito. Complacíase en dar paseos solitarios por la noche, en las calles de Sevilla, ocultándose con los disfraces mas extraños, y entrando en las habitaciones humildes para inquirir noticias acerca de la opinion pública, saber lo que se pensaba de él, y los progresos de la insurreccion. Estas expediciones nocturnas eran siempre acompañadas de las mas sensibles mortificaciones, que mil ligeras circunstancias contribuian á aumentar. Le era forzoso oir verdades bien amargas, mezcladas con torrentes de maldiciones. Volvióse, pues, taciturno y melancólico; le abandonó su gusto por la sátira y las chanzas, y una expresion en extremo chocante de desconfianza y ferocidad, desterró de sus facciones el menor rastro de otro sentimiento.

Su corte no ofrecia ya aquel tropel de sicofantas tímidos, y lisonjeros cortesanos que sitian continuamente á los reyes: se hallaba solo enteramente en medio de la poblada y magnífica ciudad de Sevilla. Tambien dió en la costumbre, durante sus horas melancólicas, de pasearse sin objeto alguno en los jardines de palacio; y cuando la casualidad lo conducia al bosquecillo y baños de doña Maria de Padilla, suavizábase su corazon, y el recuerdo de aquella que amó por tanto tiempo arrojaba por un momento de su animo lastimado los rencorosos sentimientos que tomaran posesion de él ¡Oh mujeres! vosotras solas poseeis aquel encanto y mágica influencia que derrama un bálsamo consolador sobre nuestros dilacerados corazones, calmando las pasiones embravecidas! Solo una mujer habia podido suavizar y reprimir el carácter de don Pedro; y aun el único recuerdo de sus encantos y de su amor bastaba para penetrar al rey de una suave melancolía, vaga y ligera como la imágen fugitiva del sueño.

Estrechóse mas y mas don Pedro con sus hijos, especialmente con la duquesa de Lancaster. ¿De qué procedia esta ternura desusada en un hombre cuyo corazon parecia negado á las mas dulces emociones de la naturaleza? ¿De qué se alimentaba este sentimiento hácia un objeto que yacia desde largo tiempo en la calma del sepulcro? ¿Esta comunicacion silenciosa con la muerte? — De una sensacion innata en el corazon del hombre: aun el mas negado á las tiernas emociones, lleva en sí mismo el gérmen de estos suaves afectos, que el infortunio podrá enervar, y las pasiones detener en su curso; pero que jamás perecen en nosotros, desarrollándose al solo impulso de una mirada ó de un simple recuerdo.

Á pesar de toda su fortaleza y de la impetuosidad de sus pasiones, no se hallaba don Pedro preparado á sufrir el abandono en que ahora le dejaban todos los que antes le fueron tan adictos. Vióse en un principio hecho el objeto de los caprichos de la suerte, y de la traicion de sus vasallos y amigos; pero en sus primeros reveses veia, ó al menos creia ver, que muchos de ellos le eran verdaderamente adictos. Su corazon se hallaba ahora oprimido bajo el peso de una sensacion tan extraña como indefinible. Tantos recursos tenia para resistir á su hermano como en el tiempo de su primera usurpacion. Era dueño de un tesoro considerable: la mayor parte del reino le habia permanecido fiel, y podia contar con la integridad de la mayor parte de sus oficiales. Sin embargo, un triste presentimiento obscurecia el porvenir á su vista, y su brillante imaginacion no le ofrecia la misma esperanza. Cayó en aquel estado de triste desaliento, á que se hallan expuestos los hombres mas firmes é intrépidos. Todo tomaba para él un aspecto de hostilidad, y cuantos medios habia en lo humano los contemplaba insuficientes para resistir á la catástrofe que le amenazaba. En uno de estos momentos de desesperacion fué cuando el rey trató de ver si un poder sobrenatural podria descorrer á su presencia el velo de los futuros acontecimientos.

No se hallaba exento don Pedro de una debilidad, que era entonces bastante general; esto es, la de creer en la ciencia cabalística é influencia de los astros sobre las acciones y destino del hombre. En sus primeros años, y cuando aun no habia sentido el punzante aguijon de las desgracias, tuviera á menos ceder á la supersticion del siglo, aunque jamás hubiese perseguido de hecho á los que se dedicaban á la astrologia, segun se practicaba en Sevilla, ni hubiese impedido á Celestina y demás hechiceras de Triana ocuparse en sus sortilegios y pretendidos encantamientos. Mas hiciera: habia protegido á un famoso astrólogo sarraceno, llamado Abrahen-Aben-Zarsal, cuya ciencia tenia la mayor reputacion. Vivia este hombre á poca distancia de Sevilla, en una antigua torre medio arruinada, donde tenia su laboratorio y pronunciaba sus oráculos. Habia llegado de Granada, donde fuera perseguido por el rey mahometano, quien bien sea indignado de que aquel profetizara la destruccion de su reino, ó bien por otro motivo, le habia jurado un rencor eterno. En semejante apuro, refugióse Abrahen en Sevilla, donde tuvo ocasion de quedar satisfecho con la acogida de don Pedro, cuya viva imaginacion era muy propia para recibir impresiones favorables al arte que profesaba el astuto sarraceno. Tan solo una vez, bien fuese por chanza, ó por otra causa, lo habia consultado, y quedara satisfecho de las predicciones del astrólogo, aunque acaso le hubiera sido difícil manifestar lo que experimentaba, pues las palabras misteriosas que habia oido eran susceptibles de varias interpretaciones.

En la actual disposicion de su ánimo, pensó el rey en el sabio astrólogo; las sombras de la supersticion habian tomado cuerpo en su mente, dejando casi obscurecida la luz de la razon; é impelido por el ardiente deseo de conocer su suerte, determinó visitar al sabio en su morada solitaria y misteriosa.

En su consecuencia, aquella misma noche, y seguido tan solo de un criado, resolvió pasar á ver al hechicero. Algun

rubor se opuso al pronto á su curiosidad, y le era repugnante no poderse considerar ya sino como un hombre débil; pero todo cedió en breve al vehemente deseo de poner un término á los tristes pensamientos que le importunaban. Vino la noche, y con el mayor sigilo se disfrazó y salió del alcázar acompañado de Rufino Diez. Este humilde artesano habia prestado algunos servicios al rey, quien tenia poderosos motivos para creer que estaba enteramente adicto á sus intereses. La firmeza de su carácter, la energía de su ánimo muy superior á su baja extraccion, y el rencor que le tenian los partidarios de don Enrique, y con especialidad los miembros del clero, todo contribuia á que se decidiese don Pedro en favor de un hombre, que por su propio interés le debia ser adicto.

En efecto, Rufino se manifestaba mas celoso por el rey, á medida que lo veia abandonado de sus cortesanos y pretendidos amigos. De la propia suerte que todos los hombres que se hacen odiosos á sus semejantes, era don Pedro muy sensible á la adhesion del único ser que no tomaba parte en el universal aborrecimiento que le profesaban; y experimentaba una especie de afecto por el zapatero que habia sido el compañero de sus peregrinaciones nocturnas, y el confidente de sus melancólicos pensamientos. En su compañia, pues, y con el mayor silencio, llegó don Pedro á la torre del astrólogo.

Era esta un edificio arruinado, que en su origen habia sido una fortaleza de segundo órden; pero que se hallaba entonces tan desmoronado, que no quedaba en pie mas que una torre en espiral que antiguamente comunicaba con otra que viniera al suelo. Este antiguo castillejo se hallaba situado en medio de una llanura, y cerca de una aldea, donde el astrólogo se abastecia de los articulos necesarios para su alimento, y donde sus visitas eran recibidas con un respeto mezclado de terror. La luna brillaba con todo su resplandor, y arrojaba sus rayos plateados sobre las ruinas cubiertas de musgo: el silencio solemne que reinaba

en torno de ellas, la hora y el sitio en que se encontraba, penetraron el ánimo de don Pedro de un terror supersticioso. Una débil luz brillaba al través de las vidrieras de la torre, donde se entregaba el sabio á sus nocturnos estudios, sondeando con escudriñadora vista los misterios ocultos de los astros. Llamó á la puerta el rey con redoblados golpes, y el rumor que produjo se repitió por muchas veces debilitándose por entre las ruínas, cual el trueno que se aleja; y este estruendo inusitado las hizo extremecer sobre sus bases vacilantes. Los tristes habitantes de estas paredes destruidas, se despertaron con sobresalto, y se alejaron arrojando gritos lúgubres y siniestros.

La puerta fue abierta en breve por el anciano. Anunció el rey el objeto de su visita, y subiendo una escalera de caracol, fue admitido en el santuario de Abrahen-Aben-Zarsal. El aspecto del astrólogo estaba acorde con sus prácticas misteriosas. Su prolongada barba, encanecida por la edad, su rostro pálido, y el fuego de su vista penetrante, se hallaban tambien en armonía con los profundos surcos que la meditacion trazará sobre su frente, con su ropaje flotante y aparato científico que le rodeaba. Dignándose apenas echar una mirada hácia el rey, le dirigió el hechicero la palabra con su voz pausada y solemne, como si hubiera querido pesar sus palabras.

— ¿Qué me quieres, mortal? le dijo, para venir así en medio de las tinieblas á turbar mis vigilias, y los profundos estudios que exige la sublime ciencia á que se halla consagrada mi vida?

— Abrahen, le respondió don Pedro, aquel que te diera un asilo contra la persecucion de tus compatriotas, no puede ser desconocido á tus ojos por debilitados que se hallen, ya por la edad, ó por los estudios. Soy don Pedro, rey de Castilla.

Inclinóse el astrólogo profundamente, sin mostrarse por esto sorprendido ni intimidado á la vista de su augusto huésped.

— La reputacion, Abrahen, de tu ciencia, repuso el rey, me conduce á tu morada: vengo á consultarte acerca de mi futuro destino; pero antes debo advertirte que las predicciones de tu sabiduría y las de todos los astrólogos y sabedores de Sevilla, se hallan de dia en dia mas desacreditadas y engañosas.

— ¡Engañosas! exclamó el sabio con melancólica sonrisa; un sabedor no sale garante de las falsas interpretaciones que se dan á sus palabras, y los sublimes misterios de la ciencia oculta no pueden ser envilecidos por la ignorancia de aquellos que consultan sus oráculos.

— Tú, y muchos otros grandes sabedores, añadió el rey, habeis repetido frecuentemente que don Pedro de Castilla llegaria á ser el mas poderoso de su dinastía; que arrancaria de los infieles el santo sepulcro de Jerusalen, y que su reinado seria famoso por señaladas victorias. Al presente es bien manifiesto que todas esas profecías son falsas, pues que mi reino se ha insurreccionado abiertamente contra mí, que me veo abandonado de todos mis cortesanos, y rodeado de toda especie de peligros.

La fisonomía del mahometano se volvió aun mas melancólica, y sin pronunciar una palabra, puso en órden sus instrumentos adivinatorios.

No quedó don Pedro muy satisfecho de esta especie de contestacion. Su cólera se encendió, y considerando como un impostor al ser que tenia á la vista, se halló inclinado á romperle la cabeza, para castigarlo del crímen de permanecer sentado tranquilamente á su vista, sin dignarse iluminar sus dudas. Pero se detuvo por la terrible y penetrante mirada del sabedor, que en aquel momento levantó los ojos hácia él.

— Hiere, le dijo, y rompe el último hilo de tu existencia.

Apoderóse entonces de don Pedro un terror supersticioso al ver que su intencion habia sido adivinada por el astrólogo, sin haber dado el menor indicio exterior de ella. Mas

se desvaneció bien presto esta ligera emocion, y volvió á tomar su valor y ordinaria presencia de ánimo, continuando así despues de una corta pausa:

— Yo deseo, sabio astrólogo, que me hagais conocer todas las circunstancias de la suerte que mi estrella presenta, sean favorables, ó siniestras. Yo os hablo francamente, respondedme de la propia suerte.

— Señor, contestó el astrólogo con tono grave é irónico, vos sois rey, é ignoro hasta que punto un hombre poderoso puede soportar verdades amargas de parte de aquel que parece estar á merced del mismo: ¿quién me protegerá contra vuestra cólera, si me rindo á vuestros deseos? ¿quién me responderá de que el servicio que voy á haceros no atraerá sobre mí todo el peso de vuestra indignacion?

— Yo respondo de tu seguridad, respondió el rey con firmeza y dignidad; así pues, habla con sinceridad y sin preámbulos.

— Señor, añadió aun el sabio, creeis que un hombre que toma un baño excesivamente caliente en un tiempo muy frio, pueda llegar á transpirar.

— Ciertamente, respondió don Pedro.

— ¡Cómo! ¿á pesar del frio glacial de la atmósfera?

— Ninguna duda me queda.

— Entonces, señor, añadió el astrólogo, es evidente que esta transpiracion seria forzada y sobrenatural. Pues bien, gran rey, de la misma suerte que el calor de un baño neutralizaria el rigor de la estacion, vuestras faltas y crímenes han neutralizado la tendencia natural de vuestra dichosa constelacion, y han sido causa que la voluntad ha podido mas que la fortuna. Por lo mismo reconoceréis que el motivo de estas mudanzas en vuestro destino, no debe imputarse á la ignorancia ó lisonja de los sabedores, sino á las faltas que habeis cometido.

Al acabar estas frases fijó don Pedro sus atentas miradas sobre la fisonomía del mahometano, que expresaba el entusiasmo y la intrepidez, esforzándose en discernir si es-

taba inspirado por la verdad ó por el artificio. Sostuvo Abrahen las miradas del rey con una perfecta indiferencia; mas hizo: afectó no reparar en las sospechas de que era objeto, y como para distraerlo, volvió á consultar un enorme volúmen encuadernado en pergamino, sobre el cual estaban dibujadas muchas figuras caprichosas, rodeadas de geroglíficos y caracteres extravagantes.

— Aben-Sabedor, le dijo el rey: lo que me habeis dicho solo me instruye acerca de lo pasado, al paso que me hallo impaciente por saber lo futuro; así pues no me oculteis nada de lo que me importa saber: ¿qué es lo que sucederá muy pronto en Castilla?

— ¿Tratas de saber lo que convendria que jamás sucediese? respondió el astrólogo con tono solemne. Veo acercarse las sombras de grandes sucesos, cuyos horrores pasarán por este desgraciado país como un azote destructor. Habrá en ambos partidos combates y peligros; todas las desgracias desolarán á un tiempo mismo á Castilla. Sí, bien puedes gemir en lo mas profundo de tu corazon, por mas orgulloso y atrevido que parezcas. Sin embargo, estas calamidades serán seguidas de dias felices y tranquilos, de la propia suerte que la luz del sol aparece mas brillante y pura despues de la espantosa tempestad.

— Ya sabia todo esto antes de consultaros, mi buen sabedor, dijo don Pedro. La vida del hombre está compuesta de una serie de acontecimientos felices é infaustos; y los reinos se hallan expuestos á las mismas vicisitudes; así pues, ningun riesgo correis de comprometer vuestra reputacion, prediciéndome únicamente lo que es una ley fundamental en todo el universo. Preveo tan bien como vos que habrá en Castilla combates y desgracias, y, por Santiago, que sin embargo no soy por esto ningun hechicero; pero estas calamidades no serán mas que el esfuerzo inevitable de un usurpador para arrancar la corona al que legítimamente la posee. Pero lo que yo deseo saber es como acabará esta lucha, y si será de un modo favorable ó fu-

nesto á la buena causa, y en este último caso, que medios pudieran tomarse para prevenir el peligro.

— Señor, respondió Abrahen con gravedad: me es sensible tener que deciros que ya no os hallais sometido bajo la influencia de una constelacion favorable, y que vais á hallaros expuesto á los caprichos fantásticos de un destino tempestuoso. No me es posible deciros el momento preciso, ni la naturaleza de vuestros peligros y tribulaciones; pero sí os anuncio con certeza que una gran catástrofe se prepara: sí, sí, un acontecimiento extraordinario que será transmitido de siglo en siglo á la mas remota posteridad, y que causará asombro y sorpresa entre los hijos de los hombres.

Terminado este discurso, pareció que el astrólogo se hallaba animado de una nueva inspiracion: sus ojos daban vueltas en sus órbitas, extendia los brazos, una rústica energía parecia haberse apoderado de todo su ser, y pronunció las frases siguientes con voz hueca y solemne.

— Don Pedro de Castilla, hijo del buen rey don Alfonso, escucha esta advertencia: Guárdate del águila de Bretaña, y de la Torre de la Estrella: nada mas puedo decirte.

Guardó entonces un silencio imperturbable, y así se terminó aquella singular entrevista.

Quedó el rey aterrado con las últimas palabras del mágico, porque en muchas ocasiones las mismas frases habian retumbado en sus oidos, y en aquel momento le parecieron de muy funesto presagio. Habia despreciado hasta entonces esta advertencia; pero al presente dispertó en su ánimo una viva sensacion de temor. ¿De dónde provenia esta, en un hombre que siempre se burlara de los peligros, y tratara toda especie de supersticion con una ironía despreciadora? ¿Era acaso el presentimiento que experimentan á veces las almas mas fuertes al levantar por un breve instante el velo del porvenir?...

Sea cual fuese la causa verdadera, es indudable que la misteriosa influencia á que acababa de ceder don Pedro, dió nuevo pábulo á sus aprehensiones y poseido de un in-

definible sentimiento de terror, salió de la torre del astrólogo para volver á tomar el camino de Sevilla. Rufino, que fuera el silencioso pero atento espectador de la escena que acababa de pasar, veia con disgusto la profunda impresion que las palabras del sabedor habian hecho en el rey. Temió que en vez de producir un efecto saludable, poniendo un freno á su carácter vengativo y caprichoso, la desesperacion lo conduciria á desechar toda sujecion, y entregarse á los mayores excesos.

— Señor, le dijo, yo me imagino que estos sabedores pretenden tener mas ciencia de la que realmente poseen.

— Tienes razon, Rufino, respondió el rey saliendo de sus tristes meditaciones; yo pienso del mismo modo; pero las advertencias del mahometano, y los peligros que predice no se resisten á la razon, ni á la verosimilitud, y por lo mismo no deben ser despreciadas. Se prepara efectivamente una gran catástrofe, y harto lo preveo, aunque no sea manifiesto quien será la víctima. Sus proféticas palabras son bien extraordinarias, y coinciden exactamente con las del platero judio, de Celestina, y de toda esta turba de sabedores y brujas subalternas, profetas y hechiceras que me acosan sin cesar. ¡Vive Dios! esto es una extravagancia, y no seré yo el juguete de todos los bellacos de mi reino. No, ¡ira y maldicion! no lo seré: nobles, sacerdotes, ricos hombres, soldados, cortesanos, sabedores y brujas, todos se coligan contra su legítimo rey; pero don Pedro de Castilla los desprecia á todos: podrá ser insultado, vendido y...

Detúvose de repente y con tono lúgubre concluyó la frase: — « y cobardemente asesinado » ya lo veo: mas con el auxilio de Dios yo me opondré á sus designios! ¡Si, sí, por cada gota de mi sangre haré correr torrentes de la suya impura! — Ven Rufino: la casualidad te ha hecho el compañero de tu rey: tu destino está unido al suyo; tú al menos me serás fiel, porque tu propio interés te lo prescribe. Amigos, no los tengo ya, no, ni uno solo, porque desde la vuelta del bastardo es admirable el ver hasta que punto se

han enfriado los afectos de mis cortesanos. ¡Maldicion sobre esos cobardes! ¡sobre esos viles incrédulos!

— Pero, señor, dijo Rufino aun os queda un amigo.

— ¿Quién es ese hombre que merece este título, cuando el mismo don Egas, el mas lisonjero y melifluo de mis cortesanos se halla dispuesto á volverme la espalda?

— La conducta, señor, de don Egas, nada tiene de extraño, pues guarda armonía con su mismo carácter; mas cuando decia que V. M. tenia aun un amigo, no pretendia hablar de este político astuto.

— ¿Pues de quién? preguntó el rey.

— De don Hernando de Castro, que al presente se halla en lo mas hondo de una prision.

Extremecióse don Pedro al escuchar este nombre, y una sombra de indignacion envuelta en rubor se esparció sobre sus facciones. Se veia mortificado por la indirecta reconvencion de un agente subalterno; y sin embargo, no podia negar que era justa.

— Rufino, le dijo, cuentas con demasiada seguridad en la indulgencia de tu rey. Te he prohibido ya que pronuncies el nombre de ese rebelde traidor.

— Imploro humildemente, contestó Rufino, el perdon de V. M. si le he ofendido; pero el cielo me es testigo de que no he hablado sino de lo que creia ser el verdadero interés de mi soberano, y me hallo firmemente convencido de que don Hernando no es un traidor; algun desgraciado accidente....

— La carta, la carta, es una prueba irrecusable.

— Esta misma circunstancia podria acaso ponerse de manifiesto si don Hernando pudiera defenderse.

— Ya se defenderá en su tiempo y lugar: mas por ahora tengo otros asuntos que mas me importan.

— Dos meses se han pasado desde que vuestro antiguo amigo está padeciendo en una obscura prision.

— Es una gran prueba de mi indulgencia, porque hace cabalmente dos meses que debiera estar bajo la losa del sepulcro.

Al acabar estas crueles frases, llegaba el rey al alcázar.

II.

La prision.

Mientras que el reino de Castilla levantaba nuevamente el estandarte de la sublevacion, y que don Enrique proseguia osadamente su victoriosa marcha hácia Toledo, don Pedro, que no podia contar con sus antiguos allegados, habia pedido auxilio á Mahomet, rey moro de Granada, que se apresurara á acceder á sus deseos, hallándose ya á medio camino de Sevilla seguido de tres mil ginetes. Convocara don Pedro á los grandes que le habian jurado fe y homenage, á fin de que viniesen á colocarse bajo sus banderas; pero muy pocos se presentaron á este llamamiento, y el rey resolvió marchar al encuentro de don Enrique con un reducido ejército compuesto de los castellanos que le quedaran fieles y de los aliados moros.

Durante este tiempo el noble don Hernando de Castro, gemia en la cárcel de corte, separado de todos sus amigos, y hasta privado de medios para comunicarse con ellos, y hacer pública su inocencia. Hacia dos meses que se hallaba en un estado de inquietud y ansiedad insoportables. Todas sus esperanzas se habian desvanecido, cual las ligeras nubes de una tarde de verano á impulsos del huracan.

La ingratitud del rey y su atroz conducta hácia el mas fiel de sus vasallos habian lastimado el corazon de Hernando; y así durante los primeros dias de su arresto, formó mil veces el proyecto de unirse al partido de don Enrique, tan luego como recobrase su libertad. La cólera, el orgullo lastimado y la venganza, contribuian á encender en el corazon de don Hernando sentimientos contrarios á su natu-

ral generosidad. Habia sido ofendido cruelmente por el hombre á quien tan bien sirviera, con riesgo de su vida y de cuanto le era mas apreciable. El recuerdo de su amada Constanza, al paso que aumentaba su sentimiento, afirmaba mas sus proyectos de venganza; y por lo mismo suspiraba por el fin de su cautiverio, debido á los zelos del rey, que solo veia en él á un rival favorecido. Pero al tiempo de la prision del Castellano se le hallara encima de su persona la carta misteriosa que recibiera poco tiempo antes, y por esta circunstancia se persuadió de que no debia ya esperar gracia alguna de parte del rey, quien se regocijaria de haber hallado un pretexto tan fundado para satisfacer su venganza. Esta idea hacia á don Hernando verdaderamente desgraciado: el fondo de melancolía que acompañaba á sus facciones habia tomado un tinte mas sombrío, y el disgusto y el resentimiento se disputaban su corazon. Exasperado por el recuerdo de los injustos procedimientos del rey, se veia en la imposibilidad de huir de su desgraciada patria, como lo habia resuelto, ó bien unirse al partido de los insurgentes; su desesperacion llegaba hasta el frenesí, y este violento estado, unido al modo con que era tratado en la prision, influyeron notablemente sobre su salud, cuya desmejora se hallaba harto pronunciada en sus facciones.

De esta suerte padecia el mas valiente y generoso de los caballeros castellanos, al verse tratado como un traidor, cuando su conciencia no le acusaba en manera alguna, pues si bien concibiera por un instante algunos pensamientos culpables, esto solo fue en el primer momento en que la injusticia del Rey, y el oprobio de que habia intentado cubrirle, enagenaran temporalmente su razon. Se hallaba pues en la mas penosa situacion que su ánimo pudiese experimentar. A cada instante esperaba ser arrancado de la prision para ser conducido al cadalso, ó lo que era mil veces peor, para verse asesinado secretamente, sin haber podido lavar la mancha impresa sobre su memoria.

Mientras que una noche se entregaba á estas tristes re-

flexiones, paseándose en su prision, se abrió la puerta suavemente, y entró en la habitacion un hombre envuelto con una gran capa. Detúvose don Hernando, y examinó al misterioso personaje que avanzaba hácia él sin trepidar. Imaginó desde luego que podia ser algun secreto emisario del rey, pero sus temores se vieron pronto disipados.

— Nada temais, don Hernando, dijo el desconocido: nada temais, repito, soy un amigo, y vengo para prestaros un servicio.

— ¿Quién sois? preguntó el Castellano; este aire de misterio no me anuncia nada de bueno y honroso.

— Este aire de misterio, respondió el visitador nocturno, es indispensable en esta ocasion; mas no por esto concibais de mi parte perfidia alguna, porque lo propio que vos, soy un noble castellano.

— No os conozco, y por lo mismo, mi desconfianza no debe sorprenderos.

Arrojó el desconocido su capa, y se manifestó á las indagadoras miradas de don Hernando.

— ¡Cielo santo! ¿será posible? exclamó este con viveza: don Juan de Silva!

— El mismo, respondió don Juan. En otro tiempo éramos amigos, don Hernando, aunque nuestras opiniones nos hayan separado despues; y el recuerdo de nuestra antigua amistad me empeña en socorreros en la hora del peligro; porque aun cuando haya abrazado el partido del tirano, no ha perdido don Hernando de Castro el aprecio de sus adversarios.

— Este lenguaje es extraño, don Juan, díjole Castro; pero aun lo es mas la libre entrada que parece teneis en esta prision. No he puesto en olvido nuestra antigua amistad, ni los vínculos que unen á ambas familias; sin embargo, no me hubiera imaginado despues de los extraordinarios acontecimientos que han pasado, de que pudiese hallar Hernando un consolador en vos, en medio de su triste situacion. Yo me creia olvidado de todos, y aun en este mo-

mento, no me acuseis de misantropia si os pregunto que servicio esperais de mi, en cambio del que decis estar dispuesto á prestame.

—Primero es necesario, dijo don Juan, que conozcais la naturaleza de este servicio: entonces quedaréis en libertad de satisfacerme su precio, ó de recibirlo gratúitamente, pues don Juan de Silva ha venido para persuadir á su antiguo hermano de armas, y no para violentarlo.

—¡Violentarme! repitió el Castellano con noble entereza: en vano lo intentarian.

—No os ofendais, señor, seria un disgusto para mi pronunciar una sola palabra que pudiese incomodaros.

—Continuad, dijo don Hernando con gravedad.

—Vengo para volveros la libertad, para romper las indignas cadenas que deshonran al mas digno de los caballeros.

—Os engañais, dijo don Hernando interrumpiéndolo: estos hierros no deshonran á don Hernando de Castro, sino al que se los ha mandado poner.

—Teneis razon, repuso don Juan muy gozoso: ellos son una nueva prueba de la monstruosa ingratitud del tirano. Don Hernando, estais libre: seguidme; yo os conduciré hácia aquellos que se ocupan con actividad en hacer triunfar la buena causa; vuestra llegada será mirada por ellos como el mas dichoso acontecimiento, como la mas útil conquista.

—Ya os entiendo, añadió don Hernando con ironía: ¿vos quereis que me una á los conspiradores?

—¡A los conspiradores! no, don Hernando: nosotros no conspiramos. Nuestro poder, nuestras fuerzas y todas cuantas esperanzas tenemos de buen éxito, nos permiten rechazar esta acusacion: nosotros somos libertadores.

—Señor don Juan, respondió Castro con gravedad, no disputaré sobre el valor de estas palabras; mas si no os he comprendido mal, parece que quisierais que abandonase la causa de don Pedro.

—Sí, don Hernando; y reflexionad que este es un paso que la prudencia, la justicia y el interés de vuestra propia suerte y conservacion, exigen imperiosamente de vos. Toda Castilla se declara ya por don Enrique; se halla en posesion de Burgos, Valladolid y de otras muchas ciudades y castillos considerables; todos los grandes y ricos hombres, siguen sus banderas; su poder aumenta de dia en dia, y se halla nuevamente sostenido por los conocimientos de Beltran Duguesclin y de sus caballeros franceses. Las esperanzas y probabilidades se presentan pues contra don Pedro, y por consiguiente....

—Deteneos, don Juan, exclamó el Castellano con acento severo; los medios de persuasion que habeis elegido no pueden tener influencia alguna sobre don Hernando de Castro. ¿Qué es lo que me proponeis? —Renunciar á los principios que han dirigido toda mi vida, porque mi rey se halla abandonado de todos, y el usurpador está triunfando. No, no me conoceis bastante, si con tales argumentos habeis creido convencerme.

—¿Podeis acaso, hablar así, ¿don Hernando, cuando estais gimiendo bajo el peso de la mas evidente injusticia? ¿Recordais bien la ingratitud que se ha dado por pago de vuestros servicios? ¿Teneis bien presentes todos los agravios que el rey os ha hecho, y la probable pérdida de Constanza de Vargas? No es esto ya un secreto para Sevilla. Nadie pone en duda vuestra lealtad y heroismo; pero reflexionad que las mas nobles virtudes cuando son llevadas hasta el exceso son víctimas del engaño. Pesad bien todas estas consideraciones, y aceptad una proposicion que no puede causar el menor lunar en vuestra gloria.

—Señor, respondió Hernando con dignidad: no representaré con vos el papel de hipócrita, y así voy á abriros mi corazon. Exasperado por los ultrajes que hube de sufrir y casi extraviado por mis pasiones, concebí por un momento el culpable designio de abandonar al rey; pero muy en breve volví á sentimientos mas generosos. Lanzado en

una honda prision, entregado á toda la amargura de mis pensamientos y de mis mas punzantes recuerdos, he tenido impulsos de vengarme de un monarca ingrato; mas ¿me atreveré á decirlo? vuestra súbita aparicion y discursos me han afirmado en mi deber, y me hallo mas resuelto que nunca á permanecerle fiel. En manera alguna aceptaré vuestros servicios.

—¡Vive Dios, don Hernando, esta es una verdadera locura! Cuando estabais libre, la conducta insultante de vuestro amo os habia decidido á abandonarle, y cuando ha puesto el colmo á todos sus desaciertos privándoos de la libertad, rehusais los medios de recobrarla? Reflexionad, señor, sobre esta inconsecuencia manifiesta, y veréis que es indigna de Hernando de Castro.

—No hay en mi conducta, respondió el Castellano con serenidad, nada que se avenga con vuestro concepto. Si me habia hecho culpado en el primer trasporte de mi resentimiento, la causa de mi crímen no hubiera podido escusarlo; pero al presente reflexionad vos tambien la proposicion que me habeis hecho. Hernando de Castro huiria de su prision por un medio que hiere directamente sus principios. ¿Es acaso un traidor ó un cobarde poltron, para comprar su libertad con la promesa de comprometerse en una empresa, que, sea cual fuere el nombre que la apliqueis, lleva el sello de la perfidia y del crimen? No, don Juan de Silva, no: si en algun tiempo habeis profesado aprecio á Hernando de Castro, no es posible que deseeis que se conduzca de un modo tan vilipendioso.

Quedó don Juan de Silva sorprendido de la severa dignidad y del tono con que don Hernando se expresaba, y aunque condenase una delicadeza tan exagerada, experimentaba un respeto involuntario por los sentimientos de su antiguo amigo.

De todos modos quiso agotar todos los argumentos posibles antes que ceder, porque sentia perder la influencia que hubiera tenido en su partido un caballero tan no-

ble, á quien miraba correr á su pérdida obstinadamente. Así, pues, despues de un instante de silencio trató de nuevo de convencerle.

— Don Hernando, le dijo, admiro los elevados sentimientos que os animan, pero debo condenar unos errores que traen su origen de un falso entusiasmo. Somos libres, señor, y ninguna ley puede obligarnos á inclinar la cerviz bajo el yugo de la tiranía, ó á abandonar la defensa de nuestros derechos. Nuestra causa es la de la libertad, y bajo este aspecto, no puede menos de complacer á vuestro ánimo elevado.

— ¿Y Beltran Duguesclin, y su tropa de aventureros? dijo el Castellano con amarga y despreciadora sonrisa, vienen acaso á España con la generosa y loable intencion de asegurar la felicidad de Castilla, ó bien para favorecer los proyectos ambiciosos de los rebeldes, y asegurar su parte de presa? No entraré, Señor, en la discusion del mérito respectivo de las causas que hemos abrazado. Me hallo intimamente convencido de la justicia de los principios que me dirigen; puedo muy bien engañarme; pero si en este momento me dejara persuadir y variase de conducta, desmentiria mi carácter, y manchara el honor de un noble castellano. En cuanto á vos, don Juan, yo os aprecio y honro, lo mismo que á algunos de vuestros compañeros, porque, aunque seamos de opiniones distintas, me consta que sois un hombre excelente y caballeroso. Permaneced fiel á la vuestra, yo no trataré de hacérosla cambiar; pero deseo que respeteis la mia, y es todo cuanto os pido.

— ¡Cómo, don Hernando! preguntó Silva con tristeza: ¿desechais realmente el ofrecimiento que os he hecho de volveros la libertad?

— Sin trepidar: respondió Hernando con firmeza.

— Pero, ¿sabeis por ventura, repuso don Juan con acento aun mas expresivo, que vuestro honor y vida corren el mayor peligro? ¿Os hallais informado de que en Sevilla se

dice públicamente que don Pedro va á recompensar vuestros servicios con una muerte ignominiosa? ¿Estais en fin preparado á morir sobre un cadalso?

— Estoy preparado á todo, respondió el Castellano con intrepidez; pero entiendo, señor, que mirais mi suerte bajo un aspecto demasiado funesto: por muy violento que pueda ser el resentimiento del rey, no puede ofender todas las leyes de la justicia hasta el punto de enviar al cadalso á un noble caballero, tan solo porque es su rival favorecido sobre el corazon de una mujer; no, en manera alguna: haceis un agravio á don Pedro, quien á pesar de todos sus defectos y de la violencia de su carácter, no se halla desprovisto de todos los sentimientos humanos, y no querrá manchar su reputacion.

— ¡Ay señor! hasta que punto vuestra ardiente fidelidad os oculta la deformidad del corazon de don Pedro; sin embargo, lo conoceis bastante para saber que es capaz de llegar á los mayores excesos. Tanto mas implacable será, cuanto ha obtenido sobre su víctima una prueba que parece irrecusable.

— ¿Una prueba, señor? exclamó don Hernando sorprendido; no puede tener prueba contra mi.

— Tiene una, replicó don Juan con energía.

— Me sorprendeis, ó acaso intentais atemorizarme; pero podeis ahorrar estas vanas chanzas, y recordar que por decaido que me halle y abandonado, no dejo de ser Hernando de Castro.

— Calmaos, don Hernando, respondió Silva; no os he dicho cosa alguna que no sea cierta, y estoy distante de querer haceros abrazar una causa cuya utilidad y justicia no habeis admitido. Don Pedro posee una prueba evidente contra vos.

— Explicaos, pues, dijo don Hernando con una sorpresa y ansiedad que iban en aumento.

— Una carta, respondió don Juan con emocion, una carta dirigida por uno de los nobles confederados en favor

de don Enrique, una carta que os convidaba á unirse á ellos.

— ¡La carta! repitió el Castellano, y quedó algunos momentos sumergido en una muda sorpresa; cruzó los brazos, y añadió sonriéndose con amargura: ¡ahora si que considero inevitable mi desgracia! ¡preciso es que haya perdido este fatal escrito! Pero soy inocente, y seguro del testimonio de mi conciencia, me hallo dispuesto á responder á mis acusadores, y á marchar á la muerte si el juicio de los hombres me condena.

— ¡Vos sufrir una muerte infame y deshonrosa!. . ¡jámás! exclamó don Juan. No, no, don Hernando, yo me opondré anticipadamente á esta terrible desgracia; es preciso me sigais: todo, todo me obliga á salvaros, pues soy la única causa de vuestro infortunio.

— ¿Qué decis, don Juan?

— Reconoced en vuestro desgraciado amigo al desconocido que os entregó la carta fatal en medio de la obscuridad de una noche. Dios me es testigo de que no la escribi sino por el interés que me inspiraba un antiguo compañero de armas, y estaba bien distante de prever los peligros que mi celo atraeria sobre la cabeza del mismo á quien pretendia servir. Permitidme al menos, don Hernando, reparar en parte el daño de que he sido causa, aunque inocentemente, y dejadme volveros la libertad.

— Don Juan, respondió el Castellano con noble orgullo: ahora mucho menos que en otra ocasion puedo aceptar vuestros ofrecimientos: el honor me prohibe imperiosamente admitirlos. Yo no dejaré mi prision, porque esto fuera merecer la reconvencion de cobardía, y justificar las sospechas del pueblo.

— Pues bien, sea enhorabuena: no os estrecharé mas á abrazar un partido que vuestros principios repugnan con tanta violencia; y puesto que no quereis contribuir á la grande regeneracion que se prepara, dejad el teatro de ella. Aceptad sin condiciones la libertad que os ofrezco.

— Me hallo tambien, don Juan, obligado á rehusar vuestras amistosas proposiciones. Hernando no huirá del peligro que le amenaza. Antes de conocer las circunstancias que me condenan, y cuando sólo atribuia mi prision á los zelos del rey, hubiera aceptado desde luego el ofrecimiento de huir á un pais extraño; pero al presente no puedo, ni quiero hacerlo, y soportaré mi suerte sea cual fuere. Así pues, señor, os ruego eviteis nuevas instancias, pues mi resolucion es invariable.

— Permitidme, don Hernando, que os suplique....

— Por piedad, no añadais una palabra mas: ya conoceis mi decision, y así será tan inútil tratar de persuadirme, como penoso el oiros sobre este asunto.

El acento firme y decidido con que fueron pronunciadas estas palabras convenció á don Juan de que serian infructuosos nuevos esfuerzos. Fluctuando entre la compasion que le inspiraba su antiguo amigo, y el respeto de que se hallaba penetrado por su fortaleza de ánimo, lo contempló por algunos minutos en silencio. El porte de don Hernando era sereno y tranquilo: sus nobles facciones no estaban obscurecidas por sombra alguna de alteracion, y su mirada tenia aquella expresion pensativa y melancólica que daba á sus rasgos un atractivo particular. Despues de pasear algunos momentos por la prision, se detuvo Castro, y le dijo:

— Señor don Juan, aunque me vea precisado á rehusar vuestros ofrecimientos, no por esto dejo de experimentar el mas vivo reconocimiento por el servicio que queriais prestarme: estad cierto que su recuerdo no se borrará jamás de mi memoria.

— ¡Oh, señor! exclamó don Juan con calor: á pesar de la exagerada delicadeza que os extravia, podeis estar seguro de que os salvarémos. Me veo precisado á dejar á Sevilla, mas quedan personas que velarán sobre vuestra seguridad. No nos falta poder, y penetramos así en las prisiones como en los palacios.

— Señor de Silva, repuso el Castellano con severidad:

si estuviese asistido de medios, no dudaria en hacer conocer al rey la infidelidad de sus carceleros.

— No cometeréis seguramente esta locura.

— Locura, ó no, solo me lo impedirá la imposibilidad en que me hallo de remediarlo.

— ¡Hombre tenaz é incrédulo, muere pues, víctima de tu alucinamiento! exclamó don Juan con acaloramiento, y saliendo precipitadamente de la prision.

Comenzó entonces el Castellano á reflexionar sobre la escena que acababa de terminarse, y á pesar de todos los peligros que le amenazaban, se sintió orgulloso por haber conseguido resistir á la tentacion que tan halagüeña se presentaba. Pasado un momento se halló mas sereno, y los acesos de indignacion y desconsuelo que antes le agitaban cedieron á la influencia consoladora de la aprobacion de su conciencia. Reconocia evidentemente que el rey no habia obrado por mero efecto de unos zelos vulgares, y este pensamiento era un bálsamo para su corazon lastimado. Sin embargo de las justas quejas que tenia del rey, la certeza de que no lo mandara prender tan solo para desembarazase de un rival, relevaba á sus ojos el carácter de don Pedro, y si bien se propusiese no continuar mas en su servicio, despues de la afrenta que le hiciera, se consideraba al menos obligado mas que nunca á no obrar jamás contra él.

La facilidad con que don Juan penetrara hasta su prision no dejaba de sorprender á Castro, dandole evidentes pruebas del poder de los rebeldes. Resolvió pues dar conocimiento al rey de la traicion de aquellos á quienes tenia confiada la seguridad de los presos; mas conoció que acaso le seria imposible llevar á efecto su generosa resolucion. Se le habia privado de toda comunicacion exterior, y notó que su carcelero, conociendo la falta cometida y el modo de pensar de su preso, le guardaba con mayor cuidado, y observaba continuamente, como si su propia seguridad dependiese de la de aquel.

De esta suerte se pasaron algunos dias, cuando una noche á deshora se abrió la puerta de su prision, entrando en ella un oficial seguido de algunos soldados, con órden del rey para conducir al preso. Esta inesperada visita hizo extremecer á este: las feroces miradas de la tropa, el altanero ademan de su caudillo, la hora avanzada de la noche, y el misterio que envolvia esta escena, todo daba lugar á la sospecha de que se preparaba alguna tenebrosa maniobra: volvió en breve sin embargo don Hernando á su serenidad acostumbrada, y en absoluto silencio, dejó que le quitasen los grillos que sujetaban sus pies. Muy en breve se terminó esta operacion, y con igual prontitud le sujetaron fuertemente las manos. Encontróse herido el natural orgullo del Castellano, del modo brutal é insolente con que el carcelero y sus ayudantes desempeñaron esta parte de sus funciones.

— ¡Miserables! exclamó con indignacion, ninguna intencion tengo de fugarme, y si lo hubiera querido, hace mucho tiempo que podia estar libre. Al presente añadió dirigiéndose al oficial, os requiero en nombre del rey, que asegureis á este miserable: es un traidor vendido á los rebeldes; y designaba al carcelero que oyó esta acusacion con ademan sereno é impudente.

— ¡Válgame Dios! dijo el pérfido: he aquí un nuevo modo de proceder. ¡Jesus! ¡Jesus! ¿lo oís, compañeros mios? yo creo que este pobre caballero ha acabado de perder el juicio.

— ¡Quieres disimular, traidor, pero es en vano! repuso Hernando: yo te acuso de haber violado tus deberes dejando penetrar personas en las prisiones, y favoreciendo la evasion de los presos. Te acuso últimamente de ser un rebelde y partidario de Trastamara.

— Muchas gracias, señor, respondió aquel quitándose el sombrero con burlona política; ya que habeis principiado tan bien, ¿porqué no me acusais así mismo de robo, muerte, perjurio, y otras gentilezas de esta especie? ¡ah! ¡ah! ¡ah!

Habia tomado el oficial de justicia un aspecto grave, y así la risa burlesca y alborotada del carcelero no encontró eco entre sus oyentes. La acusacion de don Hernando no era de tal especie que mereciese despreciarse; y así el ministril se esforzó en tomar un aire de dignidad é importancia que no se avenia con su estúpida fisonomía. El astuto carcelero conoció que esto no le prometia nada de favorable, y trató de buscar otro medio de disculparse.

— Señor alguacil, dijo con una aparente indiferencia, apelo á vuestro buen discernimiento y conocida prudencia. Detúvose entonces para darle un ojeada respetuosa, de la que pareció quedar satisfecho. — Apelo tambien, continuó, á vuestra consumada experiencia en todos los negocios de esta especie: ¿os es posible creer que haya una sola palabra verdadera entre los absurdos que acaba de pronunciar este caballero? El hecho es, y lo juro por Santiago y la Vírgen, añadió con tono bajo y solemne, que se han hecho muchas tentativas para librar á don Hernando, y que me ha sido bien necesaria toda mi vigilancia para frustrarlas; pero me queda que contaros lo mejor de la historia, y os ruego tengais la bondad de escucharme con atencion. Para hacer una experiencia sobre mi preso, disfracé de caballero á este fiel llavero, el buen Sarmiento, á fin de ver como recibiria la espectativa de escaparse. ¿No es cierto cuanto acabo de decir? dijo dirigiéndose á un pequeño ente raquítico y de malísimo aspecto.

— ¡Yo lo aseguro por la inmaculada Concepcion! respondió aquel miserable con una seguridad consumada.

— Don Hernando, continuó el carcelero, caia ansiosamente en el lazo, cuando con gran disgusto suyo nos echamos sobre él, riéndonos de su loca credulidad. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

El pequeño Sarmiento, y los otros llaveros formaron coro con su amo; pero el alguacil supo conservar la dignidad conveniente á su carácter, y el Castellano se quedó sorprendido de la desvergüenza sin igual del carcelero, que

se atrevia á hacer pasar un enano disforme por el alto y bien formado don Juan de Silva. Con todo esto, su acusacion no produjo efecto alguno, porque el alguacil pareció convencido de la veracidad del carcelero. ¿Esta conviccion era la obra de las bellas palabras del bellaco, ó mas bien de cierto bolsillo de cuero que contenia argumentos de mayor peso? Esto es lo que no pretendemos decidir.

— Señor don Hernando, dijo el alguacil con aire de importancia, es preciso que os vende los ojos.

— ¿Qué quereis decir? exclamó el caballero, acaso se ha concebido el proyecto de conducirme á una muerte secreta ó ignominiosa? Si asi fuese, decidlo claro, porque si debo morir deseo que mis últimas palabras sean transmitidas al rey, y al pequeño número de amigos que se interesan aun en mi suerte.

— Señor, respondió el alguacil, no nos pertenece interpretar las intenciones de nuestro soberano, sino obedecer ciegamente sus órdenes, asi como os aconsejo hacerlo. Sin embargo, para vuestra tranquilidad, os quiero decir que vuestros temores son prematuros, al menos por ahora; no puedo responder de lo futuro; asi pues, mi buen señor, espero que sin oposicion nos permitiréis desempeñar nuestra comision, pues que esta es la voluntad y gusto del rey.

No hizo resistencia alguna el Castellano, y fue conducicon los ojos vendados fuera de su triste morada. Escuchaba atentamente el menor ruido que pudiese indicarle el camino que se le hacia tomar y los proyectos de su conductor, pero infructuosamente: atravesó á su entender una gran parte de la ciudad, sin que nada pudiese ayudar á su imaginacion. Se detuvieron en fin despues de haber pasado por lo que creyó ser un patio enlosado, que retumbaba bajo sus pasos, y subieron una escalera, donde de nuevo se pararon. Pensó entonces Hernando que se hallaba cercano á una crísis que acaso terminaria sus dias, y un frio sudor cubrió su frente.

Pensó por de pronto que don Pedro habia resuelto qui-

tarle la vida secretamente, pero desechó una sospecha tan poco generosa. Otra idea de diferente género se apoderó en breve de su imaginacion; la escena que acababa de pasar y las últimas palabras de don Juan de Silva le hacian creer que el alguacil y sus mirmidones pertenecian al partido de Trastamara, ó habian sido ganados por él, y cuanto mas reflexionaba en su singular conducta con respecto al carcelero, y á la insolente serenidad de este, mas se persuadia de que sus sospechas eran bien fundadas.

Se imaginó que habia sido conducido á alguna reunion de nobles confederados, y esperó con impaciencia que le quitasen el pañuelo que le cubria la vista. Preparábase anticipadamente contra los asaltos que deberia sostener de parte de aquellos, y llamaba á sí toda su energía, decidido á rehusar con firmeza todos los servicios que le ofreciesen los rebeldes, y á explicarse francamente y sin temor. Sintió al fin desanudarse el pañuelo, y con gran sorpresa suya se encontró, no en medio de los conspiradores, sino en uno de los salones del alcázar, y en presencia del mismo rey.

Dirigió en torno suyo una inquieta mirada: todo cuanto le rodeaba parecia revestido de un aire de misterio incomprensible. El rey, sentado cerca de una mesa parecia entregado á profundas meditaciones: una sola luz colocada delante de él alumbraba únicamente este vasto aposento, y su melancólico y vacilante resplandor servia tan solo para hacer patentes sobre la fisonomía de don Pedro los combates á que su ánimo se hallaba entregado. La casi total obscuridad que reinaba en aquel sitio, la hora adelantada de la noche, y el silencio en que todo se hallaba sumergido, se unian para hacer esta escena solemne y casi espantosa.

— Desatad estas prisiones y retiraos, dijo al fin don Pedro con voz lenta y baja.

Las órdenes del rey fueron prontamente ejecutadas, y habiendo quedado solo con don Hernando, le hizo seña de

que se acercase; dió este algunos pasos con la vista fija en aquel, y entregado á mil sensaciones inexplicables. Se hallaba inopinadamente delante del hombre que le ofendiera, y que sin embargo estaba justamente irritado contra él: mas como quiera, se acercó con ademan noble é intrépido, aunque se prometiese que las primeras palabras del rey serian alguna reprension severa, ó la expresion siempre viva de su indignacion.

Observó en breve con gran sorpresa suya que la fisonomía de don Pedro era serena y melancólica, sin que se notase el menor rasgo de pasiones violentas. Era en fin una situacion en la que raras veces habia visto al rey, pues en medio de sus meditaciones conservaba aquel aspecto de severidad que le era ya habitual, y que no abandonaba sino cuando se entregaba al placer, ó á las animadas efusiones de su imaginacion. El jóven Castellano permaneció algun tiempo inmóvil, lleno de asombro é incapaz de formar conjetura alguna acerca del éxito probable de esta extraña escena: esperaba las órdenes de don Pedro, que rompió al fin el silencio.

— Adelantaos, don Hernando, dijo con serenidad. Este obedeció, y su sorpresa aumentaba á cada instante viendo que el modo con que el rey lo recibia, no anunciaba el menor indicio de enemistad. Despues de algunos momentos de silencio, durante los cuales el rey parecia entregado á un violento combate interior, se volvió hácia el Castellano, y le dijo con acento firme y expresivo:

— Don Hernando, yo os he ofendido, y muy gravemente: he pagado vuestra adhesion á mi persona, vuestro heróico valor y vuestros innumerables servicios, con un acto de ingratitud indigno de un rey y de un castellano. Os sorprenden estas palabras, mas debeis creer que don Pedro es capaz de reparar sus agravios. Es para implorar su perdon que os ha llamado á su presencia: os habla sinceramente, asegurando que don Hernando es el primer hombre á quien don Pedro de Castilla haya confesado sus yerros.

A este inesperado discurso, el jóven caballero, cada vez mas sorprendido, dirigió una penetrante mirada sobre la fisonomía del rey, y reconoció en ella el aspecto de la sinceridad. Hernando no podia engañarse sobre este punto; la perfidia no habria podido rebozarse con semejante expresion de bondad y arrepentimiento, y asi abrazaba con calor la idea consoladora de que la sola generosidad y la voz de la amistad eran los únicos agentes que habian obrado en el corazon del rey, decidiéndole á una conducta tan singular. El resentimiento de Hernando se desvaneció, y su afecto al rey volvió á reanimarse con nuevo impulso, vivamente conmovido por lo que acababa de oir.

—Señor, le dijo con emocion, vuestra noble conducta me une á vos para siempre. En un momento de aberracion, la viveza de vuestras pasiones os ha arrastrado á olvidar los generosos sentimientos que siempre habiais manifestado á vuestro fiel vasallo; pero me veo indemnizado suficientemente con la felicidad que disfruto en este momento y ahora me toca solicitar el perdon de V. M.

—Detente, Hernando, contestó el rey, echemos un velo sobre lo pasado; pero antes de hablar del segundo motivo que me ha hecho desear esta entrevista, recibe mi real palabra de que don Hernando de Castro no tendrá que temer en lo sucesivo la rivalidad de don Pedro de Castilla. Te juro solemnemente por la memoria de doña Maria, que Constanza de Vargas no sufrirá en adelante ninguna importunidad de mi parte, y asi os permito uniros tan luego como lo juzgueis conveniente. ¿Os basta mi palabra en prenda de mis promesas?

—Señor, respondió el Castellano con la mayor agitacion, ¿podeis acaso suponerme tan desconfiado que pueda dudar un solo momento de vuestra sinceridad, así como de vuestros generosos sentimientos?

—¿Luego reconoceis que he reparado las injurias que os habia hecho?

—Mi dueño y señor, harto lo reconozco con gozo y reconocimiento.

— Pues bien, repuso don Pedro en tono mas severo. Hallándose arreglado este punto á toda vuestra satisfaccion, y habiéndoos hecho justicia, os queda justificaros á vos mismo de una grande acusacion. Don Hernando, mirad esta carta, y decidme si la reconoceis.

— Si señor, respondió el Castellano con intrepidez: reconozco esta carta, y ella me pertenece.

— Luego lo confesais: ¿estaba realmente en vuestro poder esta carta, y no era un artificio de vuestros enemigos para perderos? Pensadlo bien, no se trata de una chanza; es una traicion manifiesta, cuyo castigo es la muerte, y yo no sabré libraros de él sino encontrais medios de justificaros.

— ¡Rey justo! respondió don Hernando con dignidad, conozco la terrible responsabilidad que este escrito hace pesar sobre mí, y Dios me es testigo que no quisiera deber la vida á vuestra indulgencia, si la menor sospecha de traicion debiese empañar mi gloria; y así voy á hablaros acerca de ella con toda confianza. Esta carta me fue entregada por un hombre disfrazado, durante la noche en que regresaba á mi morada despues de haberme separado de Constanza.

— ¿Y porqué no me la comunicasteis entonces? preguntó el rey con agitacion.

— Así me lo proponia, respondió Hernando, y con este objeto pasé á veros á la siguiente mañana, pero la desgraciada escena que tuvo lugar entre nosotros por la partida de Constanza me hizo olvidar el hablaros de esta carta fatal. Entonces, señor, fue cuando lastimado por lo que acababa de pasar, formé por unos cortos momentos la resolucion de abandonar vuestra causa, y unirme al partido de vuestro hermano.

— ¡Gran Dios! exclamó el rey petrificado por lo que acababa de oir.

— Es cierto, continuó don Hernando: mi imaginacion concibió un momento este pensamiento horroroso; pero felizmente no duró mas tiempo que el furioso transporte

que lo produjera. Resolví pues dejar á España, y en aquel momento fui arrestado y sumido en una prision, donde he pasado cerca de dos meses sin comunicacion alguna.

—¡Y tambien Castro queria hecerme traicion! exclamó don Pedro consternado.

—He debido, continuó don Hernando, confesaros hasta mis pensamientos mas secretos, pues que he jurado que nada os ocultaria, mas con igual ingenuidad os diré lo que acaso se presenta en favor mio. He podido salir de la prision: sus puertas me han sido abiertas; pero he despreciado la libertad, pues recobrándola de esta suerte hubiera justificado las sospechas que no merecia. A la llegada del alguacil que se presentó para sacarme por órden vuestra, le señalé como traidores al carcelero y sus ayudantes, pero no fui escuchado.

—¿Qué decís? ¿don Hernando? exclamó el rey: todos los que me rodean serán acaso traidores? ¡Tanto los miserables, como los poderosos señores! ¡Confusion! ¡todos los rebeldes que habia logrado prender han escapado al justo castigo de sus crímenes!

Su agitacion se hizo temible: caminaba á grandes pasos por el aposento, y consiguiendo al fin señorear su emocion le dijo que continuase.

—Señor, repuso Castro, yo os he hablado con toda la ingenuidad y firmeza de un caballero castellano. Al presente os juro por lo mas sagrado, que soy inocente del crímen que se me imputa. Sí señor, os suplico encarecidamente que sujeteis mi conducta á un juicio, á fin de que mi honor quede vindicado, y pueda probar que soy digno de la confianza de don Pedro.

—Hernando, contestó el rey, vuestra palabra me basta, y en manera alguna sufriré que se siga este negocio. Estoy íntimamente convencido de vuestra inocencia; esta explicacion me basta, seamos pues amigos, y para siempre.

Á estas palabras tendió la mano á Castro, quien la besó con emocion y respeto. El rey ciñó con sus brazos el cuello

de su leal vasallo, y despues de algunos momentos de silencio, con voz suavizada por el enternecimiento, añadió:

— Vuestra amistad, Hernando, es un bálsamo para mi corazon despedazado. Ya veis á don Pedro de Castilla abandonado de todos, y aun de aquellos á quienes habia colmado de beneficios. La traicion del carcelero es alarmante, los rebeldes que estaban presos, deben haberse escapado. Tomarémos mañana las medidas que exigen las circunstancias; al presente os deseo buenas noches; id á tomar algun reposo, y dejadme, pues necesito serenarme. Venid á verme mañana temprano.

Despues de esta feliz reconciliacion, se separó el rey del noble Castellano, penetrados ambos mutuamente de los mas tiernos sentimientos.

III.

Contratiempos.

Mil sensaciones variadas y tumultuosas agitaron á Hernando de Castro despues de su entrevista con el rey, y un tropel de ilusiones halagüeñas se cruzaron en su imaginacion, hasta que agotada la naturaleza volvió al uso de sus derechos, consiguiendo entregarse al sueño; pero aun en medio de este, se renovaba en su memoria la escena que acababa de pasar, hermoseada con la encantadora perspectiva de volver á ver en breve á su amada Constanza. Estos sueños agradables le entretuvieron hasta la llegada del dia, y entonces se levantó y tomó el camino del alcázar. Vuelto á la libertad y á sus esperanzas de dicha, y respirando el aire puro y delicioso de que habia sido privado por tanto tiempo, volaba mas bien que caminaba, y así muy en breve llegó á la puerta del palacio. Encontró con gran sorpresa suya llenas todas las avenidas y entradas del alcázar,

de un inmenso concurso de diversas personas, cuyas fisonomías expresaban la inquietud ó el terror. Una viva agitacion, un sordo y monótono murmullo, reinaba en la muchedumbre, y todo parecia anunciar alguna gran desgracia, que se temia, ó habia sucedido ya.

Se abrió paso el Castellano por en medio de esta reunion: dirigióse á la grande escalera de mármol, se hizo anunciar, y fue introducido desde luego en el aposento del rey. Le encontró en un estado de agitacion difícil de describir: los ojos de don Pedro despedian chispas de indignacion y furor, y se paseaba aceleradamente por el salon con las manos estrechamente apretadas contra su corazon. El aspecto de don Hernando pareció serenarlo algun tanto.

— ¡Bendito sea Dios! ¡cuántas gracias le doy puesto que os veo, Hernando! exclamó el rey con la mayor agitacion: iba á mandaros buscar, porque me hallo vendido por todo el mundo. ¡Miserables! ¡Si pudiese echarles mano, y enviar al infierno algunas de estas almas falsas y cautelosas! ¡Vive Dios! ¡llegó á persuadirme que mis males serian mas llevaderos!

— ¿Qué significa, señor, el tumulto que se observa en torno del alcázar? le preguntó don Hernando: hablad, disponed de mí, ¿qué es lo que hay que hacer?

— ¡Ay de mí! dijo el rey con amargura, es ya demasiado tarde: nuestras sospechas se han verificado; ese vil carcelero ha puesto en libertad á todos los rebeldes. ¡Un rayo los aniquile! Mas de cuarenta presos han logrado escaparse; y lo que aumenta mi desesperacion es que este malvado y sus cómplices se hallan tambien al abrigo de mi justa venganza. Sí, sí, los miserables se han fugado; pero llevan sobre sí todo el peso de las maldiciones que he pronunciado contra ellos. Como quiera, la justicia no ha perdido enteramente sus derechos, y me quedará una indemnizacion, aunque muy ligera. Al acabar estas frases brillaban sus ojos de indignacion, y parecia detenerse con complacencia en algun recuerdo que le era grato.

No sabia el castellano el juicio que habia de formar de todo aquello. El rey, cuya fisonomía expresaba una indómita satisfaccion, volvió á tomar la palabra:

— ¡No, no, no se han escapado todos! Abrid esta venta, don Hernando.

Obedeció el Castellano, y con grande consternacion, vió en el patio una horca, y colgado en ella al alguacil que en la noche anterior lo habia conducido desde la prision al alcázar.

— Al menos él repuso don Pedro, no ha podido escapar á la suerte que habia merecido, y podrá servir de leccion á sus sucesores. Si este miserable hubiese arrestado al carcelero, como se lo habiais dicho, se hubieran podido evitar tantas desgracias, pero era cómplice suyo: se ha encontrado en sus vestidos la bolsa de aquel traidor, dentro de la cual habia muchas monedas con el cuño de Trastamara.... Á este tiempo fue interrumpido el rey por las voces de un gran tumulto.

— Á fe mia, dijo, que estos perillanes se van volviendo turbulentos; unos sesenta traidores han sido arrestados ya, y acaso el pueblo con su suprema sabiduría considera que nos hemos equivocado. Alborótense tanto como quieran: el momento de la gran crisis se acerca, y don Pedro de Castilla se halla preparado á esperarla.

— ¿Por ventura, señor, teneis algunas razones para temer algun peligro inmediato?

— ¡Temer! Amigo mio, no, no; hay algo mas, estoy cierto; los traidores han dirigido tan diestramente sus baterías, que la explosion puede acontecer de un minuto á otro. Como quiera, mis leales guardias se hallan dispuestos; y si es forzoso sacar las armas, por mi honor os juro que la sangre de este vil populacho correrá á torrentes: ninguno de estos miserables será perdonado.

— Señor, dijo con respeto el Castellano, permitid que mi ardiente zelo por vuestro servicio, os dé un consejo en semejantes circunstancias. ¿No seria, acaso, mas razona-

ble impedir que esta multitud desenfrenada llegue á un exceso siempre peligroso? Considerais, señor, prudente, prender el fuego á la mina propia?

— Ciertamente que hoy manifestais, don Hernando, una rara prudencia; pero por ahora me permitireis que no siga vuestros consejos. ¡No, por vida de mi espada! no me envileceré hasta entrar en transaccion con mis vasallos rebeldes. Hasta el fin seré rey de Castilla; sin temor he vivido, y sin temor moriré, si Dios y Santiago me ayudan. Pero otros asuntos mas importantes reclaman nuestra atencion; debo haceros saber, con tanto dolor como indignacion, que el bastardo se acerca á Toledo y que acaso en este mismo momento está poniendo sitio á aquella ciudad.

— Debeis recordar, señor, que Toledo es una ciudad fiel, y que se halla defendida por dignos y valientes caballeros.

— ¡Ah! Hernando, exclamó el rey con amargura, ¿quién me responderá de su fidelidad en estos tiempos tan tempestuosos? Acaso no veo diariamente la vergonzosa defeccion de aquellos que parecian los mas adictos á mi causa? ¿Qué pensais, añadió, de vuestro futuro pariente, del noble caballero don Egas de Vargas?

— ¿De don Egas? — Yo pienso seguramente que no habrá abrazado el partido de los rebeldes.

— No abiertamente; pero esta antigua veleta se ha retirado con su acostumbrada prudencia, para ponerse al abrigo de la tempestad que nos amenaza. Bajo el pretexto de ver á su hija, ha dejado la corte, y pasado á su castillo, donde sin la menor duda cuenta permanecer pacífico espectador de la lucha que se prepara. Con su ordinaria circunspeccion espera el resultado de los acontecimientos para decidirse. ¡Al diablo con estas miserables políticas! Pero que se guarde, añadió con voz amenazadora, porque este exceso de prudencia podría serle funesto.

— Señor, dijo Hernando, sean cuales fueren los yerros de don Egas, creo poder responder de que al menos no se

declarará jamás por enemigo de don Pedro.

— Deteneos, Hernando, dijo el rey: parece que habeis olvidado que no sois muy feliz en el punto de salir garante por otros: recordad que queriais responder con vuestra vida de su fidelidad algunos dias antes de la batalla de Nájera. Despues de algunos momentos de silencio, añadió: Es indispensable, Hernando, que me ponga en campaña para oponerme á los progresos de este maldito bastardo. El mal aumenta de cada dia; pero, á Dios gracias, espero expulsarlo de mi reino, ó morir en la empresa. Mahomet, rey de Granada, viene en mi auxilio con todas las fuerzas que ha podido reunir. Mañana dejaré esta ciudad al frente de mil hombres escogidos, y luego que me halle reunido con los aliados, marcharé contra los rebeldes. Deseo asegurar vuestra futura felicidad, de modo que nada pueda alterarla por desgraciados que sean mis negocios, como única expiacion que pueda reparar los perjuicios que os he causado. Quiero pues, que inmediatamente vayais á reuniros con Constanza para conducirla al altar; y despues volveréis á fijaros en Sevilla, de donde os nombro virey con poderes ilimitados. Si don Pedro puede hacer algo mas por su amigo, hable este, pues sus deseos quedarán satisfechos con anticipacion.

Se sintió Hernando tan conmovido con estos generosos ofrecimientos, que estuvo algun tiempo sin poder responder á ellos, fijando sobre don Pedro, cuyas facciones expresaban la serenidad y nobleza, sus miradas llenas de adhesion y reconocimiento. Como quiera, el jóven caballero tenia harta elevacion de ánimo para dejarse sobrepujar en generosidad, y así le dijo con tierna emocion:

— Noble señor, no me es posible aceptar vuestros generos ofrecimientos; y conoceis mal á Hernando de Castro, si lo juzgais capaz de gozar de la paz y tranquilidad, mientras que su soberano quede expuesto á los peligros y lazos que le rodean. He sido siempre, señor, el compañero de vuestra suerte; el puesto de honor está á vuestro lado, no me obligueis á abandonarlo. ¿Podria acaso participar de

la felicidad, cuando mi patria y mi rey se hallan amenazados de tantas calamidades?

Encantado el rey de oirle expresar tan generosos sentimientos, le respondió: — Reflexionad que vuestro puesto no estará exento de peligros. Una grande reponsabilidad pesará sobre vos, cuando el gobierno de esta ciudad será confiado á vuestros cuidados, y no encontraréis en ella la paz y tranquilidad que pareceis temer; fuera de esto, tiene Constanza sobre vos los mas justos derechos.

— Estos derechos, señor, no pueden ser mas sagrados que los del honor y el deber. Ellos me ordenan seguiros al campo de batalla, y no me haré sordo á este llamamiento. Conozco además suficientemente á Constanza, y no me queda duda en que será la primera que apruebe mi conducta, pues tiene harta generosidad y grandeza de alma para posponer su felicidad personal á la gloria y honra del objeto de su amor.

— ¡ Es una noble dama! exclamó el rey con emocion, y bien merece todo el amor de un valiente caballero que ha sido bastante feliz para ganar su corazon. Dadme la mano, Hernando; no os estrecharé mas sobre este asunto, y acepto gozoso los servicios del único amigo con que puedo contar. Dejarémos juntos mañana á Sevilla. Id pues, haced vuestro preparativos para la marcha, y anunciad á Constanza vuestra resolucion ¡Protéjaos el cielo á ambos! ¡ y pueda yo ser testigo de vuestra union! Mis aliados son valientes, y aunque no tengan una nombradía igual á la de los caballeros ingleses, pueden tambien contribuir al triunfo de mi causa. Sea cual fuere el éxito, no alcanzará tan fácilmente el bastardo la victoria; y si está escrito que la usurpacion deba preponderar, si don Pedro de Castilla debe caer, arrastrará en su caida á millares de sus enemigos; y téngase por seguro que el sitio en que yo caiga estará regado con la sangre de los rebeldes. Pronunció estas palabras con una expresion capaz de hacer helar el corazon mas intrépido, y se separó de Hernando, quien fue á disponerse para la partida.

El rumor que se habia esparcido de que el rey saldria de Sevilla al siguiente dia puso á esta ciudad en movimiento. Numerosos grupos recorrian las calles, y era muy difícil contener esta multitud tempestuosa en los límites de la subordinacion. El rey se habia hecho generalmente tan odioso por sus crímenes y sus actos arbitrarios, tantas veces repetidos, que encontró pocos vasallos leales, aun en el seno de las clases plebeyas, de que se habia declarado protector; porque manchaba sus juicios imparciales con otros actos que no respiraban mas que venganza. Sus secretos enemigos no habian tenido que trabajar para hallar diariamente en su conducta nuevas armas contra él mismo; y don Pedro habia despreciado siempre los consejos de sus mas leales vasallos. Habia provocado el resentimiento de su generoso aliado el príncipe Negro, infringiendo los artículos de su tratado; en fin habia tomado todos los medios de precipitar á sí y á su reino en el espantoso abismo que estaba abierto para recibirlo. El descontento general y el abandono en que dejaba á toda la nobleza en semejante momento, eran hechos para alarmar al mas intrépido; pero el rey de Castilla se gloriaba de ser inaccesible al temor. La peligrosa situacion en que se hallaba, no le inspiraba inquietud alguna; un solo sentimiento lo dominaba, y era el no poder anonadar á sus enemigos. Ni el arrepentimiento de sus yerros, ni el remordimiento de sus crímenes, habian logrado acogida en su corazon.

Era bien extraño que un hombre como él, dotado de brillantes cualidades morales, de un talento fino y penetrante, y de una imaginacion la mas viva, en medio del tropel de sensaciones diversas que le agitaban no hubiese tratado un solo momento de su propia conservacion. Acostumbrado á exponer su vida con una rara intrepidez, no pensaba que la vida fuese de algun precio al lado de una corona. Su rencor por don Enrique y sus allegados se extendia hasta aquellos de sus vasallos que habian abrazado el partido rebelde, y hubiera dado hasta la última gota

de su sangre para asegurar su venganza. Era pues, casi milagroso el que don Pedro existiese, en un siglo en que la muerte violenta de un rey no era considerada sino como una medida política muy digna de escusa; y esto era tanto mas extraordinario, cuanto nada era mas fácil que hacerlo perecer, pues que no tomaba la menor precaucion para su seguridad, y era bien conocido su gusto por las excursiones nocturnas, que regularmente hacia acompañado de solo uno ó dos de sus allegados, y aun á veces sin compañía alguna. Reflexionando acerca del encono casi universal que inspiraba, no se puede atribuir la conservacion de su vida mas que al temor que causaba su aspecto, y á su reputacion justamente adquirida de valor, fuerza y actividad. Estas cualidades, unidas á la ferocidad de su carácter, le hacian naturalmente formidable hasta á los mas atrevidos. Pero en esta ocasion la noticia de su partida reanimó todos los sentimientos rencorosos de los descontentos, y disminuyó su terror. El poderoso influjo de su presencia habia podido impedir por sí solo el tumulto, mas el anuncio de su salida parecia ser el de una insurreccion general.

Tales eran las disposiciones de los habitantes de Sevilla: y don Hernando se sentia penetrado de dolor al ver el rencor que se desplegaba por todas partes contra el rey. Maldecia en su interior á la vil é inconstante plebe, siempre dispuesta á volverse á cualquier viento á merced de la caprichosa fortuna. En medio de sus yerros habia don Pedro probado su imparcialidad, y el deseo de proteger á las clases bajas, que miraba como oprimidas por los magnates de Castilla. Reprimiera las ambiciosas pretensiones de los grandes y del clero, protegiendo siempre la causa del pueblo; y ahora este pueblo ingrato se levantaba tambien contra él. Don Hernando despreciaba interiormente á estos miserables, á quienes ningun beneficio por grande que fuese era capaz de adherir, y llegó á su morada pudiendo apenas reprimir la indignacion que le habian hecho experimentar

las escenas de que acababa de ser testigo.

Al entrar en ella se suavizaron los misantrópicos sentimientos de don Hernando, á la vista de dos hombres, que aunque en la clase mas humilde, habian sido dotados por la naturaleza de pensamientos tan nobles y generosos, que hubieran hecho honor al mas ilustre caballero de Castilla: Eran Rufino y Pimiento, que esperaban su vuelta con ansiedad, y le acogieron con sinceros y vivos transportes de regocijo. Deseaba Rufino con impaciencia felicitarlo por su salida de la prision, circunstancia de que á justo título podia acaso reclamar todo el honor, siendo el único que se aprovechó del libre acceso que tenia cerca del rey, para interceder en favor del noble caballero. Sin embargo, la justicia nos obliga á decir, que aunque tuviese don Pedro un carácter violento y arbitrario, se entregaba á veces á reflexiones profundas en los intervalos de tranquilidad que le dejaban sus embravecidas pasiones, y en uno de aquellos momentos habiase penetrado de toda la injusticia de su procedimiento con don Hernando, apresurándose á repararla del modo que hemos visto en el capítulo antecedente.

En cuanto á Pimiento, este habia llegado de Valpardo en el dia anterior, causándole el mayor cuidado la noticia que tuvo de la prision de don Hernando. Reunido allí don Egas con su hija rehusaba prudentemente entrometerse en este negocio, pues se hubiera visto precisado á volver á la corte, ó entrar en relaciones con el rey, y en la situacion en que los asuntos se encontraban le prohibia su política una y otra alternativa. Cediendo Constanza al impulso generoso de su corazon, resolvió de pronto ir á echarse á los pies del rey; pero la voz de la razon y el conocimiento que tenia del carácter de don Pedro la descubrieron muy en breve todo el peligro de semejante procedimiento, que acaso no serviria sino para causar su ruina y vergüenza, sin mejorar por esto la suerte del amado ser por quien lo hubiera intentado. Estas reflexiones y la reserva

y timidez naturales á una mujer la impidieron felizmente que ejecutase su proyecto, pues la favorable mudanza que se habia obrado en los sentimientos del rey en favor de Hernando no se hubiera acaso verificado, si la vista de Constanza se hubiese interpuesto inflamando de nuevo la pasion de don Pedro.

Luego que hubo satisfecho Pimiento á todas las ansiosas preguntas de su amo, le dijo este: —Sea bendita la casualidad que aqui te conduce, pues he menester tu asistencia.

—Señor, respondió el escudero, ordenad lo que gusteis, pues siempre soy vuestro humilde servidor.

—Regresarás pues á Valpardo, y llevarás á Constanza una carta que la hará saber mi reconciliacion con el Rey, que desea vernos unidos lo mas pronto posible. Pero me veo precisado á retardar aun tan deseado momento, pues mi poder me obliga á seguir á don Pedro al campo del honor.

—Este es el deber de todo buen caballero, dijo el escudero gravemente. ¡Cuán feliz soy al oiros profesar tan nobles sentimientos! El amor del Cid por la bella Jimena jamás le hizo sordo á la voz del honor; al contrario, sus triunfos nunca le parecian mas deliciosos que cuando volvia á deponer sus laureles á los pies de la dama de sus pensamientos, y que se consideraba recompensado de todas sus penalidades con el amable rubor y celestial sonrisa que le acogian á la vuelta de alguna brillante empresa. Los caballeros mas valerosos y de mas nombradia de todos los paises, no se han adquirido jamás mayor gloria que cuando acallaban el amor para volver á los combates; así se condujo don Martin Pelaez: seguid su ejemplo, señor, y el cielo y nuestra amada señora Constanza os recompensarán. ¡Dios y Santiago sean con vos!

—Muy bien dicho, continuó Hernando sonriéndose. Yo seguiré tus excelentes consejos, y te ruego marches lo mas pronto posible, pues me consta que no te asusta un poco de fatiga cuando se trata de servir á tu amo.

— Así es, respondió Pimiento muy gozoso. En semejante ocasion, encuentro de nuevo toda la elasticidad de la juventud y mi primitiva energía. Estoy dispuesto, señor don Hernando, á obedecer vuestras órdenes; pero os suplico humildemente me permitais volver á vuestro encuentro tan luego como haya desempeñado mi encargo. Un leal escudero no debe separarse de su amo en la hora del peligro. Si recordais la conducta que observaron los escuderos de los mejores caballeros....

— Por ahora, amigo mio, interrumpió don Hernando, dejemos en paz las cenizas de esos buenos escuderos. Estoy convencido de su mérito, y no tengo intencion de oponerme á vuestros deseos; así pues, podemos ocuparnos en asuntos mas importantes. Y vos, Rufino, añadió: ¿supongo que no habeis formado la resolucion de quedaros en Sevilla?

— No, señor, respondió el zapatero; el Rey me ha hecho el honor de destinarme cerca de su persona, y mañana dejaré con él una ciudad donde yo mismo extraño haber conseguido escapar de todos los lazos que se han tramado contra mi existencia, pues tengo el presentimiento de que tarde ó temprano vendré á perecer de muerte violenta. He ofendido á ciertas gentes que jamás perdonan: mas sea cual fuere mi destino, quisiera recibirla en el campo de batalla.

— Animo, amigo mio, le dijo, vuestra melancolía se aumenta de dia en dia: arrojad de vuestro pensamiento estas ideas funestas, que son el fruto de una imaginacion enferma.

— No, no señor, respondió Rufino con triste sonrisa y sacudiendo la cabeza en ademán de desaliento; siento en mi corazon una voz secreta que me amenaza con una muerte espantosa, y mi corazon ha sido siempre para mi el profeta de la desgracia. Si, las negras visiones, los sueños de la muerte y el peso enorme que oprime mi pecho son avisos harto seguros de los horrores que me amenazan. Sí, añadió fijando con viveza la vista en el caballero, la sangre

pide otra sangre y la mia debe correr. No es la muerte de los valientes la que me está reservada, mi fin será horrible y tenebroso. Lo sé, lo conozco por una intima conviccion, y no puedo engañarme; pero cúmplase la voluntad de Dios.

Se esforzó el Castellano en disipar los sombrios presentimientos del zapatero; pero este hombre singular se hacia cada dia mas fantástico y extraño, y era además víctima de mil terrores quiméricos, que añadidos á la natural austeridad de su carácter, le hacian á un tiempo mismo objeto de temor y de lástima.

A la mañana siguiente muy temprano se hallaba don Hernando en el alcázar, dispuesto á partir: un inmenso tropel de gente obstruia todas las avenidas de la residencia real: en todas partes reinaba la mayor agitacion, y se oian confusos murmullos. Todo hacia temer que acaeciese alguna violencia en el momento en que saldria el rey del alcázar. Sin embargo de estos síntomas, no daba don Pedro, señal alguna de inquietud, ni tomaba la menor medida para su seguridad. Salió intrépidamente de su palacio, y se halló en breve en medio de la turba tumultuosa y amotinada, que á su vista quedó reducida á la impotencia. Saltó ligeramente sobre su caballo y dirigió á la plebe una mirada de indignacion y arrojo. D. Hernando se mantuvo á su lado; un corto número de nobles leales le seguian, y al frente de mil valientes soldados salió de la ciudad la comitiva real.

En Carmona se descubrieron á lo lejos las tropas de Mahomet, y en breve se verificó la mas cordial entrevista de ambos reyes. Las fuerzas que este aliado le conducia solo se componian de tres mil hombres; pero eran tropas escogidas y capaces de ejecutar cualquiera grande empresa. Miraba don Pedro el corto número de sus tropas con mas indignacion que temor, pues no encontró en el punto de reunion á ninguno de los grandes á quienes habia ordenado se reunieron á sus banderas. Dirigió su marcha hácia Ecija, donde recibió algunos refuerzos, y habiendo sabido que los habitantes de Córdoba acababan de insurreccionar-

se resolvió hacer un ejemplar con aquella ciudad rebelde, á cuyo fin condujo allí sus tropas con una actividad extraordinaria. Llegado delante de sus baluartes, atacó vigorosamente las torres llamadas de Calahorra, situadas entre las puertas de la ciudad y el Guadalquivir. Despues de una dura resistencia, la fortaleza fue ganada, y todos aquellos de sus defensores que no buscaron su seguridad en la fuga, fueron pasados á cuchillo.

Se dirigió entonces don Pedro hácia la ciudad; pero sus habitantes, lejos de desanimarse por la pérdida de las torres, estaban dispuestos á oponer al rey la mas vigorosa resistencia; y con tanta prontitud como resolucion demolieron dos arcos del puente que se halla en aquel paraje sobre el Guadalquivir. Por este feliz medio impidieron al rey el que llegase hasta la ciudad. Bramando de coraje, volvió don Pedro al campamento, y reflexionando que inventaria inútilmente medios para apoderarse entonces de aquella ciudad rebelde, reunió sus tropas é hizo una proclama, en la que declaraba á todos los habitantes de Córdoba traidores y rebeldes, y acreedores á ser tenidos para siempre por tales; é hizo en seguida juramento de que si esta ciudad caia en su poder la reduciria á cenizas sin dejar el menor vestigio que pudiese revelar á los siglos futuros el sitio en que habia existido.

Felizmente esta amenaza no se vió cumplida, porque el rey se encontró obligado á dirigir su atencion sobre otros puntos, donde sus negocios tomaban un giro mas desagradable. De esta suerte se salvó Córdoba de una destruccion inevitable, porque si hubiese tenido la desgracia de caer en manos del rey, no se puede dudar que hubiera cumplido religiosamente su juramento.

IV.

El espía.

No es nuestro ánimo entrar en todos los pormenores de la guerra que tuvo lugar entre ambos hermanos rivales, tanto mas encarnizada, cuanto el objeto de esta rivalidad era una corona; sino manifestar únicamente sus principales acontecimientos, que son como otros tantos eslabones de la cadena que une entre sí á las diferentes partes de esta obra. Despues de haber visto frustrarse su proyecto de posesionarse de Córdoba, recorrió don Pedro todas las principales ciudades del reino, con el objeto de reunir soldados y municiones. Muy importante le era anticiparse á la rendicion de Toledo, sitiada por don Enrique, que contaba en aquella ciudad con un número considerable de partidarios. Durante este tiempo Mahomet, el aliado del rey, se apoderó de Ubeda y Jaen, y con el pretexto de castigar la insurreccion de estas ciudades, las trató con la mas horrible crueldad, dando libre curso á sus rapiñas. Los mayores excesos fueron cometidos, pues el musulman, que jamás podia ser amigo sincero de los cristianos, no dejaba escapar ocasion alguna de satisfacer su antiguo rencor y ambicion. Estas vejaciones aumentaron la desafeccion del pueblo para con su rey, en cuyo nombre y aparente sancion se cometian tales desórdenes. Aquellos que hasta entonces se abstuvieron de declararse por uno ú otro partido, exaltados ahora por la tiranía de los mahometanos, se apresuraron á colocarse bajo las banderas de don Enrique. Á pesar del corto número de sus tropas, avanzó don Pedro animosamente hácia Toledo, que se hallaba cercana á entregarse; y llegó hasta muy cerca de aquella célebre ciudad con una celeridad extraordinaria, resuelto á presentar la batalla sin la menor dilacion.

El combate se verificó muy de mañana; pero á pesar de los prodigios de valor que hicieron el rey, don Hernando, y algunos fieles realistas, el pequeño ejército de don Pedro fué completamente derrotado. Los mahometanos huyeron vergonzosamente casi al principio de la batalla; y los castellanos, despues de inauditos esfuerzos para suplir esta falta, tuvieron al fin que abandonar el campo, dejando y arrojando cuanto podia servir de estorbo á su retirada. Consiguió don Pedro sin embargo ejecutarla en buen órden, al frente de un corto número de valientes, y despues de muchas fatigas y peligros llegó por la tarde cerca de la pequeña ciudad de Orcajo.

Todo el dia habia guardado don Pedro un triste silencio, y hasta don Hernando no se atreviera á turbar sus meditaciones. Su fisonomía expresaba á un mismo tiempo un feroz desengaño, y un insaciable deseo de venganza. Parecia que miraba su causa como perdida, y exclamaba en medio de la amargura de su dolor: ¡Maldicion sobre todos esos viles rebeldes! ¡Mas, don Pedro vive aun, y algunos golpes se han de dar antes de que sea completa su ruina!

La noche llegó, y quiso entrar en Orcajo, pero mudó de parecer por haberle hecho presente sus fieles amigos que esta reducida ciudad estaba enteramente decidida por don Enrique. El rey, sin embargo de su desprecio por los peligros, consintió en evitar esta imprudencia.

— Esta selva, dijo, será pues nuestro asilo por esta noche.

En este momento un grito agudo atrajo la atencion del pequeño ejército, pareciendo ser arrancado por el dolor. Un anciano cubierto de andrajos salió de repente del bosque, corriendo con la rapidez de una flecha, y manifestando todos los síntomas de la locura. Al llegar cerca del rey fijó sobre él ansiosas miradas, y exclamó con una voz interrumpida por el dolor y la indignacion.

— ¡Ó rey cruel! ¡acuérdate de mí! ¡acuérdate del desgraciado platero, de aquel padre á quien has privado de su

hijo! Escúchame por la segunda vez, mientras que tu ejército se halla derrotado, y tú mismo huyes presuroso ante las victoriosas banderas de don Enrique. ¡Ay de ti! porque la ruina te sigue de cerca, y no puedes evitar la suerte que te amenaza. Solo te queda muy corto tiempo de arrepentirte: arrepiéntete, hombre desapiadado, y guárdate entretanto del águila de Bretaña y de la torre de la Estrella! Y al terminar estas frases desapareció.

— Gracias á Dios, marchó ya el viejo embustero: apenas he podido contener mi cólera. Véame condenado, privado de mi corona, y aun muerto en medio del desprecio universal, si obtiene el bastardo una victoria fácil. Es una corona de hierro la que debe conquistar, y aun se halla en poder de una mano y de un corazon del mismo metal. ¡Oh! ¡que no pueda encontrarlo solo, con armas iguales!.... ¿Iguales dije? No, no, aun cuando se halle cubierto de una triple armadura de acero: ¡el combate no seria largo!

Todas sus facciones se hallaban desencajadas, palpitaba su seno, terrible era su mirada, y parecia saborearse con solo la idea de la venganza. Sin embargo, en breve trató de calmarse, y afectó que miraba con el mayor desprecio la prediccion del platero judio; pero su fisonomía expresaba con sobrada claridad que las palabras del anciano habian hecho mas impresion de la que pretendia confesar. Su reducido ejército agotado de fatiga, trató de disfrutar algunos momentos de reposo bajo los árboles de la selva; mientras que entregado don Pedro á mil emociones diferentes, observaba cuanto pasaba en torno suyo con ademan pensativo, como si hubiese tratado de decidir que plan de conducta le convendria adoptar.

Segun la natural inclinacion de su carácter, se hubiera precipitado gustoso sobre la ciudad vecina para satisfacer su deseo de venganza sobre una parte de sus enemigos; pero conoció la locura de semejante tentativa, que solo serviria para asegurar á sus enemigos un triunfo fácil.

—No, no, exclamó, como si hubiera tomado interiormente alguna resolucion: mas vale que me reserve para un momento mas favorable, que seguramente llegará, á pesar de los siniestros presagios que me asedian por todas partes. Así pues, don Hernando, es preciso que pasemos aquí la noche, porque la fatiga impide continuar la marcha al corto número de valientes que me han permanecido fieles. ¿Pero estarémos seguros de alguna sorpresa? pues en estos tiempos gloriosos en que la traicion se ha hecho una virtud suprema, no dudo que esos rebeldes sabrán en breve que su rey, que tanto estorbo les hace, se halla errante cerca de sus muros. Mi buen Hernando, añadió con voz baja y expresiva, si algo temo, es caer vivo en poder de estos malditos traidores. ¡Oh si semejante suerte me estuviese reservada! Cuento contigo con toda seguridad, y espero que demostrarás ser mi verdadero amigo, y que tu puñal, terminando mis desgracias, privará á estos miserables del delicioso espectáculo que les ofreciera su rey cautivo y condenado á soportar sus insultos, é incapaz de resistir y vengarse de otra suerte que con el desprecio.

—¡Oh! señor, respondió el Castellano, no hableis así: os abandonais con exceso á pensamientos funestos: tratemos mas bien de ponernos al abrigo de una sorpresa. Un destacamento de soldados escogidos puede ser colocado á alguna distancia, á inmediacion de la ciudad, á fin de dar la voz de alarma á la menor apariencia de peligro; y confiarémos este puesto á personas cuyo celo y fidelidad sean á toda prueba.

—¿Y dónde los hallarás, Hernando?

—Yo me encargo de ello: aun quedan algunos verdaderos castellanos que poseen estas cualidades, y que han permanecido puros en medio de la atmósfera corrompida que los rodea.

Llamó entonces don Hernando á Pimiento y á algunos de sus compañeros, sobre cuyo valor y lealtad sabia que podia contar.

— Pimiento, le dijo, pongo esos hombres á tus órdenes. La mas importante mision se halla confiada á tu honor y conocida adhesion: del modo con que la desempeñes depende la seguridad de nuestro soberano; y te conozco bastante para estar cierto que nada mas tengo que decirte sobre ello.

— Señor don Hernando, aprecio sobre manera, contestó el escudero, el honor poco merecido que me haceis, para que deje de esforzarme en justificar la buena opinion que os debo.

En seguida se puso al frente de la pequeña tropa que mandaba, y se apostó en un paso estrecho, á cosa de media milla del bosque, inmediato al camino que conducia á la ciudad, desde cuyo punto podia ver á los que transitasen por él sin riesgo de ser descubierto.

Seguro don Hernando de la vigilancia de Pimiento, dejó al rey para descansar algunas horas, á fin de poder á la mañana siguiente continuar su marcha hácia Almagro, ciudad que permanecia aun fiel á la causa de don Pedro. Mas no se sentia el rey deseoso de dormir, pues su ánimo se hallaba harto agitado para que pudiese entregarse al reposo; mientras que sus compañeros agobiados de cansancio se hallaban tendidos sobre la alfombra campestre, sumergidos en el sueño mas profundo, solo el rey, en pie, en medio de su campamento se paseaba aceleradamente, ó se apoyaba contra el tronco de un árbol; aunque agitado por los mas fatales presentimientos, no por esto se mostraba abatido, porque su natural firmeza lo elevaba sobre los golpes de la fortuna; mas no podia sin embargo dejar de sentirse poseido de un furor amargo y frenético, viéndose en tanto abandono. Era rey, y sin embargo le era preciso velar por su propia seguridad en medio de su reino, pareciéndole que no habia un solo corazon que simpatizase con el suyo. Veia en don Hernando un amigo seguro, un servidor decidido y un guerrero intrépido; pero la igualdad de su ánimo y la resignacion que jamás le abandonaban, aun en las mas

críticas circunstancias, no se avenian con las pasiones tempestuosas del rey. No era pues extraño que hallase mas armonía con el trato del zapatero Rufino. El genio brusco y melancólico de este leal vasallo unido á tanto valor y nobles cualidades bastaba para interesar en su favor; y el rey en medio de su grandeza no podia dejar de reconocer una especie de semejanza entre su suerte y la de aquel.

Durante este tiempo, Pimiento, orgulloso dela confianza que se le manifestaba, todo lo ponia en olvido para no pensar mas que en el importante encargo que se le habia cometido. Se miraba tan honrado con él como el mas famoso caballero de España, y se decia á sí mismo con satisfaccion que la vida del rey dependia de su fidelidad.

Para fortificar á sus soldados en sus buenos sentimientos les hizo una arenga interminable, tratando de probarles con una multitud de ejemplos sacados de la historia que si llenaban fielmente su mision merecerian por recompensa la aprobacion del mundo entero. Favoreció entonces á sus oyentes con la larga narracion de las proezas y valerosos hechos de armas de sus héroes favoritos, y consiguió con bastante destreza poner en paralelo el importante papel que desempeñaba con algun acontecimiento particular de la vida sorprendente de Bernardo del Carpio, del Cid, de Martin Pelaez, y de otras notabilidades caballerescas, á que consagraba un culto su acalorada imaginacion. Semejantes discursos eran perdidos para estos soldados ignorantes; le escuchaban en profundo silencio, que era mirado por Pimiento como una evidente prueba de su respeto y aprobacion, y su amor propio se hallaba lisonjeado. Ninguno de ellos, sin embargo habia comprendido una sola palabra de toda esta jerga heróica; mas la elocuencia del escudero les ayudaba á pasar el tiempo, y asi como otros muchos en semejante ocasion, los oyentes del buen Pimiento se mostraban admirados de lo que no comprendian.

La atencion del escudero no obstante se dirigió hácia un

objeto de mayor interés que las atrevidas hazañas del Cid campeador. Se oyó un ligero rumor, como si alguno se acercase con precaucion silenciosa por entre las matas para observarlos; y en el propio instante Pimiento y sus soldados se mantuvieron alerta.

— Como soy cristiano, dijo el escudero en voz baja, algun espía nos está escuchando. ¿No lo estais oyendo, amigos mios?

— ¡Silencio! murmuró uno de los soldados, no hagamos ruido, y en breve sorprenderémos al enemigo.

Se levantaron entonces cuidadosamente, y repararon á corta distancia á un hombre que parecia los estaba acechando. Se abalanzaron para prenderlo; pero el perillan huyó precipitadamente hácia el pueblo con una rapidez extraordinaria. Pero por desgracia suya, contábase entre los soldados un corredor no menos diestro. Conoció el espía su peligro, é hizo los mayores esfuerzos para llegar al pueblo; pero se hallaba postrado por el cansancio, y le fue forzoso aflojar su carrera. Su adversario era mucho mas robusto, y aunque acaso menos ágil, le alcanzó al fin, y se apoderó de él, pues el infeliz no parecia tan experto en el uso de sus brazos como en el de sus pies. Se dejó pues prender como un cordero y conducir á la presencia del célebre Pimiento sin hacer ensayo de la menor resistencia. ¡Pero cuál fue el asombro de nuestro escudero, cuando reconoció en el espía á su antiguo camarada Pardillo, el sirviente de don Egas de Vargas!

— ¡Bendito sea Dios! dijo Pimiento santiguándose, ¿no sois acaso Bernabé Pardillo, ó me engaña mi vista?

— ¡Ah! señor Pimiento, respondió aquel con tono lastimero: el mismo soy, pobre pecador de mí.

— ¡Pecador! en efecto, respondió gravemente el escudero: pues no debes ignorar que el oficio que desempeñas es todo lo que hay de mas bajo y criminal. Yo sospecho, Dios me perdone, que venias aquí con proyectos bien siniestros, porque no hay hombre que pueda venir á rondar

y espiar sino con designios los mas perversos á semejante hora y en un lugar tan solitario; sí, tan solamente un pícaro ó un loco pudiera hacerlo; y siento decirlo, Pardillo, si mal no te conozco, no es de locura de que puedan acusarte. Sea como fuere, prepárate para hacerme una exacta y fiel narracion de los motivos que te conducian aquí; pues ya ves, amigo mio, que me hallo en disposicion de hacerte pasar un mal rato; y al decir estas palabras, llevó Pimiento la mano á su cuello, haciendo un ademan muy significativo.

— ¡Virgen, Santa! exclamó Pardillo con tono sumiso: no hableis así, mi buen Pimiento. Yo sé que siempre habeis tenido la reputacion de ser el mejor de los hombres, y estoy seguro de que no querriais tratar tan cruelmente á un antiguo camarada, que os ha respetado siempre, y no sin razon, porque os he conocido tan bueno, tan humano, tan generoso!

— Está bien, dijo el escudero, no se trata de esto: no te pido que vayas cantando mis alabanzas, ni hables de mis virtudes, le estaria muy mal visto á un pecador como yo; lo que te digo es que me des razon de tu conducta.

— Sí, sí, por san José bendito, dijo uno de los soldados, y le aconsejo que lo haga pronto, si no quiere tragar dos ó tres pulgadas de mi toledana. Estas palabras y el gesto con que las acompañó produjeron sobre el espía un efecto repentino: extremecióse involuntariamente y perdió el color del rostro.

— ¡Dos ó tres pulgadas! exclamó alarmado: seguramente no pensaréis en asesinarme. Considerad, amigo mio, que no soy culpable de crímen alguno, sino tan solo de haberme paseado con el resplandor de la luna, y de haber huido cuando he visto que me perseguian; y aun en este caso no soy el mas culpado, pues vuestro camarada ha probado que sus piernas eran aun mejores que las mias.

— Pocas bufonadas, respondió el soldado, señor bergante: ellas no corren por aquí. Voto á san Juan que te en-

gañas groseramente si crees pagarnos con malas chanzas; lo que te importa es hablar, y que sea prontamente, porque te queda muy poco tiempo: vamos, confiésate.

—¿Y me aseguras que obtendré la absolucion? respondió Pardillo.

—¡Malhaya el pesado bufon! exclamó Pimiento indignado: habla con formalidad, ó por la espada del Cid, vas á maldecir este dia.

—¡Ah! señor Pimiento! bien sé que este juramento es sagrado para vos, y....

—Todos los juramentos son sagrados para mi, respondió con gravedad el escudero: pero continua escusando palabrerias, pues en verdad que si eres sobrado de ideas, eres tambien pródigo de palabras.

—¡Y bien! señores, dijo el espía con humildad: yo os confieso, que como conozco perfectamente todos los rincones de la comarca se me ha antojado recorrerla para informarme de lo que pasa en ella, ó mas bien me han amenazado con la muerte si rehusaba hacerlo: la necesidad, y no mi inclinacion me han obligado á ceder, y Dios me es testigo que no he dado principio á mi forzada inspeccion, sin bastantes remordimientos de conciencia. Así pues, señores, ya veis que no hay culpa mia en este negocio, y así os suplico me dejeis partir.

—¡Dejarte partir! contestó Pimiento, mucho siento verme obligado á negártelo, pues debes ser conducido ante el rey don Pedro, y él será quien decida de tu suerte.

—¡Vírgen santa! exclamó el espía consternado: harto lo preveo, su decision no dejará mucho tiempo mi cabeza sobre los hombros.

—Esto nos es indiferente, respondió uno de los soldados con frialdad.

—Muy bien lo creo, repuso Pardillo, pero considerad os ruego que á mi esto no me es igual. ¡Gran Dios! la sola idea de verme delante de don Pedro me hace extremecer!

—Tanto peor para ti, observó Pimiento, pues estas pre-

venciones son fuertes pruebas contra ti. Un hombre honrado no teme á nadie.

— Pero, mi buen señor Pimiento, el temor es inherente á mi carácter, por lo tanto no es prueba de crimen. ¡Ahora pues, en nombre de todos los santos, dejadme partir!

— Todas las súplicas son inútiles, respondió gravemente el escudero.

— ¡Y es el bueno, el compasivo Pimiento, el que habla así! ¿que se han hecho aquellos sentimientos caballerescos, aquel ánimo generoso, que le hacian respetable á toda la casa de don Egas de Vargas? ¡Ay! ya veo que es mas fácil hablar de humanidad y generosidad que ponerlas en práctica. ¡Ah, señor Pimiento! ¿habeis por ventura olvidado aquellos caballeros tan famosos, vuestros modelos favoritos? No hubieran tratado seguramente con tanta barbarie á un pobre diablo de poca nota como yo, á un pobre miserable, que se ha visto obligado á desempeñar una mision cuyos riesgos ignoraba. Recordad, ¡ó generoso Pimiento! aquellos grandes ejemplos de magnanimidad con que divertiais las largas noches del invierno en el castillo de Vargas. Recuerdo que cierto dia hablando de Bernardo del Carpio, nos citasteis un ejemplo de su clemencia; mas, ¡ay de mí! ¿porqué me canso en apoyarme con la autoridad de estos nombres históricos, cuando veo que se apagó en vos todo el espíritu de la caballería?

— Buenos estamos ahora, á fe mia, para tratar del espíritu de la caballería, exclamó uno de los soldados impaciente; es el espíritu de Satanás, el que se ha apoderado de este bribon, de este insidioso traidor, que trata de embromarmos con sus extravagancias; ¿para qué necesitamos de la caballería de Bernardo del Carpio, y estas otras necedades tan ridículas.

— No son necedades, respondió Pimiento con mucha dignidad, y os ruego elijais mejor vuestras expresiones cuando hableis de materias tan importantes. ¡Qué vergüenza! ¡Es posible que un soldado insulte de un modo tan gro-

sero la memoria de Bernardo del Carpio, uno de los mas famosos capitanes y caballeros que la cristiandad haya producido jamás!

— Es bien cierto, repuso Pardillo, aprovechando diestramente esta circunstancia; como lo atestiguan sus admirables hazañas en la memorable batalla de Roncesvalles.

— ¡Lo atestiguan! dijo Pimiento animándose mucho mas; su conducta heróica....

— ¡Oh! exclamó Pardillo levantando los ojos al cielo: ¡era un héroe casi sobrenatural, tan grande como el Cid, y acaso mas grande! ¿Qué decís sobre ello, señor Pimiento? pues vuestro voto es de mayor peso que el mio en esta materia.

— No es acto prudente, respondió Pimiento con gravedad, establecer comparaciones entre los hombres grandes.

— Decís bien, repuso Pardillo. Eran dos famosos caballeros. ¡Dios ampare sus almas!

— Amen, respondió devotamente el escudero.

— No es mala la escena que representais, dijo uno de los soldados. ¡Por vida de Barrabás! ¿y que tienen que ver esos grandes personajes con la captura de un vil espia sorprendido *in fraganti?*

— ¡Válgame Jesus! exclamó Pardillo sacudiendo la cabeza con desprecio; esta conversacion no se halla al alcance de todos. Dios sabe si yo mismo hubiera conocido á esos héroes, si el señor Pimiento no hubiese tenido cuidado de hacerme apreciar su mérito, pues en todos tiempos ha tenido la bondad de ser altamente comunicable. A sus instructivas lecturas debo yo las elevadas ideas que me animan; porque, señores, no lo dudeis: el excelente Pimiento habria llegado á ser el caballero mas valiente, si el cielo lo hubiese hecho nacer hijo de un grande de España, en vez de un simple escudero; pero no se sabe lo que aun puede suceder.... mas extraordinarios acontecimientos se han visto.... y no digo mas: Dios es justo, el mérito tendrá su recompensa, y yo el gusto de ver al señor Pimiento adornado

con los nobles atributos de la caballeria.

La elevada talla del escudero, parecia haber recibido aun algunas pulgadas de aumento á medida que hablaba Pardillo. Iba olvidando su presente posicion insensiblemente, para ocuparse tan solo de las gloriosas esperanzas que se le presentaban, y su horror por la odiosa profesion de Pardillo se debilitaba gradualmente en favor de los sentimientos que acababa de expresar; siendo muy fácil reconocer que la diestra estratajema del espía habia logrado torcer la rectitud de principios de Pimiento. Mientras tanto el soldado Carnero, que observaba con desagrado unos síntomas tan alarmantes, intentó cortar la conversacion, diciendo:

— Espero, señor Pimiento, que habrémos oido hablar bastante de caballeros y caballeria, que será tiempo de que conduzcamos á este traidor rebelde á la presencia del rey.

Dichas estas palabras, sin aguardar respuesta agarró groseramente al trémulo Pardillo, quien viendo que el peligro se hacia mas y mas inminente, hizo nuevos esfuerzos para librarse de él.

— En nombre de Dios, y del Cid Campeador, exclamó, en nombre de todos los santos y de vuestro acreditado valor, señor Pimiento, no permitais que así me trate este grosero soldado. Vos sois quien manda á esa gente, y me sorprende su insubordinacion. Señores, añadió con su admirable volubilidad, el señor Pimiento no os ha dado órden alguna, y por lo mismo no estais aun seguros de que quiera apoyar vuestras sanguinarias intenciones. Es bondadoso el señor Pimiento, y no pondrá en olvido la generosidad magnánima de los ilustres caballeros que fueron en otro tiempo el honor de España. Os hablo con sinceridad, y Dios sabe que no es mi intencion la de lisonjear al señor Pimiento, porque es un vicio odioso, y me consta que este buen señor aborrece tanto la lisonja como la cobardía y deshonor.

— ¡Confúndate Satanás! dijo Carnero: si no alcanzas misericordia, no te faltará justicia. Antes que puedas rezar

un Credo, conocerás si tu cuello está unido con bastante solidez á lo restante del cuerpo. Vamos, marchemos, pues estoy impaciente por verte danzar en lo mas alto de un árbol, y el tiempo es sobre manera precioso.

— ¡Danzar en lo alto de un árbol! ¡San José me valga! ¡Protegedme, señor Pimiento, en nombre de vuestra generosidad, y recordad que ningun valiente caballero se hizo sordo é los ruegos del desgraciado! Arrodillóse entonces, y añadió con el tono mas persuasivo: ¡Oh! no implore yo en vano vuestra humanidad; confieso mi falta, pero ¡juro solemnemente que no soy tan culpado como pensais! Sed misericordioso, acordaos de Bernardo del Carpio, y de sus dignos émulos, y obrad segun lo hubieran hecho en ocasion semejante!

Sobrado peso tenian estas súplicas en el ánimo del anciano escudero. Sus ideas caballerescas y toda su humanidad se habian avivado escuchando las artificiosas insinuaciones del espía; hallábase incierto acerca de lo que deberia hacer, y Pardillo, que lo observaba, añadió:

— Tan convencido me hallo de la fuerza de mis argumentos, como de vuestra humanidad, y sé que no consentiréis que se me lleve á la presencia de don Pedro para ser asesinado á vuestros ojos; pues no dudo que el rey de Castilla se halla cercano á este sitio.

— Sí, reverendo bribon, le dijo Carnero sonriéndose, puedes tener por sentado que no te quedan largas fatigas en este mundo, pues seria sobrada crueldad no hacerte descansar despues de la acelerada corrida que acabas de hacer; no tendrás mas que llegar hasta aquel bosquecillo que está inmediato, y tu negocio quedará pronto concluido.

— Pero, señores, ¿porqué tanta prisa? yo os ruego por cuanto hay de mas sagrado, que no os atropelleis. Unos soldados tan valientes, ¿deben acaso pensar con tanta ligereza en arrancar la vida á un semejante suyo? ¡Oh! ¡señor Pimiento! ¿por ventura permitiréis que los sagrados nombres de nuestros ilustres héroes sancionen semejante atro-

cidad? Dejadme partir, y estad seguros de que observaré exactamente todas las condiciones que gusteis imponerme.

— Basta, basta, exclamó Carnero, mas bien pusiera mi confianza en la conciencia de un judío.

— Me dirijo al señor Pimiento, que tiene ideas harto elevadas para sufrir que unos nombres tan respetables sean despreciados por unos soldados groseros.

— En efecto, amigo Carnero, dijo Pimiento con gravedad, no puedo aprobar la licencia que das á tu lengua sobre este asunto.

— Ni yo tu credulidad y locura, respondió Carnero con impaciencia.

— ¡Jesus me valga! exclamó Pardillo, haciendo la señal de la cruz, ¡llamar loco á un hombre honrado, porque defiende el honor de los héroes de su pais!

— ¡Por Santiago! dijo el escudero, mucho me sorprende la insolencia de este bribon. No debes olvidar, Carnero, que soy tu jefe, y que será de cuenta y riesgo suyo si alguno de vosotros desobedece mis órdenes. Y tú, añadió dirigiéndose á Pardillo, arrodillate, y dirige tus pensamientos hácia el cielo.

El espía obedeció y tomó el ademan mas devoto que pudo.

— Jura, dijo solemnemente Pimiento, en el nombre de Dios y por la memoria del gran Bernardo del Carpio, del Cid, Martin Pelaez, Fernan Gonzalez, y de todos los mas famosos caballeros españoles, flor de la caballeria y admiracion del mundo; jura, Pardillo, que si te vuelvo la libertad, no te emplearás mas en el infame oficio en que has sido sorprendido, y que en lo venidero observarás una vida ejemplar.

— Sí, juro; respondió el hipócrita Pardillo.

— Jura tambien, añadió Pimiento, que tan luego como quedes libre, emprenderás una peregrinacion á Compostela para tributar un devoto homenaje al sepulcro del santo apóstol Santiago.

— Sí, juro.

— Ya sabes cuan sagrado es un juramento, dijo el escudero con tono solemne.

— Sí, señor, sé que los que violan sus juramentos no pueden esperar misericordia.

— Pues bien, dijo Pimiento, vete en paz, seas hombre honrado, y respeta siempre la memoria de nuestros caballeros, por cuyo amor y memoria obtienes la libertad, y especialmente seas buen cristiano. Y ahora, hijo mio, aléjate de aquí, pues tomo sobre mí los resultados de este acto de humanidad.

Quedaron los soldados petrificados de lo que oian, mas sin embargo no se atrevieron á impedir la partida del espía, temiendo recibir el castigo á que se expone todo soldado que falta á la disciplina militar, oponiéndose á la voluntad de su jefe.

Así fue como recobró Pardillo su libertad, y á pesar de la marcha precipitada que acababa de hacer, apenas se vió fuera del alcance de sus guardias, volvió á encontrar toda la elasticidad de sus piernas, y fue tan extremado el gozo que sintió con una libertad que no esperaba, y su memoria sufrió tal revolucion física, que le hizo olvidar su juramento. Así pues, no parecerá extraño que en vez de tomar el pobre hombre el camino de Compostela, se volviese inocentemente á Orcajo, para dar conocimiento á los que lo habian enviado del éxito de su mensaje.

V.

La fuga.

En vano buscaba don Pedro un medio para calmarse; el cruel recuerdo de su arruinada grandeza atormentaba su imaginacion, y eran inútiles todos los consuelos que le pro-

digaba Hernando de Castro. Se esforzaba este fiel amigo de mil maneras en alentar las esperanzas de su rey y disipar las negras sombras que obscurecian su semblante. La noche se hallaba adelantada: todo el pequeño ejército estaba aun sumergido en un profundo sueño, cuando el zapatero Rufino, se presentó de repente á vista de don Pedro, y su fisonomía nada anunciaba de bueno.

— ¡Huid, señor! exclamó con espanto: huid al momento, estamos perdidos.

— ¿Será posible? exclamó el rey mas sorprendido que alarmado: ¿está el peligro tan inmediato como te figuras, ó tus quiméricos temores te han hecho acaso perder la razon?

— ¡Ay de mí! señor, es demasiado cierto: nos hallamos sorprendidos; un cuerpo numeroso de gente armada se acerca á la extremidad del bosque. Es probable que venga del campo enemigo, y seria locura combatir con fuerzas tan desiguales.

— ¡Vive Dios! exclamó el rey con acaloramiento: ¿he sido acaso vendido nuevamente? este suelo será pues el mas fértil en traiciones que un rey desgraciado haya poseido? ¿Qué me decis, Hernando de esto? ¿estais mudo? ¿asi llena su deber vuestro tan alabado Pimiento?

— Señor, respondió Hernando con emocion, si no me engaño, esa gente armada viene de otra parte opuesta. Mas sin embargo, no hay tiempo que perder, señor; nuestros caballos pueden aun librarnos del peligro.

— ¡No, por vida mia! exclamó don Pedro con violencia: antes pasaré con mi fiel espada sus alevosos corazones; fuerza será que no quede esperanza alguna al rey de Castilla para que huya delante de sus vasallos rebeldes. ¡Alarma! ¡alarma! gritó con voz esforzada.

En un momento estuvo en pie el pequeño ejército, y se fue reuniendo aceleradamente en la parte mas espesa del bosque, donde oculto entre las matas y zarzas, esperó la llegada de los enemigos. ¿Mas cuál fue su consternacion al

verse rodeado de una fuerza superior que parecia conocer el paraje de su residencia. Don Pedro, con una energía y valor casi sobrenatural, intentó hacer frente á sus adversarios; pero sus fieles vasallos, aunque valientes, eran pocos, y su resistencia se debilitaba á cada momento, viéndose en breve el rey en el peligro mas inminente, pues tres hombres se adelantaron para apoderarse de él.

—¡Traidores! exclamó el rey, cuyos ojos lanzaban rayos de furor, bajad las armas regicidas, soy vuestro rey, y caiga la maldicion del cielo sobre aquel que no me obedezca!

La intrepidez y energía de don Pedro contuvieron por un momento á los enemigos penetrados de un involuntario respeto; pero á las voces de *en nombre del rey, y viva don Enrique* se lanzaron de nuevo sobre él para tratar de asegurarlo vivo. Las fuerzas eran harto desiguales para dejar la menor esperanza de suceso, y don Pedro bufando de coraje y vergüenza procuró abrirse paso por en medio de los enemigos, acompañado de Hernando y Pimiento; y al ver este esfuerzo desesperado de valor, secundado por algunos fieles vasallos que trataban de hacer un muro al rey con sus cuerpos, y morian por asegurar su retirada, no pudieron sus mismos enemigos ocultar su admiracion, y aun se dejaron oir algunas voces de *¡Viva el rey! ¡Viva el valiente don Pedro!* Pero casi todos los realistas habian muerto ó estaban heridos, y muchos se vieron precisados á rendirse, á pesar de esfuerzos mauditos de valentía; observándose tan solo uno que manifestó un encarnizamiento sin igual, y á quien su deseo de proteger la retirada del rey hizo prodigar mil veces la vida: este era el zapatero Rufino. Peleó como hombre desesperado, que conoce que ha llegado su hora, y no quiere morir sin venganza. Tres veces intentó abrirse paso para reunirse con su amo, y otras tantas frustró sus esfuerzos la superioridad del número. Al fin despues de haber arrostrado la muerte, sin aliento ya, cubierto de heridas y postrado por el cansancio, se vió

cortado y hecho prisionero. Su triste y último deseo de acabar la vida en el campo de batalla no llegó á tener cumplimiento: vióse agarrotado con la mayor crueldad, y tratado con menosprecio y grosería luego que su nombre llegó á esparcirse entre sus enemigos, siendo conducido á Orcajo en medio de las aclamaciones de un triunfo irrisorio.

La prision del zapatero era mirada por algunas personas casi por tan importante como la del mismo rey, porque era un objeto de horror y temor casi universal, pues que el pueblo extraviado se persuadia de que Rufino era un hereje poseido del espíritu maligno.

Don Pedro y su fiel Hernando habian llegado al paraje donde se hallaban sus caballos, y se alejaron del campo de batalla con la rapidez del rayo. La idea de que aun podia verse hecho prisionero, llenó al rey de un invencible terror. Sin embargo, no tardaron en oirse llamar por una voz bien conocida, y Pimiento salió de un estrecho paso cerca del camino, y se puso á correr para alcanzarlos.

—¡Dios nos ampare! exclamó don Hernando, es mi fiel escudero.

—En este caso, dijo el rey, conviene esperarlo: ¿podrá por ventura conducirnos á algun secreto asilo? ¡Oh! ¡pérfida estrella, qué así obligas á esconderse á don Pedro de Castilla!

—Querido Pimiento, le dijo don Hernando, ¿cómo has logrado escaparte? ¿Nos persiguen aun? Explícate pronto, pues la vida del rey se halla entre tus manos.

—¡Virgen santa! dijo el escudero con voz angustiada; no poco trabajo me ha costado el escaparme. Me persuado que no somos perseguidos muy de cerca, aunque los lebreles se hallarán muy en breve sobre nuestras huellas. Gracias á la valentía del zapatero Rufino y de mis buenos soldados, hemos ganado algun tiempo, y sabida la direccion que tomabais, mi práctica en este territorio me ha dado lugar de reunirme con vos; pues mi deber me prescri-

be seguir á mi rey y á don Hernando cuando está á mi alcance poderles servir. ¡Ay de mi! Acaso tengo la culpa de esta desgracia, y por lo mismo anhelo repararla en cuanto me sea posible.

— ¿Qué dices, Pimiento? le preguntó don Hernando sorprendido.

— ¡Ay señor! no puedo contaros al presente esta triste historia, porque debemos emplear mejor el tiempo. Gracias al cielo, puedo al menos sacaros del peligro inminente en que os encontrais. Nos hallamos tan solamente á cinco leguas de distancia de Valpardo, castillo propio de don Egas de Vargas; nuestro rey encontrará allí un seguro asilo, y puedo conduciros á él por sendas desiertas y desconocidas á todos aquellos que no han habitado como yo largo tiempo en este pais.

— ¡Alabado sea el cielo por tan feliz circunstancia! exclamó Castro; no perdamos un momento.

— Todo esto va muy bien, dijo el rey; pero es imposible que vuestro anciano escudero pueda seguirnos á pie, yendo nosotros montados. ¡Ah, don Hernando, la idea de volver á la presencia de vuestra querida os hace olvidar lo demás!

— Señor, respondió el Castellano, por muy impaciente que esté de hallarme al lado de Constanza, estad seguro de que el vivo deseo que tengo de llegar á Valpardo es inspirado mas bien por vuestra seguridad que por mi amor.

— Bien persuadido estoy de ello, Hernando, repuso el rey; en medio de la general traicion de mis vasallos, no ignoro que Castilla encierra aun un corazon leal, un fiel servidor de su legítimo soberano.

— Si V. M. me lo permite, aseguraré que contiene dos, dijo Pimiento con tono imponente.

— A fe mia, que había olvidado este fiel escudero, dijo el rey; pero veamos de que suerte continuamos nuestro viaje, pues me temo que el celo de Pimiento no sea suficiente para darle el vigor necesario para seguirnos á pie.

Pues que este escudero, Hernando, debe ser nuestro guia, dadle vuestro caballo, pues el mio nos llevará á los dos. Gracias á los traidores que tan cobardemente han vendido á su rey, añadió con amargura, un buen caballo y mi espada son los únicos bienes que me han quedado.

Despues de hecho este arreglo, se pusieron los viajeros en camino, y Pimiento los condujo por sendas apartadas al castillo de Valpardo. Este edificio, de arquitectura la mas gótica, no parecia habitado mas que por los buhos y murciélagos. Un gran acopio de agua verdinegra y estancada bañaba sus muros medio arruinados, y sobre sus orillas algunas gigantescas encinas elevaban sus majestuosas cabezas. Todas sus cercanías eran tristes y sombrías, y este castillo tenia mas bien el aspecto de ser el asilo de algun favorito desgraciado, ó de un anacoreta, que el sitio de recreo de un poderoso cortesano.

Habiendo logrado los fugitivos que les abriesen la puerta, fueron introducidos en el gran salon que alumbraban en parte los restos de un fuego medio apagado; mientras que se informaba á don Egas y á su hija de la llegada de sus huéspedes. Constanza los acogió con las mas vivas demostraciones de regocijo, y en breve se vió estrechada entre los brazos de Hernando; pero no hay voces para expresar la penosa sorpresa de don Egas al reconocerlos. Veia dentro de su casa á dos personas que hubiera debido recibir con el mayor placer, y que sin embargo su consumada política hubiera querido ver á mil leguas de aquel sitio. No hallaba el anciano cortesano en medio de su desconcierto expresiones proporcionadas para manifestarles la menos afectuosa bienvenida, mayormente cuando recordaba con tanta confusion como temor el modo caballeresco y poco respetuoso con que se habia separado de la corte de don Pedro á la menor apariencia de peligro.

— Señor don Egas, dijo el rey irónicamente: me hallo persuadido de la satisfaccion que experimentará un leal vasallo, como vos, al verse en disposicion de contribuir á la

seguridad de su soberano. Vuestro castillo se halla en una situacion apartada, y me presenta un asilo seguro hasta que pueda hallar algun medio de reunirme con mis tropas que se hallan en Almagro.

— Señor, respondió el astuto cortesano, alarmado al saber que pensaba el rey estacionarse en su casa, mi deber me obliga á no ocultaros la verdad. No os halagaré con esperanzas infundadas; este castillo es bien conocido de la mayor parte de los adictos á don Enrique, y me arrepentiria hasta el último dia de mi vida, si....

— Si disgustabais al bastardo, interrumpió el rey con indignacion.

— Me haceis, señor, una injuria: yo intentaba decir que me seria sensibilísimo haber comprometido la seguridad de mi rey, ocultándole el peligro de su situacion.

— Aprecio debidamente vuestro celo, repuso el rey en el mismo tono; pero tranquilizaos, señor, pues no podeis tener mayor solicitud que yo mismo por mi propia seguridad, y así pienso pasar aquí algun tiempo; á menos, añadió con desdeñosa sonrisa, que os opongais á recibirme.

— V. M. puede disponer de este dominio, así como de cuanto poseo, respondió don Egas con respeto. El cielo me es testigo que cuanto os he dicho ha sido únicamente excitado por mi celo por vuestra real persona.

Durante esta conversacion contaba don Hernando á Constanza los peligros que habia corrido, y el aspecto desagradable que tomaban los asuntos del rey. Afortunadamente no oyó don Egas estas particularidades, pues sus inquietudes le hubieran hecho perder el juicio. A la verdad, no podia don Pedro llegar en peor ocasion, pues acababa justamente el anciano de hacer á su hija un largo discurso acerca de la necesidad de abstenerse de toda exterioridad que pudiese demostrar adhesion al rey. El primer paso en esta prudente carrera, era indudablemente olvidar, al menos por entonces, que existiese en el mundo un hombre llamado Hernando de Castro. Sin embargo, tal es la poca inclinacion de las

mujeres en general á aprovecharse de las lecciones de prudencia y circunspeccion, que todos los argumentos de don Egas fueron perdidos para su hija. Aun mas: mientras que este trataba de hacerla conocer la necesidad de olvidar á su amante, ella se prometia interiormente morir mas bien que seguir semejante consejo, por mas prudente que el pudiese ser.

Durante este tiempo se habia preparado para los fugitivos una comida, cuyos honores hizo el rey con tanta serenidad como si hubiese estado sentado pacíficamente en uno de sus salones del alcázar de Sevilla. Se manifestó lleno de atenciones por Constanza, que le inspiraba un verdadero respeto y admiracion, que consiguiera separar de todo otro sentimiento. Esta mudanza podrá parecer extraña y poco conforme con el carácter de don Pedro, pero las almas del temple mas exaltado han presentado no pocas veces el ejemplo del poder que ejercian sobre si mismas, y los grandes sucesos que poco antes se realizaran, reanimando toda la energía del rey, le habian ayudado poderosamente á imponer silencio á los sentimientos de su corazon.

No miraba pues don Pedro á Constanza, sino como la esposa prometida de su fiel amigo; y así aprovechaba las ocaciones de darla pruebas de su respeto, para reparar tanto como le era posible los disgustos que anteriormente la causara. Durante la comida tomó un vaso, lo llenó y bebió á la salud de Constanza, deseándola toda la felicidad posible con el objeto de su afecto. Este brindis fué rebibido con reconocimiento por ambos amantes; mas don Egas no pareció tomar parte en la cordialidad general: el pobre caballero estaba realmente como entre espinas, sin saber que hacer, ni que decir; todos sus pensamientos estaban concentrados sobre el temor de la desgracia que mas hubiera sentido, esto es, el que llegase á descubrirse la mansion del rey en su casa. Los asuntos de don Pedro eran entonces mirados como una causa enteramente perdida, y esta triste perspectiva no dejaba un momento de sosiego al caballero previsor.

El resto del dia se pasó del modo mas agradable para los dos amantes, que olvidaron por un momento los peligros que les amenazaban, para ocuparse exclusivamente en la felicidad de verse reunidos despues de tantos contratiempos. No se acordaba entonces Hernando de que se veia fugitivo, proscrito y culpado á los ojos del partido triunfante. Hallábase de un modo inesperado cerca de lo que mas apreciaba en el mundo, y la sonrisa de Constanza le era suficiente para hermosear hasta la triste perspectiva que le ofrecia su suerte.

Recogióse el rey temprano; y don Hernando, que no se separaba un punto de él desde que lo miraba desgraciado, se preparó á participar de su alojamiento. Era don Pedro sensible, y manifestó todo el aprecio que le merecia este afecto, teniéndose por muy dichoso al reflexionar que un amigo se hallaba inmediato á él para auxiliarlo en la hora del peligro. Fueron pues ambos conducidos á un espacioso aunque triste aposento, cuyas paredes se hallaban cubiertas de una antigua y gastada tapicería, siendo los muebles en extremo góticos y macizos. Una grande ventana permitia el registro de unas cercanías áridas y silvestres, que no presentaban otro verdor que el de una melancólica selva de olivos, donde la vista no encontraba mas variacion que la de unas infelices cabañas esparramadas por el contorno, ó alguna balsa de agua estancada y pantanosa. Esta habitacion tenia una puerta secreta que comunicaba con una galeria por la que podia salirse del castillo por medio de un pasadizo subterráneo. Por esta razon se eligió este incómodo aposento para alojar á don Pedro, cuya desmejora anunciaba bastante no haberse habitado desde mucho tiempo. En aquellas épocas de feudalismo, los castillos de los nobles tenian siempre algunas puertas ó salidas secretas por donde se consiguiese una evasion en caso de peligro.

Al entrar el rey en esta triste morada, volvióse á don Egas que le iba alumbrando con toda ceremonia, y le dijo:

—¡A fe mia! señor don Egas: he aquí un aposento de

bien siniestra apariencia, y que se halla excesivamente ventilado, pues el aire precursor de la noche me da en el rostro al través de estas grietas.

—Señor, respondió don Egas, harto sensible me es esta circunstancia; pero he debido consultar mas bien la seguridad de mi rey que su comodidad, pues en ello se halla interesado mi honor.

—Hé aquí un discurso bien compuesto: ¡por Santiago! siempre he tenido á don Egas por el mas prudente de los hombres; ¿mas, qué me decís? ¿acaso se halla comprometida mi seguridad? ¿Quién diantres vendria á buscarme en este sitio tan extraviado? La humedad que reina en él paralizaria la actividad del mas revoltoso de los rebeldes de Castilla.

—¡No quiera Dios que así sea! exclamó el cortesano; pero bueno es estar preparado para todo acontecimiento, y espero me perdonaréis, si no tengo otro asilo mas agradable que ofrecer á V. M. que este aposento gótico y obscuro. Es el que presenta mas seguridad en todo el castillo, y ha protegido á mas de un desgraciado en el peligro que le amenazaba. Detrás de este tablero lateral hay una puerta secreta, por la que V. M. pudiera realizar su evasion en caso de urgente peligro; pero con el auxilio de Dios, creo no habrá necesidad de acudir á este último recurso.

—¡Así sea, respondió el rey con ademan pensativo; pero no puede descubrirse en tan corto tiempo el sitio donde me he retirado, y no tengo intencion de molestaros mucho tiempo con mi permanencia en él.

Estas últimas frases aseguraron un poco al taimado anciano, cuya animada fisonomía manifestó su interior satisfaccion. Esta muestra de contentamiento no escapó á la penetrante vista del rey, que lanzó sobre su prudente huésped una mirada en que la indignacion iba envuelta con el desprecio.

—¡Ingrato! ¡pérfido renegado! exclamó, luego que don Egas hubo salido del aposento; ¡maldicion sobre estos frios

calculadores! ¡pero tenga por seguro que no echaré en olvido su hospitalidad!

— Preciso es, dijo el Castellano con suavidad, disimularle ciertos temores que son inherentes á su carácter.

— ¡Confusion y vergüenza! añadió el rey. ¡No puedo admitir escusas semejantes! Nada disimulará don Pedro á aquellos que directa ó indirectamente habrán contribuido á su ruina. ¡Caiga sobre mi cabeza la maldicion del cielo, si vivos ó muertos les perdonase en algun tiempo!

No se entretuvo don Hernando en inclinar al rey á mas humanos sentimientos: conocia harto bien su carácter para persuadirse que nada lograria en aquel momento. Preciso es confesar, para disculpa de don Pedro, que las desgracias que lo abrumaban y el estado de irritacion en que lo habian puesto justificaban bastante la indignacion que experimentaba, al dejar de recibir las atenciones debidas á su elevada clase.

— Me imagino, señor, le dijo don Hernando, que deseaba dar otro giro á la conversacion, que mañana, con el favor de Dios, marcharémos para reunirnos con nuestros amigos de Almagro.

— Es muy cierto, respondió el rey, tal es al presente mi única esperanza; pero antes de dejar estos sitios quisiera tener el gusto de veros unido á Constanza. Supongo que don Egas no será tan osado que se oponga á nuestros deseos; y si tal hiciese, ¡por Santiago! me holgaria de manifestarle todo el favor que goza conmigo en la actualidad.

— Señor, don Egas, respondió el castellano con serenidad, es demasiado juicioso y equitativo para poner obstáculos á nuestra union, especialmente cuando ha obtenido la aprobacion de V. M.

— Juzgais harto favorablemente al astuto cortesano; pero en fin mañana lo verémos. Por ahora deseo, amigo mio, que vuestro descanso se adorne con unos ensueños mas felices que los que cabrán en suerte á don Pedro de Castilla.

El rey y don Hernando se acostaron vestidos sobre las

camas que les estaban preparadas, no sin la anticipada precaucion de colocar sus armas debajo de sus cabeceras, y seguidamente trataron de tomar algun reposo.

VI.

El embarazo.

Exhausto de fuerzas y de ánimo, cayó don Pedro insensiblemente en un profundo pero agitado sueño. En cuanto á Hernando, vacilante entre las inquietudes que le inspiraba la seguridad del rey, y el gozo de hallarse bajo el mismo techo que su amada, no habia podido gozar un instante de reposo, y no deseaba siquiera dormir; pues aunque por entonces no temiese una persecucion inmediata, se levantaba de vez en cuando para asegurarse de si estaba todo tranquilo.

Habíase acercado ya tres veces á la ventana para dirigir una ojeada por las cercanías. Era completa la obscuridad, ningun rumor se hacia oir, y así volvió á echarse sobre su lecho, impaciente por ver la luz del dia. Se hallaba su corazon vivamente agitado, porque miraba como cierto el cumplimiento de sus mas ardientes deseos; nada parecia deber ya poner obstáculo á su union con Constanza: la casualidad los habia reunido de un modo inesperado: el rey aprobaba y aun deseaba su enlace; y don Egas no podia oponerse, pues aun cuando interiormente lo sintiese, era regular que ocultara cuidadosamente su repugnancia todo el tiempo que honrase don Pedro con su presencia el castillo de Valpardo.

Así es que el Castellano no se permitia la mas ligera duda que obscureciese la perspectiva de felicidad que se presentaba á su vista. Entregábase á las mas encantadoras ilusiones, que solo interrumpia con un profundo suspiro,

cuando la penosa respiracion de don Pedro venia hasta su oido. Entonces se acusaba amargamente de poder entregarse al pensamiento de la felicidad, al paso que su rey se veia expuesto á todos los peligros que podia reservarle una suerte inexorable. Pasó Hernando, pues, esta larga noche, en una alternativa de pensamientos, ya agradables, ya melancólicos. La luna se habia manifestado dando un aspecto algo menos lúgubre al campo que rodeaba el castillo. Estaba sumergido en una dulce ilusion, cuando le distrajo el ruido que de repente oyó á la puerta exterior, y aun creyó distinguir el rumor de muchas voces humanas. Alarmado por este incidente, se arroja de su cama, y se disponia á salir del aposento, cuando vió entrar á Pimiento, cuya fisonomía trastornada anunciaba que se veian amenazados de alguna desgracia.

—¡Estamos perdidos! exclamó Pimiento desesperado. Ya estan aquí los rebeldes, los sabuesos sangrientos han encontrado nuestra pista.

—Quedo, quedo, amigo mio, respondió el Castellano; tus temores exageran acaso el peligro: no ignoras que la puerta del castillo ha sido sólidamente asegurada. Fuera de esto, debe haber por aqui alguna retirada segura, y podrá el rey escapar á la vigilancia de los traidores.

Despertóse don Pedro con sobresalto, y se arrojó fuera del lecho dirigiendo en torno suyo una mirada en que la inquietud iba envuelta con el furor, y apoderándose de su espada se acercó á Hernando.

—¿Soy perseguido?... ¿El pusilánime don Egas será capaz de una traicion? preguntó sobre manera agitado.

—Cálmese V. M. respondió el Castellano: nada tenemos que temer; parece, es cierto, que algunos del ejército rebelde se han acercado al castillo, mas no tenemos prueba alguna de que su intencion sea tratar de asegurarse de vuestra persona. Ningun pérfido aviso ha podido conducirlos aquí; en cuanto á don Egas de Vargas podrá ser débil y tímido, pero es incapaz de cometer el crimen bajo y

monstruoso de violar las leyes de la hospitalidad en la persona de su rey y señor.

Fijó don Pedro en su amigo una expresiva mirada, y una espantosa sonrisa erraba en sus labios, mientras que su alma se hallaba penetrada de la mayor amargura.

— ¡Don Hernando! ¡don Hernando! dijo á este: de nadie me fio: las tristes lecciones de la experiencia me han enseñado á mirar como enemigo á todo aquel que me rodea. Acérquense los traidores si debo caer en sus manos, pero no me cogerán vivo; podrá envanecerse el bastardo de haber conseguido apoderarse de su soberano vendido y abandonado; pero esto no será sino cuando don Pedro no podrá conocer y sentir su humillacion, ni los ultrajes de un vil traidor, de un fratricida. Permaneced cerca de mi, vosotros que sois los únicos que mereceis aun el nombre de castellanos, y señale la sangre de los rebeldes la caida de don Pedro.

Su furor no tenia límites: el recuerdo de tantos ultrajes y los sentimientos de su majestad ofendida hacian callar á toda otra consideracion. Desechando la posibilidad de escaparse, solo investigaba medios para descargar su venganza sobre los que le perseguian. El violento carácter del rey le conducia siempre á adoptar medidas las mas desesperadas; y el cuidado de su conservacion no era en él jamás, sino una consideracion secundaria: su primer movimiento era el de un furor ciego. Afortunadamente su fiel Hernando con la austera severidad que le caracterizaba, y que era mas bien el resultado de su heróica virtud que de su constitucion, se apresuró á poner en movimiento el ascendiente que conservaba sobre el ánimo del afligido rey; le suministró los consejos de la prudencia, insistiendo sobre la necesidad de substraerse á los peligros de su situacion, trasladándose desde luego á un asilo mas seguro.

— ¿Querriais, señor, le dijo, proporcionar un triunfo fácil á nuestros enemigos, atacándolos cuando os faltan los medios de someterlos? No, no señor: es forzoso que no

abandoneis la corona de Castilla mientras quede la mas ligera esperanza de conservarla.

Produjeron estas palabras un efecto mágico en el ánimo del rey. La sola idea de que su corona pasaria á adornar las sienes de un hermano á quien detestaba, calmó al instante aquella sed de venganza de que se hallaba devorado, dando nuevo giro á sus ideas.

— ¡Ceder la corona! exclamó con indignacion: no, no: yo juro por esta buena espada que la conservaré á toda costa: si, aunque deba sufrir todos los tormentos imaginables; aun cuando me vea precisado á abandonar todas las prerogativas que recibí de mis ascendientes! Todo lo que pido al cielo es que me preserve del horror de ser humillado á vista del rebelde bastardo, y ver ocupado el trono de mis padres por un vil usurpador. Á bien que don Pedro no presenciará nunca semejantes abominaciones, ¡la muerte le pondria á cubierto de tan crueles tormentos!

Este convencimiento parecia hacerle experimentar una especie de seguridad y de feroz placer. Mas durante este tiempo llamaban ya los soldados rebeldes á la puerta del castillo, pidiendo á gritos que les fuese abierta, y una dilacion en ejecutarlo hubiera podido aumentar las sospechas. El previsor don Egas, apreciaba en su justo valor todo el peligro de su posicion, y apenas se informó de la causa del estruendo que acababa de despertarle con sobresalto, se precipitó en el aposento del rey, temblando por la seguridad de tan ilustre huésped, y tambien por la suya propia.

— ¡Válganos el cielo! exclamó al entrar: el castillo se halla rodeado por las tropas de don Enrique.

— ¡Por unos traidores! respondió don Pedro indignado.

— El castillo se halla cercado, repuso el anciano caballero, y no habiendo fuerzas suficientes para defenderlo, nos verémos precisados á abrir la entrada para alejar toda sospecha. Ya conoceis, señor, todo el riesgo de mi situacion, y seguramente no querreis ser testigo indiferente de mi ruina.

— Está bien, dijo el rey con desprecio: he admirado siempre vuestra exquisita prudencia. Id pues, y abrid vuestras puertas, si bien os parece.

— Señor, respondió don Egas algo asegurado: Dios me es buen testigo, de que quisiera hallarme en disposicion de sostener un sitio; pero en el estado en que se halla el castillo seria una locura intentarlo. Carecemos de armas y tropa; y una honrosa capitulacion es tan solo nuestra única alternativa.

— ¡Una honrosa capitulacion! repitió Pimiento sorprendido; ¿que es lo que quereis decir, señor? ¡Perdóneme Dios! pero vuestras frases me sugieren ideas harto extrañas, no intentaréis seguramente vender á vuestro legítimo rey para salvar vuestra existencia y bienes del furor de estos malvados, y ninguna honrosa capitulacion puede celebrarse con pérfidos rebeldes.

— Calla, viejo charlatan, le dijo don Egas, ¿qué nuevos absurdos vas imaginando para aumentar nuestro embarazo?

— No son absurdos, señor, dijo Pimiento con orgullo.... ¿Habeis acaso olvidado á vuestros ascendientes? ¿Habria obrado, por ventura de esta suerte don Garcia Perez de Vargas? ¿Y don Vasco hubiera concebido tan solo la menor idea de semejante conducta? ¿Habeis leido jamás que el Cid ó Martin Pelaez se hayan prestado nunca á una accion tan vil como la de entregar su rey en manos de sus enemigos?

— Este hombre ha perdido el juicio, exclamó don Egas impaciente. Despues, añadió volviéndose á don Pedro: —Seguramente, señor, no imaginaréis que don Egas de Vargas sea capaz de cometer un crímen tan monstruoso; vuestra seguridad me es tan apreciable como mi propia vida, y no se verá comprometida por la entrada de los enemigos en el castillo. Ya os he hecho conocer la salida secreta de este aposento.

Al decir estas palabras se acercó á la pared, y tocando

un resorte se manifestó la entrada de un estrecho pasadizo.

— Podeis, señor, ocultaros aquí: este pasadizo comunica con un camino subterráneo que conduce á una puerta secreta á espaldas del castillo, y por este medio podeis salir libremente de este sitio.

— ¿Y los enemigos que rodean el castillo tendrán sin duda la urbanidad de dejarme pasar? preguntó don Pedro irónicamente.....

El tumulto que se oia á la puerta se hizo entonces tan notable, que el desasosiego de don Egas aumentó en igual proporcion, y así redobló sus instancias para que el rey se decidiese á entrar en el pasadizo.

— Id, señor, le contestó don Pedro con orgullo: ocupaos en vuestra seguridad, y dejad el cuidado de la mia á aquellos que se compadecen aun de los infortunios de su rey. Abrid las puertas del castillo, que me hallo ya preparado á todo lo que pueda suceder.

Inclinóse don Egas profundamente, y se retiró.

— No creo que este viejo y astuto sicofanta quiera venderme, dijo don Pedro con un tono que anunciaba cuan dudoso le era el honor del ex-cortesano.

Dirigió Hernando de Castro una melancólica ojeada al pasadizo, como para invitar al rey á que se aprovechase de este último recurso; pero este, que lo comprendió, no acababa de decidirse. Habíase vuelto en extremo desconfiado, y le parecia además sobre manera humillante para su altivo carácter tener que huir á vista de los rebeldes.

— Hernando.... amigo mio: dijo con acento melancólico; ¿me aconsejas tú que acepte este miserable refugio?

— ¡Ay de mi! señor, respondió el Castellano, es el único que nos queda por ahora; y os puedo responder del honor de don Egas.

— Sin embargo de esto, continuó el rey, ellos tendrán visitado el castillo, y si llegasen á descubrir mi asilo.... ¡oh furor! ¡que vergüenza para mi! ¡Sin que me quede entonces medio alguno de resistencia!

Durante este tiempo habian sido abiertas las puertas del castillo, y oyó el rey con extremecimiento la algazara de sus enemigos, que se precipitaban ya en el patio. No quedaba en semejante extremidad tiempo alguno que perder en vanas deliberaciones; el peligro era inminente, y muy preciso el decidirse; afortunadamente el aposento en que se encontraba el rey se hallaba en un ángulo aislado del castillo, y los rebeldes tenian muchos puntos que examinar antes de llegar á aquel. Sigámosles pues por un momento en sus activas pesquisas.

Habian entrado con tanto mayor ardor, en cuanto se consideraban seguros de encontrar allí la presa que seguian con una constancia tan sostenida. Durante la noche fuérales indicada la direccion que el fugitivo habia elegido, por informe de Pardillo, quien espiara muy de cerca todos los movimientos de Pimiento, que con su celo caballeresco y mal empleada humanidad contribuyó á labrar la crítica posicion en que se encontraba el rey.

Tan luego como fueron recibidas unas noticias tan interesantes, pusóse en marcha á rienda suelta un numeroso destacamento de caballería; pero no conociendo bien las sendas y atajos de aquel terreno, no habian podido llegar al castillo hasta el amanecer. Mas no por esto era menos viva su esperanza: sabian que don Pedro se hallaba en una absoluta imposibilidad de defenderse por falta de tropas, é inferian la facilidad de apoderarse de él en su propio asilo. Fuera de esto todas las cercanias se hallaban pobladas de cuerpos de tropa del ejército de don Enrique; muchas villas y lugares se declaraban de dia en dia en favor suyo, y solo un milagro podia impedir que el desgraciado monarca cayese en manos de sus enemigos.

Con semejantes pensamientos se presentaron pues delante del castillo de don Egas; y este prudente señor se halló harto perplejo para discurrir el modo con que deberia conducirse en tan delicada coyuntura. Firmemente decidido en fin á recibir estos nuevos huéspedes con demos-

traciones de la mas cordial hospitalidad, le molestaba tan solamente la interpretacion que pudiera darse á esta amistosa acogida. Á pesar de su resolucion de acomodarse á la voluntad del mas fuerte, no podia disimularse á sí propio la frecuencia de sus apostasías; y era de temer que aquellos mismos que se avenian mas con sus ideas sobre este punto, pudieran entonces no guardar muchos miramientos por su última conversion.

De todos modos, faltóle el tiempo para entregarse á estas reflexiones. La entrada estrepitosa, ó mas bien la invasion de la insolente soldadesca, detuvo el curso de sus meditaciones, y lo precisó á llamar en su auxilio á toda su práctica diplomacia. En el momento en que las puertas del castillo se abrieron, hallábase ya en medio del patio con toda ceremonia, rodeado de sus criados, y en la actitud de un castellano celoso por dejar cumplidas todas las reglas de la hospitalidad. Pero estas afables demostraciones no fueron correspondidas.

—¡Ira de Dios! exclamó un moceton tostado, de aspecto siniestro, que parecia ser el que mandaba aquella tropa: ¡Señor castellano! estamos ya cansados de respirar el aire de la madrugada á las puertas de vuestra fortaleza. ¡Por Santiago! que habeis hecho acertadamente en decidiros á hacerlas abrir á los fieles vasallos de nuestro buen rey Enrique; pues si lo hubieseis retardado algunos instantes mas, Dios solo sabe la buena alborada que os reservabamos á vos y á vuestro castillo.

—Señor militar, contestóle don Egas con mucha serenidad, creo que no teneis motivo alguno de quejaros de nuestros miramientos por las tropas del rey don Enrique. Habeis llegado al castillo á hora desusada, en que me hallaba, lo propio que mis vasallos, sumergido en un profundo sueño. Si hemos tardado en venir á recibiros, no es falta de celo, ni menos de adhesion á S. M.

—Todo esto está muy bien dicho, añadió aquel haciendo gestos: en breve verémos si los efectos corresponden á

las palabras; y preparaos desde luego á poner en nuestras manos las llaves de todos los aposentos, habitaciones, retretes, torres, bodegas y gabinetes; en una palabra, de todos los rincones de esta muy sospechosa morada. Nuestro jefe llegará dentro de breves momentos, y es natural que espere encontrarnos ya adelantados en nuestra caceria real. Sabemos que el raposo se ha refugiado aquí, pero le han seguido unos sabuesos que tienen el olfato excelente; y podeis creer muy firmemente que le será tan difícil escaparse, como á vos persuadirnos que sois amigo sincero de nuestro buen rey don Enrique. ¡Dios le bendiga!

—No presumo, dijo el anciano caballero aparentando una noble indignacion, que don Enrique haya autorizado á aquellos que se titulan sus partidarios, para insultar á los nobles hasta en sus propias moradas. En tanto que no tengais pruebas positivas para justificar vuestras vulnerantes sospechas, no teneis derecho para dudar de mi adhesion al rey don Enrique, ni menos de mi voluntad de ejecutar todo lo que se juzgue necesario por el bien de su servicio. Morales, añadió, dirigiéndose á uno de sus criados, entregad las llaves á este hombre, y que principien las pesquisas luego que quieran; tomen esos señores este trabajo inútil, ya que lo tienen por conveniente; en cuanto á mí, descanso sobre mi inocencia, y la bien conocida adhesion á don Enrique de Trastamara.

Habia tomado don Egas un grado de firmeza y de seguridad proporcionada á la inminencia del peligro que le amenazaba. No carecia de valor personal, y su natural penetracion le indicó el método que debia seguir en aquella ocasion. Dirigió por sí mismo las pesquisas de los invasores recorriendo los varios rodeos del castillo, y ordenó á todos sus vasallos y sirvientes que le siguiesen para convencer á los soldados de don Enrique, que no trataba de facilitar evasion alguna. No temia don Egas que pudiese descubrirse el secreto resorte que facilitaba el paso al sitio en que se hallaba oculto su ilustre huésped. Seguro de la fide-

lidad de sus vasallos, conocia su adhesion por el rey caido; y las desgracias de don Pedro habian excitado además aquel sentimiento de compasion que se irrita con la sola idea de una felonía. Á pesar de esto, para mayor seguridad, tuvo gran cuidado de no perderlos de vista, á fin de impedirles que entrasen en conversacion con los exploradores, lo que pudiera haber tenido sus inconvenientes. Por esta diestra maniobra consiguió á un tiempo mismo borrar de su imaginacion cualquier concepto equivocado que hubiesen formado, y dar á los soldados una prueba inequívoca de su sinceridad y buena fe.

Mientras pasaba esta escena en el vestíbulo del castillo, se hallaba Constanza en su habitacion con sus doncellas, entregada á las mas vivas inquietudes, y esperando á cada instante el anuncio de una nueva desgracia. Habíase despertado con sobresalto por la llegada de la tropa. ¡Infeliz! el encanto del sueño mas embelesador habia sido interrumpido por el rumor de una espantosa realidad. Abandonada á las dulces ilusiones de su próxima union con el objeto de su mas tierno afecto, abriera su alma á todas las deliciosas sensaciones del gozo y del amor, que absorbiendo toda otra idea, habian desterrado de su sueño hasta el menor recuerdo de los peligros que rodeaban á don Pedro, y por consiguiente á su amante; y el estruendo ocasionado por la llegada de los soldados destruyó en pocos momentos el edificio encantador, aunque frágil, de su felicidad.

Despertó á sus doncellas, que dormian en la estancia inmediata, y cuyo sueño era mas sosegado, y por consiguiente mas profundo. Levantáronse de mala gana, como es natural cuando es interrumpido de repente en medio de un descanso dulce y pacífico. La causa del rumor que se oia en el castillo les fue muy en breve conocida: los temores de Constanza redoblaron, y tembló entonces por la seguridad de sus huéspedes. Hubiera dado cuanto habia en el mundo de mas precioso por hallarse inmediata al sitio de la ac-

cion, porque hay un sentimiento indefinible que experimenta el que se interesa por un amigo, y le hace creer que con su presencia podrá desviar hasta cierto punto el golpe que le amenaza pero la delicadeza natural en su sexo, impedia á la hija de don Egas dejar su aposento á semejante hora, y en medio de las escenas de desórden y confusion que debian esperarse de la visita de los soldados, que entraron en el castillo mas bien como vencedores que como amigos.

Sin embargo, si algo podia introducir en su alma inquieta un débil asomo de esperanza, era el conocimiento particular que tenia de la simulada astucia de su padre para desviar la tormenta cuando parecia dispuesta á desplomarse sobre su cabeza; y como no ignoraba lo existencia del pasadizo secreto que comunicaba á la habitacion del rey, contaba con este recurso en caso necesario; pero á pesar de esto, no dejaba de experimentar su imaginacion una mortal angustia, que toda su razon no habia conseguido calmar.

Durante este tiempo los turbulentos soldados continuaban sus pesquisas, pero con tan poca apariencia de éxito, que su mal humor se fue aumentando. Los rincones mas apartados y todos los obscuros escondrijos fueron visitados con el mayor cuidado, pero sin fruto alguno; no habian llegado aun á la sala aislada del castillo, donde se hallaba el aposento secreto, cuando para animar su valor, y celo principiaron á hacer uso del vino del castillo con copiosas libaciones. Lejos de ofenderse de ello don Egas, presenció al contrario con gran placer la maravillosa sed de sus nuevos huéspedes. Sabia muy bien que la virtud de este jugo apetecido no era precisamente la de aclarar el entendimiento de aquellos molestos huéspedes, y así cada trago de la insaciable soldadesca, era á sus ojos una nueva prenda de seguridad para aquel que perseguian con tanto encarnizamiento.

— A la salud de nuestro excelente rey don Enrique, ex-

clamó el feroz sargento, dando repetidos traspies.

Tenia don Egas harto mundo para dejar de tomar parte en los brindis de sus huéspedes, y por lo mismo se apresuró á corresponder á ellos, y lo ejecutó con tan buen humor y apariencia de sinceridad, que los soldados mas contentos ya con sus frecuentes libaciones, principiaron á aflojar su brutal severidad, y á manifestar mayores miramientos por el anciano caballero, que no dejó de aprovechar este feliz giro, valiéndose del carácter flexible de que afortunadamente se hallaba dotado, tan propio para acomodarse á las circunstancias. Aplaudíase ya del éxito de su profunda política, y del golpe maestro que habia dado, poniendo la persona de don Pedro á cubierto del peligro, sin cesar por esto de manifestarse adicto al partido de su hermano.

Esta conducta de parte de don Egas, podria parecer demasiado servil á cortesanos menos consumados, no siendo á sus ojos mas que la necesaria consecuencia de un carácter esencialmente pacífico, y que se proponia por base no agraviar á persona alguna.

VII.

Nuevos apuros y sus resultados.

En esta disposicion se hallaban los asuntos de que tratamos, cuando las esperanzas con que don Egas se saboreaba estuvieron en riesgo de ser destruidas por la llegada de un nuevo cuerpo de tropas mas numeroso, que entró en el castillo en el momento en que menos fuera esperado, y que encontrándose aun en ayunas, parecia decidido á continuar la pesquisa que habia sido suspendida por la orgia de sus camaradas. Vió don Egas llegar este refuerzo con sentimientos hospitalarios; pero á medida que aumentaban

su tormento y ansiedad, trataba de disimularlos por medio de una superabundancia de sonrisas y palabras lisonjeras. De repente, sin embargo, se llenó de terror, y le fue imposible ocultar su agitacion al reconocer que quien mandaba esta nueva tropa era don Alvaro de Lara. Nunca se habia visto don Egas cogido tan de improviso, y su facilidad para dirigir cumplimientos á cada cual y forjar nuevas disculpas le abandonó enteramente. Ensayó al fin, aunque vanamente, el pronunciar algunas frases para dar la bienvenida á don Alvaro: mas su rebelde lengua se opuso á todos sus esfuerzos, y las palabras se quedaron sin pronunciar á pesar de la ancha boca que se abria para darles paso.

En medio de este apuro, trató de suplir las frases que no podia pronunciar con repetidas sonrisas; pero se hallaba tan trastornado y distante de toda especie de regocijo, que no consiguió formar mas que gestos extravagantes. Hasta sus saludos se conjuraron contra él, pues en el momento en que se inclinaba profundamente delante del recien venido, tuvo la desgracia de empujar á un soldado que se hallaba entre dos vinos, quién fue á rodar por el suelo con estrepitosas risotadas de toda la concurrencia.

Todos estos desagradables y sucesivos accidentes, no eran los mas propios para calmar al pobre don Egas, y priváronle al contrario de la poca serenidad que le quedaba, permaneciendo por algunos instantes en un estado de perplejidad imposible de describir. Gozábase don Alvaro en su embarazo, y su mirada altanera y de desprecio se hallaba fija sobre el anciano y confundido caballero, cuyo martirio se divertia en prolongar por medio de su silencio.

Lo interrumpió al fin con sardónica sonrisa, diciéndole:

— Señor don Egas, mi llegada á este castillo parece haber causado en él una sorpresa poco comun; y sin embargo, despues de los favores de que os soy deudor, era fácil suponer que mi primer cuidado seria venir á manifestaros mi reconocimiento. Ya veis, señor, que he aprovechado la pri-

mera ocasion para venir á ofreceros mis respetos y ser vuestro huésped.

— Seais muy bien venido, señor, respondió don Egas, contemplándose feliz por haber obligado á su lengua á que tomase de nuevo su ejercicio; debeis estar bien seguro de encontrar en este castillo una hospitalidad cordial, siendo mi único disgusto que no sea digno de recibir á un caballero tan noble como generoso.

— Vos me lisonjeais, señor don Egas, repuso Lara con una expresiva sonrisa: este castillo es digno de recibir á los reyes, y con mayor razon á un simple caballero.

— ¡Á los reyes! exclamó el anciano afectando una agradable sorpresa: ¿seguramente el señor don Enrique no tendrá intencion de honrar con su augusta y real presencia esta humilde y retirada casa?

— Y si la tuviese, añadió Lara, no seria la primera vez que albergara á los soberanos.

— Me vanaglorio de poder asegurarlo, repuso don Egas, sin desconcertarse; pues es una tradicion en nuestra familia, que el santo rey don Fernando, marchando á la conquista de Sevilla, pasó un dia entero en este mismo castillo.

Enojado don Alvaro al ver la afortunada facilidad con que don Egas lograba rechazar sus insinuaciones, no pudo conservar por mas tiempo el tono de sarcasmo que habia tomado. Desprendióse de todo rebozo, y exclamó con voz severa:

— Es inútil, señor don Egas, continuar las chanzas: yo vengo aquí como enemigo, y como tal debeis mirarme. Cesen las ceremonias entre nosotros: no intento hablaros de mis agravios personales, pues hay otros de naturaleza mas grave é importante que deben ocuparnos con preferencia. Vuestro aspecto de inocencia, vuestra consumada hipocresía, son fuera de sazon; vengo á intimaros que en este mismo momento pongais en mis manos al tirano de Castilla, que ahora se halla oculto, á no dudarlo, en una de las habitaciones de este castillo.

— Señor don Alvaro, contestó don Egas con orgullo y una perfecta serenidad, vuestros sarcasmos é insolencia no son suficientes á conmoverme, por mas impropios que sean; pues aun cuando fuesen fundadas vuestras sospechas, jamás justificarian la conducta grosera que observais en órden á un noble como vos, y que es además pariente vuestro. Si fuese cierto que don Pedro se hubiese refugiado en mi castillo, vos mismo debierais ser el último en querer y mandar que un señor castellano tuviese la bajeza de violar las leyes de la hospitalidad hasta el punto de entregar á su huésped entre las manos de sus enemigos.

Esta respuesta tan firme como noble no sorprendió en manera alguna á don Alvaro, aun en boca de don Egas; porque á pesar de la flexibilidad de sus principios, los deberes de la hospitalidad eran entonces mirados como tan sagrados, que la mas ligera infraccion de sus severas leyes hubiera cubierto de una mancha indeleble al culpado; y la mera sospecha de semejante traicion bastara para excitar la indignacion del caballero de mas versátil opinion.

— Basta, dijo don Alvaro en tono decidido: pienso que me seguiréis señor don Egas, en las escrupulosas pesquisas que voy á principiar en este momento para descubrir al tirano. ¿Se hallan reunidos aquí todos vuestros sirvientes?

— Presentes se hallan, contestó con voz firme el anciano caballero.

— Seguidme pues, dijo aquel levantando imperiosamente la mano; puede que acaso tan noble seguridad no sea de larga duracion. No son tan impenetrables como pensais los misterios de este castillo, y mi actividad y perseverancia podrán, segun creo, contrarestar vuestra astucia consumada.

Reconoció don Egas muy en breve todo el peligro de su posicion; el tono de confianza con que acababa de expresarse don Alvaro excitó en su ánimo una viva sensacion de inquietud. Por efecto de la antigua amistad que habia existido entre ambas familias, y de los proyectos de alianza

intentados entre don Alvaro y Constanza, las visitas del jóven caballero al castillo habian sido frecuentes: no le faltaron ocasiones de poder estudiar todas las salidas secretas del mismo; y aunque el pasadizo misterioso no hubiese sido conocido mas que del señor del castillo, sin embargo, por varias circunstancias sospechaba Lara donde se hallaba situado este asilo. Así es que con el mayor ademan de seguridad, se puso á recorrer las abovedadas galerías, y obscuros corredores, que retumbaban tristemente bajo las huellas de los soldados; el silencio que seguia no era interrumpido por objeto alguno, y la obscuridad de estos tránsitos góticos, iluminados débilmente por los rayos del sol, parecian anunciar una próxima desgracia. Entregábase don Egas á presentimientos muy lugubres, pero se esforzaba en manifestar un rostro de confianza y tranquilidad, que su corazon no experimentaba. De esta suerte llegaron á la puerta de un aposento situado á la extremidad de una galería que se hallaba cerrada.

— Es preciso, señor don Egas, que esta puerta se abra, dijo don Alvaro.

— Es el aposento particular de mi hija, respondió el padre.

— ¡Á pesar de esto, es indispensable abrirlo! repitió don Alvaro con voz imperiosa. No hizo don Egas nueva reflexion, contentándose con llamar á su hija, y la dijo que abriese. Esta obedeció, y don Alvaro se introdujo en el aposento con algunos de sus soldados. Constanza quedó petrificada de asombro: un peso insoportable oprimió su corazon, y una obscura sombra se extendió por su ánimo, cubriendo al parecer para siempre las placenteras imágenes que se complacia en crear para lo venidero. La llegada del amante cuyos votos habia desechado, este encuentro inesperado con el vengativo y apasionado don Alvaro, parecia presagiar alguna catástrofe que amenazaba su reposo y futura tranquilidad. Constanza se extremeció, experimentando la misma situacion que si su destino hubiese de

ser irrevocablemente decidido en aquel momento; sin embargo, por amargas que fuesen sus ideas, por tenebrosos que apareciesen sus presentimientos, no por esto se abandonó á una vana debilidad: sus ojos no derramaron lágrimas estériles, y conservó sus maneras nobles y distinguidas, que no la habian abandonado en las mas críticas ocasiones. Levantóse de su asiento, y volvió su saludo al jóven caballero con una fria política; una dulce gravedad se hallaba impresa sobre sus rasgos encantadores. El vivo carmin de la rosa no animaba sus mejillas, pero al pálido color que lo reemplazara añadia aun á su porte una expresion mas imponente.

Parecia que Lara habia echado raices en el punto en que se habia detenido; la deslumbradora vision que se presentaba á su vista disipó por un instante todos los sentimientos de venganza, de furor y ambicion que ocupaban su espíritu. La pasion del amor se despertó en su alma con mayor fuerza que nunca, y reconoció que las activas escenas de la guerra, las peligrosas aventuras, las profundas combinaciones en que se habia empeñado, no consiguieran borrar de su imaginacion la impresion de su primer afecto, ni desterrar de su memoria los encantos de aquella que miraba presente. Este repentino encuentro encendió de nuevo todos los restos de aquella llama que consideraba apagada para siempre, y durante algunos momentos pareció olvidar el objeto de su mision, contemplando á la bella Constanza. Pero las pasiones de Lara eran harto violentas para que una sola pudiese absorber por largo tiempo su exclusiva atencion. Se realizaba en su interior un terrible combate: el recuerdo de su amor por Constanza le volvió todo su furor, toda la mortificacion que habia experimentado, y la suave sensacion que su presencia produjera desde luego, se cambió muy en breve en un amargo sentimiento de venganza.

Hizo Constanza reparo en aquella lucha interior, cuyo resultado esperó con firmeza. Su carácter no se dejaba ate-

morizar por los impetuosos transportes, que á veces ejercen tanta influencia sobre un sexo naturalmente tímido y apocado. Conocia el poder de don Alvaro de Lara y su resentimiento; pero aunque interiormente temiese sus resultados, se hubiera avergonzado de soltar la menor señal de flaqueza. Era igual su orgullo al de Lara, y aun cuando lo mirase triunfante y asistido de todos los medios para poder vengarse, se elevaba sobre su mismo destino, y del exceso de su desgracia sacaba nuevas fuerzas y nuevo valor para resistirla.

Despues de algun tiempo acercóse Lara con ademan de ofendida dignidad, mientras que una amarga sonrisa hacia mas visible el despecho que experimentaba.

—Señora, dijo con acento satírico, acaso podreis vos ahorrarnos el embarazo que nos posee al presente. Vuestro padre conoce al parecer tan poco las habitaciones de su propio castillo, que no puede indicarnos el paraje en que se oculta aquel que se hace llamar rey de Castilla. Las damas conocen á veces mejor que nosotros los medios de poner en seguridad á un ilustre refugiado, y yo espero que vos....

—Deteneos, señor don Álvaro, interrumpió Constanza con dignidad: cualquiera que sea el objeto de vuestra mision en este sitio, nunca podrá ser el de insultar á una mujer indefensa. Os quitaré la molestia de continuar vuestras amargas ironías, diciéndoos francamente y sin rodeos, que si pudiese favorecer por mi parte la evasion de un desgraciado y substraer especialmente á mi rey de las viles pesquisas de sus vasallos rebeldes, seria para mí una felicidad que llegaria á envanecerme.

Mordióse don Alvaro los labios con despecho, y contuvo, no sin dificultad, la explosion de su cólera, contestando con tanta serenidad como le fue posible manifestar:

—Está bien; pero tened por seguro que no nos separarémos sin que haya yo presenciado el arresto del tirano, por cuya suerte os interesais con tanto ardor. Don Hernan-

do de Castro es regular lo acompañe tambien, y será para vos una satisfaccion la de adquirir alguna nueva prueba de aquella heróica conducta que tanto excita vuestra admiracion; tened, pues, señora, la bondad de acompañarnos.

Al pronunciar estas palabras la violencia de sus pasiones se hizo casi irresistible: los zelos y el trastorno de sus esperanzas despedazaban su corazon, y la desdeñosa frialdad, la indiferencia aparente, con que Constanza recibia sus amenazas no eran en manera alguna muy propias para calmarlo. Don Egas, con el corazon lastimado, acompañó á su irritado pariente, y en vano se rascaba la cabeza para producir alguna de aquellas felices invenciones con cuyo auxilio tantas veces saliera de sus apuros. Tenia por seguro el arresto del rey, y si esto le atormentaba, no era porque temiese que algun lunar viniese á empañar su reputacion, en vista de lo que habia pasado; sí tan solamente por no poder rastrear sin extremecerse las consecuencias probables de su conducta. No era presumible que don Enrique lo castigase tan solo por haber llenado los deberes de la hospitalidad con su desgraciado hermano; mas tampoco podia esperarse que se hallase bien dispuesto en favor de su libertador. De consiguiente, se hallaba don Egas expuesto á perder toda esperanza de participar jamás de los favores de la corte, que no contaria con él en los arreglos y reformas, que, segun su parecer, deberian efectuarse en breve; así pues, podia despedirse de la dulce perspectiva de recobrar el eminente puesto á que le daba derecho su nacimiento.

Entregado á estas tristes reflexiones, acompañaba el anciano caballero al impaciente Lara en sus activas pesquisas para descubrir el asilo del rey. Con gran consternacion suya le vió dirigir rápidamente sus pasos hácia el aposento de la torre solitaria, donde el monarca se hallaba oculto. El ademan de seguridad de don Alvaro le hizo creer mas que nunca, que conocia el misterio del secreto resorte, y

así esperó con mucha ansiedad el éxito de este desagradable negocio. Lara entró en el aposento, dirigió una indagadora mirada en derredor, y dijo despues con sonrisa sardónica:

—Hemos llegado al fin al paraje mas interesante. Me consta indudablemente que esta habitacion ha sido siempre destinada al caritativo uso de servir de asilo á los seres desgraciados y perseguidos; pues estos son sin duda los títulos con que vuestra humanidad honra al opresor de Castilla. Ahora, señor don Egas, añadió con acento grave y altanero, es preciso me informeis al momento del paraje en que se halla oculto. Si la seguridad de vuestro castillo, si la vuestra misma, os son apreciables, daos prisa á satisfacernos; en nombre del rey, os mando que me entregueis al traidor.

Reconoció don Egas el riesgo en que se hallaba, pero guardó un profundo silencio; al paso que algunos soldados examinaban las paredes y rincones, pero sin poder descubrir ninguna abertura, ni el menor indicio que les guiase en sus averiguaciones. Hizo don Alvaro experiencia de nuevos transportes de furor al ver la inutilidad de sus esfuerzos. Sus miradas ardientes dirigianse ya sobre el padre, ya sobre la hija, como para interrogarles; pero sus fisonomías impasibles no dejaban entrever la menor emocion. Una serena dignidad reposaba sobre las facciones de Constanza, mientras que el anciano político habia sabido dar á las suyas un aspecto de aparente indiferencia que hizo creer á Lara que acaso pudiera haberse engañado. Sin embargo, este jóven guerrero se hallaba harto acostumbrado á los ardides diplomáticos, tan en uso en aquella época, para decidirse á abandonar sus pesquisas antes de agotar todos los medios para llegar á su objeto. No podia concebir que hubiese conseguido don Pedro escaparse, hallándose el castillo perfectamente circuido de partidarios muy celosos de la causa de don Enrique. Volvió pues á su primera idea de que se mantenia oculto en lo interior del edificio, y atribu-

yó la serenidad de don Egas y de su hija, no á la evasion de su huésped, sino á la confianza que tenian de que no llegaria á descubrirse el sitio en que se hallaba oculto. Este pensamiento redobló su cólera, y al mismo tiempo le fortificó en la resolucion de llegar á la última extremidad, si persistia Vargas rehusando la entrega del rey; y así le dijo con tono agitado:

— Señor don Egas, reflexionad que seria una locura de parte vuestra intentar ocultarme á don Pedro por mas tiempo, cuando estoy bien convencido de que se halla aquí, y me encuentro firmemente resuelto á emplear todos los medios que puedan impedir su evasion.

— Señor don Alvaro, respondió el anciano, no puedo comprender de donde os viene una conviccion tan íntima. Entregaos si os place á las averiguaciones mas minuciosas para satisfaceros, nada es mas justo; mas no me hagais la injuria de considerarme tan vil que pueda entregaros al fugitivo, si realmente se encuentra en el castillo.

— No me juzgueis engañado por vuestras sutilezas, respondió Lara con orgullo; debo cumplir con mi obligacion, y sin perder tiempo. Es preciso que el objeto de mis indagaciones quede al momento cumplido; don Pedro no se escapará: ó bien será puesto vivo en mi poder, ó mezclará sus cenizas á las encendidas ruinas de este castillo.

— ¿Qué es lo que decís? preguntó don Egas alarmado.

— La verdad, contestó secamente don Alvaro; si antes de media hora no me es entregado don Pedro, será pábulo de las llamas este soberbio edificio.

Estas palabras y el tono con que fueron pronunciadas conmovieron seriamente á don Egas. Extremecióse Constanza; y Lara, que observó la impresion que esta amenaza habia producido, se convenció mucho mas de que se hallaba oculto el rey en el castillo. La arrogancia de don Alvaro exaltó sin embargo al anciano, quien á pesar de su natural prudencia y política profunda, no pudo dejar de manifestar sus sentimientos.

—¡Incendiar el castillo! exclamó, ¿y con qué derecho?

—Con el mio, respondió el jóven Lara con sequedad: semejante acto fuera tan solo una corta reparacion de las afrentas que he recibido de vuestra familia; pero afortunadamente mi deber justifica todas cuantas medidas pueda llegar á tomar, por violentas que sean, pues que son empleadas en favor de la causa de don Enrique.

—He aquí, dijo Constanza con amargura, un medio muy honroso para adquirir nuevos títulos á la benevolencia del nuevo soberano de Castilla.

Lara no se dignó responder, pero con ademan altivo se puso á examinar minuciosamente todo el aposento. Don Egas parecia absorto en sus reflexiones: todas sus facultades inventivas le abandonaron enteramente en este crítico momento; y su visible embarazo justificaba sobradamente las sospechas de Lara. Los groseros soldados manifestaban con sus feroces miradas el gozo que les causaba la esperanza de ver entregado á las llamas el castillo, prometiéndose sacar un rico botin antes del incendio.

—El tiempo pasa, dijo don Alvaro con serenidad; el cielo me es testigo de que cumpliré mi palabra.

Los temores de Constanza eran demasiado vivos para poder disimularse mas largo tiempo; su valor la abandonó, cuando la fue conocida la certeza de una desgracia que tanto temia, y que miró la prision de don Pedro como cosa inevitable. Lara observó su emocion y se sonrió con malignidad á vista de los sobresaltos de que era causa. Este profundo sentimiento de orgullo ofendido, este dardo emponzoñado de los zelos y estos transportes de indignacion y de furor, que tiempo hacia despedazaban sordamente su corazon, le hicieron experimentar una especie de triunfo al verse en disposicion de imponer á aquellos que en su concepto le habian ultrajado del modo mas sensible. Aunque era valiente y generoso, encontraba un placer secreto, que es comun al hombre devorado por pasiones extraordinarias y al ser vil y degradado: esto es á satisfacer su ven-

ganza. Ya no dudaba de que llegaria á tener á don Pedro en su poder, y la perspectiva de llevarlo preso á la presencia de su victorioso hermano esparcia una expresion de gozo sobre sus facciones.

—Soldados, dijo volviéndose á los suyos: preparaos á ejecutar mis órdenes, y que las antorchas esten encendidas.

—¡Jamás, don Alvaro! exclamó Constanza, es imposible que ordeneis un acto de barbarie tan atroz. Reflexionadlo bien, esto seria atacar los deberes mas sagrados, y violar las leyes divinas y humanas. No hagais pues caer el peso de una injusta cólera sobre vuestros propios parientes.

—¡Mis parientes! exclamó Lara con la sonrisa del desprecio, ¡mis parientes! Ahora es tan solamente cuando la hija de don Egas de Vargas encuentra ocasion para dirigir esta frase tan suave á Alvaro de Lara. ¡Mis parientes! ¿Será cierto? repitió con amargura; ¿y podeis por ventura invocar este título?

—No: yo tan solo apelo á vuestra generosidad, á vuestro honor, como hombre, como castellano, contestó Constanza con nobleza.

—En vano llegará á mis oidos esta súplica, repuso don Alvaro con exaltacion. —Señor don Egas, añadió dirigiéndose hácia el anciano caballero, que no sabia que resolver: seguramente la vista de vuestro castillo incendiado no puede tener tantos encantos que os haga despreciar mi advertencia.

El dolor y la consternacion de este y de su hija se manifestaron entonces en toda su extension. Era imposible desviar al orgulloso Lara de su horroroso designio, ni tratar de contenerlo por mas tiempo. El embarazo del anciano era espantoso y se hallaba patente en sus sorprendidas facciones; no podia decidirse á entregar la persona del rey; y sin embargo, conocia bastante á este para estar seguro de que pereceria mas bien en medio de las llamas que rendirse á sus enemigos.

Pero el terror, la agonía de Constanza, eran aun mas

graves que las penas de su padre; la salvacion de su amante estaba unida á la de don Pedro, y sabia muy bien que el noble caballero participaria de la suerte de su soberano, al que habia permanecido siempre fiel en medio de todas las vicisitudes de la fortuna. Así pues, ya no luchó mas para ocultar lo que pasaba en su corazon: su agitacion era extremada; y Lara, que podia entonces estar perfectamente seguro de la exactitud de sus presentimientos, se contentó con decir:

—Preciso es al fin desalojar al zorro: nada puede salvarlo ya.—Manifestaos, señor don Pedro, exclamó con energía, y no arrastreis en vuestra ruina á aquellos que han querido salvaros.

Una pausa horrorosa se siguió á estas palabras: don Egas respiraba apenas: vióse precisada Constanza á buscar un apoyo contra un mueble; y los varios sirvientes expresaban con sus abatidas miradas la consternacion en que les sumergia la desgracia de que se hallaban amenazados.

—Salid, señor don Pedro, gritó de nuevo el implacable Lara: salid, ó esperad perecer en medio de las llamas. Por la última vez os intimo que comparezcais.

En aquel momento se oyó un súbito rumor, que parecia salir de lo interior de las paredes, y una sonrisa de triunfo brilló sobre los labios de Lara, al paso que un mortal extremecimiento dejaba helados á don Egas y á su hija. Todas las miradas, en que se veia pintada la ansiedad mas viva, se dirigian al paraje de donde venia el rumor. Un cuartel ó tablero del artesonado de la pared se apartó suavemente, manifestándose en ella una abertura; y aquel objeto de una persecucion tan continuada entró en el aposento con el rostro oculto en parte con su gaban. A su vista despidieron sus enemigos un grito de alegría, mientras que Vargas y su hija se miraban tristemente uno á otro.

—Razon teneis, señor, dijo don Alvaro dirigiéndose á su enemigo, en haber tomado esta prudente resolucion; pues dentro de algunos minutos mas iba á poner en ejecucion mi amenaza.

Ninguna respuesta recibió de aquel que acababa de presentarse, y que permanecia inmóvil á la entrada del pasadizo secreto, sumergido en una aparente indiferencia; y don Alvaro no pudo entonces contener por mas tiempo el transporte de orgullo y regocijo, excitado por el buen éxito de su empresa.

—¡Gracias al cielo! exclamó, nuestros trabajos han fenecido. Vuestra prision, señor, vuelve dichosamente la paz y la tranquilidad á Castilla; largos han sido sus padecimientos; mas ya tocan á su fin, ahora que don Enrique va á subir sobre un trono, donde sus vasallos lo desean ver hace tanto tiempo.

Estas palabras injuriosas y crueles parecieron causar á aquel á quien se dirigian una emocion extraordinaria, y el carácter violento de don Pedro se descubria por los movimientos convulsivos que agitaban todo su cuerpo. La imágen que se le ofrecia de su corona perdida para siempre, parecia hacer mas impresion sobre él, que el temor de caer en manos de su rival.

—Someteos, señor, á vuestra suerte, añadió don Alvaro: toda resistencia seria locura, y debeis resignaros á ser conducido á la presencia de don Enrique.

—¡Pérfido, rebelde! ¡no os lisonjeeis tanto de vuestro pretendido triunfo! exclamó el desconocido con voz de trueno. Aun puede don Pedro castigar la rebelion de un hermano desnaturalizado y de una nobleza facticia. Escusad fanfarronadas, señor Lara, vuestra vigilancia está frustrada y con el auxilio de Dios don Pedro de Castilla se halla al presente en seguridad.

—¿Qué es lo que decis, exclamó don Alvaro sorprendido; ¿quién pues?... No, no, esto es imposible: no ha podido escaparse. Pero en nombre de Satanás, ¿quién sois vos?

—¡Don Hernando de Castro!... dijo el noble Castellano, desembarazándose de su gaban.

Un grito de sorpresa se hizo universal: quedó Lara un

momento inmóvil y como herido por el rayo; mas bien presto la cólera sobrepujó á la sorpresa: todas sus facciones se hallaban trastornadas, espumaba de coraje y sus ojos inflamados se asemejaban á los de un tigre que se abalanza hácia su presa.

Tanta violencia no excitó emocion alguna en las serenas facciones de Hernando de Castro. Contemplaba con orgullosa dignidad la vehemencia del carácter de su rival, y aunque debiese temerlo todo de su venganza y de los zelos, esperaba su suerte con resignacion y firmeza. Don Egas se habia sentido notablemente aliviado con la inesperada aparicion de su jóven amigo; mas recayó en su primera ansiedad al observar los excesos á que podia conducir á don Alvaro el trastorno de sus esperanzas. En cuanto á Constanza, se hallaba entregada su alma á los tormentos mas crueles: veia á su amante á la merced de un rival vengativo: iba á ser separada de él, y los mas tristes presentimientos se apoderaban de su corazon. Los ojos de don Alvaro erraban entre una y otra persona: la sola vista del dolor que causaba iba suavizando algun tanto la amargura de su furor; mas el porte sereno y tranquilo de don Hernando lo exasperaba al contrario mas. Lanzando al fin una terrible mirada sobre el noble Castellano, le dijo con acento que la emocion hacia trémulo.

— Señor don Hernando, es una felicidad que al escaparse el tirano, nos haya dejado en su lugar un vasallo tan noble y tan fiel, que nos consolará en parte, al menos á mí, de la ausencia de su amo. No quedaréis seguramente defraudado de la recompensa que merece vuestro sacrificio. No, no dejará escapar don Alvaro de Lara, una ocasion tan favorable de manifestaros su reconocimiento por lo que acaba de suceder, y por otra multitud de favores que no ha podido retribuir aun.

Recibió el Castellano esta cruel chanza con el silencio del desprecio; y en el propio momento un nuevo personaje salió del pasadizo secreto; este era el buen Pimiento que con pa-

so firme y los ojos brillantes de regocijo se acercó entonces á don Álvaro, y le dijo:

— Señor, bien podeis ahora hacer estallar vuestra cólera, y cargar el peso de ella sobre nuestras cabezas; como buenos y leales vasallos nos desdeñarémos de hacer oir nuestras quejas. Podemos alabarnos á boca llena de haber salvado á don Pedro de Castilla de las manos de sus pérfidos perseguidores. Gracias á la Vírgen y al bienaventurado Santiago, se halla al presente fuera de peligro.

— Estad seguro viejo charlatan, respondió Lara con agitacion, que no escaparéis al castigo que tan bien mereceis. Sí, lo juro por nuestro rey Enrique.

Ordenó entonces á algunos de sus soldados que recorriesen el pasadizo secreto, con el objeto de asegurarse si don Pedro se hallaba aun oculto en él; pero no se encontró á persona alguna. La cólera de don Álvaro subia de punto á cada momento; hizo llamar á la tropa que habia colocado en observacion al rededor del castillo, y les acusó de connivencia con el rey fugitivo, sabiendo con gran sorpresa y despecho por uno de ellos, que se habia visto á un hombre que huia á caballo con direccion á Almagro, ciudad que aun se mantenia en poder de las tropas de don Pedro.

— ¡Corred, Manrique! gritó á su teniente: tomad los caballos mejores, y que el fugitivo no se escape.

— ¡Ah! ¡señor don Álvaro! respondió Manrique, van á ser inútiles nuestros esfuerzos, si he de dar crédito á la relacion de nuestros centinelas.

— ¿Se parecia este hombre á don Pedro? añadió Lara.

— No, seguramente, respondió un soldado; nos es desconocido, aunque Pero Mendez haya encontrado que se parecia bastante á don Hernando de Castro.

— ¡Por vida del infierno! exclamó Lara, espumando de cólera; el complot se halla al presente descubierto: el fugitivo no es otro que don Pedro.

— Sí, sí, seguramente es don Pedro, quien, merced á Dios, debe hallarse ya en seguridad en la fiel ciudad de Almagro.

—¡Miserable! exclamó don Álvaro, no os regocijeis de su evasion, pues debeis saber, pobre tonto, que esta bella proeza os costará cara á vos y á vuestro noble amo.

—Señor don Álvaro, dijo el Castellano con entereza, sea cual fuere la influencia de vuestras amenazas sobre las almas vulgares, debeis saber que son enteramente perdidas cuando se dirigen á Hernando de Castro. He cumplido con mi deber hácia mi rey; he obrado como fiel vasallo, y es una conducta que hace tanto honor á un noble castellano como vuestro impotente furor lo quita á los partidarios del usurpador.

—Vuestra insolencia, orgulloso caballero, será bien pronto reprimida, si Dios me ayuda. Acaso á pesar de vuestra arrogancia, este corazon altivo no es tan invulnerable bajo todos conceptos, y este carácter austero é impasible tiene un punto débil, por el que pueda penetrar algun dardo emponzoñado. De todos modos, sabed, si acaso fuese una verdad escapada casualmente á vuestra penetracion, que tengo el poder de aplicaros legalmente la mas severa de las penas, la pena reservada á los traidores: ¡la muerte!

—Si estas penas fueran justamente aplicadas, dijo el Castellano desdeñosamente, me sorprenderia que existieseis aun. Basta, señor, no añadais gratúitos insultos á las viles instigaciones del furor y de los zelos: conducidme donde querais, estoy preparado á seguir mi suerte. No soy yo el traidor, ni temo á la muerte. Aborrezco y desprecio vuestra rabia impotente, y deberiais avergonzaros de llamaros castellano, pues no sois un verdadero caballero.

El tono intrépido y el aspecto de dignidad de Castro sorprendieron á los soldados de don Álvaro, hiriéndolos de un sentimiento de respeto envuelto en terror. Miraba Constanza con la mayor admiracion al generoso caballero, y por entre un torrente de lágrimas que bañaban sus hermosos ojos brilló una sonrisa consoladora con esta nueva prueba de heroismo del objeto de su amor. Mas el terror y la ansiedad que la devoraban recobraron otra vez el imperio en su corazon. Las amenazas de don Álvaro retumbaban aun

en sus oidos, y lo consideraba capaz de llevarlas á efecto. La exasperacion de sus sentimientos, el rencor que profesaba al Castellano, á este rival preferido, y los chascos innumerables que habia experimentado, ahogarian en su alma la voz de la compasion, aun cuando se hiciese oir en favor de un enemigo noble y generoso. Poco tiempo duró su incertidumbre, y demasiado presto se realizaron sus temores.

— Asegurad los presos, gritó Lara á su tropa: son harto temibles para que se les deje la menor esperanza de escaparse.

— ¡Hombre cruel y sin generosidad! exclamó la desgraciada Constanza llena de la mayor indignacion, tan solo tratais de añadir nuevos tormentos á su penoso estado cargándole de insultos gratúitos. ¿Ignorais acaso que para una alma generosa esas prisiones son peores que la misma muerte? ¿Sabéis por ventura que la palabra de Hernando de Castro es mas segura que la mas fuerte cadena? Mas gozad de un triunfo tan vergonzoso y despreciable; los efectos de vuestra malicia y venganza deshonrarán tan solo al mismo que elige medios tan bajos y cobardes para manifestar su rencor hácia un enemigo indefenso.

— Marchemos, dijo Hernando: estoy dispuesto á seguiros. ¡Adios, Constanza, y si fuese condenado á no veros mas, que la gloria de mi muerte os consuele de mi falta! Marchemos, don Álvaro, y aprended de mí de que suerte debe morir un noble castellano.

— No hableis asi, Hernando, le dijo Constanza llena de la mayor desesperacion: vuestras palabras me despedazan el corazon, y formais muy mal concepto de don Álvaro, si lo considerais capaz de llevar su venganza hasta el extremo de dar la muerte á un enemigo desarmado.

— Señora, la dijo Lara con amarga y triunfante sonrisa; vuestra opinion sobre mí es sin duda muy lisonjera; pero me hallo obligado á confesar que la de don Hernando es mas exacta. Sorpréndeme sin embargo que tengais de mí una idea tan favorable, cuando me habeis tratado anteriormente con tanto desprecio. En cuanto á vos, señor don

Egas, como no habeis tomado las armas contra don Enrique, no pensaré en deteneros. Quedais libre, pero no olvideis que se dará exacta cuenta al rey de vuestra conducta por lo tocante á don Pedro. Por ahora, señor de Castro, nos dirigirémos á Orcajo, en cuyo punto, puesto que os hallais tan bien preparado, sufriréis antes de ponerse el sol, la suerte reservada á los traidores.

—¡Oh Dios! ¡qué suerte! exclamó Constanza alarmada.

—¡La muerte! si, ¡la muerte! respondió Lara con severidad.

Un grito de horror, se escapó de los labios de la desgraciada.

—¡La muerte! repitió don Egas helado de espanto; no, don Álvaro, vos no hablais con formalidad.

—No os engaño, señor, dijo Lara muy sereno: su suerte está decretada: ningun poder sobre la tierra podria salvarlo. Partamos, pues, al momento para Orcajo.

Entonces se puso la tropa en movimiento, y Constanza en medio de la agonía de su dolor se esforzó en detener á su implacable caudillo, quien la rechazó con dureza, y renovó la órden de partir.

—¡Constanza, querida Constanza! dijo Hernando con emocion: cálmate, y sea tu conducta digna de tu rango y nacimiento. ¡Oh! si aprecias mi estimacion, si quieres suavizar la amargura de estos momentos de prueba, déjame partir con la dulce seguridad de que te considerarás siempre como la desposada de Hernando de Castro. ¡En nombre del cielo! no implores la clemencia de este monstruo, ni te bajes á lisonjear su orgullo: en medio de nuestros infortunios podemos quitarle el infernal placer que le procuraria la menor debilidad de parte nuestra. Adios, mi querida, mi noble Constanza: ¡quiera el cielo velar sobre tí, y colmarte de tanta felicidad como mereces!

Entonces con ademan noble y orgulloso, hizo un gesto para anunciar que se hallaba dispuesto á partir. El dolor de Constanza habia llegado á su colmo; su vista se turbó; una especie de vértigo se apoderó de ella, y la palidez de la

muerte se esparció sobre su rostro: cerráronse sus ojos: un temblor convulsivo se apoderó de ella, y hubiera caido indudablemente si sus doncellas no hubiesen corrido á sostenerla. Se hallaba don Egas petrificado, y no intentó pronunciar una sola frase, y con un triste silencio miró alejarse la tropa que salia del castillo. Al pasar delante de él inclinó Hernando ligeramente la cabeza, y Pimiento, á quien esta nueva catástrofe parecia haber aumentado el orgullo, le dijo con entereza mirando al anciano caballero.

—¡Animo señor! manifestarémos á los castellanos degenerados, que hay hombres aun que pueden igualar la gloria de los Cides y Bernardos; mirad á don Hernando, mi buen señor; y que su ejemplo os enseñe á trocar un poco de lo que llamais politica, con algunas de las virtudes que convienen mejor á un noble caballero: tales como la magnanimidad y el desprecio de la muerte.

Muy en breve el rumor de los que marchaban se fue perdiendo gradualmente en la lontananza; el castillo quedó entregado á un profundo silencio, y sus moradores á un aflictivo desconsuelo.

VIII.

Cruel alternativa.

Antes de pasar adelante, debemos explicar como habia podido don Pedro substraerse al inminente peligro que le amenazaba cuando se abrieron las puertas del castillo y los soldados de don Enrique se precipitaron ansiosos para apoderarse de su persona.

Resuelto á aprovecharse del pasadizo secreto, único recurso que le quedaba, apenas habia entrado en él, cuando Pimiento, despues de haber cerrado la puerta, se adelantó hácia el rey con aire de confianza, y le dijo:

— Señor, no soy mas que un humilde escudero, indigno de dar consejos á mis amos; mas sin embargo, creo tener medios para hacer salir á V. M. de este vergonzoso asilo, pues si he de decir lo que pienso, no conviene á la dignidad del rey de Castilla permanecer embutido en un obscuro rincon, de la propia suerte que un noble gamo cuando huye de los bocados de los sabuesos que le persiguen. Me atreveré pues, con todo el respeto y deferencia de un leal vasallo, á proponer un medio mas noble, que es en algun modo un ardid de guerra, y que por lo mismo es mas digno de un rey que permanecer agazapado en este pasadizo humilde é insaluble.

— Explícate, dijo Hernando: ¿cuál es tu proyecto?

— Sin duda, añadió el rey, será alguno semejante al de dejar escapar á un espía, y causar los peligros y desgracias que de ello han resultado.

— ¡Ay, señor! perdóneme V. M. una ofensa bien involuntaria, dijo humildemente el escudero; con la ayuda de la Virgen, espero reparar en parte mi falta, pero es preciso apresurarnos. Tened, señor, tomad este sello: es el de don Enrique.

Rechazólo don Pedro, haciendo un gesto de horror y disgusto.

— ¿Y de qué suerte, exclamó, se halla esta abominable prenda en tus manos?

— Esto es, señor, muy largo de contar, y su narracion impediria el éxito de mi plan. Permitidme tan solo que os diga que no lo he obtenido de un modo indigno, y que al presente puede servir á la seguridad de don Pedro de Castilla.

— Vuelvo á repetirlo, repuso el rey; ¿quién os ha dado este sello?

— El mismo don Enrique, respondió Pimiento con firmeza. En cierta ocasion le presté un señalado servicio, y este fue mi recompensa; esta ligera prenda tiene un poder mágico de asegurar su libre tránsito al que la lleve consigo, y

no necesito añadir que os facilitará los medios de pasar sin obstáculo por en medio de las filas rebeldes.

— No, no, dijo don Pedro con amargura; no será seguramente así cuando se reconozca que el que lo presenta no es otro que el rey de Castilla.

— Es cierto, dijo don Hernando, y preciso es engañar la vigilancia de los centinelas del traidor. Señor, añadió con tono firme y resuelto: cambiemos de vestido al instante: mi persona no es tan conocida, y no es además el objeto de una persecucion tan encarnizada. Por fortuna, somos á corta diferencia de igual estatura, y esta mudanza de traje no puede dejar de producir un buen resultado; no perdamos tiempo.

Al decir estas frases se puso á ejecutar su proyecto; dudó el rey por algunos momentos, pero el peligro era urgente, y la dulce perspectiva de defender aun su corona preponderó sobre toda otra consideracion. El cambio de trage se verificó en un momento, y para disimular mejor su persona, fué colocado un lunar sobre el ojo izquierdo del rey, y entonces su metamórfosis fué completa.

— Mas vos, dijo don Pedro, ¿qué partido tomaréis?

— Nada temais, señor, respondió el noble Castellano, antes de todo debemos tratar de vuestra salvacion, en cuanto á nosotros, la hospitalidad de don Egas bastará para protegernos. Partid, señor, al momento: paréceme que oigo algun rumor. Dirigíos con prontitud á la ciudad de Almagro, donde iré á reunirme con vos sin pérdida de tiempo; partid, y el cielo dirija vuestros pasos.

— ¡Amen! respondió el anciano escudero con tono solemne, echando sobre el rey una postrera ojeada para ver si algo faltaba en su nuevo traje.

Al oir á los enemigos que se acercaban, Hernando y Pimiento se llevaron al rey; despues de muchos rodeos bajaron una escalera larga y estrecha, abrieron cuidadosamente una oculta puerta, y se encontraron en un pequeño patio, desde donde oian á los centinelas que se hallaban á la parte

exterior. Despidiéronse entonces del rey, y despues de haber besado con el mayor ardor la mano que les tendió, volvieron á entrar en el pasadizo, por ser conveniente que se manifestasen á un mismo tiempo, á fin de no excitar sospechas, tanto mas fundadas atendiendo á que Hernando llevaba el trage de don Pedro.

Mientras tanto abrió el rey la puerta animosamente, y casi al mismo tiempo dos ó tres centinelas le gritaron que se detuviese; pero á vista del sello de don Enrique supusieron naturalmente que estaba encargado de alguna comision por el mismo, y le dejaron pasar; pues aunque hubiesen concebido algunas sospechas, conocian demasiado bien la virtud poderosa del pasaporte que se les presentaba para atreverse á detener á su portador.

Continuó don Pedro lentamente su marcha, y habiendo llegado á una avenida, en donde los soldados de don Enrique habian atado sus caballos, escogió uno de los mas vigorosos, y arrimándole las espuelas, se puso en fuga con direccion á Almagro, adonde llegó antes del mediodia. Durante este tiempo, don Hernando, que habia vuelto á entrar en el pasadizo con su fiel escudero, oyó la conversacion producida por la llegada de Lara al aposento, y de que hemos ya hecho mencion. La amenaza que hizo este de reducir el castillo á cenizas decidió el Castellano á entregarse en manos de sus enemigos: volvamos pues al presente á continuar nuestra relacion.

Se hallaba don Hernando caminando hácia Orcajo, donde le aguardaba una muerte prematura. El rumor de los pasos de los caballos habia dejado de oirse; un silencio lúgubre reinaba en el castillo de don Egas, y Constanza se entregó de nuevo á premeditar el sentimiento de su desgracia. Durante un instante estuvo sumergida en el letargo de la desesperacion; y su padre agotó los esfuerzos para suavizar la amargura de su mudo dolor. Sus tiernas exhortaciones lograron restablecer el curso de sus ideas, y se esforzó en convencerlo de la necesidad de adoptar alguna resolucion para

desviar, si era posible, el espantoso golpe que amenazaba á don Hernando. Esta idea obró vivamente sobre su imaginacion, y pareció volverle toda su energía; sin embargo, ¿qué partido podia tomarse? Ella temblaba por la vida de su amante: conocia demasiado bien el carácter de Lara para considerar que sus palabras no eran una vana amenaza, y así resolvió tentar todos los medios posibles para arrancarlo á la venganza de su implacable enemigo.

— ¡Ó padre mio! exclamó con acaloramiento, no debemos sufrir que perezca: ¡no, no morirá!

— ¿Y cómo lo impedirémos? dijo el anciano con aire abatido; ¿no habeis observado la inflexible resolucion pintada en todas las miradas y palabras de Lara? ¡Ay, hija mia! yo no se alentaros con vanas esperanzas. Es ya demasiado tarde para dirigirnos á don Enrique, el único que puede salvarlo, y antes que la noticia pueda llegar á Toledo, el desgraciado Hernando será contado en el número de los muertos.

— ¡Ah, querido padre! ¿y es este el único consuelo que podeis ofrecer á vuestra hija desesperada?

— ¡Consuelo! exclamó don Egas; Dios sabe cuanto los necesito para mí mismo. ¡Él solo se halla informado de los consuelos que el porvenir me prepara! Las relaciones de Lara van á perderme para siempre en el ánimo del rey. Sí, toda mi prudencia, toda mi política, no podrán sacarme de este mal paso. Estamos perdidos, Constanza, y perdidos para siempre; y lo menos que puede sucedernos es ver nuestros bienes secuestrados; el destierro seguirá acaso; mi querida hija, voy á dejaros reducida á la miseria.

— ¿Y pensais por ventura que semejantes consideraciones puedan ocuparme, cuando me hallo amenazada de la mas espantosa de todas las desgracias? No penseis tan mal de vuestra hija: ella podrá consolarse de la pérdida de su fortuna, pero hay otra pérdida de que nunca obtendrá consuelo. Sí, mi querido padre, corramos á salvarle.

— ¡Correr! ¿y dónde? ¿Qué medios emplearémos?...

— Dejadme tentarlos todos, apurarlos, y si no logramos el éxito deseado....

No pudo concluir; un mortal extremecimiento circuló por sus venas; pero muy en breve volvió á tomar su ordinaria entereza, y tuvo bastante serenidad para ordenar á un criado que á toda prisa ensillase su palafren.

— Señor, dijo entonces á su padre, es preciso me acompañeis á Orcajo. Si nuestro pariente Lara no es el mas endurecido de los monstruos, no podrá oir nuestros agudos lamentos sin enternecerse. No, si es hombre, no podrá sostener el espectáculo de los males que va á causar.

Accedió don Egas sin dificultad á los deseos de su hija: en el fondo de su corazon no le disgustaba esta determinacion, pues aunque temiese el imperioso carácter de Lara, se lisonjeaba aun de que la voz persuasiva de Constanza suavizaria el rigor de don Álvaro hácia su prisionero, y que en todo caso, manifestara mas clemencia por causa suya, aun cuando se hallase decidido á no conceder favor alguno al Castellano. Este sentimiento de egoismo unido al afecto que profesaba á su hija le hicieron desear vivamente el partir; y apenas habia discurrido una hora desde que la tropa de don Álvaro habia salido del castillo, cuando Constanza y su padre, acompañados de dos fieles sirvientes, se hallaban ya en el camino de Orcajo.

Habia ya llegado Lara á este pueblo con sus presos, quienes durante el camino guardaron un profundo silencio. La indignacion del anciano escudero se habia exhalado mas de una vez en patéticas demostraciones, apoyadas sobre ejemplos de los antiguos campeones; mas como reparó que no eran escuchadas por sus muy groseros y poco heróicos conductores, creyó prudente abstenerse de ellas.

Al llegar á Orcajo fueron los presos arrojados inmediatamente en una estrecha prision, hasta el fatal momento en que quedase decidida su suerte. Sus vidas se hallaban pues á la merced de Lara; porque en aquellos tiempos turbulentos, semejantes actos de violencia pasaban sin repa-

rarse en medio del choque y afluencia de sucesos mas importantes, viniendo á ser meros sacrificios impuestos por el espíritu de partido. Familiarizado el ánimo con las escenas de horror, se acostumbra á recibir impresiones fuertes y terribles con cierta especie de apatía, que la persona mas insensible se avergonzaria de manifestar en momentos mas tranquilos.

En el actual estado de asuntos, la muerte de don Hernando de Castro podia ser pronunciada por su vengativo rival, no solamente con entera seguridad, sino aun con la esperanza de adquirir por este medio nuevos derechos á la gratitud de don Enrique. La conocida adhesion de don Hernando por el rey, y el importante papel que habia desempeñado durante el curso de estas discusiones civiles, lo hacian mirar por el partido contrario como su mas temible enemigo, cuya ruina excitaba mayores deseos.

Pero á pesar de estas consideraciones de seguridad, y de envenenado rencor que le aconsejaba la muerte del Castellano, experimentaba Lara una secreta angustia que le hacia dudar, y despertaba en su imaginacion una serie de reflexiones tristes y penosas. Aun en medio del conflicto de las pasiones, no podia cerrar el oido á los sordos avisos de su conciencia que le representaba la muerte del valiente don Hernando con los mas espantosos colores. En vano se esforzaba á ahogar en su principio estas incómodas sugestiones: en vano probó de convencer á su razon de la necesidad de este acto, haciendo valer su posicion relativa como enemigo, y el daño que su perdon podia producir á la causa de don Enrique; á pesar de estos argumentos, venia á parar en la aflictiva conclusion de que la muerte del Castellano seria mirada como un acto de venganza particular, mas bien que como un sacrificio hecho al bien público.

Bajo el influjo de sensaciones tan diversas, se paseaba aceleradamente por su habitacion en medio de la irresolucion mas penosa. La lucha que hubo de sostener era difi-

cil; pero la violencia de su carácter, las quejas que pensaba tener de Castro, y las sugestiones del orgullo, eran otras tantas armas bien poderosas, al lado de la débil voz de la compasion que por intervalos se hacia oir en favor de su rival. En medio de un movimiento de heroismo se decidia ya á volver la libertad á sus presos; pero poco despues este impulso generoso era comprimido por el recuerdo de su injuria y la dulce perspectiva de satisfacer su venganza. Este combate de sentimientos los mas nobles y pasiones las mas ruines, duró por algun tiempo, que hubiera sido feliz si se prolongase, y feliz mil veces Lara, sino hubiese sido interrumpido en tan decisivo momento; pues es preciso decirlo en honor de la naturaleza humana: si la lucha dura bastante tiempo para que la reflexion pueda decidir entre el bien y el mal, es raro que la victoria deje de pronunciarse en el sentido mas favorable para la humanidad. Pero por desgracia en el caso particular que nos ocupa, cuando el genio del bien principiaba á tomar el ascendiente sobre el interés y el egoismo, fueron destruidos los saludables efectos de esta influencia por la repentina interrupcion que experimentaron los pensamientos de Lara.

Vinieron á informarle de que una mujer deseaba verlo en aquel momento; y apenas tuviera el preciso tiempo para contestar, cuando la persona entró, ofreciendo á sus atónitas miradas las facciones de Constanza, de su hermosa parienta, de aquella en fin que era la causa de los violentos impulsos que despedazaban su corazon. Recordándole su vista con mayor fuerza el origen de sus sufrimientos, despertó con mas energia que nunca las pasiones rencorosas que la voz de la generosidad y de la razon habian conseguido aniquilar en parte.

Quedó don Alvaro en pie en medio del aposento, con los brazos cruzados, é intentando señorear la profunda emocion que esta visita le habia excitado Nada dijo, aguardando en un triste y glacial silencio que la bella afligida le hiciese saber el motivo que la conducia, aun cuando debiese

sospecharlo. Constanza se acercó á él con un ademan lleno de dignidad, sin afectacion, y con voz firme, aunque lastimera, le expuso el objeto de su visita.

— Señor don Álvaro, le dijo, mi sola presencia en este sitio debe bastar para manifestaros el triste motivo que me obliga á semejante paso.

— Creo, respondió este, poder adivinarlo sin grandes esfuerzos de imaginacion. Sí, preveo fácilmente que debo el honor de esta visita al noble don Hernando de Castro, y me es sensible que no pueda manifestarle todo mi reconocimiento cual corresponde.

— No pretendo contestar, dijo Constanza con dulzura, á los motivos de queja que justifican vuestro resentimiento hasta cierto punto.

— Os doy mil gracias, señora, por este exceso de sinceridad; y puesto que tal es vuestra opinion, se sigue naturalmente que debeis esperar de mi la conducta que ordinariamente tienen los que se encuentran en una posicion semejante.

— Todo al contrario: si pudiese temer la impetuosidad de vuestro carácter, quedaria asegurada por el recuerdo de vuestra nobleza y generosidad. No sabriais llevar á efecto la horrible amenaza que en un momento de efervescencia dejasteis escapar esta mañana, ni realizar una accion que empañando vuestra gloria emponzoñaria tambien vuestra existencia y futura felicidad.

— ¡Mi felicidad! ¡ah Constanza! interrumpió don Álvaro con desdeñosa sonrisa: extraño parece que vuestros labios hayan pronunciado semejante frase. ¿Y desde cuándo la felicidad de Lara ha ocupado un solo instante la atencion de Constanza de Vargas? Mas ya veo que el peligro de nuestros amigos nos inspira una maravillosa solicitud en favor de los contrarios mas detestados y aborrecidos.

— ¡Ay Lara! No teneis razon para tratarme así: sabeis muy bien que lejos de miraros como á enemigo, he tenido siempre en el mayor aprecio vuestras virtudes y brillantes

cualidades. Habeis debido contar igualmente con mi amistad: la teneis aun; y podeis adquirir ahora mas que nunca los mayores derechos para conservarla, manifestando una clemencia, que estoy bien cierta, reside en vuestro corazon.

— Me consta sobradamente, repuso Lara, hasta que punto debo contar con vuestra estimacion y amistad; pero no llevaréis á mal que no pueda contentarme con estos sentimientos cuando he tenido el derecho de esperar otros mas tiernos. No me detendré sobre un asunto tan odioso: basta que quede profundamente grabado en mi pecho. Habeis seguido sin duda el impulso de vuestro corazon, y así no podeis desaprobar que consulte el mio. No soy el hombre generoso, ó mas bien débil y sin carácter, tal como afectais considerarme; he sido lastimado mortalmente: la venganza se halla entre mis manos, y no la dejaré escapar. Así pues, si vuestra súplica tiene relacion con mi enemigo, no puedo contestar sino con una negativa absoluta.

Pronunció Lara estas palabras con un tono bastante firme, para manifestar que su resolucion era invariable; pero Constanza no se desanimó: conocia harto bien á su primo desde la infancia, y sabia que la generosidad no era agena de su carácter; y por lo mismo esperó que una insinuacion directa hácia aquellos recuerdos llegaria á excitar al fin su interés y compasion.

— Señor don Alvaro, le dijo, no me es fácil persuadirme que querais verme desgraciada para siempre. No, no es posible que esteis meditando su muerte. ¡Oh! recordad que fue el compañero de vuestra niñez, y el amigo que tan apreciado os fuera en la juventud; si unas circunstancias bien desgraciadas os han separado, si habeis llegado á ser enemigos, imposible es que sus infortunios hayan apagado en vuestro pecho los mas tiernos sentimientos; si os queda aun el menor resto del fuego de la amistad, ¡oh! enciéndase de nuevo en la hora del peligro.

— ¡Lo habeis apagado para siempre! exclamó Lara con la mayor agitacion; pues los medios que Constanza empleaba para conmoverle no servian mas que para redoblar sus zelos y furor.

— Es vuestro enemigo, pero un enemigo generoso: tratadle como á tal.

— ¡Es mi rival, mi rival dichoso! respondió Lara con una horrible expresion de amargura y venganza.

— No podeis olvidar los derechos de una antigua amistad.

— Todo lo olvido, sí, todo menos tan solo que vos le amais. La injuria mas penetrante, el ultraje mas sensible, todo puedo perdonarlo; pero vuestro amor por él ¡jamás! Esta terrible idea hiere á cada momento mi corazon con el puñal mas agudo; siempre me ha perseguido y me perseguirá, porque no me era dado llevar á mis labios la copa del placer, sin que la llenase de hiel la amargura de algun importuno recuerdo. Nacisteis para causar mi desgrácia, y sin embargo, mi corazon despedazado no puede pensar sino en vos. Durante el dia y la noche sigue vuestra imágen mis pasos: en la hora de la alegría viene á turbar mis mas dulces ilusiones; y en los momentos de angustia redobla mis tormentos. He aqui lo que he sufrido, y lo que estoy condenado á sufrir para siempre, pues nada podrá hacerme olvidar vuestro perjurio, vuestra negra traicion. ¿Y á pesar de todo, venis aun á interceder por aquel á quien detesto?

— ¡Oh, Lara! cierto es que vuestras quejas no carecen de fundamento; pero jamás he sido culpada de traicion en vez de persona alguna, y menos de vos. Expresé sin rebozo alguno los sentimientos que abriga mi corazon por el único hombre que ha reinado en él. No os engañé, aunque pude engañarme á mi misma; y antes que lo conociese, la intimidad que mediaba entre nosotros desde la infancia me hacia miraros con aquella confianza, aquella sencilla amistad que debia inspirar. ¡Pero ay! estos sentimientos recibieron por desgracia una falsa interpretacion; desde es-

te momento, mi vida ha sido una serie continua de disturbios y tormentos. ¡Si he cometido algunas faltas, las he expiado bien cruelmente! Pero, Lara, la venganza no os debe arrastrar á unos excesos indignos de vuestra familia y de vos mismo; no os vengueis en un noble enemigo de una falta de que yo sola soy culpable.

Fijaba Constanza sus miradas suplicantes sobre la fisonomía severa de Lara; mas no llegó á observar en ella la menor mudanza. Durante un momento pareció profundamente absorto; mas despues una lucha interior hizo hinchar su pecho y colorear su mejillas; pusiéronse trémulas sus manos, y gruesas gotas de sudor cayeron de su frente. Dirigió una penetrante mirada sobre la infeliz; pero su hermosura, y especialmente la certeza de su afecto por Hernando de Castro, redoblaron el furor que le consumia; retrocedió extremecido: parecia sujeto bajo la influencia irresistible de algun genio maligno: sus facciones se hallaban trastornadas, una convulsiva sonrisa agitaba sus labios, su respiracion era penosa y entrecortada, y sus dedos estaban fuertemente apretados uno contra otro. Dirigióse de repente á Constanza, y con voz baja y ahogada la dijo:

— Vos le amais: ¿le amais apasionadamente?

— ¡Oh! mas que mi propia vida, respondió con ardor.

— ¡Morirá! exclamó Lara con la feroz sonrisa del triunfo. Nada en el mundo podria salvarlo.

— ¡Deteneos! ¡deteneos! dijo Constanza desesperada: no decidais aun: escuchadme ¡oh cielos! escuchadme un solo instante. Vedme á vuestros pies, no me desecheis: habeis sido bueno y generoso, Alvaro: la voz del dolor no se habrá hecho oir en vano. Un sentimiento de rencor y venganza no puede haber cambiado vuestro corazon hasta tal punto. ¡Por Dios, Lara! en nombre del cielo, no desecheis mi súplica: habeis sido amigo mio, y no dejais de ser mi pariente.

— ¡Vuestro pariente! exclamó don Alvaro con amargura: aun oigo este título que nuestros labios dejaron de pro-

nunciar! Sí, fui vuestro amigo, es cierto, y tambien lo es que fui bien recompensado. El manantial de estos sentimientos quedó agotado: la fiebre que me consume lo desecó. Mujer, no es á mí, es al cielo á quien debeis dirigir vuestras fervientes súplicas, porque solo allí es donde vuestro amado Castro puede encontrar al presente lástima y proteccion. Vuestros ruegos, vuestras lágrimas son enteramente inútiles: su suerte está decidida.

— ¡Bárbaro monstruo, desprovisto de todos los atributos de humanidad! exclamó Constanza en una especie de enagenamiento selvático: vuestra muerte seguirá á este crímen execrable. Por muy apreciado que seais de don Enrique, estad seguro que no lo dejará sin castigo. No, la voz de mi desesperacion llegará hasta él, y quedaré vengada.

— Vos sois muy libre, señora, de dirigiros á don Enrique cuando lo juzgueis á propósito, respondió Lara con una altanera serenidad; pero os lo aseguro, todo el poder del mismo rey no es bastante para salvar á mi enemigo. Cuales puedan ser los resultados de su muerte, y los efectos de vuestras diligencias, lo ignoro; mas lo que debeis saber es, que una gracia que las lágrimas de una mujer no han obtenido de Lara, no le será jamás arrancada por las amenazas.

— ¡Oh! perdonad la expresion poco reflexionada de mi dolor; ya sé que el temor no tiene entrada en vuestro corazon. Es vuestra compasion la que imploro: no me la rehuseis.

No respondió don Alvaro, pero se demostraba invariable en su resolucion. Constanza en medio del mas vivo frenesí abrazaba sus rodillas, pero este profundo dolor no podia enternecerle: ¡ay! era esta la prueba mas positiva del apasionado amor que profesaba á su rival.

— Levantaos, señora, dijo con tono firme: levantaos y dejadme. Esta escena ha durado demasiado; volved al lado de vuestro padre, y dejad que llene mi deber.

— ¡Vuestro deber! ¡oh cielos! ¡será firmar una senten-

cia! ¡Oh Lara! ¡Lara! ¿no queda absolutamente medio alguno de salvarle? Hablad, á todo estoy dispuesta: no me dejeis morir en la mas cruel desesperacion!

Guardó Lara silencio por un momento.—Uno solo queda: dijo despues con voz suavizada, aunque siempre firme.

—¡Decid! exclamó vivamente Constanza.

—¿No lo adivinais acaso? dijo aquel echándola una expresiva mirada.

Parecia que una triste nube acababa de cubrir la vista de Constanza: extremecióse súbitamente: una idea atroz se habia presentado á su imaginacion, y con la boca abierta y los ojos bañados en lágrimas, esperaba la confirmacion de sus temores en medio de aquella ansiedad que es mas penosa y penetrante que la certeza de la mas temible desgracia.

—Solo hay un medio para salvarlo, repitió Alvaro con fuerza, y está á vuestro alcance, Constanza; no trataré de persuadiros, hablad, decid, pero sea pronto.

Apenas halló la infeliz palabras para contestar, abrumada por el dolor y la congoja.

—¡Renunciaré á él para siempre! dijo con aire abatido; sí, abandonaré toda esperanza de felicidad en este mundo! Juraré solemnemente á la faz del cielo, no volverlo á ver, y retirarme á algun asilo lejano donde pueda arrastrar el resto de mi deplorable existencia; este sacrificio será una expiacion mas que suficiente de cuantos motivos de queja creais tener de nosotros.

—¡No, por vida del cielo! exclamó Lara en el colmo de la agitacion: este sacrificio tal cual lo llamais, no será aceptado por mí. Intentais eludir una contestacion á mi propuesta, que temeis tanto como la misma muerte; pero me es absolutamente indispensable, y la exijo, aun cuando esta respuesta debiese afirmar mi eterna desventura. Hablad, Constanza, y hablad sin rodeos.... ¿Quereis ser mia?

—¡Jamás! exclamó Constanza con ademan frenético, reuniendo en esta frase toda la energía de su desesperacion.

— Basta, dijo Lara con frialdad y haciendo ademan de retirarse. Su serenidad hizo extremecer á la infelíz Constanza, como si saliese de un horrible sueño; adelantóse hácia él con espantosa rapidez, y se apoderó violentamente de su brazo. Detúvose él, y esperó tranquilo lo que iba á decir.

— ¡Lara! ¡Lara! ¡por piedad! condenadme á la muerte mas dolorosa, ordenadme que sea vuestra esclava: todo lo haré, sí, todo; pero no puedo ser perjura, ni faltar á los solemnes empeños que tantas veces he pronunciado. Si es preciso no volverlo á ver, yo consiento en ello; sí, consiento gustosa; pero el sacrificio no puede ser mayor. ¡Lara! amigo mio, si algun dia quereis experimentar la gracia, la misericordia de Dios, usadla hoy vos mismo: reflexionad en la indignidad de vuestra peticion, el solo honor me impediria acceder á ella. La conformidad de la desesperacion es todo lo que la pobre Constanza podria prometeros en cambio de todo el amor que la tendriais. Valdria mas que ambos bajásemos al silencio del sepulcro, antes que un destino tan funesto se cumpliese.

Aquí se detuvo, y espero temblando el efecto de sus exhortaciones patéticas; pero las pasiones de Lara estaban entonces en el mas alto grado de efervescencia. Cada palabra que pronunciaba era para él una nueva puñalada, y en su semblante leia escrita con caracteres de sangre la violencia del amor que tenia á su rival. Acrecentábase su rencor á proporcion de este afecto: sonrióse malignamente, sus ojos lanzaron rayos, palidos sus labios temblaron, y las venas de su frente, hinchadas por el furor, parecian próximas á reventar.

— Constanza, exclamó con suma agitacion, no esperaré mas, os lo prevengo: nuevas súplicas no harian mas que redoblar mi ira, y perjudicarian á aquel por quien intercedeis: decidíos, y sea esto en este mismo instante.

— Mi partido está tomado, respondió con horrorosa serenidad.

— ¿Es el de salvarlo? preguntó Lara con inquietud.

— No, contestó con tono triste pero decidido: ¡es el verlo morir, y aborrecer eternamente á su vil asesino!

Quedó don Alvaro aterrado con esta resolucion, no menos que á vista del tono de serenidad y resolucion con que fue pronunciada. Miró fijamente á Constanza, como si dudara dar fe á sus palabras; mas leyó sobre sus facciones la confirmacion de lo que acababa de oir. Durante algunos momentos quedó sin poder romper el silencio: estaba casi intimidado con la nobleza de su porte, y no podia dejar de admirar la elevacion de su alma; pero ¡ay! cuanto mas completa la hallaba, tanto mas sensible le era su pérdida.

— Es inútil dilatar esta discusion, dijo esforzándose á manifestar una serenidad que estaba muy lejos de su corazon; habeis pronunciado su sentencia, y solo me queda ejecutarla.

Hizo entonces un movimiento para retirarse, y con gran sorpresa suya, no hizo Constanza esfuerzo alguno para detenerlo. Parecia que esta habia tomado ya irrevocablemente su partido, y al ver que todas sus súplicas serian inútiles, resolveria no humillarse mas ante el orgulloso Alvaro. La miró este con cierta especie de alarma y respeto; y se hubiera dicho en aquel momento, que habia en ella algo de sobrenatural: sobre su frente aparecia una lúgubre calma, y en sus húmedos ojos brillaba un sublime enagenamiento: una especie de inspiracion la habia elevado á la altura del sacrificio que consumaba: del sacrificio de cuanto tenia de mas apreciable en el mundo. Volviendo al fin Lara de su estupor, intentó aun contrastar su resolucion.

— ¿Estais bien decidida? la preguntó con agitacion.

— Sí: respondió dirigiéndole una mirada en que se veia pintado el mas frio desprecio.

La oyó don Alvaro sin dar la menor señal de disgusto ni de cólera; no respondió la mas mínima palabra; pero con paso firme y precipitado salió del aposento. Su partida interrumpió aquel encanto horrible que habia cautivado al pa-

recer los sentidos de Constanza. Acababa de pronunciar la sentencia de su amante: un frio sudor inundaba su rostro: la mano de la muerte parecia extenderse sobre ella, y privarla del uso de sus movimientos; hallábase en fin en aquel completo aniquilamiento, cuando un repentino rumor la sacó de este estado. Una persona entró de repente en la habitacion: era su padre.

— Y bien, preguntó con viveza, ¿qué podemos esperar?

— ¡Su muerte! contestó con acento lúgubre.

— ¡Como! ¿será posible? ¿con que todas vuestras súplicas han sido inútiles? ¿nada podrá pues satisfacer su sed de venganza?

— Nada, padre mio, dijo Constanza con amargura: nada absolutamente, sino un horrible sacrificio, al que nunca podré someterme: y al decir esto prorumpió en sollozos convulsivos.

— ¿Con qué hay un medio aun de salvar su vida? exclamó don Egas.

— Es cierto, contestó aquella tristemente; pero maldeciria mil veces esta vida, si fuese preciso adquirirla á semejante precio. Sí, maldeciria mil veces el infeliz á la que le hubiese hecho tan odioso presente; y por lo mismo quiero ahorrarle tan crudo golpe.

— ¡Gran Dios! ¿y qué quereis decir, hija mia? el dolor os enagena: si hay un medio de salvarlo que no repugne al honor, aprovechadlo, pues si lo despreciaseis, os hariais cómplice de su muerte.

— No puedo aceptarlo con honor, respondió Constanza; pues fuera preciso quebrantar los votos mas solemnes. ¡Ay de mí! ¿será preciso deciros que la vida de Hernando de Castro no puede rescatarse sino con el sacrificio de su prometida?

— Vuestro deber y el cielo mismo os lo mandan. Es la vida del mas noble y generoso de los castellanos, á quien se trata de poner en salvo: hija mia, pensad tambien en vuestro padre.

No acabó de hablar: una penetrante mirada de Constanza dejó yertas sobre sus labios las palabras que iba á pronunciar. Habia leido hasta el fondo del pensamiento del político anciano.

—No, señor, dijo con tanta nobleza como serenidad: Constanza de Vargas no se separará jamás de sus principios de rectitud, que á los ojos de Hernando de Castro es la primera de las virtudes. La desesperacion es lo único que me cabe en parte; pero si algo pudiese suavizarla, es la conviccion de que no habrá persona alguna que deje de respetar el dolor de Constanza de Vargas.

IX.

El sacrificio.

Habia adoptado Constanza una resolucion extraña, y aun inexplicable para aquellos que no han amado jamás. Pero su amor por el Castellano nada tenia de comun con aquellas pasiones vulgares cuyo orígen no parte del corazon, y que se decoran con el nombre de simpatía; y se agregaba un entusiasmo que la elevaba sobre su sexo, por las mismas acciones de que la hacia capaz. Se reconocia escogida por la naturaleza para ser la compañera de Hernando de Castro: su amor estaba apoyado sobre un aprecio y admiracion mutuos, y sobre la conformidad de los sentimientos mas heróicos. Este entusiasmo por lo mas noble y elevado fue el que la decidió á perder á su futuro esposo, mas bien que faltarle á la fe prometida. ¡Ay! demasiado bien conocia el carácter de Hernando: harto sabia que su sublime resolucion extenderia un encanto hasta sobre sus últimos momentos. Esta consideracion era muy poderosa, pero habia otra que hubiera acabado de decidirla, si hubiese podido conservar alguna irresolucion: su natural delicadeza se

sublevaba á la sola idea de una union, que no podia mirar bajo otro aspecto que como una especie de prostitucion legal; pues así era el modo con que consideraba la cesion de su persona, cuando su corazon no podia acompañar á la entrega de su mano.

Estas reflexiones la confirmaron mas y mas en su resolucion; su padre, al contrario, con su ordinaria flexibilidad de carácter divisaba las incalculables ventajas que podia sacar de una alianza con Lara. La causa de don Pedro era entonces mirada por el anciano caballero como enteramente perdida, y hubiera sido un golpe maestro en política asegurarse la benevolencia y proteccion del favorito del nuevo rey de Castilla. Era además muy apetecible en todos conceptos una union entre don Alvaro y Constanza, y así olvidó don Egas todas sus inconsecuencias para no ocuparse mas que en el éxito de un proyecto que lo tenia encantado.

Esta versatilidad, siempre dispuesta á acomodarse á las circunstancias, fue un nuevo orígen de disgustos para su desconsolada hija; no se movia de su lado, estrechándola á que se rindiese á los deseos de Lara, y empleando los argumentos mas poderosos para convencer á su razon, y acallar lo que él llamaba sus preocupaciones. Mas hizo: trató de alarmar su conciencia, haciéndola presente que Dios y el mundo la mirarian como á una homicida; mas todas sus exhortaciones fueron empleadas inútilmente para desviar á Constanza de su resolucion, y no hicieron mas que aumentar sus penas. En el estado de exaltacion de sus sentimientos, era imposible que unos argumentos dictados por el egoismo hiciesen impresion alguna en su espíritu; y además, no era su padre la persona mas á propósito para persuadirla en esta circunstancia, pues con bastante razon atribuia su viva solicitud á los cálculos de política á que lo sometia todo. Perdió pues don Egas todo el fruto de su elocuencia, y admirado de la resistencia de su hija, dejó de agotar unas advertencias cuya inutilidad le era conocida.

Quiso entonces dar nuevo giro á sus procedimientos, y se esforzó en interceder con Lara en favor del preso; pero fue en vano, y apenas comprendió este adonde se dirigia, se negó á oirlo, y declaró con tono firme que antes de una hora habria don Hernando acabado de existir.

Segun la agitacion que principiaba á manifestarse en la ciudad, era evidente que estas amenazas no eran vanas, y que se habia esparcido ya la noticia de la ejecucion que se preparaba. Un murmullo de siniestro presagio se hacia oir, y si algun acento de lástima parecia manifestarse en una cierta clase del pueblo, se perdia en medio de los gritos de muerte que esparcian los fanáticos partidarios de don Alvaro. Cuantos tomaban un vivo interés por la causa de don Enrique hacian naturalmente todos sus esfuerzos para librarse de un rival tan peligroso como Hernando de Castro. Aunque no pudiese imputársele ningun verdadero crimen, no es dificil en tiempos de turbacion y desórden encontrar un pretexto para paliar un asesinato político.

Asi fue que en aquella coyuntura el interés del partido de Trastamara pareció exigir la muerte del Castellano, que fue resuelta desde luego. Nada era mas fácil que imaginar una culpa, porque el que está firmemente resuelto á cualquiera procedimiento difícilmente carece de pretexto. Fue declarado el Castellano culpable de alta traicion, por haber descubierto el secreto de los conspiradores, secreto que jamás habia conocido. Fue acusado además de ser consejero intimo de don Pedro, y supusieron que por instigacion suya habia cometido este la mayor parte de sus crímenes.

Mientras tanto Constanza, cuando se hubo calmado algo su heróico entusiasmo, y que comenzó á hacerse oir la pacífica voz de la razon, reflexionó bajo su verdadero aspecto todos los horrores de que se hallaba amenazada con la muerte de Castro. La era necesaria toda su energia para soportar esta desgracia: la ternura recobró todo su ascendiente sobre su entereza, y suavizó cuanto tenia de rígido. El momento de la exaltacion habia pasado ya, y su alma no

ardia sino con la llama mas pura que enciende el amor en el corazon de una mujer. Su resolucion parecia trastornada; mas no por esto dejaba de sofocar estos movimientos de debilidad, aunque la lucha que de ello resultaba era mas penosa que nunca.

Hallábase en tan horrible situacion, cuando su padre entró de golpe en el aposento, llevando el dolor y espanto pintados en sus facciones.

—¡Esto está acabado! exclamó con una verdadera emocion: ¡va á morir infaliblemente! ¡toda esperanza feneció! ¡y es mi hija la que habrá causado esta muerte!

—¡Con que el bárbaro está implacable! exclamó Constanza. ¡Qué placer puede experimentar en hacer perecer á un enemigo valiente y desarmado! ¡Qué vil traicion! ¿Y á semejante hombre quisierais, padre mio, que vuestra hija entregara su mano?

En este momento se hizo oir el eco de la trompeta: á este se siguió el monótono sonido de las campanas; y estos lúgubres acentos traspasaron el corazon de Constanza, y tan siniestras advertencias tuvieron mayor influencia sobre los sentimientos de esta que las amenazas de Lara y las súplicas de su padre, pues la decian que el terrible momento habia llegado ya. Un movimiento extraordinario se observaba en la calle: la suerte de don Hernando parecia ya inevitable: un terror repentino se apoderó de Constanza: su sangre se heló en las venas, y un profundo suspiro de agonía se exhaló del fondo de su corazon, como para expresar todas las angustias y dolores que encerraba. De repente y pasando su mano sobre la frente, como para apartar un resto de irresolucion, se abalanzó fuera del aposento. En aquel instante pasó don Alvaro delante de ella; fue este momento muy terrible para Constanza, y todo su cuerpo experimentó una agitacion convulsiva; pero el punzante terror impuso silencio á toda otra consideracion.

—¡Salvadlo! exclamó, ¡salvadlo y seré vuestra!

Las frases terribles irrevocables estaban ya pronuncia-

das, y una espantosa serenidad se deslizó en el espíritu de Constanza: ya nada tenia que temer: el sacrificio estaba hecho, y no quedaba combate alguno que sostener. Prestando Lara un apoyo á sus vacilantes pasos la condujo al aposento que acababa de dejar y quiso prodigarla unos consuelos que fueron rechazados con desden. Se hallaba don Egas lastimado de la situacion en que veia á su querida hija; pero su afliccion disminuia al considerar las positivas ventajas que su familia reportaria de aquella union.

Mientras tanto se hallaba Constanza en un estado de indolente apatía, como aquel que acaba de cumplir un deber penoso de que depende su felicidad, y que conoce no quedarle medio alguno de retroceder. Reinaba un triste silencio, y todos parecian comprender sus penas. El mismo Lara no se encontraba en estado de pronunciar una palabra, pues la melancólica tranquilidad de Constanza lo conmoviera mas poderosamente que sus lágrimas y súplicas Veia claramente que solo una mortal aversion era el único sentimiento que debia esperar de union tan funesta; sin embargo, de la propia suerte que sucede en todos los hombres que se hallan bajo la influencia de una pasion dominante, este se hallaba mas que contrapesado por un sentimiento de vanidad que le hacia esperar que el tiempo y los continuados cuidados y obsequios lograrian vencer una antipatía tan señalada; y entretanto la dijo:

— Luego que las sombras de la noche cubran la tierra, iréis vos misma á abrir la prision de don Hernando y de su escudero y les volveréis la libertad y la vida. Mientras tanto voy, Constanza, á imaginar algun pretexto para retardar la ejecucion. En el estado de efervescencia en que se hallan los ánimos contra él, fuera imprudente sacarlo de dia de su prision. Dispondré todo lo necesario para que don Hernando pueda llegar sin peligro hasta los muros de Almagro, que es la ciudad mas inmediata entre las que se mantienen en favor de don Pedro. Si deseais algo mas de cuanto está á mi alcance, hablad y quedaréis satisfecha al instante.

—Os doy gracias, señor, por vuestra deferencia, dijo Constanza con amargura: no tengo al presente deseo que formar, ni peligro que temer.

No se atrevió Lara á insistir mas, porque conoció que no era el tiempo oportuno para procurar captarse entonces su benevolencia, y se contentó con dar algunos pasos para congraciarse con su padre. A la verdad no era esta una empresa muy difícil, pues don Egas estaba siempre dispuesto maravillosamente á dar oidos á los que con su influencia ó poder podian ayudarle en la ejecucion de sus planes ambiciosos.

El maligno anciano trató con mucha maña de granjearse la atencion de su futuro yerno, y no perdió ocasion alguna de recordar los vínculos de parentesco que los unian. Era además tan incrédulo en órden á la constancia eterna de las mujeres, que se persuadió que Constanza llegaria á habituarse con su suerte, y que las atenciones y suavidad de su marido irian ganando con el tiempo su afecto.

Entregábase don Egas á estas agradables ilusiones con toda la sinceridad de su corazon, pues le parecian muy constantes y naturales, y edificaba todos sus teoremas sobre el principio de la instabilidad de las cosas humanas y progresiva decadencia de todo lo que existe en este mundo sublunar. Estaba pues tranquilo sobre las consecuencias del dolor de Constanza, aun que fuese en aquel momento demasiado profundo para no conmoverlo vivamente.

En el propio tiempo en que Constanza esperaba en una apatía glacial la consumacion de su sacrificio y que don Egas contemplaba la dulce perspectiva de grandeza que se presentaba á su vista, Hernando de Castro, cargado de cadenas esperaba en una obscura torre que su suerte se decidiese. El buen Pimiento tuvo gran trabajo en resignarse á su destino, no porque temiese á la muerte, sino porque lo que les sucedia le parecia sin ejemplo en los anales de la caballería. Por mucho que pasaba y repasaba en su memoria todas las aventuras de sus héroes favoritos, nada en-

contraba que pudiese justificar su prision, y la conducta que don Alvaro tenia con ellos.

Los pensamientos del Castellano habian tomado diferente direccion; su incertidumbre acerca del destino de don Pedro tenia su ánimo en una agitacion continua y le hacia olvidar su propio peligro. Aunque conociese además el carácter violento de Lara y su genio vengativo; aunque hubiese sabido el juicio informal que se habia verificado, y que se hallase preparado á mirar su muerte como cierta: con todo, su alma noble y generosa no podia creer que don Alvaro pudiese abusar hasta tal punto de la ventaja que la casualidad le daba sobre él para satisfacer su venganza; y aun llegaba hasta lisonjearse que dentro poco tiempo seria puesto en libertad, por cuya causa prestaba poca atencion al peligro que parecia amenazar su vida. La seguridad del rey, la dilacion que este contratiempo funesto iba á poner á su union con Constanza, tales eran los únicos pensamientos que ocupaban exclusivamente su imaginacion. No temblaba pues don Hernando por su vida; pero un sentimiento penoso, indefinible, una especie de presentimiento de alguna cercana catástrofe, despedazaba su ánimo todas las veces que fijaba una mirada de esperanza sobre lo venidero.

Así se pasó este fatal dia, que fue seguido de una noche, cuya triste obscuridad aumentó la penosa preocupacion del Castellano. Á los ruidosos clamores del populacho, á los rumores guerreros que habian llegado hasta la prision, se habia seguido un melancólico y lúgubre silencio. El buen escudero dirigiera al cielo una larga y fervorosa súplica, á la que su amo se habia agregado ardientemente; y se preparaban ambos á tenderse sobre sus groseros lechos, cuando el agudo chillido de los cerrojos de la prision les hizo sobresaltar.

— ¿Has oido, Pimiento, este ruido? le dijo su amo.

— Protéjanos el Señor, respondió este santigüándose: sin duda ha llegado el momento, y es preciso armarnos de va-

lor: he llegado á imaginarme que van á darnos garrote secretamente.

— Nada de esto, amigo mio; tengamos esperanza.

— ¡Buena esperanza! esto me parece bien difícil despues de la conducta que don Álvaro ha seguido hasta aquí. ¡Ay señor! me acuerdo ahora de la aventura del conde de Saldaña en el castillo de Luna, cuando los emisarios del cruel rey don Alfonso vinieron á sacar los ojos al buen caballero, sin miramiento á los buenos servicios de su hijo Bernardo: ¿quién sabe si se nos prepara igual suerte (1)?

— ¡Silencio! la puerta se abre, y en breve conocerémos nuestra suerte.

El débil resplandor de la lámpara que alumbraba la prision no era suficiente para permitir que se distinguiese objeto alguno á corta distancia, y solo servia para hacer mas notable la obscuridad que reinaba. Pero apenas se abrió la puerta cuando el aposento se llenó de una repentina claridad: era la de una grande antorcha que llevaba el carcelero; á este seguia otra persona y los presos experimentaron un movimiento de sorpresa, al distinguir que era una mujer. ¿Mas quien podrá pintar los sentimientos del Castellano, cuando reconoció en esta mujer á su amada Constanza?

Durante algun tiempo permaneció inmóvil como si algu-

(1) Bernardo del Carpio era hijo del desgraciado conde de Saldaña, y de una hermana de Alfonso III llamado el Casto. Luego que este príncipe descubrió la debilidad de su hermana, se escandalizó de tal suerte que hizo encerrar á la princesa en un convento, y al conde su amante en el castillo de Luna, para que llorase su falta. Mientras tanto Bernardo fue educado en la corte de su tio. Cuando mas adelante la indiscrecion de una dueña le hubo revelado el secreto de su nacimiento, y supo que su padre gemia aun en su prision, aprovechó Bernardo la ocasion de una victoria que acababa de ganar para interceder en su favor. Prometióle el rey muy placentero que en breve seria puesto el conde en libertad y devuelto á su tierra; y en efecto, no tardó Bernardo en ver á su padre; pero el desgraciado anciano no pudo ver á su hijo. Una hora antes el inhumano rey habia ordenado que le sacasen los ojos.

na cosa lo detuviese. No podia moverse, ni respirar, ni aun pronunciar una palabra. Sus ojos devoraban la figura de su prometida, y tal era la embriaguez de sus sentidos, que temia destruir con un solo movimiento la obra de su imaginacion, pues no podia mirar esta aparicion inesperada sino como una deliciosa ilusion. Mas convencióse bien presto de que no era un vano prestigio. Acercóse silenciosamente el carcelero, y se puso á quitarle las prisiones, operacion que cumplió despues con el anciano escudero. El Castellano dirigió nuevamente una mirada de sorpresa como para preguntar la solucion de este enigma. Pero con gran consternacion observó que Constanza estaba oprimida por alguna poderosa emocion, se mantenia separada, y luego que vió á su amante libre de sus prisiones, no corrió á los brazos que se abrieron para recibirla, y cuando se adelantó hácia ella pareció huir de su encuentro. La inquietud del Castellano redobló, previendo algun extraño misterio; pero estaba distante de adivinar la espantosa verdad del hecho.

— Habla Constanza, dijo al fin, incapaz de soportar por mas tiempo esta cruel ansiedad, ¿qué es lo que vienes á noticiarme?

— Que estais libre, don Hernando, respondió con serenidad, pero con acento lúgubre, que hizo extremecer al Castellano.

— ¿Es á tí, querida Constanza, exclamó, á quien debo mi libertad?

— ¡Ay de mí! es bien cierto, respondió con acento lastimoso: pero no teneis tiempo que perder, es preciso partir al instante: mil peligros os rodean. ¡Partid, don Hernando, y vele el cielo sobre vos!

— ¡Constanza! ¡amada Constanza! tus palabras me llenan de siniestros presagios; tu evitas mi encuentro, la tristeza se halla impresa en tus miradas, tus facciones se ven cubiertas de palidez y tus ojos se miran apagados. ¡Oh! habla, Constanza; descubre este espantoso misterio. Dicesme que parta; mas no dejaré esta triste morada hasta que

ea informado por tu mismo labio de cual sea mi suerte, por infelíz que pueda ser.

— En nombre de Dios, y siquiera por miramiento á aquel á quien servís tan fielmente, no descuideis esta ocasion de recobrar vuestra libertad. El tiempo huye: los instantes son demasiado preciosos para perderse. Vuelvo á rogaros encarecidamente que no difirais un solo instante vuestra partida.

— ¿De dónde viene esta prisa? Estoy dispuesto á partir, Constanza; mas como espero el apoyo del cielo, no partiré sin tí No, sea cual fuere ó deba ser mi futuro destino, desde este momento no debemos separarnos mas. Mas tú tiemblas Constanza, y apartas de mí tus ojos humedecidos. Habla, no tengas el horrible placer de prolongar mi agonía. ¿Te opones á seguirme?

— No, Hernando, respondió con firmeza, no puedo, ni debo ejecutarlo.

— ¡No debes! ¡y eres tú quien me dirige este lenguaje! Basta: una siniestra luz principia á iluminarme. ¿Tú padre por el exceso de su prudencia te habrá prohibido acaso que sigas á tu amante, porque su nombre está proscrito? Si hasta tal punto pudiese don Egas olvidar la voz del honor, no debiera al menos esperar de tu parte esta falta de fe. No, no, Constanza, te hago una injuria: tu amor, tu respeto por tu padre, han podido causar esta interior lucha de tus sentimientos, pero ella no puede durar. Yo reclamo al presente mi desposada: hartas veces ha contrariado nuestro amor, y retardado el cumplimiento de nuestros deseos. Pongámosle en la imposibilidad de perseguirnos mas, no volviéndonos á dejar.

Un profundo y ahogado suspiro fue la única respuesta que recibió de Constanza, cuya agitacion aumentaba visiblemente. Era evidente que algun horrible secreto pesaba sobre su corazon, y que no se sentia con fuerzas bastantes para revelarlo; pero la impaciencia de Hernando no pudo soportar mayor dilacion. Avanzóse rápidamente hácia ella; pero cual fue su admiracion al ver que se desprendia de sus

brazos con una especie de desesperacion convulsiva. Detúvose Castro, y enjugó las frias gotas que caian de su palpitante rostro. Esforzóse en serenarse, y cuando lo consigió la dijo con vehemencia:

— Es evidente, señora, que huis de mí: no intento violentar vuestra inclinacion; pero al menos tengo el derecho para conocer la causa á que debo atribuir una mudanza tan repentina como inesperada.

— ¡Oh, Hernando! bien merezco todas vuestras reconvenciones. Huid, huid de mí: no puedo hablaros, ni aun oiros sin hacerme culpable.

— ¡Mujer inexplicable! exclamó el Castellano con voz severa, ¿qué es lo que queréis decir? ¡Explicaos, acabad esta terrible confesion, y emponzoñad para siempre mi existencia!

— ¡En nombre del cielo calmaos y dejadme! Olvidad á una infeliz que no espera mas reposo que en el sepulcro. Y despues de un momento de silencio, añadió con voz interrumpida: «¡Ya pertenezco á otro!... soy la esposa de.... No pudo continuar, y cayendo de rodillas, estrechó sus manos con la angustia de la desesperacion.

Apenas la escuchaba Hernando: cubrióse su vista con una densa nube; un grito que nada tenia de humano pareció salir de lo mas hondo de su corazon; pero el horror que experimentaba era harto pesado para que pudiera explicarse. Dirigió sus extraviadas miradas sobre Constanza: los fijó un instante, pero con igual expresion que si sus ojos nadasen en el vacío; y soltando despues una convulsiva carcajada mal pronunciada, cual si estuviese entregado á un completo enagenamiento, la empujó groseramente lejos de sí. Su horrible estado alarmó á Constanza; pero temió agriar aun mas su dolor tratando de consolarlo. El pobre escudero se cubria la cara con ambas manos sollozando, mientras que el inhumano carcelero, viendo sin conmoverse esta escena de afliccion, temió sus consecuencias si se prolongaba mas, y así no tardó en decirles con voz ronca que no procuraba suavizar.

— Señores, preciso es ya que esto se acabe: ¿Queréis marchar tranquilamente, ó volver á tomar vuestras prisiones? escoged; en cuanto á vos, señor don Hernando, me sorprende mucho que echeis tan á menos una esposa, cuando teneis dos á vuestro servicio en este hermoso templo del amor.

La grosera chanza del carcelero y su insensibilidad, hicieron salir al Castellano de su éxtasis.

— Sí, es preciso que parta, dijo con amargura, porque en este momento, no sé hasta donde pudiera llevarme mi indignacion. La horrorosa verdad me es al fin conocida: ¡Mujer sin carácter! ¡tú á quién en medio de mi ciega ternura habia creido superior á todas las pruebas! ¡Mas débil, mas desleal, que la última de tu sexo, te has vendido bajamente á un traidor! ¡sí, vendido! ¡porqué no puedo dar otro título á esta union! ¡Te has vendido para comprar una libertad que aborrezco!... ¡Maldicion sobre tu crimen!

— ¡Maldicion! oh, no, exclamó Constanza interrumpiéndole, no la pronuncies; apelo á tu corazon noble y generoso. Borren de tu imaginacion los prestigios de la gloria la imágen de la que te ha ofendido, y que sus suspiros y lamentos sean ahogados con el rumor de las armas! Vete, Hernando, amigo mio, tu rey reclama tus servicios: ¡reune toda tu energía para soportar el golpe que nos lastima con un corazon digno de ti! ¡Seas dichoso, y olvidame!

— ¡Olvidarte! ¿piensas que mi corazon sea tan débil, tan inconstante como el tuyo? ¡No, mujer, no! yo no puedo olvidarte, porque la herida que me has hecho es demasiado profunda para entregarse al olvido No me ultrajes con tus risibles consuelos; en tu boca son otros tantos dardos emponzoñados que despedazan mi alma. ¡Olvidarte! Ah si pudiese arrancar tu imágen de mi corazon, si me fuese fácil desterrar el recuerdo de tu antiguo amor, entonces podria ser accesible á los consuelos! ¡Mas á pesar de tu perjurio no puede mi memoria dejar de detenerse

sobre tus funestos encantos, y sobre estas mentidas virtudes con que me complacia en adornarte! ¡Ya quedan destruidas las ilusiones del amor: me has hecho para siempre el mas infeliz de los mortales, pero perdónete el cielo tu error! No te maldeciré, pobre y débil criatura: tu maldicion se halla en lo mas profundo de tu pecho, y te seguirá hasta el sepulcro. ¡Adios para siempre!

— ¡Oh, Hernando! querido Hernando! no me dejes así! ¡piensa en mi desgracia y en el porvenir de sufrimientos que me he preparado! ¡Es á una vida de afliccion, á una noche eterna, que el menor resplandor no alumbrará jamas, á la que me he condenado voluntariamente! ¡Tenedme lástima, tengo derechos á vuestra compasion! ¡Si he sido culpable, si he faltado á mis juramentos, ha sido tan solo para salvar vuestra existencia!

— Cesad, mujer, cesad: y no añadais el insulto á vuestro crimen. Esta escusa pudiera salir de otra boca, mas no esperaba oirla de la vuestra.

¡Ay de mí! ¿qué alternativa me quedaba?

— ¡La de verme morir! repitió el Castellano con firmeza. Bien sabiais que mi muerte era un triunfo para mí, y que la preferiria mil veces á vuestra deshonra. ¡Oh! ¡cuánto me engañaba! ¡Me complacia en adornaros con todas las cualidades mas apreciables de vuestro sexo: mi ciega idolatría llegaba hasta ver en vos una deidad sobre la tierra, y al presente descubro que no sois mas que una mujer!

Una amarga sonrisa apareció sobre sus facciones, que en breve volvieron á tomar su serenidad. Quedó con las manos cruzadas sobre su pecho, la vista en el suelo, pareciendo reunir todas sus fuerzas para alguna resolucion enérgica. La desgraciada Constanza se horrorizó mas de aquella violenta tranquilidad, que de sus accesos de furor los mas arrebatados, y haciendo un esfuerzo sobre sí misma, le dijo:

— ¡Oh Hernando! en nombre del cielo no nos separemos de esta suerte. Puede ser que mi falta sea grave, pero

reflexionad la enormidad de la pena que lleva consigo. Considerad que vuestra posicion es mucho menos critica que la mia. He consumado el sacrificio de mucho mas que mi propia vida. ¡ Áy de mí! no tengo el menor consuelo, ningun alivio aguardo en lo futuro, y mis dias no serán mas que una dilatada agonía; mientras que vos, Hernando, por vuestras nobles y excelentes cualidades podeis inspirar aun la admiracion y el amor. ¡Compadeceos de mi desventura, y no desdeñeis con tanta crueldad á una amiga que antes os fue tan querida!

Las lágrimas de Constanza corrieron entonces con abundancia, y levantó hácia su amante una suplicante mirada como para despedirse para siempre de él en la tierra. Conoció él la santidad de esta última súplica, y así la dijo:

— Puesto que es ahora eterna nuestra separacion, justo es que me separe tambien de todo lo que pudiera recordar vuestra memoria á mi lastimado corazon. He aquí, Constanza, la banda que me habiais dado en prenda de amor y constancia. No quiero conservar por mas tiempo un don que fue para mí un orígen inagotable de gozo y esperanza. En los momentos del peligro ella redoblaba mi valor, y en las horas serenas hermoseaba mi porvenir. Por la noche era la muda confidenta de todos mis pensamientos, y durante el dia, bien fuese en los campos, ora en la corte, era mi inseparable compañera; pues me hablaba sin cesar del celestial tesoro que poseia en tu corazon. En medio de las tribulaciones mas dolorosas, miraba este poderoso encanto y me consideraba feliz rodeado de tinieblas y en medio de la triste obscuridad de una prision; esta mágica prenda hacia brillar su luz á través de las espesas sombras de la adversidad; pero al presente el encanto está destruido, ó mas bien cambiado en agudas puntas que me despedazan. Yo la arrojo lejos de mí como un veneno malhechor, cuyo solo contacto es mas funesto que la muerte. ¡Recobradlo y adios!...

Al concluir estas palabras, destrozó la brillante banda,

y la arrojó á los pies de Constanza; pero apenas habia cumplido este sacrificio, y quebrantado el último eslabon de la cadena que tanto habia apreciado, cuando se apoderó de él un horroroso vértigo. Sus ojos, tan tristes y severos poco antes, se llenaron de lágrimas, temblaron sus rodillas, y parecia abismado en la amargura de la desesperacion.

— Sostenme, mi buen amigo, dijo dirigiéndose á Pimiento: me avergüenzo de mi flaqueza. Marchemos. Adios Constanza, ¡perdóneos el cielo!

No trató Constanza de detenerlo: permaneció inmóvil con la vista fija en la puerta por donde acababa de salir su amante. Si hubiese pretendido un pintor personificar el desconsuelo, no hubiera podido encontrar un modelo mas perfecto. Sus labios temblaban ligeramente, unas gruesas lágrimas pendian de sus párpados, surcando por sus descoloridas mejillas, y la expresion de sus facciones era lastimosa: no podia exhalar su dolor, y hasta sus suspiros no encontraban salida. Parecia sometida bajo el encanto de una espantosa vision, cuya influencia se hacia sentir aun despues de la desaparicion de una lívida fantasma. Mantúvose un momento en aquel estado de apatía: todos sus pensamientos parecian amortiguados, y apagadas hasta sus sensaciones: era el éxtasis del dolor.

Mas bien presto salió de esta crisis, harto violenta para ser duradera, con la ronca voz del carcelero que la invitaba á separarse de aquel funesto sitio. Obedeció pasivamente; y aquel la condujo hasta la puerta con la antorcha que llevaba. Entonces se dirigió hácia la casa paterna, pero á medida que caminaba, y que el aire frio de la noche hacia impresion en sus ardientes sienes, volvió á recobrar alguna serenidad, y adquirió su ánimo aquella firmeza que entonces mas que nunca era necesaria á su existencia. Un torrente de lágrimas vino en su auxilio, y despues de este desahogo de su dolor, se puso á considerar lo que le quedaba que hacer en su deplorable situacion.

Resolvió combatir su desesperacion en vez de abando-

narse á ella. La lucha fue penosa; pero su orgullo la decia, y no dejaba de ser un consuelo, que conseguiria con el tiempo, sino desterrar enteramente de su memoria el objeto de sus caros afectos, adquirir al menos bastante imperio sobre sí misma para llenar los deberes que su nuevo título de esposa la imponia. La suerte estaba decidida irrevocablemente: ningun poder humano podia librarla del funesto juramento que habia pronunciado, ni suavizar el rigor de su destino, de lo que se hallaba amargamente convencida, no quedándola otro medio que armarse de valor para soportar con dignidad las pruebas que la esperaban.

La encontró su padre poseida de estos pensamientos, y procuró prodigarla los únicos consuelos que estaban á su alcance; pero Constanza los desechó con una triste sonrisa. Su corazon se indignaba de que persona alguna se imaginase que existia aun para ella en el mundo el menor asomo de felicidad. Considerábase entonces como el árbol despojado á impulsos del soplo destructor del otoño, y cuyo tronco quedara tan solo para soportar las tempestades del invierno, separado de su verde y hermoso follaje, que para siempre fuera marchitado y seco.

X.

La reunion.

Apenas habia llegado don Hernando á la puerta exterior de su prision, cuando le salió al encuentro un hombre con ademan amistoso. Sus facciones le eran enteramente desconocidas, mas no tardó en conocer el objeto que lo conducia.

— Seguidme, señor, le dijo á media voz y con aire de circunspeccion; los caballos estan dispuestos á corta distancia de este sitio. El Castellano y su escudero obedecieron

silenciosamente, pues Hernando reconoció que era el guia escogido sin duda para conducirlo á algun sitio seguro.

La noche era obscura; un viento frio se habia movido; ningun rumor se hacia oir, y la naturaleza entera tenia un aspecto lúgubre que estaba en perfecta armonía con el silencioso dolor del caballero. Caminaba lentamente; y habiendo llegado al paraje señalado, montó sobre un vigoroso corcel, y marchó tan silenciosamente como viniera, acompañado del fiel Pimiento y de su guia.

Atravesaron así un pais desolado por los estragos de la guerra: ningun signo de vida lo animaba: reinaba en él el silencio y la inmovilidad del sepulcro, y el paso lento y acompasado de sus caballos interrumpia únicamente esta triste monotonía. Si por intervalos se mostraba á su vista una aldea aislada, se veia próxima á su ruina y enteramente inhabitada; porque en medio de los terrores de la guerra civil cada cual se apresuraba á buscar un refugio en l ciudades, que presentaban mayor seguridad, y hasta la ve getacion parecia herida mortalmente. La gente de servici y los labradores habian sufrido mucho en estas conmociones domésticas. La ambicion de los grandes y de los miembros del alto clero habian convertido todo cuanto se hallaba bajo su poder en otros tantos instrumentos destinados á trabajar en favor de sus ambiciosas miras. Los feudatarios de muchos señores estaban obligados á tomar las armas, aun cuando fuese contra su conciencia é inclinacion la causa misma que lo motivara.

A la verdad en aquellos tiempos de feudalismo no se tenia ningun miramiento con el pueblo, que era conducido á la muerte como un vil rebaño, para sostener la ambicion y rivalidad de un corto número de personas. El gigantesco poder de los grandes, y los medios formidables que estaban á su alcance para turbar á su gusto la tranquilidad del pais, no habian escapado á la viva penetracion de don Pedro; así es que habia sido uno de sus cuidados mas asiduos tratar de contener y neutralizar esta influencia con todos los re-

cursos que estaban en su mano. Ya dejamos demostrado que esta fué una de las primeras causas de esta lucha sangrienta y desnaturalizada, que tuvo lugar entre el rey y su hermano bastardo.

Semejantes pensamientos ocuparon el ánimo del Castellano durante el camino, y sirvieron para distraerlo del triste objeto de sus reflexiones. Sus propias penas fueron pospuestas por un momento á la contemplacion de las desgracias de su país. Así se pasó la noche, y á la madrugada se manifestó á su vista la ciudad de Almagro, envuelta en la niebla de la mañana. Redoblaron los viajeros su diligencia; porque el guia manifestó el temor de que si fuese reconocido por algunos de los numerosos batidores diseminados por los caminos, pagaria bien caro el acto de humanidad que desempeñaba; y habiendo puesto sus corceles al galope, en menos de media hora el Castellano y su escudero se encontraron á la entrada de Almagro, habiéndose separado de su conductor, que poco antes les dejó para volver á su destino.

Contestaron al quien vive de los centinelas de un modo que demostrase que se hallaban empleados en el servicio del rey, y entraron en la ciudad, que parecia encontrarse en una efervescencia extraordinaria. Aunque apenas era de dia, estaban ya las calles llenas de grupos animados, los unos armados, los otros limitándose á discutir los riesgos que don Pedro podia temer para conservar su corona. Un mensajero habia llegado poco tiempo antes que don Hernando de Castro, trayendo noticias las mas alarmantes acerca del estado del pais cercano de Toledo, y añadiendo que era poco probable que aquella ciudad pudiese sostener por largo tiempo el sitio. Su llegada produjo una gran sensacion en el espíritu público, y los rostros de los ciudadanos formaban un singular contraste con los esfuerzos que hacian para ocultar sus temores bajo una vana apariencia de valor.

Algunos de los oradores populares de mayor nota relataban sus noticias con la mas completa seguridad á sus benévolos oyentes, que habian adquirido la feliz costumbre de

aprobarlo todo sin comprender una palabra de lo que se decia. No hay ciudad, villa, ni aldea, donde no se hallen algunos de estos oradores improvisados, siempre dispuestos á discutir gratúitamente todos los asuntos, desde el casamiento de un rico arrendador, hasta la probabilidad de una revolucion. Todo lo conocen á fondo, y tienen la generosidad de comunicar sus conocimientos de toda especie á la parte menos ilustrada de sus conciudadanos, que arden en deseos de instruirse.

Estos famosos peroradores tienen siempre su foro particular, en donde emiten sus oráculos, tanto en el rincon de una plaza pública, como en la tienda de un barbero. Lo que les hace distinguir particularmente es una seguridad imperturbable: distribuyen las ejecuciones y destierros á millares, y hablan en un tono tan positivo, que sus mas pacíficos oyentes no se atreverian á dudar un solo instante de su veracidad. Mas si los asuntos toman un aspecto serio, y que se trate de dar ó recibir golpes, entonces por una fatalidad inconcebible, no se encuentra á estos terribles héroes en parte alguna, hasta que ha ya pasado la tempestad, en cuyo caso vuelven á tomar su ordinaria charlatanería con nueva energía, como si nada hubiese sucedido.

Al entrar Castro en la ciudad, reconoció el estado de las cosas, y se lamentó interiormente del daño que causan estos pretendidos oradores, sembrando en los ánimos, así los temores mas ridículos, como los mas absurdos pensamientos. En medio de estas reflexiones fue conducido al palacio de don Pedro que presentaba un aspecto hostil. Las mejores tropas de la guarnicion estaban allí reunidas y cercaban la residencia real. Quedó sorprendido el Castellano, porque estas medidas de precaucion no se avenian con la indiferencia que el rey habia manifestado siempre en órden á su seguridad. Infirió que alguna mudanza repentina se habia obrado en su ánimo, ó bien que la inminencia del peligro le hacia conocer al fin la necesidad de velar por su propia conservacion. Encontró á don Pedro que se paseaba

tranquilamente en un salon; parecia gozar de una calma extraordinaria, y hasta aquella tristeza que tantos reveses y desgracias multiplicadas habian producido en su carácter, habia al parecer llegado á disiparse. No quedó Castro menos admirado de estos síntomas, que del número de tropas que guardaban las avenidas del palacio. Desde que el rey reparó en su fiel vasallo, una impresion de gozo vivo y sincero se esparció sobre su fisonomía.

— ¡Gracias á Dios! que os vuelvo á ver sano y salvo, exclamó. Ahora sí que me hallo preparado á cualquier acontecimiento; la única circunstancia que penosamente me conmovia era la de pensar que acaso habiais sido víctima de vuestra última prueba de fidelidad. En cuanto á mí, no he llegado á escaparme sin trabajo: los miserables me han acosado como un ganso hasta las puertas de esta ciudad, y no he debido el escapar de sus garras sino á la ligereza de mi caballo. Mas no olvidaré sus buenas intenciones, y su caudillo que á mi parecer he conocido, y no era otro que don Juan de Silva, conocerá que no quiero quedar con él en deuda.

— Sí, valiente y digno don Juan, añadió con risa sardónica, puede aun llegar un tiempo en que os haga yo correr tambien, mas serán perros de presa los que enviaré á perseguiros. ¡Concédame el cielo vida hasta este feliz momento! Mas dejemos esto, y contadme, querido Hernando, las circunstancias de vuestra fuga. Sin duda habrá dado Constanza tormento á su imaginacion para encontrar algun medio de salvar el objeto de su tierno afecto.

Esto era tocar la cuerda mas sensible, y en efecto su vibracion penetró hasta lo mas profundo del corazon del Castellano. La mortal palidez de su rostro, y su extrema agitacion, indicaban bastante la violencia de su sentimiento. Considerólo el rey con aire sorprendido, y preguntó desde luego la explicacion de este enigma.

— ¿Que es esto, don Hernando? Preciso es que haya sucedido alguna desgracia extraordinaria. No es un incidente

vulgar el que puede turbar hasta tal punto el intrépido corazon del mas valiente de los caballeros castellanos.

— Escusadme, señor, una explicacion que abriria de nuevo una herida ensangrentada aun, repondió Hernando con acento vacilante. No es este el momento de pensar en disgustos personales, cuando cuidados mas importantes reclaman toda nuestra atencion. Ocupemónos en prevenir los peligros que amenazan á vuestra corona.

— ¡No, por Santiago! exclamó el rey con ardimiento, es preciso que se aclare este misterio. Es evidente que sea cual fuere la pena que te devora, esta te ha sobrevenido por efecto de tu adhesion á mi persona; y al presente es tu rey, es tu amigo, que te ordena, que te ruega, le abras tu corazon.

Arrojó el Castellano un profundo suspiro, mientras que una melancólica sonrisa se observaba en su fisonomia. No podia resistir á instancias tan poderosas, y así reuniendo todo su esfuerzo hizo la exacta aunque sucinta narracion de sus aventuras desde el instante en que se separara del rey.

Despues de haberlo escuchado silenciosamente, pareció don Pedro extremamente conmovido por lo que acababa de oir. Sus expresivas facciones pintaban una compasion que no era de esperar en su carácter; durante un momento quedaron sus ojos fijos en el suelo: levantólos despues hácia su fiel amigo, con una expresion de pesar y reconocimiento, y pareció contemplar en un triste silencio los profundos estragos que se habian obrado en su noble fisonomia, y que solo podia atribuir á un exceso de lealtad.

— Hernando, amigo mio, le dijo con emocion, eres desgraciado en efecto, y yo soy la causa principal de tus infortunios. Tus servicios exceden á toda recompensa; pero ¡ay! cuán horroroso es este último sacrificio. Muy distante estaba de proveer que tu adhesion te produciria tan funestos efectos, pues de lo contrario, jamás, si, jamás hubiera consentido en ver sufrir tanto por causa mia al modelo de

los verdaderos castellanos. Acabadas estas palabras tomó la mano de Castro y la estrechó con emocion.

— Es inútil, añadió, hablar al presente de reconocimiento, porque nada puedo en la actualidad, y ni aun imponer el menor castigo al mas vil de mis vasallos que me ultraje. Pero aun cuando me hallase sólidamente establecido en mi trono, nunca pudieran mis favores igualar á lo mucho que has hecho por mí, y con especialidad á la grandeza de este último y penoso sacrificio.

— Señor, respondió Castro con nobleza, no merezco elogios por haber llenado mi deber: Hernando de Castro no desea ni espera favores: su amistad ó su rencor no han sido jamás venales, y siguen el curso espontáneo que les da su corazon. De este corazon tan lastimado y herido, espero solo mi recompensa, y la hallará en la intima conviccion de haber obrado segun convenia á un noble Castellano, al vástago de una familia siempre pura y sin mancha.

— Este heroismo, mi digno amigo, es la sátira mas amarga de mi conducta contigo; recuerdo abochornado la ingratitud con que pagué tus servicios, cuando tenia todo el poder en mi mano. ¡He caido, ay de mí! en el mismo escollo que los hombres vulgares; tan solo en el infortunio aprecian el sagrado afecto de la amistad, y los servicios nobles y desinteresados. Pero tú has salido gloriosamente de la prueba, Castro, y en tu propia conciencia hallarás la recompensa mas digna. Seria una locura, en efecto, esperar de mí otra cosa que la fatal maldicion que me cerca, y cuya maligna influencia has experimentado sin cesar. Sin embargo, añadió, consuélate con el pensamiento de que llegará el dia de la retribucion. Sí, mi querido Hernando, llegará este dia en que puedas imponer á este incrédulo el severo castigo que tanto ha merecido. No hay suplicio que sea bastante á expiar sus crimenes: es un traidor consumado, cuya muerte haria palpitar deliciosamente mi corazon; y hasta que llegue el momento de disfrutar esta sa-

tisfaccion, que los mortales frios y estúpidos apellidan crueldad y venganza, y que no es otra cosa que el legitimo gozo que procura la reparacion de un ultraje; hasta que este feliz momento venga, preséntese al menos á vuestro espíritu lastimado para calmarlo y restablecerlo, la imágen de los males que su union con vuestra amante debe atraer infaliblemente sobre su cabeza. Reflexionad, Hernando, que se halla unido para siempre á una persona que necesariamente le hará conocer todos los tormentos del rencor, de los zelos, ó de la indiferencia. La mezquina desconfianza se deslizará en su imaginacion exaltada: el monstruo de los zelos entrelazará sus viboras en torno de su lecho, y el gusano roedor del disgusto minará sordamente su existencia. Cuando le sonria, se verá precisado á imaginar que es un engaño cruel con que le fascina, y en cada una de sus lágrimas leerá su decreto funesto é irrevocable. Cada suspiro penetrará hasta su corazon como un soplo contagioso para emponzoñar todas sus complacencias. Creedme, Hernando, vuestro vil enemigo no puede experimentar en la actualidad mayor azote que el que se ha impuesto á sí mismo desposándose con una mujer cuyo corazon se habia entregado á otro para siempre: su crimen es de aquellos que jamás dejan de llevar consigo su condigno castigo.

Quedó admirado Castro del calor con que el rey se expresaba, y especialmente del extraño medio que habia adoptado para consolarlo, haciendo uso de uno de los mas viles sentimientos de la naturaleza. Experimentó la mayor sorpresa al escuchar la viveza con que pintaba don Pedro los placeres de la venganza, aun cuando en aquel momento se hubiera arrojado sobre su enemigo si una favorable ocasion lo hubiese presentado á su vista. Esforzóse Hernando en desviar la conversacion de un objeto tan penoso, preguntando al rey sobre el actual estado de los negocios, y plan de conducta que convendria adoptar.

— He recibido noticias muy alarmantes, respondió el

rey con serenidad, y me hallo informado del mal efecto que han producido entre los muy pusilánimes habitantes de esta ciudad; sin embargo, una voz interior me dice que no pierda la esperanza; y ¡cosa extraña! á pesar de la extremidad á que me veo reducido, me siento, Hernando, con mayor confianza que cuando en otro tiempo me hallaba al frente de un valiente ejército, y contaba con el auxilio del rey moro.

— Y sin embargo, señor, dijo el Castellano me parece que vuestra residencia se halla rodeada de una guardia numerosa, precaucion que antes mirabais con señalada indiferencia.

— Y que aun miraria con la misma, respondió don Pedro, así es que ninguna parte tengo en esta precaucion, que proviene de un vano rumor que se ha esparcido de que esta ciudad se hallaba á punto de insurreccionarse. Mis fieles vasallos han creido deber tomar esta medida prudente, por lo que pueda suceder. Por lo que á mí toca, no temo por mi vida, pues despues de la pérdida de una corona, ¿qué seria para mí la de una miserable existencia? Neron, á quien mis amados vasallos con su acostumbrada sabiduría han tenido por conveniente compararme, temió por la suya, y se condujo con harta bajeza. Don Pedro de Castilla manifestará mas carácter antes de morir.

— ¡Quiera el cielo que tal desgracia no se acerque! exclamó Castro; pero permitidme que os pregunte de donde proviene esta gran confianza que os inspira vuestra posicion actual. ¿Teneis acaso nuevos recursos con que poder contar?

— Ningunos, que yo sepa, respondió el rey con mucha serenidad; y todas mis brillantes esperanzas estan fundadas sobre un sueño que ha hecho brillar á mis ojos una perspectiva mas feliz.

— ¡Ay de mí! exclamó don Hernando, ¿y todo esto no es pues mas que un sueño?

— ¡Un sueño! repitió enfáticamente don Pedro. ¿Y por-

qué razon confiaria mas bien en los socorros humanos, que en las felices sugestiones del destino, al paso que la triste realidad no me presenta mas que imágenes de luto y de ruina? Mayor fundamento se presenta á veces en los sueños, que en todas las promesas de los hombres. ¿Qué puedo esperar de parte de estos? Las clases bajas, cuyos derechos he protegido contra las invasiones del clero y de la aristocracia, no vendrán á sostenerme; porque son sus ánimos limitados y vulgares, cegados por la ignorancia, é incapaces de apreciar las altas miras de mi política. En cuanto á los nobles ambiciosos, ningun favor debo esperar de su parte: su rapaz carácter soporta mal la mano de yerro que pesa sobre ellos para contenerlos en la línea de su deber. Mis aliados los moros han dado una prueba de lo que debe esperar un rey de las tropas mercenarias, cuando no tienen á la vista la esperanza de un rico botin, pues vuelven la espalda, y se ponen en fuga al primer encuentro. Así, pues, querido amigo, ya veis que tengo razon de no fiar sino es de los caprichos de la fortuna. No permaneceré aquí por mucho tiempo; mi inaccion pudiera aumentar el atrevimiento del rebelde Trastamara.

— Y con todo, dijo Hernando tristemente, no podemos detener su marcha triunfante con solo un puñado de soldados.

— Mas podemos intentarlo al menos, contestó el rey con feroz sonrisa.

— A otro que no fuese mi rey le dijera que esta tentativa la considero poco cuerda.

— Mañana por la mañana marcharémos, añadió don Pedro con tono mas firme.

— Vuestra voluntad es una ley para nosotros; pero reflexionadlo aun antes de decidiros. Acaso con una mansion mas larga en esta plaza, veríamos acrecentar nuestros recursos, y aumentarse nuestras tropas. Seria locura arriesgar con conocimiento de pérdida nuestra última esperanza de buen éxito.

— Parece, dijo don Pedro, que solo atendeis al aspecto favorable de la cuestion; mas reflexionad que una dilacion puede producir tambien afectos contrarios. La inaccion puede acabar de desanimar los pocos partidarios que nos han quedado leales; durante este tiempo hará el bastardo nuevos reclutas, y reducirá á la menor expresion nuestros medios de resistencia. ¡No, no, por vida mia! añadió con calor: no puedo quedar mas tiempo en esta horrible ansiedad que me es mil veces mas insoportable que todos los horrores de mi destino. Yo quiero contenerlo: experimento una impaciente curiosidad por rasgar el velo del porvenir, y nada puede satisfacerla, sino la pronta realizacion de mis temores ó de mis esperanzas.

Conoció Castro que seria inútil tratar de combatir una resolucion adoptada con tanta firmeza, y aunque gemia interiormente de la triste perspectiva que presentaban los asuntos, acabó por avenirse hasta á los argumentos del rey. Como habia muy poca probabilidad de que mejorase el tiempo su situacion, acaso una medida pronta y decisiva pudiera ser favorable á su causa, que segun el estado desesperado de los asuntos no podia empeorar. Personalmente nada arriesgaba ni temia. Todo sueño de felicidad habia desaparecido para siempre, y el tiempo de las dulces ilusiones habia pasado para él. Su eterna separacion de Constanza le sumergiera en tal abismo de dolores, que solo una accion continua y forzada podia proporcionale algunos cortos intervalos de alivio.

Dedicóse pues de nuevo el Castellano á sus ordinarias ocupaciones, y principió por recontar las tropas del rey, y asegurarse de sus disposiciones. Pasólas revista en la plaza pública, y con gran sentimiento suyo vió que no pasaban de dos mil hombres, y estos aun mal equipados. Sin embargo, hácia la tarde de aquel dia, don Men Rodriguez de Sanabria, partidario de don Pedro, que decian haber pasado bajo las banderas de su rival, se presentó de repente á las puertas de la ciudad al frente de un numeroso cuerpo de caballeria.

En el primer momento causó su llegada alguna alarma, porque ciertos vanos rumores y temores ridículos habian convertido esta tropa en la vanguardia de don Enrique. Los habitantes estaban contristados; mas se disiparon sus recelos, cambiándose en vivos transportes de júbilo, cuando se supo que era Sanabria, señor poderoso y valiente, que conducia un cuerpo de voluntarios perfectamente equipados y llenos de entusiasmo, los que entraron en la ciudad en medio de las aclamaciones universales.

— Dios os guarde, señor don Hernando de Castro, le dijo Sanabria, luego que descubrió al Castellano: ¿cómo se halla el rey nuestro amo?

— Muy bien: y siempre lleno de valor y ánimo, cual conviene á un rey de Castilla; y dispuesto á arrostrar el peligro, y á soportar los desastres como buen soldado. No podiais llegar, señor, á mejor tiempo.

Recibió don Pedro á su nuevo aliado con la mayor cordialidad.

— Bien os decia exclamó volviéndose á Castro, que no era despreciable mi presentimiento de alguna buena fortuna. ¿Cuántos hombres conducís, señor don Men?

— Algunos centenares, todos valientes, llenos de ánimo y vasallos mios en la mayor parte. Acaso os sorprenderéis, señor, de que me haya tardado tanto en venir á colocarme bajo vuestras banderas cuando mi lealtad no podia seros sospechosa. Me consta que se han hecho circular rumores injuriosos á mi reputacion; pero los desprecio, y me he ocupado constantemente en reunir y organizar estos valientes soldados para que concurran á sostener una causa tan sagrada. He vendido, señor, todos mis bienes para equiparlos, y vengo á saliros al encuentro. No es tarde aun: Toledo se mantiene, y nuestros aliados los moros se han puesto en marcha para venir á ayudarnos.

— ¡Los moros! dijo el rey sonriéndose: los miserables se pusieron cobardemente en precipitada fuga, en la última accion; y gracias á la ligereza de sus pies, y á la

extraña equivocacion de un buen escudero anciano, poco ha faltado para caer en manos del traidor Lara.

Durante el resto del dia se manifestó el rey con mejor humor. La llegada de don Men habia hecho renacer sus esperanzas, y contaba mucho con el valor y fidelidad de los defensores de Toledo, á pesar de los avisos que diariamente se le daban de las tramas urdidas para entregar la ciudad á don Enrique.

Fue resuelto que marcharian inmediatamente á socorrer á los sitiados, y don Pedro aguardó con impaciencia la madrugada para poner en ejecucion este proyecto.

XI.

La víctima.

Tan luego como la evasion de don Hernando de Castro vino á ser conocida de los habitantes de Orcajo, se manifestó por todas partes una fermentacion extraordinaria. Los fanáticos partidarios de don Enrique habian esperado con impaciencia la muerte del temible y leal Castellano; y era para ellos una cruel mortificacion ver frustrada su esperanza en el momento mismo en que iba á realizarse. Á la madrugada del siguiente dia, un gran concurso se reunió junto á la cárcel, y el populacho pidió á gritos que se le entregase al carcelero para hacerle pagar su traicion. Pero este prudente personaje, que no tenia prisa alguna de salir de este mundo, aunque fuese para otro mejor, habia tomado ya sus medidas para escaparse. Previendo la tempestad que le amenazaba, retirárase silenciosamente, y se impusiera un voluntario destierro; castigo poco penoso á la verdad en tales circunstancias, y mucho menos siendo suavizado con la considerable suma que habia tenido cuidado de hacerse dar antes de facilitar la evasion de su preso.

El cabecilla del tumulto, á quien su talla gigantesca, elevaba por encima de los demás, principió á gritar que se les habia vendido; mientras que algunos clérigos recorrian las calles diciendo que existia una horrible conspiracion para entregar la ciudad á don Pedro, y acabar con los mas celosos partidarios de Trastamara.

El tumulto aumentó: el toque de alarma se hacia oir, y los habitantes salian despavoridos de sus casas, como si una mano invisible tuviese un acero suspendido sobre sus cabezas. El engaño tuvo un éxito completo: los temores mas ridículos se promovieron, y todas las pasiones de la plebe amotinada fueron puestas en movimiento. Se dirigió esta desordenadamente á la casa de don Alvaro de Lara, que era el jefe superior de la ciudad, arrojando gritos frenéticos, y mezclando las amenazas con las súplicas.

Pedian les fuesen entregados todos los presos, y que inmediatamente se quitase la vida á todas las personas sospechosas. Pero Lara, asistido siempre de valor é intrepidez, salió á un balcon con la misma serenidad que si no hubiese peligro alguno que temer.

— ¡Viles alborotadores! exclamó vigorosamente, dispersaos al momento, ó de lo contrario castigarán mis soldados vuestra insolencia de un modo ejemplar!

Muchos gritos y murmullos salidos al mismo tiempo por diversas partes fueron la única respuesta que obtuvo: mas por desenfrenado que pareciese el furor de los descontentos, no habia llegado aun hasta el punto de hacerles olvidar su propia seguridad, pues sabian que un agravio, que el menor acto de violencia, cometidos contra la persona del favorito de don Enrique, caerian sobre sus cabezas; y así tan solo clamores ruidosos y contínuos fueron el único entretenimiento á que pudieron entregarse.

Mas el alboroto por sí solo, cuando no pasa de vocinglería, es poco temible, y raras veces eficaz para favorecer los proyectos de la violencia. Los principales motores del tumulto reconocieron en breve la inutilidad de sus esfuer—

zos, pues no era el vigor de sus pulmones el que podia decidir de su empresa, y asi resolvieron recurrir á medidas mas activas.

Abriéndose paso dos hombres por en medio del tropel, pidieron ser introducidos á la presencia de Lara, peticion que fue otorgada á su carácter personal, sin la menor dificultad. Estos diputados si es que merecieran este título, eran el alcalde de la ciudad, y el doctor Agraz, canónigo de Sevilla, cuya animosidad contra don Pedro era sobrado conocida. Lara los recibió con la mayor política, y les preguntó el objeto de su mision.

— Señor don Alvaro de Lara Manriquez.... principió pomposamente el alcalde, que era un aldeano de corta estatura, carilleno y rubicundo; despues se detuvo como para tomar aliento á fin de continuar su arenga con la conveniente dignidad.

— ¿Y bien, señor alcalde? preguntó Lara.

Tomó entonces el alcalde un ademán grave y doctoral, pasó suavemente su mano carnosa por la barba, y con dos ¡hem! preliminares, consiguió prepararse felizmente; despues, rascándose la cabeza, como para hacer salir de ella alguna idea luminosa, dió de repente á su estúpida fisonomía una expresion notable de consternacion.

— ¡Jesus me valga! ¡protéjame el Señor! exclamó moviendo la cabeza. Vivimos en un tiempo bien terrible.

Lara inclinó la cabeza en señal de asentimiento, aunque las circunlocuciones del orador hubiesen puesto á prueba su paciencia.

— ¡Dios nos asista! Señor don Alvaro, continuó el alcalde.

Á este piadoso deseo respondió don Alvaro con una inclinacion de cabeza, y volvió el alcalde á tentarse la barba.

— Terrible cosa es en verdad, dijo entonces, el ver á una ciudad alborotada; porque ya veis, señor, cuando una ciudad está en revolucion; ¿quién puede preveer los excesos que se cometerán?

— Es bien cierto, respondió don Alvaro.

— Y ya veis, señor, en que estado estan las cosas al presente; ¡preservenos el cielo! En verdad son unos tiempos muy tristes.

Ya lo veis, señor, los habitantes de esta ciudad se han vuelto muy turbulentos; hablando con propiedad, se les creeria locos, y es natural que en virtud de mis funciones, yo que soy el primero de todos, venga á haceros saber lo que vos mismo podeis haber visto. Además vengo acompañado en esta mision de este muy reverendo canónigo, quien por su calidad de ministro de paz, debe tener un horror pronunciado por todo lo que tenga una apariencia de tumulto y desórden.

Como estos eran axiomas que no necesitaban comentarios, era bastante probable que esta entrevista no tendria fin, mientras fuese del gusto del digno alcalde continuar en el mismo tono. Así pues tomó Lara la palabra, y con tono incomodado le dijo:

— Al grano, señor alcalde, ¿qué es lo que quereis?

— ¿Lo que quiero, señor? Vengo á informaros del estado turbulento en que se halla la ciudad, lo que ya veis es la pura verdad, y he concebido la idea, señor, que seria muy prudente calmar esta fermentacion para bien de este pueblo.

— Es verdad, señor alcalde; la misma idea me ha ocurrido á mí tambien, respondió Lara, y me hallo decidido á poner fin á esta camorra. Os encargo, pues, que digais á estos furiosos alborotadores que ya me bastan por hoy sus clamores, y que si no tienen la bondad de dar algun plazo á mis oidos, tendré que recurrir á un medio muy expedito para cerrarles la boca.

El alcalde no comprendió bien el sentido de estas palabras, y todo lo que alcanzó de ellas fue que se trataba de cerrar las bocas, y repuso con extrema inocencia.

— Pero considerad, señor, que no podrémos reunir bastantes mordazas en la ciudad; y además no sé si en el es-

tado en que se hallan las cosas consentirán en dejárselas poner.

Se sonrió don Alvaro de la sencillez del buen alcalde, que no concebia el motivo de semejante risa.

— Vuestras observaciones, señor alcalde, dijo Lara son perfectamente exactas. Soy de vuestro parecer; y así en lugar de recurrir á las mordazas, me limitaré á hacer venir un destacamento de caballería; os aseguro que estos ginetes son muy hábiles, y con especialidad saben separar perfectamente una cabeza de su cuerpo; y así creo tener motivos para no dudar que con una ó dos docenas de operaciones de esta clase sobre los mas revoltosos, las cosas volverán en un momento á su estado natural.

El alcalde á estas palabras abrió extremadamente los ojos como si fuese á darle un trastorno. El grave canónigo de Sevilla, que habia observado hasta entonces un profundo silencio, hizo un gesto espantoso. Reflexionó sin embargo que ya era hora de que interviniese en la materia, sin permitir que su estúpido colega llenase por mas tiempo el papel de orador.

— En nombre del cielo, exclamó con aire sorprendido, ¿qué es lo que oigo? Es cierto que don Alvaro intenta quitar la vida con tanta crueldad á los leales y adictos vasallos de nuestro buen rey don Enrique; y esto tan solo porque en medio del exceso de su celo manifiestan su adhesion de un modo indiscreto? Valdria mas, señor don Alvaro, añadió con amargura, no darles justos motivos de queja que intentar reprimir la expresion de su descontento con tan atroces medios.

— Señor canónigo, respondió Lara con sequedad, no dudo que sabréis desempeñar con toda perfeccion los deberes de vuestro ministerio, y me abstendré de entrometerme en lo que sea concerniente á ellos; pero os ruego me concedais el mismo favor, y espero me dejaréis ejercer mis funciones con entera é igual libertad.

El tono firme con que estas palabras fueron pronuncia-

das hizo conocer al canónigo la necesidad de variar su plan de operaciones; y asi substituyó inmediatamente al ademan de descontento doctoral que adoptara, una apacible sonrisa evangélica.

— No permita Dios, señor de Lara, dijo con suavidad, que yo pretenda enseñaros vuestro deber. Os ruego humildemente me disimuleis si en medio del exceso de mi celo os he ofendido involuntariamente, á pesar de que me hallaba muy distante de esta intencion. Como ministro de un Dios de paz, intentaba disuadiros de hacer verter la sangre humana; desgracia terrible en todas circunstancias, pero que lo es mas aun cuando las víctimas son personas llenas de adhesion por su religion y por su rey. Un tumulto, considerado como una especie de oposicion y resistencia á las leyes, es siempre reprehensible; pero hay momentos críticos en que puede ser excusable en parte, y en que los causantes extraviados por su celo son mas dignos de lástima que de acriminacion. Las santas Escrituras nos ofrecen ejemplos de esta clase, y es bien cierto que un ardiente entusiasmo que trae su origen de unos motivos piadosos y legítimos, está distante de ser contrario al espíritu de la religion.

El alcalde quedó mudo de admiracion al oir la elocuencia del sacerdote, y la uncion con que peroraba su sermon. Mas durante este tiempo la impaciencia de la plebe habia llegado á su colmo, y el tumulto, lejos de apaciguarse, aumentaba á cada instante.

— ¿Cómo pudiéramos culparlos? exclamó el canónigo Agraz cuando estan penetrados de la idea de que el estado está en peligro; que de un momento á otro puede suceder una catástrofe; que la ciudad se halla llena de traidores, y que un gran culpado se pasea impunemente por las calles? Un sacrílego homicida se halla al presente en la cárcel, al paso que se ha dejado escapar al hombre mas peligroso, al favorito del moderno Acab, del Neron de nuestros dias. Bien cierto es ¡ay! que debemos perdonar al pueblo alarmado

los excesos que podria cometer en el estado de exasperacion en que se encuentra.

En este momento, sin duda para proporcionar al buen Agráz la ocasion de poner en práctica las lecciones que daba, una gruesa manzana podrida se abrió paso por la ventana, y vino á colocarse con mucha irreverencia sobre la rubicunda naríz del canónigo. Este imprevisto ataque le desconcertó enteramente, y soltando un enérgico juramento exclamó pateando:

— ¡Mil maravedís daria por conocer al culpado! ¡bien cara le haria pagar esta ofensa!

— ¡Pues qué! ¿no tiene escusa en el estado de exasperacion en que se halla? dijo irónicamente don Álvaro. Me parece al contrario que deberiais agradecerle su moderacion, pues si en vez de una blanda manzana, hubiese lanzado una dura piedra, podeis inferir cuan diferente seria el resultado.

Este amargo sarcasmo hizo volver en sí al sacerdote, quien limpiando las trazas que el golpe habia dejado sobre su cara, volvió á tomar por grados su serenidad, y se esforzó en manifestarse lo mas sosegado que pudo.

— Hablando con seriedad, dijo Lara: estos excesos deben ser reprimidos al momento, pues á pesar de los bellos razonamientos que os sugiere vuestra caridad en esta ocasion, señor canónigo, no tengo el menor deseo de recibir igual saludo, y os confieso que no tendría bastante esfuerzo para manifestar esta suave tranquilidad verdaderamente ejemplar.

— Señor don Álvaro, repuso el canónigo, algo irritado: no es ahora el tiempo mas á propósito para chancearse. Si los intereses de nuestra sagrada causa os son apreciados, os invito á que tomeis en consideracion los peligros de nuestro estado actual: toda medida violenta lejos de calmar al pueblo, lo conducirá á mayor exasperacion. No quiera Dios que uno solo de los partidarios de don Enrique perezca por sostener sus derechos. La fortuna nos presenta otro medio

menos severo, y mucho mas justo. Acaso ignorais, señor, que se halla presente en las cárceles, un vil criminal, un asesino sacrilego, cuya muerte por una negligencia imperdonable, ha sido diferida hasta ahora. Aunque hace cerca de dos dias que fue preso, la expiacion de sus crimenes se hace esperar. El sacrificio de este miserable servirá para calmar la justa indignacion del pueblo. Este acto de exacta justicia no puede ser ahora rehusado, y mucho menos que en cualquiera otra circunstancia; es preciso que un gran ejemplar intimide para siempre á aquellos que tratasen de imitarlo.

— ¿Cuál es el nombre del preso? preguntó Lara.

— Rufino Diez, el asesino del canónigo de Sevilla. Sí, señor don Alvaro, el asesino de aquel amigo de vuestro difunto padre.

— ¡Es posible! exclamó Lara sorprendido, ¿cómo han conseguido prenderle, cuando habia logrado siempre escapar diestramente de todas las persecuciones?

— Es cierto: respondió el canónigo con gravedad, pero su destino estaba escrito en lo alto. Tarde ó temprano la venganza del cielo irritado alcanza al endurecido criminal, que añade la impiedad á la infamia. Sean cuales fueren su astucia y fuerza corporal, no puede evitar la retribucion debida á sus crimenes. Rufino ha sido hecho prisionero en la última escaramuza que se verificó cerca de esta ciudad, y su adhesion insensata por el tirano facilitó su prision. Yo quiero suponer que en el primer momento en medio de los negocios mas importantes haya sido olvidado, aunque la necesidad de hacer desaparecer á semejante miserable de la superficie de la tierra fuese bastante urgente para reclamar una atencion inmediata.

— Sí, para reclamar una atencion inmediata, repitió el digno alcalde, dando golpes en el suelo con su vara, y tomando un aire de importancia.

— ¡Y bien! dijo Lara con una perfecta indiferencia. Rufino es un malvado infame, que ha incurrido en la pena ca-

pital, y poco me importa saber cuando la sufrirá.

—Cuanto mas presto será mejor, exclamó el canónigo con acaloramiento. Cada momento en que respira, es un ultraje para la justicia, además de esto, puede llegar á fugarse; no faltan traidores para facilitarle los medios, y me es sensible añadir, que en este número se cuentan ministros de Dios, que son débiles y llenos de tibieza por su santa causa. Testigo el cura Fonseca, que ha obtenido el permiso de visitar al preso en la cárcel, bajo el pretexto de disponer su alma á la penitencia, y de administrarle los consuelos de la Religion. ¡De esta suerte debe obrarse con semejantes mónstruos! ¡poner un infiel á la par de los buenos cristianos!

—¿Y qué podia hacer, señor canónigo? dijo el alcalde, que creyó ver en estas palabras una indirecta reconvencion que le era dirigida. El cura de la ciudad tiene entrada franca en las cárceles, en virtud de su santo ministerio. Además, es bien sabido que á la llegada del señor don Álvaro las llaves de la cárcel....

Aquí se detuvo temiendo ofender al poderoso Lara por querer apaciguar al Canónigo; pero aquel le sacó de ansiedad, diciéndole.

—En verdad, señor alcalde, no mereceis ninguna reconvencion en este asunto; soy yo quien lo ha hecho todo, y quién está dispuesto á responder á todas las preguntas que podrán serme dirigidas acerca de lo mismo.

El canónigo no manifestó deseo alguno de hacerlas, y se contentó con pedir nuevamente la pronta ejecucion del zapatero. Lara consintió en ello, y ordenó á un destacamento de tropa que condujese al reo á la plaza pública, donde debia llevarse á efecto la sentencia.

Luego que esta noticia fue conocida de la plebe, se levantaron muchos gritos de alegria y triunfo; tal era el horror que la pretendida crueldad del pobre artesano habia inspirado generalmente, que su muerte era mirada como un acontecimiento de la mayor importancia.

Los canónigos de Sevilla, irritados de la sentencia que don Pedro habia dado en favor del zapatero, habian jurado no perdonar medio alguno para consumar su ruina. Excitaron contra él el rencor mas violento: le representaron al pueblo como un mónstruo poseido del espíritu maligno, y falto de todo principio religioso. Los seres ignorantes y crédulos á quienes se dirigian, siempre dispuestos á recibir todas las impresiones supersticiosas, acogieron con ardor unos discursos que se avenian con las preocupaciones que alimentaban contra el zapatero. Y así fue con la algazara del entusiasmo que el populacho se precipitó hácia la cárcel donde la víctima se hallaba confinada; y la tropa tuvo bastante trabajo en mantener algun órden en medio de la tumultuosa comitiva, y en impedir que los mas atrevidos cometiesen degradaciones en las casas sospechosas por donde pasaban. Llegados á la prision, aumentó el tumulto, y algunos de los mas furiosos se adelantaron para penetrar á la fuerza en lo interior de ella; pero fueron rechazados por la guardia, que hizo morder el polvo á dos ó tres de los mas alborotados.

Durante este tiempo el objeto de todo este rencor y de una bullanga tan ruidosa esperaba su suerte con una horrible ansiedad. Echado sobre un monton de paja como un irracional, en un calabozo estrecho y sombrío, presentaba el cuadro de la miseria mas deplorable. Aunque solo habia dos dias que estaba preso, apenas era posible conocerlo. Los míseros alimentos que se le suministraban, la atmósfera insalubre que respiraba, la falta del sueño, y especialmente la agonía mental que le abrumaba, habian hecho profundos y rápidos estragos. Mil imágenes espantosas se presentaban á su imaginacion; su carácter, naturalmente melancólico, habia tomado aun un aumento mas siniestro y lúgubre, y por intervalos se extremecia todo su cuerpo, al pensar en la suerte que le esperaba, y que podia mirar entonces como inevitable. Se escapaban de sus labios gemidos involuntarios, y soltaba expresiones incoherentes, cual si

se hubiese dirigido á algun horroroso demonio que le persiguiese. Habia caido en el último abismo de la miseria humana. Sus grandes y negros ojos daban vueltas en su órbita con ademan distraido, arrojaba sollozos convulsivos, y en el mismo instante apretaba sus trémulas manos en ademan suplicante. Cerca de él se hallaba una persona venerable, que trataba por medio de santas y consoladoras palabras de calmar su agitado espíritu. Era el cura de Orcajo; porque en todas partes donde se encuentran los quebrantos de la humanidad dolorida, hay seguridad de encontrar un ministro del Dios de las misericordias. El buen pastor, que sabia que el preso ninguna gracia tenia que esperar de este mundo, habia empleado todo su celo en dar al desgraciado las esperanzas que tan solo la religion puede procurar cuando está inmediato el terrible momento en que el alma inmortal se desprende de su cubierta perecedera; y habia conseguido en parte volver la paz á su alma, y arrojar de su ánimo los horrorosos fantasmas que le perseguian.

Repitió el zapatero con bastante tranquilidad la súplica que el buen padre dirigia al cielo, y se entregaba á esta piadosa ocupacion, cuando oyó los horrorosos clamores del pueblo delante de la cárcel; eran gritos de muerte y las maldiciones envueltas en su nombre retumbaban en sus oidos como los terribles sonidos de su fatal decreto. Era aborrecido, despreciado, perseguido por sus semejantes; y en este momento de angustia, levantó sus ojos y trémulas manos al Padre celestial, á quien ningun criminal, ningun miserable se ha dirigido en vano.

— ¡Ya vienen! dijo con tono firme pero lúgubre.

— Sí, hijo mio, respondió el sacerdote con voz solemne. El fin de tu carrera mortal ha llegado; dirige al presente todos los pensamientos de tu espíritu hácia el Padre comun de todos los hombres, y hácia aquel estado mas puro y mas feliz para el que habemos sido criados: ¡Que la bendicion de Dios baje sobre tu alma!

— ¡Amen! respondió Rufino con fervor.

El carcelero entró entonces y dijo con dureza al preso que le siguiera. Rufino se levantó con intrepidez, pero el cura observó la agitacion que manifestaba.

— ¿Qué es lo que te atormenta, hijo mio? Reune al presente todo tu ánimo para arrostrar la muerte como un hombre debe hacerlo.

— Padre mio, repuso aquel con tristeza: no es el ánimo lo que me falta para arrotrar la muerte; no, no, estoy dispuesto á recibirla. Suspiró, y una lágrima brilló entre sus ojos. Perdonadme esta flaqueza; no la causa mi destino; mis penas son por aquellos que quedarán despues de mi.

— El cielo no los abandonará, respondió el cura; confiad en su bondad. Y al presente, hijo mio, desterrad toda idea profana, pues todos los sentimientos del alma deben en estos últimos momentos fijarse en la eternidad.

Le habian sido ya quitadas sus cadenas y sus manos ligadas con fuertes cordeles, despues de lo cual fue conducido fuera de la prision entre dos filas de soldados; el buen sacerdote marchaba á su lado y repetia á su ruego las preces mortuorias. Luego que pareció delante de la muchedumbre, su llegada fue saludada con bárbaras aclamaciones; llegaron al colmo la bulla y la confusion; las maldiciones mas espantosas se acumularon sobre su cabeza, mientras que los amargos é impios sarcasmos hacian aun mas terrible su situacion.

Habia en aquella escena algo que helaba el alma, y que se mostraba verdaderamente infernal, en esta intima reunion de seres humanos, todos reunidos para apresurar la muerte de una criatura de su misma especie, sola y abandonada. Las mujeres eran tan feroces como los hombres mas endurecidos, y mezclaban los agudos gritos del rencor á las vociferaciones mas varoniles de sus compañeros.

A vista de esta escena de venganza, la víctima experimentó un extremecimiento que no pudo reprimir. Le escapó un profundo suspiro. Ninguna señal de lástima se ma-

nifestó entre aquella masa imponente de sus semejantes; y parecia ser de clase separada, ó como un ser de diferente especie dedicado á la execracion del género humano.

Este aislamiento era horroroso; y sin embargo, todo el exterior de este infeliz era propio entonces para excitar la compasion. Este cuerpo tan vigoroso estaba enervado por el sufrimiento, sus hondas mejillas se veian cubiertas de una palidez mortal: sus ojos estaban hundidos, mas brillaba aun en ellos el fuego de la resolucion y del valor: sus cabellos habian encanecido de repente por la mágica influencia de una triste desesperacion; al paso que su larga barba, conservando aun su color natural, hacia un maravilloso contraste.

Rufino echó en torno suyo una mirada de dolor y de indignacion, y con paso firme se dirigió hácia el sitio del suplicio. Se manifestaba recogido consigo mismo; pero de tiempo en tiempo sus ojos erraban con un ademan extraviado como esperando algun horroroso suceso. No tardaron en observarse entre la plebe los síntomas mas alarmantes que justificaron estos tristes presentimientos. Algunos miserables, impelidos de un celo fanático, principiaron á estrecharse al rededor de los guardias que conducian al preso: gritos alarmantes se elevaron entre la muchedumbre intimando á los soldados que entregasen la víctima al furor popular. El desórden se aumentó, los soldados hicieron vanos esfuerzos para comprimir este movimiento y previeron que no podrian conseguirlo. No hay barrera alguna que pueda contener la furia de un populacho cuando las cabezas se exaltan hasta el punto mas alto de efervescencia; entonces son vanas las amenazas y la vista de la sangre no hace mas que aumentar la animosidad general.

La lucha principió al fin: un empuje irresistible hecho por una masa compacta, obligó á la tropa á recurrir á sus armas, el tumulto se hizo espantoso, hombres y mujeres fueron derribados, unos muertos, otros heridos, mientras que los gritos lastimosos de los moribundos unidos á las exc-

craciones de los vivos, aumentaban el horror de esta escena. La comitiva adelantaba con dificultad, y á cada momento se hacian menos eficaces los esfuerzos de la tropa para impedir la invasion del pueblo. Rufino miraba fijamente á sus perseguidores, y parecia reunir toda su energía para algun gran golpe de desesperacion. Sus ojos lanzaban tristes relámpagos y toda su fisonomía anunciaba una firme resolucion de no someterse pacíficamente á su horroroso destino; y habia una especie de lúgubre tranquilidad en esta grave actitud con la que esperaba su suerte.

La mayor parte de los revoltosos habian llegado á procurarse armas; los unos tenian espadas, otro gruesos garrrotes, y los mas se se habian provisto de los primeros objetos que les vinieron á mano. Algunas piedras fueron lanzadas contra Rufino, de las que quedaron heridos varios soldados: el tropel se estrechaba mas y mas, y como las olas furiosas de un Océano tempestuoso, iba avanzando por ondulaciones graduales, y vino al fin á precipitarse contra la impotente barrera opuesta á su violencia.

La fuerza del torrente ganó: en este momento terrible, Rufino haciendo un esfuerzo sobrenatural, rompió la cuerda que le ataba las manos y pronto como un relámpago, arrancó una lanza de manos del soldado que se hallaba mas cercano é hizo uso de esta arma con una espantosa destreza; y abriéndose paso, llegó á adelantarse sostenido por la fuerza de su desesperacion. En la confusion que de esto resultó, el furor de la muchedumbre se dirigió en parte á los soldados. Perseguido Rufino como un toro indomable, por una desapiadada jauría, se abalanzó distribuyendo golpes á diestra y siniestra y extendiendo á sus pies á muchos de sus perseguidores: pero eran reemplazados por otros no menos encarnizados, y una lucha tan desigual no podia prolongarse por mucho tiempo En este momento una puerta abierta se presentó á su vista: precipitóse á ella, subió la escalera, y trató de ocultarse en la chimenea, mas ya los furiosos seguian sus huellas.

En vano una mujer desconsolada se precipita á sus pies arrojando lastimosos gritos para implorar su compasion: era la esposa de Rufino, pero amargas reconvenciones fueron la única respuesta que recibió de estos corazones endurecidos. Principiaron en aquella casa las pesquisas mas activas; un anciano dueño de ella y pariente del fugitivo fue apaleado y asegurado con fuertes ligaduras; mientras que la mujer del zapatero y un niño, que lleno de espanto no tenia ni aun valor para articular una queja, fueron sacados de la casa por unos seres menos inhumanos. Una antorcha encendida fue entonces acercada á la humilde casa que era de madera, y que presto se vió cercada de las llamas destructoras. El populacho con la vista fija sobre este funesto incendio, observaba con una feroz ansiedad aguardando el instante en que la víctima se manifestase. Algunos de los mas supersticiosos, llegaban á creer que Rufino hallándose inspirado por el demonio, no podia perecer por mano de los hombres.

Sin embargo, despues de algun tiempo de espectativa, y cuando toda la casa no presentaba mas que una masa de llamas y humo, un grito espantoso se dejó oir, era la voz del desgraciado Rufino. Estrepitosas aclamaciones respondieron á este grito de angustia de la humanidad. En breve se vió á un hombre que andaba con la audacia de la desesperacion por medio de los maderos abrasados. Se detuvo un instante cerca de una ventana, y despues se precipitó en medio del tropel reunido en aquella calle.

Las llamas se habian comunicado con sus vestidos, su barba y sus cabellos estaban quemados. Al verlo caer, la plebe se abrió un instante y Rufino intentó aun escaparse; pero los lebreles sedientos de sangre se pusieron á perseguirlo. Las fuerzas le faltaron, una piedra le alcanzó en la cara y su sangre salia en abundancia por la boca y narices. Dos vigorosos campeones se arrojaron sobre él; uno de ellos le dió una cuchillada que desvió con el brazo recibiendo en él una profunda herida que le privó del uso de este

miembro, y casi al mismo instante un golpe de maza lo derribó al suelo.

—¡Oh Dios mio! exclamó con voz débil, ¡tened piedad de mi!

—¡Vil blasfemo! respondió uno de los del pueblo con tono feroz, ¿cómo te atreves á implorar la piedad, siendo un infiel? (al decir estas palabras le hizo una nueva herida. La agonia de la víctima se prolongaba: no podia ya hacer resistencia alguna, pero sus ojos aunque cubiertos con las cercanías de la muerte, mostraban aun la enérgica resolucion de su ánimo. Su cuerpo sangriento y mutilado fue entonces prendido á la cola de un caballo, y en medio de los gritos desaforados que ahogaban los últimos acentos del infeliz fue arrastrado fuera de la ciudad: la humanidad doliente se acercaba entonces presurosa al término de sus tribulaciones. La furiosa muchedumbre, que no quedaba aun saciada con tantos horrores, se arrojó sobre su casi insensible víctima, y despedazó su cuerpo mutilado. Decidióse seguidamente que estos fragmentos esparcidos serian privados de la sepultura cristiana, quedando en el propio paraje para servir de pasto á las aves y fieras, y así quedaron expuestos en una pequeña eminencia situada á la entrada de Orcajo.

En lo mas elevado de esta colina hizo el canónigo una corta plática, en que increpó al pueblo la falta de haberse hecho justicia por su propia autoridad; pero sus reprehensiones eran tan suaves, que fue muy fácil reconocer que en manera alguna sentia el resultado de su barbarie. No perdió la ocasion de inculcar una grave leccion en el ánimo de sus oyentes, haciendo observar que el crimen es castigado tarde ó temprano por la justicia del cielo. Pintando con los mas negros colores la enormidad de los crímenes del zapatero, concluyó recomendando una ciega deferencia á las órdenes que don Enrique, ó el Clero en su nombre, pudiesen darles; y con semejantes medios aquella horda de energúmenos se retiró despues de tan gloriosa hazaña, edi-

ficados todos con el sermon, y felicitándose mutuamente por la parte que cada cual habia tenido en librar al mundo de un monstruo tan abominable.

Despues de la muerte del infeliz zapatero, se apaciguó completamente el tumulto de Orcajo. Una especie de mudo estupor se siguió al estrepitoso desórden que habia señalado este dia; y hácia la tarde no quedaban ya otras señales de conmocion, que las humeantes ruinas de la casa en que Rufino se habia refugiado. Los grupos se dispersaron por grados, y cada cual volvió á sus ocupaciones, como si nada hubiese sucedido. La noche sobrevino, y las pocas personas á quienes un extraño sentimiento de curiosidad habia hecho permanecer en el ensangrentado sitio donde quedaban esparcidos los miembros de Rufino, cediendo á un terror supersticioso, se encaminaron á sus moradas.

Un completo silencio reinó entonces en aquel sitio de horror: salió la luna, y esparció su pálido resplandor sobre el collado: ningun ser viviente se manifestaba en todo el contorno, á excepcion de los cuervos que atraidos por su instinto, y suspendidos sobre su presa hacian resonar el aire con sus lúgubres graznidos.

Sin embargo, cuando las tinieblas llegaron á ser mas densas, la siniestra bandada se dispersó con la venida de nuevos personajes; una luz pareció á lo lejos, y se fue acercando por grados á este sitio de dolor; un grupo consternado rodeó tristemente al insepulto cuerpo: ¡ay infelices! eran la viuda desconsolada del zapatero y su desgraciado hijo, que venian á prestarle los últimos servicios. Otra persona les ayudaba á desempeñar tan piadosas como tristes funciones: este era el virtuoso cura, que por medio de evangélicas frases intentó calmar la profunda angustia de la viuda y el huérfano; reunió la infeliz mujer todo su valor, pero su vista estaba fija y sin lágrimas; una triste apatía parecia haberse apoderado de su espiritu despues del sobrenatural esfuerzo que habia debido hacer. Pronunció el sacerdote una fervorosa oracion, que el tierno niño repi-

tió con voz sumisa; encendió despues una hoguera, y arrojó en ella los esparcidos restos de Rufino, que fue reuniendo con trabajo. No fue interrumpida la triste ceremonia: la llama se elevó lentamente, y profundos sollozos unidos á las mas ardientes súplicas, fueron el único sonido fúnebre que anunció á los mortales que aquel que no era mas que polvo se habia convertido en polvo.

A la mañana siguiente circularon los rumores mas extraños en aquellas cercanías; muchos grupos se reunieron en distintos parajes, y una especie de terror supersticioso se pintaba sobre todas las fisonomías. Aseguraban que durante la noche se habian celebrado orgías infernales en el parage en que quedara el cuerpo de Rufino, los que habitaban en aquellas cercanías afirmaban con juramento, que habian oido sonidos extraños y lúgubres en medio de la obscuridad de la noche; y un aldeano declaró que pasando por las inmediaciones de aquel sitio temible, habia visto una fantasma negra pronunciando palabras mágicas al rededor de una gran fuego, mientras que muchas brujas bailaban en torno del difunto.

Creyó entonces la plebe que el espíritu maligno habia venido durante la noche á reclamar el cuerpo del zapatero como cosa que le pertenecia; esta historia sufrió distintas interpretaciones, y cada cual adoptó la que estaba mas en armonía con sus preocupaciones. Pero en cuanto al rapto de los despojos mortales de Rufino, nadie conservó la menor duda sobre ello, y no se hubiera encontrado un solo hombre en la poblacion que durante la noche se atreviese á pasar por cerca de aquel terrible sitio.

XII.

El cortesano.

Mientras que se verificaba la horrorosa escena que acabamos de describir, la desgraciada Constanza, unida para siempre á un hombre á quien no podia amar, se hallaba sola y pensativa en su habitacion, no para entregarse á vanos dolores, sino ocupada en reunir todas sus ideas, y esfuerzos para desempeñar con honor los penosos deberes de su nueva situacion. A pesar del afecto que su padre la profesaba, parecia este poco conmovido del deplorable estado á que la veia reducida. Semejante en esto á muchos otros padres, hacia muy bellos razonamientos para convencerse á sí mismo de que el tiempo era maravilloso para curar las mas profundas heridas, no dudando por lo mismo que así sucediese á su hija; estaba además harto interesado en aquel enlace para dejar de considerarlo bajo el aspecto mas brillante. Habia formado al fin una alianza ventajosa, pues llegando á ser padre del favorito del nuevo rey, no solo aseguraba el perdon de sus pasadas faltas, si que tambien cimentaba al propio tiempo la fortuna mas brillante.

Miraba entonces la causa de don Pedro como enteramente perdida, y puesto que la mayor parte de los grandes del reino unian sus esfuerzos en favor de su hermano, con la loable y benévola intencion de mejorar de suerte y concertar proyectos de grandeza, juzgaba que seria el colmo de la locura mantenerse quieto, y perder así todo derecho á ser comprendido en la lista cuando llegase el dia de la distribucion de premios.

Es cierto, y debemos decirlo en honor de don Egas, que no cometió jamás voluntariamente la falta de descuidar sus adelantos en este mundo, y seguramente no era culpa suya

si estas extrañas combinaciones y circunstancias imprevistas, unidas á unos trastornos tan repentinos, habian sido suficientes para desconcertar los cálculos mas profundos de su política. Pensó sin embargo que las cosas no carecian de remedio: podia felizmente llamar en su auxilio un celo ardoroso, un vivo entusiasmo, una adhesion heróica, en pago de todo el bien que don Enrique pudiera hacerle. Tenia tambien la dicha de estar dotado de una calidad muy preciosa para los hombres de un temple como el suyo; esto es, la de olvidar todo lo pasado, por cuyo medio se descarga uno fácilmente de una multitud de preocupaciones ridículas que embarazan á las personas mas tímidas, ó si se quiere, mas escrupulosas, las que principian de nuevo sus procedimientos, como si nada hubiese sucedido.

Fiel á este principio tan cómodo, principió don Egas por desterrar osadamente de su imaginacion todos los pensamientos que pudiesen tener un contacto con don Hernando de Castro, así como las promesas y protestaciones que le habia hecho. Expulsó despues igualmente todos los votos, arengas y juramentos que dirigiera á don Pedro cuando se hallaba en el trono. Y á esta operacion se siguió otra que no es á mi entender muy difícil á la mayor parte de los hombres, y que consiste en manifestar el mayor desprecio por los favores recibidos de personas sospechosas entonces, en tiempo de su prosperidad. Me consta que semejante conducta ha sido ajada injustamente con el título de ingratitud; pero esta es una consecuencia de la extraña perversidad de la naturaleza humana, porque seguramente tales procedimientos anuncian mas bien una alma noble, orgullosa ó independiente que se desdeña de dejarse arrastrar por mezquinos recuerdos á entrar en compromisos con su deber. Así pues, no sabríamos admirar suficientemente el filosófico desprecio con que los honores y servicios de toda especie son tratados por los hombres íntegros y concienzudos de que estoy hablando.

Pero este desprecio no les basta aun, y creerian no haber

hecho bastante, sino manifestasen la rigidez de sus principios contrayendo una antipatia, y hasta una especie de odio por los perversos dispensadores de estas dignidades y gracias. Bajo este aspecto no habia llegado sin embargo don Egas de Vargas á semejante altura, y no podia encender en su corazon un sentimiento de aversion bien pronunciado contra don Pedro, y menos aun contra don Hernando de Castro, cuyo noble carácter no podia dejar de admirar; pero en su exacta imparcialidad resolvió compensar lo que le faltaba de rencor por sus antiguos amigos, por una superabundancia de cariño por los nuevos. De esta suerte quedaba restablecido el equilibrio; y don Egas, que estaba acorde con su yerno, se alimentaba y complacia con los sueños mas agradables.

Con esta dulce esperanza habia salido de Orcajo, y retirádose con su hija al castillo de sus ascendientes, donde Lara debia reunirse en breve con ellos y dirigirse á Toledo. Despues del fatal momento en que Constanza habia consumado el sacrificio de su libertad, despues de llenar un triste y último deber en vez del desgraciado objeto de sus afectos, habia sido la primera en huir de los sitios que la recordaban tan penosas memorias. Sus bellas facciones estaban cubiertas del espeso velo de la tristeza; y sin embargo eran siempre graciosas, haciendo un continuo esfuerzo para que nada en lo exterior expresase el dolor que interiormente la devoraba. No buscaba hacerse ilusion alguna: sabia que toda esperanza de felicidad era perdida para ella por siempre en este mundo. Habia sido precipitada en pocas horas desde la cumbre de la dicha mas perfecta á lo mas profundo de la mayor y mas lastimosa desgracia. Lo que hacia mas horroroso este golpe, no era tan solo el pensamiento de que debia renunciar forzosamente al ídolo de su corazon, y si el convencimiento de que no podria jamás amar á aquel á quien habia cedido su mano. Las circunstancias que acompañaron á su union eran de tal naturaleza que no dejaban concebir esperanzas, que en

otro caso distinto hubieran parecido naturales. Su enlace con don Alvaro habia sido contratado bajo la influencia del terror: era un sacrificio llevado á cabo á precio de la felicidad de dos personas. Vendria en breve su esposo á reclamarla, y su presencia sola despertaria en su alma ideas de tiranía, violencia y miseria; sin embargo, seria preciso manifestarle incesantemente los mas tiernos miramientos, la deferencia mas respetuosa; conocia que era para ella un deber sagrado el de contribuir á su felicidad, prevenir sus menores deseos, y suplir en fin con atenciones las mas oportunas lo que la faltase de ternura.

Quedó don Egas encantado del giro que tomaba este asunto; no veia á su hija, conforme lo habia temido, sumergida en aquella estrepitosa desesperacion, á que creia expuestas á todas las personas de su sexo cuando se veia abrumadas con el peso de alguna calamidad. Admiraba su noble resolucion; mas no se hallaba en estado de hacer justicia á sus sentimientos, porque ignorando el ardor de su afecto por don Hernando, no podia apreciar la grandeza de su sacrificio, ni la influencia omnipotente de los principios mas puros sobre un alma noble y elevada.

Era este profundo sentimiento del deber, el que habia inspirado el mutuo afecto que existia entre ella y don Hernando; pero don Egas merecia disculpa en no poder comprender una delicadeza que estaba en oposicion directa con sus principios; así es que se habia hecho una regla invariable de llevar el escepticismo hasta el último grado en órden á la constancia.

Mientras que don Egas y Constanza volvian á su castillo, quedaba Lara sumergido en un éxtasis profundo: habia visto cumplidos los mas ardientes deseos de su corazon: su orgullo, su resentimiento contra Castro, habian sido ampliamente satisfechos. En el primer momento de efervescencia no habia dejado á su razon el tiempo de examinar la peligrosa senda por la que le conducian sus pasiones; pero entonces que se miraban cumplidos sus votos, que ha-

bia triunfado de su rival, y que Constanza le pertenecia para siempre, se siguió una solemne pausa, una calma espantosa, á aquella agitacion que tanto le habia trastornado. A medida que la reflexion recobraba su imperio sobre el ánimo, principió á experimentar una especie de remordimiento de las violentas medidas que adoptara para llegar á su objeto; los sentimientos mas nobles de su corazon principiaron á tomar la ventaja, y quedó sorprendido de la cruel conducta que habia tenido con un rival desgraciado; y ni los encantos de su desposada, ni las ilusiones de la grandeza, ni la brillante perspectiva que se abria á su vista, podian impedirle que se considerase en algun modo degradado á sus propios ojos; el sentimiento de su injusticia y tiránica conducta, indigna de su clase y carácter, eran para él un gusano roedor que lo devoraba.

Intentaba filosofar con su propia conciencia, pero los argumentos se volvian siempre contra él: invocaba para paliar su conducta su antigua intimidad con Constanza, su proyectada union y las pretendidas injurias que habia recibido de don Hernando; pero todos sus esfuerzos eran inútiles, no podia engañarse á sí mismo, y bajo cualquier color que presentase sus acciones á la imaginacion, acababan siempre por ofrecerle el desagradable aspecto de una cobarde y ruin venganza. Sentia entonces con mas viveza el rencor que semejantes procedimientos habian debido inspirar á Constanza, y los obstáculos que deberia superar antes que se borrase de su ánimo la terrible influencia de una primera impresion; una sola idea podia aliviar el peso que le oprimia, y esta era el recuerdo de las nobles cualidades y virtudes de Constanza, y se apoderó ávidamente de este consuelo, que no era sino una débil indemnizacion del afecto que no podia esperar.

Sin embargo el orgullo de Lara no podia sufrir largo tiempo las tácitas reconvenciones de su conciencia, y desesperanzado de apaciguarlas, trató al menos de dar un nuevo curso á sus pensamientos: y ocuparse exclusivamen-

te en los intereses de don Enrique, y en el cumplimiento de sus ambiciosas miras. La caida de don Pedro y la elevacion de su rival al trono de Castilla parecian prometer la mas rica mies á los partidarios de este; y por consecuencia de sus infatigables servicios y de la señalada predileccion con que era tratado por don Enrique, concluia naturalmente que su parte seria inmensa y proporcionada al ardor de su celo; y estos sueños ambiciosos desterraron por un momento de su imaginacion los lúgubres pensamientos que acababan de agitarle.

Su ánimo se encontrara en esta disposicion, cuando los síntomas de tumulto se manifestaron entre la plebe reunida; sospechó naturalmente que la evasion de don Hernando de Castro era la causa de este desórden: el misterio le fue explicado muy en breve, y ya hemos visto cual fue el resultado. La suerte del infeliz Rufino no podia excitar en manera alguna el interés de Lara; este infeliz era un objeto de horror y disgusto para todos, y don Alvaro tomaba parte en estas prevenciones. La horrorosa muerte del zapatero fue olvidada muy en breve, y no se tomó medida alguna para castigar á los principales motores del tumulto.

Los planes de don Álvaro habian tenido hasta entonces un éxito superior á sus mas lisonjeras esperanzas. Toda aquella comarca, á excepcion de Almagro, se habia declarado en favor de don Enrique: por todas partes nuevos reclutas venian á aumentar las fuerzas del usurpador, y calculaba Lara con sobrada razon que bastaba un solo golpe para terminar la lucha.

A esto se dirigian todos los pensamientos de don Enrique; pero la prolongada resistencia de Toledo parecia ofrecer el mayor obstáculo al éxito de sus proyectos. No pensó pues mas que en reducir á aquella ciudad, y envió á sus generales la órden de concentrar todas sus fuerzas y conducirlas á Toledo. Ninguna atencion prestó á los movimientos de don Pedro: la disminucion de su ejército, y el último descalabro

que acababa de experimentar le autorizaban á ver sin inquietud sus operaciones militares, no ignorando que el desgraciado monarca, dificilmente hallaria apoyo en las ciudades, y que quedaria reducido á mantenerse sobre la defensiva. Todos sus pensamientos se concentraron sobre Toledo, porque reflexionaba con fundamento que si don Pedro lograba penetrar en aquella ciudad, la lucha se prolongaria necesariamente, y las esperanzas de buen éxito disminuirian á proporcion. Su plan de guerra reposaba mas bien sobre una serie de operaciones prontas y diestras, que sobre maniobras científicas. Apoyárase para asegurar el acierto en aquella marcada antipatía que los castellanos habian concebido contra su rey, por efecto de sus crueldades; y por esta razon era necesario no dejar á sus sentimientos el tiempo que pudiera bastar á enfriarlos.

Hasta entonces el nuevo órden de cosas se presentaba al pueblo bajo el aspecto mas seductor. En don Enrique miraba una égida libertadora y protectora, y no un usurpador, que tan solo venia á reparar los males del estado, y á hacer justicia á los habitantes. Beltran Duguesclin y sus aventureros eran mirados como otros tantos modelos de generosidad, que solo se movian por un sentimiento de compasion por los sufrimientos de una nacion oprimida; y en cuanto á la liga de los grandes y el clero, esta pasaba tiempo hacia por la protectora natural de su patria. De esta suerte se consideraban los asuntos bajo un punto de vista encantador, y era forzoso entretener la ilusion; pero esta podia desvanecerse de un momento á otro, pues el pueblo, á cuyo favor parecia haberse empeñado esta lucha, pudiera llegar á reconocer los negocios bajo su verdadero aspecto, y comprender que seria el único que nada ganaria en el cambio, y hechos patentes los verdaderos motivos de los nobles y del clero, no se veria entonces en los aliados franceses mas que unos hambrientos aventureros, atraidos con la esperanza de un rico botin.

Otra idea no menos importante ocupaba constantemente

el ánimo de don Enrique: temia la interposicion de los ingleses en favor de su hermano; pues aunque la ingratitud de don Pedro les hubiese indignado, y que la salud del príncipe Negro fuese una prenda casi segura de la neutralidad que habian prometido observar, no podia olvidar Trastamara que el duque de Lancáster era el yerno de don Pedro, y que los compatriotas de aquel, pudieran acaso por mediacion suya ser impelidos á perdonar las pasadas ofensas, y á prestar de nuevo una cooperacion que tan eficaz habia sido; y si entonces la salud de Eduardo no le permitia mandar en persona la expedicion, no faltaban en Guiena otros caballeros ingleses, cuya presencia en Castilla podria ser tan funesta á los proyectos del usurpador como lo habia sido anteriormente.

Estos temores eran harto infundados, pues existia un motivo mas poderoso para impedir la intervencion de Eduardo y de sus caballeros en aquella guerra; y este era la solemne palabra que diera el príncipe de guardar la mas rigorosa neutralidad. Pero esta garantía, la mas sagrada de todas para una alma noble y elevada, tenia poco peso á los ojos de don Enrique, quien media por su propio corazon la sinceridad de las protestas que se le hacian, y si llegaba á persuadir á los demás acerca de la pureza de sus intenciones, no podia disimularse á sí mismo, que estaba al frente de una causa injusta, cuyo objeto era la usurpacion de la corona. Aprovechara diestramente un momento de turbulencia para llevar á cabo la obra trazada por la ambicion, y se habia prestado con igual acierto á los deseos de los facciosos y descontentos para hacerles servir de instrumentos de su elevacion, tan solo lisonjeando sus esperanzas.

A pesar de todo, una voz interior le decia, que no era mas que un mero instrumento entre sus manos, y esto le atormentaba á cada instante. Sabia que su influencia sobre los grandes rebeldes dependia no tan solo de su poder, como de la docilidad con que se someteria á todos sus caprichos, prestándose á todos sus deseos. Habia suscrito gus-

toso á todos aquellos arreglos y disposiciones, porque reflexionaba por medio de un raciocinio muy filosófico, que aun cuando los grandes que le sostenian tuviesen ricas partes en la distribucion de los despojos, no por esto dejaria de ser suyo lo mas precioso de la ganancia. Este era un objeto que merecia ser tenido en consideracion, y no le tocaba mostrarse dificil, al paso que carecia de otros recursos. Aun suponiendo que se hubiese hecho don Pedro indigno de la corona, ¿qué pretexto podia alegar su hermano para reclamarla? El rey tenia hijos reconocidos solemnemente, y habia nombrado sus sucesores: no podia pues don Enrique hacer valer ningun derecho legítimo para pretender el trono; su derecho era enteramente la fuerza, y esta por si sola no podia asegurárselo, sino prestándose á estas concesiones; es decir, secundando las miras ambiciosas de los grandes, y el desmedido orgullo del clero. Hizolo asi, y desde entonces se volvieron incontestables sus derechos á la corona de Castilla, por medio de una revolucion milagrosa. Fue reconocido por todos aquellos que tenian un interés en ello, y además para quitar escrúpulos, si hubiese tenido el capricho de admitirlos, le habia hecho el Papa Urbano V donacion de la corona, despues de haber depuesto á don Pedro en uso de los irrevocables poderes de la Iglesia. La excomunion del rey habia eximido á la nacion del juramento de fidelidad y de obediencia: todos los castellanos podian con seguridad de conciencia venir á colocarse bajo las banderas de don Enrique, y esto era todo lo preciso para hacer su causa tan justa y sagrada como era necesario para sus proyectos.

Durante este tiempo las mas activas maquinaciones se tramaban secretamente en Toledo para conseguir la rendicion de aquella ciudad; pero la adhesion de los caudillos, y la integridad que distinguia á los defensores de esta leal poblacion, eran un obstáculo poderoso. Tenia don Enrique bastantes partidarios celosos en su recinto, pero no estaban bastante seguros de su influencia para atreverse á

declararse abiertamente; se veian pues obligados á ganar terreno gradualmente, y por decirlo así, palmo á palmo: expediente muy peligroso, que les exponia á ser descubiertos antes que todo estuviese suficientemente maduro para su ejecucion. Ya se habian verificado algunas reuniones clandestinas; pero la vigilancia del gobernador sabia hacer abortar todos los planes; sin embargo, á pesar de la infatigable actividad de don Fernando Alvarez, y de los fieles vasallos de don Pedro, el número de los descontentos crecia diariamente, y su audacia aumentaba con su número.

Un dia á la madrugada, se manifestó una agitacion extraordinaria en la ciudad, formáronse diferentes grupos, y todo parecia anunciar una crisis muy cercana. Toledo se hallaba ya desde algun tiempo en un estado el mas funesto; la sospecha, la desconfianza, reinaban por todas partes: la misma calle, las propias, cosas contenian personas adictas á diferentes partidos: las relaciones de sociedad se hallaban interrumpidas, y se miraban deshechos los vínculos de amistad y parentesco. Ya no habia actividad ni energía entre los habitantes: una especie de letargo parecia paralizarlos, y esta era la apatía del terror; los sitios de diversion pública estaban desiertos, y cada cual ejercia la mayor vigilancia sobre sus palabras y acciones. En aquel momento el movimiento y la agitacion general tenian algo de espantoso por su contraste; cuando de repente las campanas de la catedral llamaron á los habitantes á las armas, y un numeroso concurso de descontentos se dirigia hácia las puertas de la ciudad para franquear el paso á los sitiadores.

El tumulto se hizo horroroso, los pelotones se aumentaron mas y mas, y por todas partes se levantaban gritos los mas discordes. No se dejó intimidar el gobernador por estos síntomas alarmantes de insubordinacion; en vez de ceder á estas vociferaciones multiplicadas que le ordenaban se rindiese, ocupóse al contrario en reprimir los efectos de la independencia popular. Poniéndose al frente de una tropa fiel y decidida, corrió en persecucion de los traidores, y

llegó aun á tiempo de impedir sus pérfidos designios; y despues de una corta escaramuza, en que muchos de los amotinados perdieron la vida, viendo los otros la vigorosa é inesperada resistencia que encontraron, fueron cediendo por grados, y acabaron por dispersarse totalmente. En pocas horas se halló restablecida la tranquilidad pública, y el gobernador tomó eficaces medidas para que semejantes alborotos no volviesen á verificarse en lo sucesivo.

XIII.

La derrota.

El mal éxito del golpe de mano que don Enrique habia intentado para apoderarse de Toledo le causó la mas cruel ansiedad; no habia creido á aquella ciudad tan adicta á la causa del rey, y se habia engañado tambien en cuanto á la influencia que ejercian en ella sus partidarios. Inquieto y sin resolucion, no sabia si le convenia confiar el sitio á uno de sus principales capitanes, ó continuar dirigiéndolo por sí mismo; y experimentaba un deseo irresistible de dar una batalla decisiva, porque la lentitud de un bloqueo no se avenia con la impetuosidad de sus sentimientos. Don Bernal y otros de sus capitanes eran de parecer que se continuase el sitio, no dudando que el cuerpo de ejército que mandaba don Alvaro de Lara era bastante considerable para contener á don Pedro y proteger á Toledo. Pero algunos dias despues se supo que el rey adelantaba á marchas forzadas, y ya no pudo resistir mas don Enrique al deseo de presentarle la batalla.

Comunicó á los jefes su resolucion, y habiendo confiado la direccion del sitio á don Gomez Manrique, arzobispo de Toledo, marchó con lo mas escogido de sus tropas, para salir al encuentro de su rival. Al llegar á Orgaz, villa si-

tuada á cinco leguas de Toledo, se unió á don Enrique Beltran Duguesclin al frente de setecientos franceses, todos valientes, acostumbrados á las fatigas de la guerra y muy nombrados por sus esclarecidas hazañas. Pero despues don Pedro Nuñiz, maestre de Santiago, y otros muchos grandes seguidos de buenos guerreros, hicieron tambien su entrada en Orgaz.

Recibió don Enrique á sus amigos con la mayor cordialidad: reiteró todas las promesas que habia hecho anteriormente, y en virtud de las cuales debia ser puesto en posesion de la corona de Castilla; y en una junta celebrada en Orgaz concibió don Enrique esperanzas del éxito de la empresa, al observar el ánimo y resolucion manifestada por sus aliados. Los castellanos se abrogaban el título de libertadores de su patria; mientras que los extranjeros sus amigos, no eran menos hábiles en encontrar títulos honrosos para designar su cooperacion á una rebeldía tan manifiesta.

Manifestaron los habitantes de Orgaz el mas vivo regocijo con la noticia de la próxima coronacion de don Enrique, pues un cambio político, sea cual fuere, encuentra siempre partidarios; pero su número es mucho mayor cuando en este cambio no se divisan mas que resultados felices, sin mezcla de aquellos sacrificios á cuyo precio suele adquirirse la felicidad pública. El pueblo generalmente no veia en el advenimiento de don Enrique al trono mas que una ganancia segura; porque iba á ser gobernado en lo sucesivo por un hombre que sin contradiccion tenia el carácter mas apacible y humano. Además de esto, el cambio deseado parecia deber efectuarse sin gravámen alguno, sin reflexionar que los nobles ambiciosos, y los ávidos extranjeros se harian pagar exactamente sus servicios; pues como la guerra se atribuia únicamente á motivos enteramente patrióticos, era natural suponer que el reconocimiento público seria mirado como suficiente recompensa.

Durante este tiempo, habiendo dejado don Pedro en Carmona á sus dos hijos don Sancho y don Diego, y reunido todas sus fuerzas, se habia puesto en camino con direccion á Toledo. Ningun desaliento se demostraba en él, y muy al contrario sus ojos expresivos se veian animados por la esperanza. Las sensaciones de don Hernando eran bien diferentes: durante la marcha guardó un profundo silencio, y á pesar de los esfuerzos del rey, no pudo este arrancarle otras palabras que las de un respetuoso asentimiento á cuanto decia; y harto reconocia el Castellano el mal espíritu que reinaba en todo el reino. En todas las poblaciones, ya grandes ya reducidas, por donde pasaban, observaba Castro los mismos signos de apatía é inquietud; ninguna aclamacion saludaba al rey cuando atravesaba las silenciosas calles: sus habitantes fijaban vagas é indiferentes miradas sobre el reducido ejército realista; mas no manifestaban al verlo la menor señal de placer ni de interés. En las aldeas los rústicos labradores temian comprometerse: ocultábanse cuidadosamente á la proximidad del rey, y las calles desiertas presentaban la triste imágen de sus sentimientos. Solo se veian en una ú otra parte algunos niños cubiertos de andrajos que lo miraban con la boca abierta, ó alguna curiosa mujer que con precaucion entreabria su puerta mal ajustada para espiar el paso del pequeño ejército.

Todo parecia sumergido en el silencio del sepulcro; pero don Pedro siempre intrépido, veia estos testimonios de indiferencia sin dejar conocer la menor inquietud. Confiando en su propia energía y en los recursos que le ofrecia su esfuerzo, solo pensaba en su superioridad en el campo de batalla, y miraba con desprecio los síntomas de descontento popular.

— ¡Por Santiago! Hernando amigo, dijo al fin, vuestro silencio principia á ser molesto: me imaginaba que teniais mas filosofía; desde que habeis perdido á vuestra amada Constanza no os conozco en manera alguna. Vos, á quien

he mirado siempre como el modelo de los caballeros castellanos, ¿habreis renunciado á continuar mereciendo este título honroso?

—Me haceis, señor, una injuria, contesto Hernando: mis pensamientos no tan solo se refieren á mí, como imaginais; aunque la pérdida que he hecho sea de tal naturaleza que no pueda borrarse de mi memoria, no me dejo dominar tanto de una debilidad indigna de un hombre, no; y espero que mi rey no pondrá en duda mi veracidad, si le aseguro que el cuidado de su propia seguridad es tan solo el objeto de mis meditaciones.

— A fe mia, Hernando, sería una verdadera herejía dudar de vuestra experimentada fidelidad, mas me parece que pudierais tener mayor imperio sobre vos mismo para no debilitar con vuestras tristes miradas la viveza de mis esperanzas; pues á pesar de todo, no veo un motivo para considerar que mi causa sea mas desesperada que lo era hace algunos dias. ¿Que decís sobre esto, Men de Sanabria?

— Señor, respondió este, no intentaré engañar á V. M. acerca de la positiva situacion de los negocios: las actuales disposiciones estan evidentemente contra nosotros; sin embargo, no debemos desesperar enteramente del suceso.

— ¡No, por Santiago! exclamó el rey con acaloramiento, y al menos no desesperaré hasta que vea al usurpador sentado sobre mi trono, y jamás permitiré que mi corazon se muestre lastimado con tan detestable vista. ¿Qué es lo que puedo temer? ¿la muerte? Nada tiene para mí de espantosa: me he acostumbrado á esperarla con serenidad, y me sorprende que uno de mis leales vasallos no haya pensado en asesinarme para asegurar en su favor la benevolencia de Trastamara. El objeto de mis deseos es al presente una batalla... sí.... porque allí podria verlo cara á cara, si no lo protege todo el poder del infierno, y don Pedro de Castilla podria aun volver á ser lo que era.

Las sombras de la tarde se iban haciendo densas, y un

solemne silencio reinaba en todo el contorno, cuyo aspecto sereno y tranquilo no presagiaba los sangrientos hechos de armas que debian hacer célebre aquel paraje para siempre. Se observaba á lo lejos la villa de Montiel envuelta en los vapores nocturnos, y su gótico y lúgubre castillo estaba aun alumbrado por los últimos rayos del sol en su ocaso. A esta vista dijo don Pedro á sus amigos:

— Para todo acontecimiento, he aquí una buena plaza de refugio; la villa está bien fortificada, y este castillo es célebre por su fortaleza y antigüedad; tambien es célebre, añadió sonriéndose, por las espantosas tradiciones que algunas viejas visionarias han imaginado acerca de sus torreones y homenajes.

Pimiento, que estaba inmediato, no perdió una palabra de lo que se hablaba, y su porte grave y severo parecia una tácita reconvencion de la dislocada ligereza de don Pedro. Nadie mejor que el anciano escudero conocia las tradiciones que existian acerca de este espantoso castillo, los terribles recuerdos que presentaba, el misterio de sus edificios, y el triste horror de una prediccion que se conservaba acerca de este temido edificio. En efecto, este castillo habia sido favorecido con una parte mas que regular de las tenebrosas aventuras, y terrores supersticiosos que se prodigan siempre á los castillos y fortalezas; y su reputacion no justificaba la ligereza del rey, ni la sonrisa de desprecio que animara su fisonomía al hablar de un sitio tan formidable.

La noche habia cerrado del todo, y el rey abandonó la idea de entrar en Montiel antes de la siguiente mañana. Como no temia peligro alguno inmediato, y que las tropas estaban rendidas de fatiga por efecto de las marchas forzadas que habian hecho, resolvió don Pedro detenerse para pasar la noche en una pequeña aldea cerca de aquella poblacion. Durante este tiempo, informado don Enrique exactamente de los menores movimientos de su rival, hacia extraordinaria diligencia para sorprenderlo; marchó toda la noche,

y al amanecer reconoció al enemigo que estaba muy ageno de temerlo tan inmediato. A la primera señal de alarma apoderóse de los soldados de don Pedro un terror pánico; principiaron algunos á sospechar que se les habia vendido, y los mas alarmantes rumores circularon en el campamento; y hasta llegaron algunos oficiales á injuriar á los habitantes de Montiel con la sospecha de considerarlos capaces de esta perfidia, y Pimiento dió rienda suelta á sus reflexiones sobre la perniciosa influencia de este Castillo de mal agüero.

Las consecuencias de estos rumores fueron fatales á don Pedro; porque luego que Hernando, Men de Sanabria y demás capitanes pasaron revista á sus tropas, encontraron que habia desertado por lo menos una cuarta parte; pero lejos de dejarse abatir don Pedro por esta triste defeccion, se apresuró á dar las órdenes necesarias para atacar al enemigo. Montado sobre su excelente caballo de batalla, y no llevando otra señal de distincion que una rica banda que sostenia su pesado acero, caracoleaba ligeramente recorriendo las filas de sus fieles amigos, y una sonrisa de satisfaccion animaba su expresiva fisonomía.

¡Alabado sea Dios! exclamó con energía; ha llegado al fin el momento que esperaba con todos los deseos mas íntimos de mi corazon; este dia pondrá un término á mis temores y esperanzas. Avancemos castellanos, en nombre de Dios y de la justicia.

El pequeño ejército se puso entonces en marcha con bastante buen órden para salir al encuentro al enemigo; pero era sin entusiasmo ni esperanza de vencer. El mas valiente de los caballeros castellanos guardaba un triste silencio, y el sonido de los clarines se parecia al clamoreo de la muerte, mas bien que al presagio de la victoria.

Las tropas de don Pedro se adelantaron lentamente y con silencio; consistian principalmente en caballería, y el sonido retumbante de los pasos de los caballos era hueco, y parecia de siniestro presagio á los soldados tímidos y su-

persticiosos. Reunió el Castellano toda su energía para sostener el triste espectáculo que aguardaba. Sus melancólicas facciones brillaban con un fuego obscuro, y la triste sonrisa que le era natural no habia desaparecido enteramente. Cuando fijaba su vista en el enemigo, obscurecia una espantosa nube el porvenir; porque desgraciadamente no podia disimularse las pocas esperanzas que habia de pelear con ventaja con un ejército tan poderoso. No solo eran mucho mas numerosas las tropas de don Enrique, sí que se consideraban tambien seguras de la victoria, y la presencia del famoso Duguesclin y de sus valientes caballeros bastaba para hacer nacer el temor en el ánimo de sus adversarios.

Don Enrique y su ejército avanzaban hácia el combate asistidos de sentimientos bien distintos. La impaciencia de llegar á las manos se leia en todos los semblantes, y con gran trabajo reprimian los jefes la impetuosidad de sus soldados. El valiente Duguesclin marchaba al frente de las tropas, rodeado de sus principales caballeros: uno de ellos llevaba una bandera con las armas de Borbon, porque la muerte de la reina Blanca era el pretexto de la intervencion de los franceses en favor de don Enrique. Montado este príncipe en un caballo blanco como la nieve, cubierto de una resplandeciente armadura, y de una profusion de adornos de toda especie, se adelantó bien presto al frente del ejército, al que arengó con la mayor energía. Recordó á sus tropas los crímenes de don Pedro, y el sagrado deber que les llamaba á derribarlo del trono para prevenir una efusion de sangre. Este discurso fue recibido con entusiasmo: el pendon de Castilla se desplegó; y don Pero Lopez de Ayala que lo llevaba, y fue despues historiador de esta época, se presentó delante de don Enrique, y prestó de nuevo juramento de mantenerse fiel á esta sagrada prenda. Pero el mismo estandarte flotaba tambien entre las filas enemigas, y no pudo don Pedro dejar de sonreirse irónicamente, diciendo á don Diego Gonzalez, á quien se hallaba confiado

— A fe mia, señor don Diego, no parece sino que soy yo un usurpador. Tened cuidado con vuestro pendon, porque tiene un hermano entre los enemigos, que aunque no sea legítimo, nada importa para el tiempo que corre.

Poco despues se empeñó el combate, y el primer choque fue terrible, pues Beltran Duguesclin con una fuerza y valor sorprendente, sembraba en torno suyo el terror y la muerte. Mostrábase seguro de la victoria, y no cesaba de animar á sus caballeros exhortándoles á añadir nuevos laureles á los que ya los ilustraban, pero era necesario el estímulo. Sus terribles golpes se multiplicaban con una rapidez espantosa, y muy en breve pusieron en derrota á los moros que formaban el ala izquierda; y al valiente destacamento mandado por don Men de Sanabria. El centro del ejército á las órdenes de don Pedro, sostuvo el choque con firmeza y extraordinaria intrepidez; pero al ver la derrota de sus compañeros se debilitó mucho el ánimo de los soldados, que principiaron á aflojar. En vano se esforzó el rey en reanimar sus espíritus abatidos, ya con promesas, ya con amenazas: todo fue inútil, pues llegaron finalmente á volver las espaldas.

En esta desesperada situacion, entregado don Pedro á un frenético furor, buscaba á su rival con penetrantes miradas. Miraba perdida la batalla, y perdida sin recurso alguno; y el consuelo único que le quedaba era la esperanza de llegar á las manos con su aborrecido adversario; pero en medio de la confusion que reinaba en el campo de batalla, su proyecto no era fácil de ejecutar. Exhalaba su encono con impotentes exclamaciones, mientras que el corto número de castellanos que peleaban aun por su causa se esforzaban, aunque en vano, en oponerse al torrente que se precipitaba sobre ellos por todas partes.

Mientras tanto don Hernando de Castro, que mandaba el ala derecha, y que hasta entonces habia conseguido no perder ni una pulgada de terreno, observó un cuerpo de caballería que no habia tomado parte en la accion, y que inten-

taba colocarse entre los combatientes y Montiel, á fin de cortar la retirada á don Pedro. Previó inmediatamente el Castellano el fatal resultado de esta maniobra; si no se lograba frustrarla era inevitable la pérdida del rey, porque Hernando no esperaba ya la victoria, y su única esperanza se fijaba en el asilo que pudiera ofrecerle la ciudad vecina. Tan pronto como el pensamiento, confió el mando de su puesto á don Men de Sanabria, y seguido de un corto número de valientes, se dejó caer impetuosamente sobre la caballería interpuesta, que recibió el ataque con firmeza.

—¡Avancémos, valientes castellanos! ¡avancémos! exclamó con voz sonora. En nombre de Dios y de nuestro rey, redoblad vuestros esfuerzos: se trata de salvar la vida de nuestro soberano, sed fieles á vuestros juramentos.

La refriega fue terrible, hendian las espadas á los cascos mas duros, y las pesadas hachas de armas retumbaban con espantoso ruido al caer sobre las armaduras. Los combatientes eran dignos unos de otros, y este empeño parcial se prolongaba mas tiempo del que era de creer, á vista del corto número de soldados que contaban ambos partidos; pero los nobles castellanos, guiados por Castro, y animados por la idea de que de ellos solos dependia la única esperanza de salvacion que quedaba al rey, hicieron prodigios de valor, y consiguieron derrotar á sus adversarios. Habia perdido don Hernando en la pelea á muchos de sus valientes compañeros; pero los que le quedaban eran muy superiores en número á los ginetes que aun se batian. Muy en breve el paso tan solo quedó disputado por tres ó cuatro campeones; pero estos hombres resueltos y adictos, no pudieron resistir á la lluvia de golpes que les estrechaba por todas partes; sucumbieron al fin, despues de un combate de corta duracion, á excepcion de uno solo, cuya brillante armadura y porte distinguido designaban como el caudillo de aquel destacamento. Hernando vió todas las espadas dirigidas contra este valiente caballero, y movido de compasion, exclamó: —Deteneos, valientes amigos, conservadle

la vida, y dejadlo partir.... su animosa resolucion bien merece una recompensa.

Era ya tarde: el caballero cayó mortalmente herido, y viéndolo en esta disposicion se apartaron los castellanos para dejarle retirar; mas no manifestó querer aprovecharse de la libertad que se le ofrecia. Acercóse don Hernando á él, sorprendido de su demora.

— Rendios, noble caballero, le dijo, pues bien habeis dado pruebas de ser digno de este título. Rendios en nombre del rey.

— ¡Rendirme yo! respondió el herido con energía; ¡rendirme! ¡y en nombre del tirano!... No, jamás tan vergonzoso borron manchará la memoria de don Alvaro de Lara.

— ¡Don Alvaro de Lara! repitió el Castellano sorprendido; ¿eres tú realmente Lara, el favorito de don Enrique?

— Jamás negaré mi nombre, respondió severamente don Alvaro.

Habíase desprendido su casco, y la herida parecia mortal; las sombras de la muerte obscurecian ya sus ojos, y la cólera que por un momento diera color á sus mejillas, habia dejado paso á una lívida palidez.

Contempló el Castellano un corto rato en silencio á su rival aniquilado, y una súbita revolucion se obró en toda su existencia. Un generoso sentimiento de compasion conmovió su espíritu, y solo con extremecimiento podia dirigir sus miradas hácia el moribundo don Alvaro. Al ver satisfecha su venganza sin la menor participacion suya, los elevados sentimientos de don Hernando volvieron á tomar el ascendiente que tenian sobre su ánimo; y los últimos agravios de Lara se desvanecieron ante el tierno recuerdo de la amistad que uniera sus primeros años. No veia ya en él á un rival aborrecido, sino á un amigo espirante; y don Alvaro al propio tiempo parecia leer en el corazon de Castro. Habiéndose reanimado por un momento, volvió á abrir lánguidamente los ojos, y los fijó sobre su antiguo amigo; apoderáronse de él mas pacíficos sentimientos, y

con voz apagada é interrumpida dijo á don Hernando:

— ¡Hernando!... ¡amigo mio!... os he ultrajado; pero sé que sois bastante generoso para perdonar á Lara.... á Lara, vuestro antiguo amigo. La mano de la muerte arranca el velo fatal con que las pasiones cubrian nuestra vista, y mis últimas palabras invocan las bendiciones del cielo sobre Hernando de Castro. ¡Oh! ¡amigo mio! ¡acercaos á mí, dadme vuestra mano en señal de reconciliacion, y sea mi muerte la expiacion de los agravios que os he hecho!

Vivamente conmovido estaba el Castellano: se partia su corazon de dolor, y nobles lágrimas bañaron sus ojos; arrodillóse junto al herido, y estrechó su desfallecida mano entre las suyas. Cuantos le rodeaban tomaron parte en su emocion; pero en breve se distrajeron de tan triste espectáculo con las victoriosas aclamaciones que daban sus enemigos. Los gritos de « viva don Enrique » se dejaban oir por todas partes, y una música militar acompañaba los acentos de triunfo y algazara. Numerosos destacamentos se apresuraban á buscar un asilo en Montiel: la derrota era completa; algunos fugitivos esparcian el rumor de la muerte de don Pedro, asegurando que habia caido herido por la mano de su rival; otros decian que era Beltran Duguesclin quien le habia dado el golpe mortal.

En medio del desórden y confusion general, el corazon de Castro se hallaba dividido entre el interés que experimentaba por su moribundo amigo, y el deber que le ordenaba volar, si aun habia tiempo, al socorro de su rey.

— ¡Oh, Hernando! salvaos y dejadme, le dijo Lara; vuestros enemigos llegarán en breve hasta aquí, y no habrá perdon para vos.

— ¡No temo, Alvaro, la muerte! ¿qué puedo temer ni esperar al presente? Mis desgracias no son susceptibles de aumento; sin embargo, me ordena mi deber que os deje, y esta idea me despedaza el corazon.

— Obedeced, Hernando, á la voz del deber; en breve seré socorrido por mis compañeros que se adelantan á este

sitio, y espero vivir bastante para reparar al menos los agravios que os he causado.

El Castellano con el auxilio de su tropa, colocó á don Alvaro sobre un caballo, encomendándole á dos de sus mas fieles soldados para que no le dejasen hasta confiarlo á los cuidados de sus triunfantes compañeros.

— ¡Bendígaos el cielo por tanta bondad, Hernando! le dijo Lara con emocion. ¡Ya no volverémos á vernos en este mundo! ¡Adios, mi buen amigo! ¡no maldigais mi memoria!...

Hallábase el Castellano harto conmovido para poder contestar: su alma estaba á la merced de mil penosas sensaciones, y los gritos triunfantes que llegaban hasta aquel sitio retumbaban en su oido como el eco de la muerte; la confusion habia llegado á su colmo, y habiendo pasado un caballero por su inmediacion, que corria á rienda suelta, le gritó don Hernando que se detuviese.

— ¿Dónde se halla el rey? le preguntó con viveza.

— ¡Ha muerto! respondió el caballero; y al presente, señor, solo nos queda pensar en nuestra seguridad, pues don Enrique queda ya dueño de Castilla.

— No, no, exclamó vivamente Castro; los verdaderos castellanos volverán á tomar las armas para sostener los derechos del legitimo heredero del trono.

Poco despues pasó un destacamento de caballería que efectuaba su retirada en buen órden, y no fue sin un triste placer que reconoció don Hernando al valiente don Men de Sanabria, rodeado de un corto número de sus caballeros que habian sobrevivido á la batalla.

Una de las mas vivas sensaciones de que sea susceptible el corazon humano, es aquella que siente cuando en el seno de los infortunios y peligros, vuelve á encontrar amigos leales y nobles. El Castellano y don Men lo experimentaron: un rayo de felicidad penetró en su alma al volverse á ver sanos y salvos en medio de esta horrible escena de desolacion. Don Hernando se informó de nuevo acerca de la suerte del rey.

— ¡Ay, señor! contestó Sanabria, el rumor general es de que ha muerto. Tan luego como reconoció que la batalla se habia perdido, precipitóse como un desesperado en medio de los enemigos para buscar á don Enrique. En vano intentamos seguirle, pues la superioridad del número de nuestros enemigos, triunfó de todos los esfuerzos, y no queda duda que habrá sucumbido.

— Sin embargo, dijo don Hernando con agitacion, no tenemos prueba alguna de su muerte: acaso vive aun, y si fuese así debemos intentarlo todo para salvarlo. Venid, amigos mios, podrán muy bien acusarnos de locura, mas no debemos despreciar la menor esperanza favorable. ¿Qué tenemos que temer al presente? Si el rey ha muerto efectivamente, y que la corona de Castilla haya caido al fin en manos del usurpador, una muerte honrosa es el único recurso que nos queda.

Dichas estas palabras apretó las espuelas al caballo, y sus compañeros imitaron su ejemplo, reparando en breve á dos caballeros que eran perseguidos muy de cerca por tropas enemigas. Así como se acercaban los fugitivos distinguió don Hernando con sorpresa que uno de los dos llevaba la bandera de Castilla: era don Diego Gonzalez, uno de los mas zelosos partidarios del rey; pero la admiracion de Castro se acrecentó mucho mas, cuando en el otro caballero, que parecia casi exhausto de cansancio, reconoció al mismo don Pedro, y en el propio instante arrojó un grito de alborozo, diciendo:

— ¡Castilla por don Pedro! y esta exclamacion fue repetida unánimente por toda aquella pequeña tropa.

— ¡Amigos! ¡mis queridos amigos! dijo el rey con voz debilitada: gracias al cielo, aun vivo; la batalla está perdidida, estoy vencido; pero no sometido.

Detuviéronse entonces para disponerse á sostener el ataque del partido enemigo; era compuesto de franceses mandados por De-Villaines. El combate fue sangriento: animados los castellanos por la presencia del rey que acababan

de salvar, peleaban como desesperados y desbarataron á sus adversarios; mas se vieron obligados á ceder á la superioridad del número de enemigos que venian de todas partes al socorro de los franceses.

— Señor, dijo don Hernando al rey, que se batia con furia: el valor nada puede contra el número; retirémonos á Montiel, y conservad vuestros dias para aprovechar esperanzas mas felices que el porvenir puede reservarnos.

Se apresuraron pues á tomar el camino de Montiel; pero la mayor parte de los valientes caballeros que habian sobrevivido á esta escaramuza se quedaron atrás para contener al enemigo, y dar al rey el tiempo suficiente para llegar á la poblacion.

— ¡Por san Dionisio! exclamó De-Villaines, nos escapa el tirano, y nuestra obra queda incompleta; todo el tiempo que se le dejará existir, no podrémos tener confianza de una perfecta tranquilidad. Caigamos, señores, sobre los traidores que protegen su fuga, y sea la muerte el precio de su locura!

Los fieles castellanos se dejaron matar uno despues de otro, y un corto número fue hecho prisionero; pero habian salvado á su rey. Despues de un combate desesperado, que duró por espacio de una hora, se vió don Pedro al abrigo de los muros de Montiel; pero reconoció con un dolor muy vivo, que todas sus tropas quedaban reducidas á doce ginetes: sus restantes defensores habian sido muertos, prisioneros ó dispersados. Los fugitivos contuvieron su marcha, viendo que estaban al abrigo de toda persecucion. Se hallaba el rey en la situacion mas deplorable: habia recibido dos ligeras heridas, que unidas á la fatiga le habian reducido á la mayor debilidad; estaba cubierto de sangre y polvo, sus facciones eran pálidas y esquivas, y á pesar de la valentía de su ánimo y natural energía, parecia, por decirlo asi, abrumado bajo el peso de este último golpe.

Conservaba aun sin embargo aquella dignidad severa que nunca lo habia abandonado aun en los mas crueles momen-

tos. Extenuado por el cansancio y la pérdida de su sangre, entró con sus fieles compañeros en la ciudad de Montiel; pero encontraron poco interés en el corazon de sus habitantes; y el silencio de siniestro presagio con que lo recibieron, anunciaba harto bien la ojeriza con que era mirado el rey vencido. Cuantos le veian pasar con su reducida escolta parecian heridos de terror: temian la cólera de don Enrique, cuya elevacion al trono despues de una victoria tan decisiva era mirada como constante aun por los mas incrédulos. Detenianse los transeuntes para ver á los fugitivos con ademan de indiferencia; pero ninguno parecia dispuesto á ofrecerle el menor auxilio. Creyendo don Hernando que excitaria su entusiasmo, exclamó con calor:

—¡Castellanos! ¡heaquí á vuestro rey! ¡aun vive, y con la ayuda de sus fieles vasallos muy en breve volverá á conquistar su trono!

—¡Viva don Pedro! exclamaron tambien Men de Sanabria y sus compañeros; pero estas voces no encontraron eco en el corazon de los habitantes de Montiel, y un triste silencio fue la única respuesta que obtuvieron. El rey arrojó entonces en torno suyo una mirada de desprecio.

—¡Miserables! murmuró indignado: cada uno de ellos quisiera llevar al usurpador mi cabeza en holocausto! Señores, pasemos al castillo, y veamos si su gobernador se encontrará tan bien dispuesto como estos ingratos.

—Señor, respondió Men de Sanabria, el gobernador es un digno castellano, y amigo mio. No negará, es bien cierto, un asilo al desgraciado rey de Castilla.

—Al castillo pues, dijo don Pedro con tono decidido.

Dirigiéronse todos hácia aquella parte; pero habia entre la tropa un modesto escudero que no cesaba de santiguarse, manifestando el mayor temor. Era Pimiento, quien segun lo hemos dicho ya, tenia la cabeza llena de historias y leyendas espantosas relativas al castillo de Montiel. El respeto le impidió sin embargo hacer la menor observacion, y siguió á los caballeros, aunque sus melancólicas miradas

probasen que su corazon estaba muy lejos de aprobar aquella medida.

XIV.

El castillo.

El famoso castillo de Montiel estaba apoyado sobre un peñasco de figura cónica que se elevaba en medio de una llanura á seis leguas de Toledo. La naturaleza habia hecho de él una plaza fuerte, y el arte añadiera todo lo que podia hacer una fortaleza inexpugnable. Tan solo era accesible por un sendero estrecho, tortuoso y escarpado, practicado de tal suerte, que de todos los puntos del castillo podian observarse á cuantos lo transitaban. Por las demás partes hallándose cortada la roca perpendicularmente, era por lo mismo inaccesible, y por consecuencia imposible ganar el castillo sino por el pequeño sendero. Estaba esta fortaleza tan bien situada que una constante tradicion aseguraba que nunca habia sido rendida. Poseia además la ventaja de tener dentro de sus muros un manantial de agua superior, y vastos almacenes; al paso que por todas las troneras abiertas en sus muros se podia arrojar una lluvia de flechas sobre los enemigos que intentasen sitiarlo. Al temor que inspiraba la fuerza y la antigüedad del castillo se mezclaba un sentimiento de supersticion causado por las historias y predicciones que habia producido. A poca distancia se elevaba la torre de la Estrella, acerca de la que el famoso mágico Merlin habia pronunciado predicciones tan espantosas. Se aseguraba que un caballero habia sido asesinado en un subterráneo de aquella torre, y que un gemido lamentable se hacia oir á media noche en la víspera de algun acontecimiento memorable, y todas las veces que un extranjero pedia ser admitido en el castillo.

Don Pedro y su pequeña escolta, pensando entonces muy poco en Merlin, ni en el caballero asesinado, se adelantaron hácia aquellos temibles sitios con un paso tan rápido como lo permitia el estado de extenuacion en que se encontraban; pero al llegar cerca de las murallas vieron que la guarnicion habia tomado un actitud hostil. Ninguna bandera flotaba en el castillo á excepcion de la del gobernador, y por lo mismo presintió el rey que este último asilo le seria rehusado. Volvióse hácia sus amigos, y les dijo sonriéndose amargamente:

— Y bien, señores, despues de esta última prueba de traicion de parte de don Tello Ramirez, ¿qué podemos esperar? ¿Adónde dirigirémos nuestros pasos?

Los castellanos guardaron un triste silencio. Don Hernando dirigió una mirada hácia su espalda, y descubrió al tartamudo de Villaines que se acercaba á Montiel á galope al frente de su compañía. El mal espíritu que evidentemente reinaba entre los habitantes era suficiente para excitar alarmas, y asi temblaba á vista de la suerte inevitable que amenazaba al rey si don Tello Ramirez le cerraba las puertas de la fortaleza. En esta extremidad, don Men de Sanabria hizo brillar á sus ojos un rayo de esperanza.

— Nobles caballeros, dijo, no tenemos aun razon para desconfiar de los sentimientos de mi amigo don Tello Ramirez. La situacion tempestuosa de los negocios justifica bastante las precauciones que ha tomado para defenderse, y si no vemos flotar bandera alguna sobre los torreones, es un exceso de prudencia de siniestro presagio.

Adelantóse entonces hácia las murallas del castillo, y pidió hablar al gobernador. Don Tello no se hizo esperar, y preguntó á don Men lo que él y sus compañeros deseaban.

— Por el honor de vuestra casa, señor don Tello Ramirez, no rehuseis un asilo á unos nobles y desgraciados caballeros. El rey de Castilla proscrito y fugitivo reclama de vos la hospitalidad; sus pérfidos é implacables enemigos le persiguen. ¿Dejaréis acaso de escuchar la voz del deber,

que os grita que ofrezcais un asilo á vuestro legítimo soberano? ¿ó lo veréis desde lo alto de vuestros muros caer víctima de sus vasallos rebeldes?

Don Tello, aunque noble, no habia tomado parte alguna en los disturbios que desolaban á Castilla. Debilitado por la edad y vuelto triste y melancólico por efecto de violentos pesares que habia experimentado en su juventud, llevaba una vida retirada en el castillo que habian habitado sus ascendientes, teniendo apenas algunas raras comunicaciones con los señores de aquella comarca; pero sin mezclarse en intriga alguna política; por lo mismo, no era enemigo de don Pedro aunque no se hubiese reunido á sus defensores. El aparato militar que habia desplegado al ver gente armada que se acercaba á su morada, no era el resultado de la rebelion, ni falta de hospitalidad; sino únicamente una medida de precaucion contra la insaciable ambicion de los nobles. En aquellos tiempos desgraciados, buscaban continuamente los señores feudales pretextos para invadir las propiedades de sus vecinos. La admirable situacion del castillo de Montiel, lo hacia mirar como un tesoro muy precioso, para que dejase de excitar la envidia y ambicion de muchos grandes. No lo ignoraba don Tello; por lo mismo estaba continuamente sobre sí, y aunque hubiese observado la mas exacta neutralidad durante las turbulencias civiles, estaba seguro de verse expuesto á los ataques interesados de ambos partidos; cada uno de ellos podia acusarle de haber favorecido al otro, y tratar de apoderarse de sus bienes con este pretexto. Pero desde que su amigo y pariente don Men de Sanabria le hubo informado de la clase y desgracias de los fugitivos, no dudó un momento en acogerlos.

La triste situacion de don Pedro excitó en su corazon el mas vivo interés, y desterró los frios cálculos de la prudencia, pues no ignoraba que dando asilo al rey atraeria sobre sí el rencor y venganza de sus implacables enemigos; pero estas consideraciones fueron rechazadas por su alma

generosa, hizo abrir las puertas del castillo, y los valientes y desgraciados fugitivos se vieron al fin al abrigo de las persecuciones de sus adversarios.

Durante este tiempo, muchos gritos de victoria hacian retumbar todas las cercanías; y don Enrique, sabiendo que su rival habia hallado un refugio en el castillo de Montiel, se puso en marcha con todo su ejército para ponerle sitio.

— ¡Por vida mia! señor Duguesclin, exclamó á vista de los franceses: preciso es que esté protegido el tirano por algun mal genio. ¿Cómo ha podido escapar, rodeado como estaba de tantos valientes enemigos? Nuestra victoria es completa, y sin embargo la empresa no se halla concluida.

— Señor, respondió Duguesclin sonriéndose, hablais á la verdad con harta indiferencia de un triunfo tan brillante. La Castilla es ya enteramente vuestra; pues no se presentará alma viviente que pueda disputaros el paso ni oponerse á vuestra marcha victoriosa hácia Sevilla.

— ¡Hácia Sevilla! ¡señor Beltran! dijo don Enrique sorprendido; seguramente os chanceais, pues no me es posible ni prudente dejar á la espalda á mi enemigo, para darle lugar de que malogre todo el fruto de nuestros trabajos.

— No es así como yo lo entiendo, respondió Duguesclin, y podeis fiaros en mi larga experiencia, señor don Enrique; vuestro rival se ha metido por sí mismo en un lazo, del que le costará mucho trabajo llegar á desembarazarse, á menos que vos, ó yo, vayamos á ayudarle, y presumo que no es esta vuestra intencion.

— El Castillo de Montiel, dijo Trastamara con aire pensativo, ha tenido siempre fama de ser una fortaleza inexpugnable.

— Por mucho que lo sea, repuso el francés, no dejará de rendirse, si nos tomamos el trabajo de sitiarla. Creedme, señor don Enrique, en hora menguada concibió el tirano la idea de enjaularse de esta suerte; se ha privado

de todo auxilio humano, y el cielo seguramente no le dejará mucho tiempo sin el merecido castigo: la medida de sus crímenes debe haber llegado á su colmo.

— Si, sí, dijo el arzobispo de Sevilla, la sangre de los ministros de Dios que ha hecho degollar pide venganza, y no tardará en recibirla.

— Señor Beltran, repuso don Enrique, no debeis extrañar, si no tengo entera confianza en el éxito de un sitio; los reveses que he recibido delante de Toledo bastan á mi entender para justificar mis temores sobre este asunto.

— No me corone jamás la victoria con sus laureles, exclamó Duguesclin con mucho calor, si antes de un mes no se hallare don Pedro en nuestro poder. Yo os empeño mi palabra sobre ello, y jamás la de Duguesclin ha sido dada con ligereza. Sirva pues esta evidencia para reanimar vuestras esperanzas.

Estas palabras y el entusiasmo con que fueron pronunciadas hicieron brillar de gozo los ojos de don Enrique. El implacable rencor que profesaba á su hermano, y la secreta desconfianza con que miraba á sus ambiciosos partidarios, le hacian desear el término de la guerra; ardia en deseos de ver á don Pedro en su poder, aunque hasta entonces no hubiese aun fijado sus ideas sobre las medidas que deberia tomar si llegaban á verse cumplidos sus anhelos.

Entretanto el ejército victorioso avanzaba hácia Montiel, haciendo resonar el aire con sus aclamaciones triunfantes. A poca distancia de la ciudad encontró á sus habitantes, que salian en masa á recibirlo y felicitarlo. No puede decirse á pesar de esto que fuese muy pronunciada su adhesion por don Enrique; se ocupaban á la verdad bien poco los pacíficos habitantes del buen éxito ó de los reveses de uno y otro partido, á menos que sus bienes ó su propia seguridad se interesasen en ello. Mas tan luego como estuvieron informados de que era don Pedro el vencido, y don Enrique el vencedor, les pareció prudente recibir al pri-

mero con tanto desprecio como cabia en su atrevimiento, y acoger al segundo con tanta cordialidad como sabrian aparentar. Tal es el secreto de la mayor parte de las aclamaciones y entusiasmo del pueblo.

Los buenos ciudadanos de Montiel adoptaron muy prudentemente semejante conducta, que les ponia al abrigo de una parte de los excesos y depredaciones que los conquistadores no se hacen escrúpulo de cometer, aun con aquellos que se llaman sus aliados y amigos. Todas las campanas repicaron alegremente, y este ruidoso repique, unido á una pomposa comitiva á cuyo frente se hallaban el alcalde, un sacerdote, y dos ó tres notabilidades, suplió ampliamente á lo que podia faltar de solemnidad en la recepcion, que por otra parte era excusable, atendido el corto tiempo que habian tenido. El populacho por su parte se manifestó muy pródigo de aclamaciones, género muy cómodo y poco caro, que es muy fácil procurarse en semejantes ocasiones.

No retardó don Enrique el poner sitio al castillo. Su corazon latia con impaciencia, y no podia gustar un momento de reposo mientras que á su rival le quedasen medios de escaparse. Hizo pues poner las tiendas y pabellones al pie de la eminencia donde se elevaba el castillo, y colocó desde luego al rededor del mismo una guardia numerosa para observar los menores movimientos de los sitiados, é impedir que saliese persona alguna. Todas estas operaciones fueron ejecutadas con una prontitud sorprendente; porque á pesar de la fatiga del combate, don Enrique y sus compañeros, no tomaron un instante de descanso hasta verse instalados delante del castillo. Vió don Pedro la actividad de sus enemigos con sentimiento de furor mas bien que de sorpresa; porque cuanto practicaba su hermano, hubiera ejecutado en igualdad de circunstancias. Una viva energia, un ánimo indomable, eran por desgracia las únicas cualidades en que se asemejasen ambos hermanos.

Las sombras de la noche se acercaban entonces rápidamente, y extendian un espeso velo sobre las cercanías. No habian las tropas tomado alimento alguno desde por la mañana y antes de principiar la batalla, y habiendo terminado al fin sus laboriosos intentos, tomaron una comida frugal sazonada por la alegría. Durante este tiempo una tropa de merodeadores recorria ansiosamente el campo de batalla, que se veia sembrado de cadáveres y moribundos. En medio del lúgubre silencio que reinaba en este vasto cementerio, y que solo era interrumpido por los lastimosos gemidos de algunos heridos, ó por los graznidos siniestros de las aves de rapiña, se veian algunos infelices que se arrastraban al través de los montones de cadáveres, ó de quebrantadas armaduras, para arrebatar á los muertos sus postreros despojos, y estos seres insaciables parecian privados del menor sentimiento de humanidad. Si acaso tropezaban con algun herido cuya vista principiaba á cubrirse con el velo de la muerte, y que imploraba su compasion con acento lastimero y suplicante, movidos de su brutal indiferencia, lo empujaban con aspereza y despojaban de sus vestidos, bajo el pretexto de que no le podian ser ya de algun servicio.

Hasta las mujeres y niños, ultrajando los sentimientos naturales á su edad y sexo, llevaban una mano profana sobre unos cadáveres, de que otras se hubieran apartado con horror. Unos se habian provisto de grandes sacos, y conducido otros sus caballerias para cargar el botin, sin experimentar aquella penetrante sensacion que la muerte inspira aun á los ánimos mas desarreglados.

Cuando la obra de la expoliacion se hubo consumado, volvieron á tomar el camino de los pueblos ó aldeas de donde salieron, sin que ninguno de ellos pensase en prestar á los muertos los últimos servicios. Dejaban sin sepultura á los cuerpos que habian desnudado abandonándolos á los buitres y cuervos, y pensando únicamente en las ganancias que acababan de hacer, sin que la vista de tantas vic-

timas les hiciese reflexionar acerca de cuan efímera era su existencia.

Mientras tanto las tropas victoriosas de Trastamara, olvidaban las fatigas y peligros de la madrugada, entregándose á las fruiciones que mas podian halagar sus ánimos vulgares y aun groseros apetitos.

No de esta suerte se ocupaba el altivo y advertido don Enrique; todos sus pensamientos se concentraban sobre la posesion de la corona de Castilla; y en tanto que este supremo deseo de su corazon no se viera cumplido, parecia insensible á todas las nececidades. Pasó la mayor parte de la noche en una laboriosa vigilancia, rondando frecuentemente con algunos de sus capitanes al rededor del castillo, y asegurándose si cada cual se hallaba en su puesto respectivo.

Durante este tiempo don Pedro, desgraciado objeto de tanta animosidad, exhausto de fatiga, se arrojaba sobre un lecho para tratar de hallar en medio de un sueño benéfico, alguna tregua á sus pesares, ó mas bien para renovar entre las sombrías visiones de la noche las fatales escenas que habian señalado su existencia; porque los ensueños de los desgraciados, no son casi siempre mas que la repeticion de sus males.

XV.

Las conferencias.

Apenas se mostró la luz del dia, cuando se hizo observar un movimiento extraordinario entre los sitiadores. Los primeros rayos del sol les hallaron á todos en su puesto, y habiéndose disipado durante la noche los vapores del vino, aun aquellos que mas se entregaran á los mayores excesos se habian despertado al sonido del clarin, y dispuesto á

ejecutar las órdenes de sus jefes. Era evidente que se preparaba un importante movimiento: don Enrique, Duguesclin y los demás caballeros caracoleaban sobre sus caballos de batalla al rededor del peñasco dominado por el castillo, comunicándose las reflexiones que les inspiraba esta vista imponente.

—¡Es bien fuerte este castillo, señor Beltran, dijo don Enrique, y es probable que nos cueste mucha paciencia y trabajo apoderarnos de él!

—¡Por san Dionisio! respondió el francés, os confieso que promete hacer una noble resistencia; pero con el socorro de Dios y de mi fiel espada, lograrémos ver en lo mas alto de sus torreones ondear las banderas de Francia y de Castilla.

—Considerándolo todo bien, señores, dijo sonriéndose Villaines, ¿serémos nosotros tan temerarios que nos atrevamos á entrar á pesar de la espantosa inscripcion que existe sobre este castillo? Recordad la suerte del infelíz francés que se dice haber sido asesinado en él. ¿No debemos acaso temer en calidad de compañeros suyos que nos quepa la misma suerte?

—Decid mas bien, repuso Duguesclin; que en calidad de compatriotas venimos á vengar la muerte de este infelíz caballero francés. No estoy muy versado en las tradiciones de este pais; pero tengo un recuerdo vago de haber oido hablar de una profecia hecha por el sabio inglés Merlin, á la que debemos dar tanto mas crédito, cuanto es constante que no habria presagiado la gloria de los franceses, si no se hubiese visto precisado á ello por la influencia de los astros. Pero basta sobre este asunto, aprovechemos los momentos y pongamos en ejecucion el plan que hemos adoptado.

En breve se vió salir de la poblacion un gran número de carros y acémilas cargados de piedras, materiales y demás necesario para fabricar. Estaban acompañados de un gran número de operarios, á que se unieron todos los soldados del ejército que no estaban de servicio. A estos se siguió un

gran tropel de gente; porque los habitantes de Montiel, guiados por la curiosidad, corrian unos en pos de otros para tratar de penetrar el motivo de estos preparativos. En breve no fue ya un misterio; porque todos los operarios se pusieron á trabajar para levantar una gran muralla que debia rodear la base del castillo. Por este medio se interceptaba la comunicacion entre el pais y los sitiados, que en breve se verian obligados á rendirse, seria don Pedro hecho prisionero, y ningun obstáculo se opondria ya al advenimiento de don Enrique al trono de Castilla.

La empresa que ocupaba la atencion general era tan extraña como imponente, y exigia mucho trabajo y perseverancia. Todas las manos estaban ocupadas, aun las de los caballeros, y una guardia numerosa y vigilante observaba sin cesar el castillo á fin de estar al abrigo de toda sorpresa; pues don Enrique suponia naturalmente que luego que su rival llegase á conocer su proyecto intentaria cualquiera accion desesperada para frustrar un bloqueo tan rigoroso. La obra se prosiguió con una actividad sorprendente; y don Pedro, que solo habia disfrutado unos cortos momentos de sueño agitado, se arrojó de su cama al primer rumor que se dejó oir en el castillo: sus fieles castellanos estaban ya alerta.

—Y bien, señores, les dijo el Rey, ¿qué rumor es el que ha llegado á mis oidos? ¿Qué nueva traicion medita contra nosotros nuestro buen hermano Trastamara? ¡Pero, Dios me perdone! ¡no parece sino que estais petrificados! ¿Cómo es esto? ¿habeis perdido la palabra, ó acaso vuestra energia? A buen seguro que el heróico é ingenioso bastardo no conduce consigo ningun encantador que pueda derribar con un solo golpe de su varita las murallas de esta fortaleza; y tampoco creo que le hayan nacido alas, y menos á sus nobles partidarios; y tan solo por estos medios pudiera llegar hasta aqui.

Sin embargo de estas chanzas poco naturales, los castellanos continuaban en un silencio de mal agüero; mas en bre-

ve supo don Pedro la causa de su sorpresa. Al reparar en la muralla que se elevaba á inmediacion del castillo, se mostró petrificado, y por mas que procurase ahogarlo, le escapó un suspiro; mas sin embargo, haciendo un esfuerzo violento sobre sí mismo, trató de disimular su ira, tomando un ademan de indiferencia que no estaba acorde con la expresion de su fisonomía. Hasta llegó á afectar una especie de frivolidad, y sus fieles amigos, temiendo acrecentar mas la desgracia de su posicion dándole á conocer sus justos recelos, se esforzaron tambien en manifestarse tranquilos.

Reunió entonces el rey á su reducida guarnicion en la plataforma del castillo, que se componia de cerca de sesenta hombres, todos valientes castellanos, y dispuestos á soportar todas las fatigas y las mas duras privaciones para defender á su rey. La plaza estaba provista de víveres para dos meses, y la fuerza de su posicion era tal que no era dado apoderarse de ella sino por medio del hambre ó de la traicion. Nada habia que temer bajo este último concepto por parte de la guarnicion; y la posibilidad de ser reducida por la hambre no atemorizaba á don Pedro, quien á pesar de la triste perspectiva que se le presentaba, no perdiera aun la esperanza de que algun inesperado acontecimiento concurriria á distraer la atencion de los sitiadores. Duraba el sitio ya tres dias, cuando un trompeta se presentó bajo los muros del castillo, pidiendo un salvo-conducto para dos heraldos que venian á parlamentar.

— Señor, dijo don Tello Ramirez al rey: el enemigo desea parlamentar. ¿Dais permiso para que los enviados sean admitidos en el castillo?

— ¿Qué me decis, mis valientes amigos? contestó el rey dirigiéndose á sus fieles defensores; ¿considerais que sea posible algun arreglo entre dos enemigos irreconciliables?

— No corremos, señor, riesgo alguno, repuso don Hernando, en oir á los parlamentarios.

— Enhorabuena: ¿y quién nos asegurará que su mision no oculte algun dañado intento? Largo tiempo hace conoz-

co el carácter del rebelde, y es maestro consumado en engaños y estratajemas. Si, señores, tanto lo temo en un tratado, como lo desprecio en el campo de batalla. Pero puesto que parece deseais saber lo que pretende, no pondré en ello el menor obstáculo, ó mas bien me dejaré guiar por vuestro discernimiento.

Acompañado el gobernador de una escolta bien armada, hizo las señales que permitian avanzar á los heraldos. Se acercaron á la puerta exterior, donde el trompeta y los dos escuderos recibieron órden de permanecer, mientras que los enviados con los ojos cubiertos, y llevando su bandera de paz, fueron conducidos á la presencia de don Pedro con las ceremonias acostumbradas en tales casos. Estaba el rey rodeado de su comitiva, poco numerosa, pero adicta, que habia reunido cerca de si para guardar á lo menos alguna sombra del poder, y que se hallaba agrupada del modo mas imponente.

Fueron conducidos los heraldos á la sala de audiencia, donde se les quitó la venda que cubria su vista. Eran don Pero Lopez de Ayala y el tartamudo De Villaines. Tomó Ayala la palabra, y dijo en alta voz y firme acento:

— Venimos en nombre de don Enrique, y de su poderoso aliado Beltran Duguesclin, para tratar con el gobernador de este castillo acerca de su rendicion.

— Señor don Pero Lopez, dijo el gobernador interrumpiéndole, os hallais delante de don Pedro de Castilla, y mientras honrare esta fortaleza con su presencia, no puede tener otro gobernador que S. M. A él, pues, es á quien debeis dirigiros.

— Está bien, dijo Lopez mordiéndose los labios; aunque deleguéis vuestros poderes á otro, podemos en conciencia desempeñar nuestra mision.

Apenas podia el rey contener su cólera; sin embargo, el deseo de ver hasta donde llegaria la insolencia de Lopez, le dió fuerzas para señorearse, y asi dijo con serenidad:

— Os doy muchas gracias por vuestra condescendencia,

y me esforzaré en tratar con la consideracion debida las proposiciones de los nobles jefes que os envian.

— Señor don Pedro, repuso el embajador, inútil es recordar las calamidades que abruman este desgraciado pais. El suelo de Castilla está regado con sangre, y los infortunios se suceden con una rapidez espantosa. No es mi ánimo extenderme sobre el origen de tantos desastres, pues fuera una empresa harto penosa en este momento. Nuestro buen amo don Enrique, y su noble aliado el poderoso Beltran Duguesclin han meditado sobre estas desgracias, y han resuelto ponerlas un término.

— ¡Por Santiago! dijo el rey con sequedad; es una resolucion muy humana y generosa, y estamos muy reconocidos á vuestro buen amo don Enrique, y á su noble aliado el poderoso Beltran Duguesclin. Segun lo decis muy acertadamente, esta época ha sido fecunda en desgracias para Castilla, y no podré admirar bastantemente la discrecion que os impide explanar la causa de tantas disensiones civiles. En efecto, es inútil recordar lo que es tan sabido de todos; y de la propia suerte que lo advertis, no perderémos tiempo en extendernos acerca de la ambicion, y espíritu turbulento de los grandes y del clero, verdaderas causas de tantos desastres. Me limitaré á contextar á la parte agradable de vuestra embajada, y debo primeramente manifestar la gratitud que me inspiran los procedimientos de vuestro buen amo don Enrique. Me hallo penetrado de reconocimiento por el interés que toma en los sufrimientos de mis vasallos; si bien me sea forzoso decir, aunque de paso, que es sensible que este sentimiento no haya movido antes su corazon. Sin embargo, no es aun tarde, porque no dudo que el resultado de sus profundas meditaciones y firmes propósitos sea licenciar su ejército de rebeldes, y despedir hácia su pais á su poderoso aliado, y comitiva de hambrientos aventureros, á fin de que con todo desahogo puedan satisfacer su inclinacion por las discordias y turbulencias.

Todos los asistentes quedaron mudos de sorpresa al escuchar un discurso tan singular, que profirió el rey con un tono de fria ironia; mas la admiracion de ambos embajadores no conocia límites. Durante algun tiempo ni uno ni otro pudieron hallar una sola frase de réplica, y se siguió un profundo silencio. El rey con una dignidad severa, estaba en la actitud propia de aquel que aguarda una respuesta, mientras que sus fieles castellanos con inmóvil atencion, esperaban inquietos el resultado de una escena tan extraña.

— Señor don Pedro, exclamó Lopez con insolencia; entiendo que el tono irónico que habeis adoptado no es conforme á las presentes circunstancias, y no podeis equivocaros por mas tiempo acerca del objeto de mi embajada. Vengo como representante de un vencedor á ofreceros condiciones, y no á recibirlas.

— Y á fe mia, señor don Pero Lopez de Ayala, no podia escoger el vencedor á otra mas digna persona. Otro tanto se me ofrece del representante del noble Duguesclin, añadió el rey, arrojando una mirada de desprecio sobre De Villaines.

— Os doy gracias por este cumplimiento, contestó este; esto aumenta mas el afecto que ya os tenia.

— Señor francés, repuso don Pedro, os pago en la misma moneda, y os debo tambien muchas gracias, pues no he puesto en olvido la pasmosa actividad con que me habeis servido de guardia de honor hasta los muros de este castillo. Unicamente me es sensible hallarme privado de los medios de manifestaros como quisiera mi vivo reconocimiento, mas ya consideraréis que no es culpa mia.

— Estoy bien convencido de ello, contestó con frialdad De Villaines, porque la gratitud es una de las numerosas virtudes que adornan á don Pedro, antes rey de Castilla.

No pudo don Pedro contenerse mas: arrojóse de su asiento lanzando chispas de furor, rechinaba los dientes, y extremecido de indignacion, exclamó:

— ¡En nombre de todas las furias! ¡mientes, francés! Don Pedro, no ha dejado de ser rey de Castilla, y si algunos vasallos rebeldes, ó extranjeros ambiciosos, han conspirado para arrebatarle su corona, no pueden privarle de unos derechos que jamás serán anulados, por mas que se multipliquen los triunfos del bastardo. Soy, pues, el verdadero, el legítimo soberano de Castilla, y lo seré siempre, hasta que hayais coronado todos vuestros crimenes y traiciones con la muerte de vuestro rey, porque presumo que tal es la suerte que me destinais.

— Si con el injurioso epíteto de bastardo, repuso Ayala, quereis designar á don Enrique, desconoceis enteramente su corazon, pues mas nobles pensamientos ocupan su alma generosa. Aunque sea vencedor, quiere tender la mano á su adversario, en señal de amistad y reconciliacion; como hermano no se mostrará desprovisto de generosidad para con don Pedro; y si quereis escucharlo, un pacífico convenio podrá ser el resultado de esta negociacion. Pero antes de todo es preciso que el castillo se rinda, y que deponiendo las armas, vos y vuestros caballeros os presenteis á don Enrique.

La fisonomía de don Pedro tomó entonces una espantosa expresion; esta última propuesta habia dispertado á un tiempo todas sus pasiones rencorosas. Su cuerpo se hallaba agitado con un temblor convulsivo, y por algunos momentos pareció estar meditando algun acto de violencia. Conociendo Hernando de Castro y Men de Sanabria su ánimo terrible é indomable cuando llegaba á exasperársele, temblaban con la sola idea de lo que pudiera acontecer, y estaban prevenidos para contener cualquiera desgracia. Temian que impelido don Pedro por la cólera llegase á violar el sagrado carácter de embajador, y cometiese un crimen inescusable. Hubo algunos momentos de un silencio imponente: Ayala y De Villaines estaban sobre sí, y este último llegó á poner la mano sobre el puño de su espada; pero el rey consiguió señorear sus pasiones hasta cierto punto, y con un tono bas-

tante sereno, aunque expresase la indignacion, les dijo:

— Salid, señores; no soportaré por mas tiempo vuestros ultrajes; y el rebelde bastardo y su cómplice pueden ahorrarse el trabajo de intentar nuevos esfuerzos, hasta que la suerte me haga caer en sus manos. Soy rey de Castilla, y como tal, no escucharé jamás proposicion alguna que pueda deslucir el honor de mi corona, aun cuando debiese pagar con toda mi sangre esta inviolable fidelidad á mis principios. Si don Enrique y su poderoso aliado se lamentan, como decis, de las calamidades que han causado en mi reino; si sienten con sinceridad la sangre que han hecho derramar; si tienen compasion de mis vasallos, á quienes han extraviado, y si verdaderamente desean poner fin á tantas desgracias, vengan don Enrique y sus compañeros rebeldes, vengan á humillarse delante del rey contra quien se han alzado, y que Duguesclin y sus aventureros regresen inmediatamente á Francia; que todas las ciudades y fortalezas que han usurpado me sean restituidas desde luego; y que inmediatamente se disuelvan todas las tropas de los rebeldes. Que los jefes y caudillos de la revolucion sean puestos en mi poder sin condicion alguna, y entonces podrá don Pedro de Castilla entrar en arreglo con sus nobles rebeldes, y cómplices extranjeros.

La severa dignidad del rey, y el tono firme con que habia declarado su voluntad llenaron á sus oyentes de un sentimiento de temor y respeto; no podian los parlamentarios ocultar la admiracion que les causaban las pretensiones de un hombre que parecia reducido á la última extremidad; sin embargo experimentaban por el rey aquel interés que nunca deja de inspirar el valor de un ánimo esforzado luchando con la desgracia, y elevándose sobre los reveses de la suerte.

— Señor, dijo Ayala con gravedad, nuestra mision se ha terminado.

— Si mis proposiciones, repuso don Pedro, no se hallan acordes con la pasion belicosa de mis adversarios, y que de-

seen sin embargo poner fin á nuestros debates, demando á don Enrique en combate singular, sea á pie ó á caballo, con espada, lanza, ó hacha de armas, á eleccion suya; y si el valor de sus caballeros no les permitiese quedar pacíficos espectadores del combate: escoja Beltran Duguesclin, á quien la nombradia proclama como valiente guerrero, entre sus compañeros, seis hombres arrojados; y Hernando de Castro con un número igual de mis fieles castellanos estará dispuesto á hacerles frente.

— Las probabilidades nos son demasiado favorables para someterlas á los azares de un combate parcial, y por lo mismo, seria locura admitir semejante proposicion, dijo De-Villaines.

— Esto podrá ser cierto, respondió el rey con ironía; pero yo me imaginaba que como valientes caballeros quedariais muy satisfechos de encontrar ocasion de hacer brillar vuestro valor.

— Nuestro valor es harto conocido, para tener necesidad de nuevas ocasiones de señalarse, respondió De-Villaines, y hace mucho tiempo que tenemos hecha una abundante cosecha de laureles.

— Y con mucha prudencia escusais exponerlos á marchitarse, añadió el rey con igual tono; ya os he hecho conocer, señores, mi voluntad: una entrevista mas dilatada vendria á ser inútil: quitadme, pues, el disgusto de ver por mas tiempo á aquellos que me han hecho traicion.

Al acabar estas palabras, volvió la espalda á los embajadores, é hizo señal al gobernador de que los condujera fuera del castillo. En su vista les fueron vendados de nuevo los ojos, y se les acompañó hasta la parte exterior, con las mismas ceremonias que se habian observado á su llegada, y en breve se vieron ambos guerreros admitidos á la presencia de don Enrique y demás jefes reunidos, y no fue sin la mayor sorpresa que el consejo se enteró del resultado de su mision.

— ¡Por Santiago! exclamó don Enrique, preciso es que

el tirano haya perdido el juicio, y no me sorprende que el giro que han tomado sus asuntos haya producido este efecto; sin embargo, no puedo dejar de admirar su intrepidez y ánimo indomable: no será por cierto molestado con nuevos pasos de conciliacion, no: ¡líbrenos Dios y la Vírgen de proporcionarle lo que el apellida insulto! Pero, amigos mios, preciso es que le manifestemos toda la moderacion posible; dése órden á los trompetas que vayan á proclamar en torno del castillo, que si no se rinde antes de ocho dias, nos tendremos por dispensados de usar consideracion alguna con los sitiados, cuando Dios y el bienaventurado Santiago sean servidos de ponerlos en nuestro poder.

Despues de haber dictado esta órden, volvió don Enrique sus inquietas miradas hácia un anciano que se adelantaba, y le dijo:

—¿Y bien, querido doctor, que noticias me traeis de vuestro enfermo? ¿conservais aun esperanzas de salvarlo, ó me veré condenado á perder uno de mis mejores amigos?

—¡Ay señor! respondió el médico: en nada puede favorecerle el arte, su herida es mortal, y á menos que el cielo haga un milagro en favor suyo, antes de tres dias habrá acabado de existir el noble Lara.

—¡Por la bienaventurada Vírgen! exclamó don Enrique muy conmovido, si pierdo á mi fiel Lara pagará su homicida bien caros sus sufrimientos cuando caiga en mi poder con el auxilio de Dios y de los santos! Sabio doctor, añadió no economiceis cuidado alguno, ni gasto, para salvar la vida de Alvaro; la recompensa que recibiréis será proporcionada á mi afecto bien conocido por el jóven herido.

—He hecho ya y practicare aun todo lo que abraza el poder humano, respondió tristemente el médico; mas no me es posible daros la menor esperanza.

—Iré á verlo al momento, repuso don Enrique, y mientras tanto reiterad la órden que he dedo de que haya una exacta conformidad con la voluntad del enfermo.

—Se manifiesta mas sereno y resignado con su suerte,

dijo el doctor: su bella esposa acaba de llegar, y su presencia parece haber aliviado de un enorme peso al corazon de don Alvaro.

Muy vivamente afectaba á don Enrique la triste suerte de Lara, pues experimentaba el mas sincero cariño por su jóven amigo; fuera de esto, el afecto y la adhesion con que Lara habia abrazado su causa eran bien acreedores á todo el reconocimiento de don Enrique, quien se lamentaba de verlo arrebatado en el momento mismo de recoger el fruto de tantos servicios y heroicidades.

Pero los pensamientos de Lara estaban ocupados de un modo muy diferente desde el momento que habia recibido el golpe fatal que lo conducia al sepulcro. Las lisonjeras ilusiones de la ambicion se habian desvanecido, y todas las facultades de su alma estaban concentradas en el terror que le inspiraba la muerte. A pesar de las esperanzas que intentaban darle los que le rodeaban, una secreta voz le decia que el término de su carrera se acercaba; el mundo y todas sus vanas quimeras desaparecian á sus moribundas miradas cual sueños fantásticos; y no ambicionando ya los vanos placeres que se veia obligado á dejar, sentia Lara despertarse en su alma los nobles sentimientos que las pasiones habian adormecido. La imágen de Constanza y del Castellano flotaban sin cesar delante de su vista: su amor por la una, su antigua amistad por el otro, y los pesares que habia causado á ambos, se le presentaban durante su sueño; y su alma regenerada por la cercanía de la muerte, resolvió antes de volar hácia el seno de su Criador reparar el mal que habia hecho. En su vista habia don Alvaro enviado un mensajero á Constanza, para rogarla viniese á recibir la última súplica de su moribundo esposo. Pardillo habia sido encargado de llevarlo, y apenas llegara á Valpardo, cuando don Egas reconoció á su antiguo criado; pero olvidando las reconvenciones que podia haberle hecho, recordó únicamente que habia llegado á ser por su destreza y actividad el favorito de don Alvaro de Lara. Recibióle pues con afabilidad, y le pidió noticias de su yerno.

— ¡Ay señor! dijo Pardillo, no perdais tiempo en tomar vuestras armas, si quereis encontrarlo vivo, porque tan solo Dios y los bienaventurados santos pueden únicamente asegurar si el noble jóven verá salir el sol muchas veces.

— ¿Qué dices, infeliz? exclamó don Egas alarmado; siempre te he conocido por pájaro de mal agüero. Este miserable vendrá acaso á darme alguna mala noticia, segun lo tenia de costumbre? Todo el tiempo que me ha servido jamás me ha anunciado la menor noticia placentera; mas cuando habia de hacerme saber alguna desgracia, muerte, ú otro accidente funesto, siempre he estado seguro de ver llegar su fea caladura.

— ¡Ay señor! repuso Pardillo, es muy cierto que no he olvidado ni aun mi oficio: porque, segun muy acertadamente lo habeis dicho, aunque sea un alegre jugueton, parece que la ciega fortuna haya querido hacer de mí un mensajero de la desgracia, y á fe mia que la noticia que traigo, es la mas triste que os haya anunciado jamás, porque vengo á haceros saber que mi valiente amo, y al presente hijo vuestro, está próximo á despedirse de este mundo.

— ¡Maldita sea tu lengua! exclamó el anciano caballero: jamás tu siniestra voz ha herido tanto mis oidos. ¡Don Álvaro moribundo!... No, no, esto es imposible; tú siempre fuiste un cobarde impostor, dispuesto siempre á exagerar el peligro.

— No me toca contradecir á vuestra señoría; pero en mi humilde concepto, nada hay de maravilloso ni increible en la muerte de un caballero que ha sido herido mortalmente en una batalla.

Extremecióse don Egas: las palabras del mensajero de la muerte hacian el efecto de una picadura de víbora, y estuvo durante algun tiempo tan incapaz de hablar, que dió lugar á que Pardillo gesticulando y haciendo visajes, continuase en sus signos de afirmacion con una perseverancia verdaderamente insultante. Esta inesperada desgra-

cia destruia á la vez todas las esperanzas del viejo cortesano, y así principió á expresar su desesperacion y embarazo del modo menos equívoco.

— ¡Qué infelicidad! dijo tristemente, jamás un hombre de mi clase se vió perseguido por una suerte tan desapiadada! ¡De qué me servirá la prudencia cuando la fortuna parece se complace en trastornar todos mis planes y cálculos! ¡Válgame el cielo! ¿Qué es lo que deberé hacer ahora? ¿Cuál será mi conducta? Cuando creia que todo estaba perfectamente arreglado y dispuesto, me veo ahora condenado á volver á principiar una nueva carrera de ansiedad! ¿Quién abogará al presente en mi favor cerca de don Enrique? ¿y quien combatirá las falsas ideas que los envidiosos le habrán presentado sobre mi fidelidad y adhesion? ¡Malditos sean todos los reyes apasionados á la guerra! ¿De dónde les vendrá esta manía de estar siempre en contiendas?

— No puedo decíroslo, señor; dijo Pardillo, que tomaba un placer maligno en contemplar la ansiedad de don Egas.

— Alguna mala estrella, continuó el viejo cortesano, ha presidido sin duda á mi nacimiento, y está escrito que ninguno de mis deseos ha de verse cumplido. Cuando me lisonjeaba de haber encontrado un buen intercesor cerca de don Enrique, ha sido preciso que se haga matar expresamente para contrariar mis planes. Bastante parte tomara en hartos combates, y jamás recibió la menor herida, y al presente en que su vida me ha llegado á ser tan preciosa, será forzoso que la pierda... Morir precisamente ahora.... en el momento en que.... pero ya debia esperarlo de parte del arrogante y atrevido don Alvaro.

— Esto es cierto, dijo el insolente criado: no se puede contar con estos valientes caballeros, que miran la guerra como un mero pasatiempo; mas confieso que es bien desagradable que don Alvaro se muera, cabalmente cuando teneis necesidad de sus servicios. Seguramente hay algo de importuno en este procedimiento; sobre todo, cuando hubiera podido morirse tres meses mas tarde, con tanto gusto

para sí mismo, y sin el menor inconveniente para vos.

Es fácil conocer que estas palabras en vez de apaciguar á don Egas, solo sirvieron para excitar su resentimiento. Miró con ademan descontento á su taimado consolador, y al ver sus gestos burlones y el maligno placer que brillaba en sus ojos medio abiertos, no pudo contener su indignacion. Su corazon además se hallaba oprimido y tenia necesidad de encontrar un objeto sobre quien descargar su bilis; y así con mas viveza y energía de la que prometian sus años, levantó el baston, y dirigió un furioso golpe hácia Pardillo, quien espiando de reojo todos sus movimientos, saltó de un lado con una agilidad maravillosa, en el momento en que se vió amenazado.

— ¡Maldita sea tu estampa! exclamó el anciano lleno de cólera.

— ¡En nombre de todos los santos! ¿qué es, señor, lo que quereis decir? contestó Pardillo: no llego á adivinar la causa de tan grande cólera contra un hombre inocente. Ninguna culpa tengo de la muerte de don Alvaro, y es sin razon suficiente que intentais romperme la cabeza.

— Sal de aquí, miserable: sal de aquí, maldito de Dios: ¡reir y chancearse cuando se trata de una desgracia tan sensible!

Los acentos del anciano llegaron hasta Constanza, que corrió para saber la causa, y quedó notablemente sorprendida del estado de irritacion en que halló á su padre, y durante algun tiempo no la fué posible averiguar la causa; pues don Egas continuaba lamentando su desgracia del modo mas incoherente; mientras que Pardillo temeroso de una nueva tentativa de parte del baston amenazador, se mantenia cuidadosamente á una respetuosa distancia.

— ¡En nombre del cielo, padre mio! explicadme la causa de vuestra emocion, exclamó Constanza alarmada ¿Qué ha sucedido?

— ¡Desgraciado de mí! respondió el desesperado don Egas: nada puede librarme al presente; ¡me hallo arruina-

do, perdido sin recurso! La batalla era decisiva, y don Pedro se hallaba estrechado de muy cerca por el rey, que Dios proteja. ¿Mas cómo será posible que este buen rey resista á las calumnias de mis numerosos enemigos? Pues ya sabeis, querida hija, que tengo muchos; un hombre prudente no puede menos de ser detestado, y mirado con aversion: tal es el mundo, hija mia. ¡Ay! demasiado le conozco, y siempre he querido ser prudente; mas ahora ya son inútiles las reflexiones: esta última desgracia trastorna todos mis cálculos, y me encuentro arruinado para siempre.

— ¡Oh padre mio! explicaos, exclamó Constanza. ¿Qué temeis? No me dejeis en esta cruel incertidumbre.

— ¡Cómo asi! ¿pues no os he dicho que soy un hombre perdido? ¿que he recibido un golpe de que es imposible pueda repararme jamás? ¿Quién intercederá por mí en estos tiempos desastrosos, en que es vana la mayor prudencia, al paso que mis enemigos trabajan para perderme?

Sin esperanzas de obtener de su padre la explicacion de lo que presenciaba, se volvió Constanza hácia el impasible mensajero, que se mantenia prudentemente á cierta distancia como espectador de esta escena.

— ¡Por amor del cielo! le dijo, ¡apiadaos de mi horrorosa inquietud! ¿Qué nueva desgracia nos amenaza? Hablad, Pardillo: ¿qué significa todo esto?

— Esto quiere decir, señora, que don Alvaro de Lara está moribundo, respondió el miserable con la mayor frialdad.

Quedó Constanza por un momento como petrificada; aunque no amase á su esposo, la elevacion de su alma y el conocimiento de su deber no la permitian permanecer insensible á una desgracia tan inesperada.

— ¿Ha recibido al menos los auxilios de algun médico experimentado? preguntó ansiosamente.

— No lo dudeis, respondió Pardillo sonriéndose, jamás faltan médicos y sacerdotes á la cabeza de un moribundo.

—¡Un médico! exclamó don Egas con la amargura de su sentimiento; ¿y de qué sirve un médico, aun cuando hubiese heredado toda la ciencia de Hipócrates? ¿Qué son, ¡ay de mí! todos los médicos y doctores del mundo? Una cáfila de charlatanes y empíricos que juegan un albur con nuestras miserables existencias. Si existe un viejo avaro, cuya muerte deseen sus herederos, un enfermo perdurable que sea una carga para cuantos le rodean; ó alguna vieja hechicera atacada de calentura ó perlesía, vuestros doctores no dejarán de curarlos, á pesar de los contrarios deseos de sus impacientes sucesores. Pero que un hombre valiente y galan, cuya vida es preciosa á todos, tenga necesidad de su asistencia, harán los ciegos doctores algun funesto ensayo que enviará á sus enfermos al otro mundo. ¡Maldita sea su ignorancia!

No perdió tiempo Constanza para satisfacer á la súplica de su esposo, y don Egas apresuró por su parte todos los preparativos de la marcha. En pocos instantes se hallaron en camino para Montiel, acompañados de su guia y de algunos criados; y es acaso inútil hacer observar que los pensamientos del padre y de la hija eran bien diferentes.

Constanza se decia á sí misma: —Yo debo llenar hasta el fin los sagrados deberes que acompañan al título de esposa.

—Si podemos llegar antes que fallezca, pensaba el astuto cortesano, acaso podrá dar un nuevo giro á mis negocios.

En breve llegaron á la temporal morada de Lara, y en conformidad de las órdenes de este, fueron don Egas y Constanza prontamente conducidos á su presencia.

Apenas era fácil reconocer al galan, al brillante don Alvaro, en el mortal pálido y exhausto que se hallaba tendido sobre su lecho de dolor. Los padecimientos morales habian agriado los males físicos del herido, á quien en medio del delirio de su fiebre, trazaba incesantemente su imaginacion su desgraciado amor, y los disgustos que habia causado á

su jóven esposa y á Hernando, el compañero de su juventud, y su mejor amigo. La llegada de Constanza aligeró al parecer el peso que le oprimia; llamóla con voz débil y enternecida, y ella se acercó á su cama; mientras que don Egas con los brazos cruzados quedaba á poca distancia entregado á una penosa ansiedad.

— ¡Constanza! ¡mi noble y querida Constanza! dijo el desgraciado Lara; estaba seguro de que no desecharíais mi súplica; y mi reconocimiento es igual á vuestra bondad. Vuestra llegada levanta el peso horrible que oprimia mi corazon, pues temia morir sin haber podido obtener vuestro perdon y bendicion, y deseo vivamente reconciliarme con aquellos á quienes he ofendido, antes de terminar mi existencia.

— No hableis así, Lara, le dijo Constanza muy conmovida; ya sabeis que mi corazon no puede alimentar un pensamiento indigno de mi carácter y nacimiento. Si la bendicion de vuestra afligida esposa puede suavizar vuestros últimos momentos, yo os la doy ¡ay de mí! de lo mas profundo de mi corazon, y suplico al Dios de las misericordias se digne satisfacerla en el cielo; y pueda ser oida, como deseo, mi ferviente súplica. Creed, Alvaro, que en esta triste circunstancia los sentimientos de vuestra esposa son los de una noble castellana, y de una sincera católica.

— El cielo os recompense, mi querida amiga, dijo Lara con voz débil: me habeis dado el único consuelo que pueda experimentar en este mundo. Al presente escuchad mi súplica; cuando haya acabado de existir, tomad este cofrecillo que se halla sobre la mesa, y en él hallaréis mis últimos deseos, mis postreras voluntades. Hablad á mi antiguo amigo Hernando de mi vivo y sincero arrepentimiento: sé que su alma generosa no es hecha para el rencor, y que me perdonará. Si mis mas vehementes deseos pudiesen cumplirse, lo abrazaria antes de morir: mas ¡ay de mí! esto es imposible: su deber se lo prohibe. Pero en breve quedarán terminadas estas sangrientas guerras, y entonces

Constanza y Hernando gozarán de la felicidad que tanto merecen, y consagrarán una lágrima á la memoria de Lara.

Se hallaba ya este exhausto, y por consejo del médico salieron Constanza y don Egas de la habitacion, á fin de que el enfermo pudiese tomar algunos momentos de reposo.

XVI.

El sueño.

El bloqueo del castillo continuaba, y la muralla qué don Enrique hacia edificar en torno de él se hallaba casi terminada; mas sin embargo, el rey conservaba siempre la misma inflexibilidad, el propio sentimiento de su majestad ofendida, sin manifestar por esto disposicion alguna de entrar en arreglo con sus enemigos. Como quiera, cuando vió que los dias se pasaban unos en pos de otros, sin que se le proporcionase auxilio alguno, su severa firmeza hizo paso á una triste desesperacion que le perseguia hasta en sus sueños. Todo le servia de disgusto, y parecia haber perdido la energía necesaria para entregarse á los transportes de furor y venganza que antes le eran tan naturales; su aspecto era displicente, hablaba poco, y parecia evitar con cuidado el trato de sus fieles amigos. Absorto en sus tristes pensamientos, contemplaba á veces desde lo alto de las troneras y con una especie de indiferencia el país inmediato y los movimientos del enemigo.

Muy afligido se hallaba el Castellano de esta mudanza, que privaba al rey de una parte de aquella firmeza de resolucion que le caracterizaba; y observó además que se hallaba sordamente combatido de algun sentimiento moral, aunque su orgullo le impidiese confesarlo ni siquiera á sus mas fieles amigos.

Habíase retirado don Hernando á su aposento, sumergido en reflexiones profundas; la noche estaba muy adelantada: una tempestad anunciada desde algun tiempo, reventaba con toda su furia, y brillantes relámpagos penetraban al través de la estrecha ventana, iluminando por cortos instantes la obscura habitacion. Este momentáneo resplandor hizo visible á don Hernando la figura de su anciano escudero, que entraba á su habitacion sobrecogido de terror, y tan trémulo que sus piernas podian apenas sostenerle.

— ¡Por Dios! exclamó: ¿qué tienes, mi buen Pimiento?

— ¡El Señor nos valga! dijo el anciano santiguándose; mis pronósticos van á verse realizados en una hora desgraciada. Bien le habia dicho que era una grande imprudencia y temeridad desafiar al destino: ir á buscar asilo en este terrible castillo. Pero nuestra locura tendrá su merecida recompensa; si, sí, el rey de Castilla, y sus fieles defensores, maldecirán el instante en que confiaron su seguridad á estas murallas de siniestro presagio.

— Calla, hombre extravagante, dijo Castro: ¿siempre has de dar acogida á todas las quimeras que engendra tu caprichosa imaginacion? ¿Corresponde por ventura al escudero de don Hernando de Castro, á un hombre á quien conozco valiente como un leon, y firme como una roca, dejarse atemorizar por fantasmas que su propia imaginacion ha creado? ¡qué vergüenza!

— ¡Ah, señor! respondió tristemente el escudero, vuestras reconvenciones no llegarán á desterrar lo que vos llamais vanas quimeras, y que yo miro como un terrible aviso de la Providencia.

— ¡Calla, Pimiento! no mezcles este nombre sagrado con tus locos desvarios, y dime mas bien que es lo que causa tus temores.

— Tan cierto como soy cristiano, dijo Pimiento con tono solemne, y por cuantas esperanzas tengo en la misericordia de Dios, lo he visto al resplandor de la luna pasearse sobre las almenas.

—¿Y á quién has visto? preguntó don Hernando sorprendido.

—¡Al señor Pedro de Luceval! ¡el caballero francés que hace tiempo fue asesinado en este castillo! respondió Pimiento: ¡este es un presagio de muerte!

—¡Por la Vírgen! repuso Castro sonriéndose: no me es posible acomodarme á tu opinion; la noche es tempestuosa y no convida á paseos, y por poco que ese caballero francés prolongue ahora el suyo, puede prometerse el quedar completamente mojado. Escucha bien y repara como trae el viento muy gruesas gotas sobre los cristales de la ventana; mas puede ser que los caballeros aéreos prefieran el mal tiempo para sus peregrinaciones; y en efecto, si debe darse crédito á las leyendas antiguas, este fue siempre su gusto.

—Es muy cierto, dijo gravemente el escudero: y aunque podais, si bien os parece, ridiculizar lo que os digo, no por esto es menos cierto que he visto al caballero paseándose á lo largo de las almenas.

—Que hayais visto á un caballero, esto es muy posible; mas no hay razon para creer que el nocturno paseante no pueda ser don Men de Sanabria ú otro de los defensores del castillo; y siendo así que en él se hallan tantos caballeros vivos, y uno solo muerto, todas las probabilidades se presentan en favor de mi suposicion. Mas ya sé que es inútil argumentar con tus temores, Pimiento; cuéntame mas bien la historia de ese señor Luceval, cuya sombra parece no te deja paz ni tregua desde que habitamos este castillo.

—Es demasiado cierto, señor, dijo Pimiento; y aun añadiré que el señor Pedro de Luceval era un valiente caballero, quien en el tiempo que el santo Rey don Fernando trabajaba en la conquista de Sevilla, vino, como otros muchos, á pelear por la causa de la religion contra los infieles. Al tiempo que el señor Luceval se dirigia á aquella ciudad, se encontró una noche cerca de este castillo y pidió la hospitalidad, que le fue concedida desde luego; pero fue en

una hora desgraciada que se bajó el puente levadizo para recibir al francés, pues entró en la fortaleza para no volver á salir. Quiso la desgracia que don Silo de Lorca, el señor del castillo, reconociese en su huésped el mismo caballero que en el año anterior le habia vencido en un torneo celebrado en Poitou. Algun maligno espíritu tentó á don Silo, pues impelido por la venganza y negándose á dar oidos á la voz del honor, concibió el horrible proyecto de asesinar á su huésped. Al segundo dia de la llegada del señor de Luceval, fue conducido á la torre de la Estrella, donde fue inhumanamente muerto por algunos de los vasallos de don Silo. Escaparon los homicidas al castigo que merecian, pero desde entonces fue mirado el castillo con horror.

—Bien está, interrumpió don Hernando: ¿pero y de qué suerte se descubrió este asesinato?

—En cuanto á esto, señor, respondió Pimiento algo confundido, no puedo decíroslo: pero el hecho está tan bien acreditado, que fuera temeridad quererlo poner en duda; mucho mas cuando el sabio Merlin hizo una prediccion terrible relativa á este castillo; dijo, y despues de él repitieron otros sabidores, que muchos años despues de la ejecucion de este crimen la muerte del señor Pedro de Luceval seria vengada por un ilustre caballero francés, y que el castillo de Montiel seria famoso en los futuros siglos por una horrible catástrofe. Ahora, señor, ¡sea con nosotros la gracia de Dios! pues siento decir que el momento ha llegado de cumplirse esta prediccion; reflexionad que Beltran Duguesclin se halla cerca de aquí. ..

—Silencio, Pimiento, dijo don Hernando interrumpiéndole. Ni la recta razon, ni la justicia, estan acordes para admitir esta tardía retribucion: y es imposible suponer que un valiente caballero esté condenado á expiar un crimen cometido hace ya un siglo por don Silo de Lorca. Mas ya basta sobre esta materia: tratemos de dormir, si el estruendo de la tempestad no nos lo impide.

Apenas acababa de hablar cuando un horroroso trueno

retumbó por las dilatadas galerías y bóvedas del castillo: el cielo estaba encendido y las obscuras habitaciones parecian alumbradas á cada instante por un resplandor sepulcral. Un violento huracan se habia movido, y las carcomidas ventanas crujian cual si fuesen á desencajarse. Soltó Pimiento una exclamacion de terror, y el rápido movimiento de sus labios atestiguaba que dirigia al cielo fervientes súplicas.

— La tempestad es verdaderamente horrorosa, dijo don Hernando, y debe servirle de seguridad, porque este temporal ha debido arrojar de aquí al terrible señor de Luceval.

Al paso que iba hablando se dejó oir un doloroso gemido.

— ¡Gran Dios! exclamó el escudero, ¿habeis oido este lamento? ¡Ah, señor! ¡mi honrado amo! ¡ahora es regular que me creais!

— ¿Con qué supones que parte del caballero asesinado?

— ¿Y qué otra persona hubiera podido arrojar semejante gemido? ¡Protéjanos la Virgen!

Un nuevo gemido aun mas lastimero y prolongado que el primero se hizo oir.

— Ahora sí, dijo el Castellano sorprendido, que se hace indispensable que nos aseguremos de la causa de estos lamentos; acaso se halla indispuesto alguno de nuestros compañeros, ó se halla necesitado de auxilios: ¡Dios lo socorra!

— Así sea, y tambien á nosotros; contestó el escudero.

— ¡Quita allá, Pimiento! Acuérdate de Bernardo del Carpio y del Cid, cuyas alabanzas estás contando sin cesar, debiendo mas bien seguir su ejemplo. ¿Consideras que habrian manifestado tanto terror en semejante caso?

— No sabré decirlo, mi buen señor, dijo Pimiento con gravedad: mucho se ha hablado de su valor para pelear con los enemigos de carne y hueso; mas no se ha dicho nunca que hubiesen dado pruebas de él contra los espíritus. Yo pelearia valerosamente con el mas esforzado guerrero; mas

toda mi firmeza me abandona cuando se trata de hacer frente á un ser sobrenatural que excede los límites de la muerte.

— Sígueme, dijo don Hernando con firmeza; y sacando su espada, entregó una luz á su trémulo escudero. Salieron de la habitacion, y en el momento en que llegaban á una antecámara unida al aposento del Rey, llegó á sus oidos un nuevo gemido.

— Acerca la luz, Pimiento y no tiembles, dijo Castro: aquel cuyas quejas hemos oido debe estar por aquí, aunque la obscuridad no nos permita repararlo.

En este momento un brillante relámpago iluminó toda la habitacion é hizo ver un objeto que se hallaba en un rincon.

— ¡Aquí es! dijo el Castellano dirigiéndose hácia aquel lado. Aproxima la luz, Pimiento.

— ¡Protéjanos la santa Virgen! exclamó con fervor el anciano. Hablad, señor, pero sea con miramiento y respeto, segun conviene cuando uno se dirige á una alma en pena. ¿Qué motivo conducirá aquí al señor Pedro de Luceval, á menos que sea el deseo de hablar á mi amo?

— Es un hombre que al parecer está dormido sobre un asiento gótico, dijo don Hernando.

— ¡Ay de mí! bien cierto es que es un hombre, y un valiente caballero que está durmiendo, murmuró el escudero. Sí, sí, es el sueño del sepulcro, se halla cubierto con su armadura: conjuradle, señor, en nombre de Dios que se retire.

Acercóse el Castellano, y aproximando la luz al rostro del dormido, reconoció con gran sorpresa que era el rey. Retrocedió algunos pasos, porque la fisonomía de don Pedro era verdaderamente espantosa. Demostrábase con evidencia que se hallaba bajo la influencia de alguna horrible vision. Sus ojos estaban medio abiertos, y sus dientes fuertemente apretados; gruesas gotas de sudor corrian de su frente sobre sus sienes hinchadas: erizábanse sus cabellos.

y su pecho palpitante parecia sobrellevar con trabajo el peso que lo oprimia.

— Es el rey, dijo Castro con agitacion.

— ¡El rey! repitió el escudero, no señor, os engañais seguramente; es el señor Pedro de Luceval, miradlo de mas cerca, señor don Hernando.

— ¡Silencio! que está hablando, díjole su amo.

— ¡Aléjate! ¡huye espantoso espectro! murmuró don Pedro: ¡no me persigas así! no fijes sobre mí tus fieras miradas!... ¡Ah, la sangre que salia se ha cuajado sobre la herida!... ¡Aléjate espíritu vengador, soy tu hermano! ¡Este combate que hace extremecer á la misma naturaleza se acabará en breve!

— Voy á despertarle para sacarle de tan terrible sueño, dijo don Hernando, la pena que sufre es horrorosa, aun para aquellos que lo presencian. — Y al decir estas palabras sacudió fuertemente el brazo del rey.

— Despertaos, señor, exclamó en alta voz.

Extremecióse el rey, y levantándose despavorido:

— ¿Qué es lo que hay? dijo: ¿acaso me han vendido? ¿Castellanos, dónde estais? ¡Soy vuestro rey! ¡Sal de aquí, vil bastardo! solo por medio de la traicion puedes suplantar á tu legítimo soberano.

— Calmaos, señor, dijo el Castellano con suavidad: los daños que temeis estan distantes. Desterrad esta espantosa vision; miradme, es vuestro humilde amigo Hernando el que os habla.

— ¡Mi amigo! exclamó don Pedro amargamente; ¿donde está? ya no tengo amigos, todos son traidores, todos....¡Ah! bendigate Dios, mi querido Hernando, pues me has sacado de un espantoso sueño.

— ¡Oh! señor, exclamó Hernando con emocion; ¡vuestro pecho se halla lastimado, y esta situacion me llena de dolor! Escuchadme: no estais abandonado por todos los castellanos, no, no, ni lo estaréis jamás mientras me quede un soplo de existencia.

El rey se habia serenado un poco: dejó su espada, y la lucha interior que sufriera habia sido tan violenta, que poco faltó para dejarse caer en los brazos del Castellano.

— Sí, Hernando, vos sois; perdonad este momento de debilidad; pero los tormentos de los condenados no son mas crueles que los que he pasado, y así me siento extenuado de fatiga. Volvió á sentarse teniendo entre sus manos las de su fiel amigo. — Vais á hacerme compañía por algun tiempo: ¿no es así, Hernando?

El escudero logró no sin trabajo arrastrar cerca del asiento del rey una de las pesadas sillas que amueblaban la habitacion, y el noble Castellano se sentó casi tan afligido como su amo.

— Os doy gracias, Hernando, le dijo el rey; habeisme sacado de una situacion horrorosa: he visto....

— Al señor Pedro de Luceval, sin duda alguna, repuso el anciano escudero.

— Calla, ¡en nombre del cielo! Pimiento, le dijo su amo.

— Lo que he visto, continuó el rey con triste sonrisa, habria sido capaz de helar mi sangre en las venas, por muy intrépido que sea, y de volverme loco y hasta frenético. No temo, no, los mas horrorosos peligros, ni temblé jamás á vista de la sangre; y sin embargo, amigo mio, en este horrible momento, no era mas que un cobarde. Un frio glacial recorria toda mi existencia, y paralizaba toda mi energía. En las batallas mas sangrientas me habeis visto sereno é impasible hollar con mis pies las trazas de la muerte, oponer á los golpes de la fortuna una frente intrépida, y he mirado sin conmoverme la caida de muchas cabezas. He visto á mis propios parientes segados por el acero de la justicia que habian despreciado, y á otros caer víctimas de la venganza que excitaran en mi corazon. Toda esta sangre vertida me ha hecho apellidar el cruel, y este nombre unido al valor, que nadie ha puesto en duda, me ha hecho juzgar incapaz de experimentar ningun sentimiento humano. Sin embargo, Hernando, me avergüenzo de confesarlo, el hom-

bre que ha quedado impasible en medio de la horrible carnicería, ha cedido como un débil niño á los vanos terrores conjurados por su propia imaginacion. ¡Y aquel mismo que despreciaba estas trágicas realidades se ha dejado atemorizar por un sueño!

—¿Un sueño, señor? interrumpió el Castellano: tales ilusiones no son hechas para turbar á un hombre como vos.

—¡Fué un sueño lleno de horror! continuó el rey, echando en torno suyo miradas azoradas: parecióme que este castillo se desplomaba por todas partes: una horrible tempestad ejercia sus estragos: lívidos relámpagos surcaban las nubes: toda la naturaleza parecia trastornada, y una lluvia de fuego caia sobre las ruinas. En breve el aire inflamado resonó con agudos gritos, lúgubres gemidos y horribles maldiciones, que se hacian oir sobre el estrago de los elementos. El cielo se obscurecia mas y mas: el ambiente se volvia frio, como sino debiese sentir el benéfico influjo de los rayos del sol; y solo y sin auxilio me hallaba aun suspendido sobre uno de los fragmentos del castillo; el cielo amenazaba mi cabeza, y á mis pies se veia una escena de desolacion. El corto número de los que me han quedado fieles se miraban tendidos sin aliento en medio de las ruinas; y una plebe insultante y regocijada triunfaba de la horrorosa posicion en que me encontraba. Un espantoso crujido se hizo oir, y me imaginé que el universo, volvia al caos de que salió; todo era horror y confusion, y por cualquiera parte que dirigia mi fatigada vista, solo veia sangre y exterminio. Los arboles, el campo, las ruinas, la lluvia misma, todo era sangriento, y todo habia tomado este horrible color. De repente ví salir del seno de la tierra, en medio de agudos gritos y gemidos lamentables, espantosos espectros rodeados de un misterioso vapor, que fueron creciendo de tal suerte, que mientras sus pies tocaban al suelo, sus asquerosas cabezas alcanzaban hasta la altura en que me hallaba, paralizado por el horror. Entonces reconocí á mis hermanos, cuyos ojos fijos me miraban con

la expresion de la venganza, burlándose de mí con horribles carcajadas; sus descarnadas manos me enseñaban el suelo, y allí en medio de las ruinas vi elevarse un trono magnífico y brillante, aunque manchado de sangre. Mis armas fueron holladas por sus pies con menosprecio; y vi al bastardo que se apoderaba de mi cetro y corona. ¡Ah, Hernando! esta vista era para mí como un dardo emponzoñado. No puede concebir la imaginacion todo lo que he sufrido, y jamás este horrendo espectáculo se presentará de nuevo á mi vista, pues la muerte me quitará el tormento de verlo realizado.

Esta extraña vision habia hecho una impresion muy viva en el ánimo del rey, y durante un largo espacio no pudo recobrar su serenidad y energía acostumbradas. Gemia el Castellano al ver á su noble amo sumergido en una negra melancolía, con especialidad al reconocer que el recuerdo de esta terrible noche estaba presente sin cesar en su doliente imaginacion. Estaba don Pedro totalmente mudado: gustaba de entretenerse en reflexiones consigo mismo, buscando los parajes mas solitarios del castillo, y mirando á veces los progresos del enemigo con una mezcla de desprecio y dolor. Todos sus pensamientos estaban concentrados sobre un solo temor, cual era el de ver al usurpador en posesion de su corona, su inextinguible rencor no conocia ya límites, y este amargo sentimiento consumia su vida; mientras que sus padecimientos morales ejercian espantosos estragos sobre su cuerpo extenuado. Extremeciase á veces con el aguijon de los remordimientos, que le hacian patente toda la sangre que habia derramado; pero esta penosa sensacion cedia en breve á los temores que le causaban las próximas desgracias de que estaba amenazado. La imágen de su hermano le perseguia sin cesar y hasta le molestaba en su penoso sueño.

Algunos dias se pasaron en tan triste estado, y el Castellano perdió toda esperanza de ver llegar auxilio alguno al castillo. El estrépito causado por la algazara de los sitiadores probaba que la causa de don Enrique adquiria diaria-

mente nuevas fuerzas, y que miraba su triunfo como muy próximo. Las inquietudes de los fieles partidarios del rey se aumentaron con tan triste perspectiva y algunos síntomas de descontento que se manifestaban en la pequeña guarnicion. El valor de los soldados principiaba á debilitarse con la sola idea de que se hallaban abandonados enteramente; y no era don Pedro bastante afable para inspirarles la resolucion de sufrir toda clase de privaciones, y hasta la misma muerte para defenderse heróicamente; por último, se aseguraba que el manantial que administraba sus raudales al castillo habia sido envenenado por los sitiadores, y tambien que la falta de víveres obligaria al gobernador á rendirse.

En esta posicion crítica se reunió el consejo; y el rey se manifestó impaciente por conocer la opinion de sus fieles vasallos.

— Amados castellanos, les dijo tristemente: ya veis nuestra situacion, hablad con ingenuidad, y me someto desde luego á vuestra decision, mientras que no propongais cosa alguna que pueda hacerme caer en manos del aborrecido bastardo.

— Señor, respondió don Men de Sanabria, me tomaré la libertad de ofrecer á vuestra consideracion un plan que en las actuales circunstancias tengo por el único practicable. Estamos todos plenamente convencidos de que el castillo no puede sostenerse largo tiempo, y harto lo prueba el descontento que principia á manifestarse entre la guarnicion. Os invito, pues, á enviar un parlamentario para entrar en convenio con el enemigo.

— Esto no será jamás, ¡á fe mia! exclamó el rey con entereza. ¿Y nada mejor se ofrece sugerirme que el bajo y cobarde recurso que anteriormente ya tengo desechado con indignacion, cuando me fué propuesto por el bastardo y sus satélites? ¿no podeis presentarme otro medio menos penoso é indigno de un rey?

— Dignaos escucharme, señor, repuso don Men con res-

peto. No permita Dios que sea mi pensamiento el que suponeis; nada estaba mas distante de mi imaginacion: mi objeto era inclinaros á enviar una embajada á Beltran Duguesclin, y no á Enrique. Conozco á este caballero francés, y creo que me profesa alguna estimacion; si lo permitieseis, le pediria una entrevista, representándole cuan indigno es de un caballero secundar los proyectos de un usurpador contra su legítimo rey. En vuestro real nombre le ofreciera una recompensa capaz de satisfacer la avaricia de los aventureros que le siguen, si quisiese dejar de asistir á don Enrique y ayudaros á salir de este castillo, y quedaria responsable del cumplimiento del tratado con mi propia vida.

— ¡Valiente castellano! exclamó don Pedro, cuyas facciones se animaron con un rayo de alegría, yo acepto vuestra promesa, y apruebo el consejo que me dais, y es forzoso ponerlo al momento en ejecucion. Decid al francés que puede disponer de todos los tesoros de Castilla, en donde se halla aun bastante oro para sobrepujar las esperanzas de sus mas ambiciosos soldados; y que no le daria menos de doscientas mil doblas. Además de esto, seria Duguesclin puesto en posesion inmediata de dos ciudades, y otros tantos castillos. Id, amigo mio, marchad, y que vuestro buen discernimiento y prudencia realicen esta importante negociacion.

La proposicion de don Men fué pues inmediatamente adoptada por el rey y sus amigos, y en efecto era la única medida que les quedaba en tan deplorable situacion. Aunque no se abandonase el Castellano á la esperanza, se adhirió sin embargo al plan propuesto, tanto mas, cuanto vió que este proyecto lisonjeaba á don Pedro y le volvia alguna energía.

En consecuencia de esta resolucion salió don Men del castillo con el favor de la noche, y fue recibido de Duguesclin con cortesía y cordialidad.

— ¡Por san Dionisio! señor don Men, dijo el caballero, mucho me alegro de veros en mi tienda. Un guerrero tan

valiente debe escapar al destino que aguarda á estos obstinados castellanos. Hablad, señor, ¿qué es lo que deseais?

— Hablaros sin testigos, señor, contestó Sanabria.

Hizo retirar Duguesclin á las personas que se encontraban en su tienda, y en breve quedó solo con el caballero castellano: explicó entonces don Men el objeto de su mision, y empleó para el buen éxito cuantos argumentos estuvieron á su alcance. Quedó Duguesclin sorprendido, y una triste expresion se pintó en sus facciones, viniendo á caer en una profunda meditacion. Sanabria esperaba silenciosamente la respuesta del francés; pero la fisonomía de este nada prometia de favorable.

— Vuestras proposiciones, señor don Men, no merecen sino el desprecio, y á la verdad no puedo conciliar estos sordos manejos con vuestro carácter bien conocido de lealtad y rectitud.

— Espero merecer siempre este elogio, dijo Sanabria interrumpiéndole con noble orgullo. Lleno mi deber para con mi rey, y puesto que la rebelion de sus vasallos le ha reducido á tan triste recurso, no debe imputársele la falta, sino á los que le obligan á adoptar un plan que parece indigno de un rey.

— ¿Y creeis, señor don Men, repuso el caballero francés, que seria honroso para Beltran Duguesclin hacer traicion á la confianza que su aliado ha puesto en él?

— Antes de resolver esta cuestion, señor, contestó Sanabria, debemos preguntarnos quien es este aliado, y reflexionar sobre la naturaleza del servicio que se os pide. Decidme, señor Duguesclin, vos que sois tan quisquilloso acerca del honor de un caballero, ¿creeis por ventura que este mismo honor pueda consistir en sostener á un usurpador contra el legítimo soberano de Castilla? ¿En qué ordenanza de caballeria habeis encontrado que sus leyes permitan favorecer los proyectos de un bastardo contra su propio hermano? Mas no he venido aqui con el objeto de empeñaros á hacer traicion á don Enrique; el único deseo

del rey mi amo es el de salir sano y salvo del castillo, y una recompensa real será el premio de este servicio.

— Deteneos, señor don Men, dijo Duguesclin: ¿considero que no será vuestro ánimo el de corromperme, ni tampoco á mis valientes compañeros? ¿Es acaso con el oro y las promesas que trata el ex-rey de recompensar á los que...?

— No prosigais tampoco vos, interrumpió el castellano: estas fanfarronadas caballerescas pueden engañar al vulgo, pero no á Men de Sanabria. ¿Qué motivo ha podido conducir hasta Castilla á vuestros franceses, sino la esperanza de una pingüe recompensa? ¿Y porqué no podrán recibirla de manos de un rey, tan bien como de las de un usurpador? Reflexionadlo bien, señor Duguesclin.

Quedó el caballero francés sumergido por algunos momentos en profunda meditacion; mas de repente pareció haber formado un nuevo pensamiento, aun cuando su impasible fisonomía no permitiese á don Men inferir la menor suposicion. Sus facciones severas conservaban siempre la misma expresion de serenidad, y al fin continuó con el mayor sosiego:

— Señor don Men, no me es posible decidir por mi mismo y tan repentinamente una cuestion que es harto importante; pues me es necesario sondear las disposiciones en que se hallan mis compañeros. Concededme una hora para reflexionar y consultar este punto con mis amigos. Durante este tiempo, permaneceréis aquí en mi propia tienda, y mi palabra es la garantía de vuestra seguridad, sea cual fuere la resolucion de mis compañeros.

Al acabar estas palabras se retiró, dejando á don Men con algunas dudas acerca de su sinceridad; pero decidido á esperar con paciencia la respuesta que debia darle, sin manifestar la menor inquietud.

Beltran Duguesclin se apresuró á trasladarse á la tienda de don Enrique; y bien fuese que quedara ofendido de la intrepidez y expresion de desprecio de la fisonomía de don Men, ó bien de que le hubiesen creido capaz de hacer traí-

cion á su aliado, meditaba entonces mismo un plan que no era en substancia otra cosa que un golpe maestro en materia de traicion.

— Señor, y vosotros, mis valientes compañeros, díjoles muy gozoso: sabed que en esta misma noche se hallará don Pedro en nuestro poder.

— ¿Qué es lo que decís, señor Duguesclin? exclamó don Enrique en medio de un vivo transporte de alegría y sorpresa; hablad, ¿será posible que me halle tan cercano al objeto de todos mis deseos? ¿Qué estratagema habeis inventado, mi caro aliado, para sacar este hombre extravagante fuera del castillo? ¿y como habeis logrado acceso en esta temible fortaleza?

— No, á fe mia, respondió Duguesclin sonriéndose: no tendrémos el trabajo de dar un paso para apoderarnos de don Pedro: el mismo vendrá á prenderse en nuestros lazos; su perspicacia y discernimiento le han servido poco en esta ocasion; y podrémos batirlo con sus propias armas.

— ¿Cómo es posible? exclamó don Enrique algo alarmado: ¿habráse humillado hasta intentar corromperos? ¿habrá hecho este ultraje á vuestro noble carácter?

— Precisamente, señor, respondió Duguesclin, y el portador de sus honrosas proposiciones espera una respuesta en mi tienda.

— Que se apoderen de él al instante, exclamó don Enrique entre colérico é inquieto.

— Deteneos, señor: repuso el caballero francés; ¿acaso intentais comprometer nuestra buena suerte con semejante imprudencia? No seria, á fe mia, una prueba de destreza ir á espantar la caza en el momento en que está para caer en las redes. Seguid mis consejos, si confiais en mi acreditada fidelidad.

— Seguiré pues ciegamente los consejos de un caballero tan experimentado, dijo don Enrique: explicadnos vuestro plan, y será ejecutado con toda la deferencia que os es debida.

Hizo entonces el francés detallada relacion de su entrevista con don Men de Sanabria, y del modo con que habia engañado á este, quien creia firmemente que se estaba deliberando acerca de la proposicion que habia hecho.

— Ahora, señores, es preciso que aparente que favorezco los proyectos de don Pedro, á fin de que caiga en nuestro poder.

— Si, repuso Trastamara con calor, habeis adivinado mis deseos, señor Beltran. Sea cual fuere el medio que deba emplearse, lo que importa es que atraigais al tirano á vuestra tienda, y que le deis pruebas del caso que haceis de la prometida recompensa, cuando esperais otra de mas segura de don Enrique de Tratamara.

— Obsérvese el mas profundo secreto sobre este asunto, repuso Duguesclin; y mientras tanto el señor De-Villaines y el conde de Rochebreton me acompañarán á mi tienda para dar mayor peso á lo que voy á decir al caballero castellano.

Y seguidamente salió con sus dos compañeros, dejando á don Enrique dividido entre el gozo y la inquietud. Entró Duguesclin en su tienda con todas las precauciones que exigia el papel que estaba desempeñando; y al llegar cerca del caballero castellano, le tendió la mano del modo mas amigable:

— Señor don Men, dijo, aqui os presento á mis buenos y fieles compañeros el señor De-Villaines y el conde de Rochebreton, tan valientes caballeros como el primero que jamás haya quebrado una lanza en el campo de batalla ó en el torneo. Les he participado las proposiciones de don Pedro; pero lo que pide es bien difícil, pues los partidarios de don Enrique son numerosos, y no podemos declararnos abiertamente contra él. Sin embargo, como la situacion de don Pedro es tan infeliz, consentimos en favorecer su evasion mientras que pueda ser secreta. Así pues, podrá venir á esta tienda con el favor de la noche, y le procuraré una escolta suficiente, á fin de que pueda lle-

gar á Toledo con seguridad, que es cuanto podemos hacer por él sin comprometernos á mas; y en consideracion á su actual estado, comprendo que este servicio es bastante importante: la recompensa deberá pues ser proporcionada á él; y sobre ello descansamos en vuestra equidad, señor don Men. Ahora pues podeis partir en paz, y vuestro amo deberá venir la próxima noche con todo el secreto posible, y especialmente con muy corta comitiva; pues esto es indispensable para no excitar sospechas.

Seguidamente condujo Duguesclin al enviado hasta lo exterior de la tienda del modo mas amigable; y don Men, que no sospechó el lazo que se armaba, volvió al castillo sumamente encantado de la cordialidad y sinceridad aparente de los caballeros franceses.

XVII.

Catastrofe.

Habiendo regresado al castillo don Men de Sanabria, informó el rey del éxito de su mision. Escuchó don Pedro atentamente su narracion; mas no pareció quedar satisfecho de la conducta de Duguesclin. Las severas leyes de la experiencia le habian enseñado mas de una vez á desconfiar de los hombres; y sin embargo, no le quedaba otra alternativa que entregarse á la fe de los cabelleros franceses, ó sepultarse bajo las ruinas del castillo, y su orgullo no alcanzaba mayor desgracia en el mundo, que fuese comparable á la probabilidad de caer en manos de su hermano.

Hallábase entregado á sustos continuos: el mal disimulado descontento de la guarnicion le hacia temer á cada instante una sorpresa, ó bien una traicion; y echando en torno suyo espantosas miradas, exclamó con el acento de la desesperacion:

— Tiempo es ya de poner fin á tan terrible lucha: puesto que los castellanos son traidores á sus juramentos, no me es posible quedar por mas tiempo encerrado en este miserable castillejo, con un puñado de hombres que me aborrecen tanto como mis enemigos los mas declarados. Iré al campo de los franceses; y si todos me abandonan, añadió con amarga sonrisa, aun estoy seguro de encontrar allí un amigo, de quien pueda fiarme hasta el último instante de mi infelíz reinado.

Y al pronunciar estas palabras llevó la mano á la guarnicion de su espada, y acabó por declarar que estaba resuelto á dejar el castillo á media noche.

Durante el resto del dia estuvo el rey sumido en una triste é inquieta melancolía. Tan presto se paseaba aceleradamente en la sala principal del castillo, como subia sobre sus almenas para dirigir una triste ojeada sobre sus contornos. Manteniase el Castellano constantemente á su lado; pero ambos conocian demasiado bien la importancia de la crísis que se preparaba, para estar de humor de pronunciar una sola palabra. Fijaba don Pedro de tiempo en tiempo una penetrante mirada sobre su fiel compañero, cuya expresion revelaba las angustias de su ánimo: era visible que deseaba con impaciencia llegar al momento decisivo.

Á la hora señalada se puso su armadura y salió del castillo de Montiel, no llevando consigo mas que á don Hernando de Castro, don Men de Sanabria, y don Diego Gonzalez, sus mas fieles partidarios. Todo era de siniestro presagio en esta partida: el rey marchaba delante pareciendo obedecer á un impulso irresistible, y guardando un profundo silencio. En breve hubieron pasado la puerta del castillo, y se encontraron cerca de la famosa torre de la Estrella, la luna fijaba sus rayos sobre este antiguo edificio y esparcia un vivo resplandor sobre todos los objetos inmediatos. Al acercarse á la torre detuvo don Pedro su caballo, y dejó ver alguna turbacion; pero esta emocion

fue momentanea, y en breve consigió superarla. Poco tardó en hacerse visible la causa de esta agitacion: habia leido sobre su puerta esta siniestra inscripcion: « Esta es la « torre de la Estrella. » Todos los pronósticos y espantosas tradiciones que se referian á esta funesta torre venian á asaltar su ánimo; pero su noble orgullo, ahogando estas tumultuosas alarmas, le volvió á conducir á la resolucion que habia tomado, y prosiguió su camino sin hacer la menor observacion sobre el motivo de su turbacion; mas poco despues se presentó á su imaginacion otro objeto, que en la situacion en que se hallaba, era de una naturaleza capaz de excitar su terror hasta el mas alto grado. Oyó un grito como de triunfo: volvióse y creyó observar á aquel anciano temible que por dos veces se habia encontrado en su marcha. Los ojos pálidos de la fantasma le hicieron desviar la cabeza con un extremecimiento involuntario, y todos estos presagios contribuyeron á obscurecer mas el tinte sombrio de sus facciones, cuando en aquel momento se adelantó hácia ellos un destacamento de caballería intimándoles se detuviesen.

— ¿Quien va allá? les gritó el que lo mandaba; respondad, ó de lo contrario, daos por muertos.

— Deteneos, señor de Villaines, exclamó Sanabria adelantándose hácia el caballero, á quien habia reconocido: os hallais instruido del convenio que he celebrado con Beltran Duguesclin, y habeis prestado á él vuestro pleno consentimiento. He aqui al señor don Pedro, y á sus fieles partidarios: no podeis formar la intencion de engañarnos, y si tuvieseis semejantes designios os venderiamos muy cara nuestra vida.

— ¿Pues qué sucede? exclamó el Rey con aspereza: ¿acaso nos han vendido ya? ¡Por Santiago, que esto será algo mas pronto que lo esperaba!

— Nada ocurre, señor, que deba alarmaros, dijo Sanabria, yo os salgo por fiador que este valiente caballero es incapaz de haceros traicion.

—¡No, por mi honor! contextó De-Villaines, y no tardaréis en convenceros de ello. Yo haré lo que es justo; pero no sabiendo quien erais, merezco disculpa en haberos detenido.

—El señor Beltran Duguesclin, dijo don Hernando, nos aguarda sin duda en su tienda. ¿Tendréis, señor caballero, la complacencia de introducirnos en ella?

—Seguidme y descansad, contestó este; todo está preparado para recibiros.

Don Pedro y sus compañeros le siguieron en efecto con lentos pasos, y guardando un continuado silencio hasta la tienda de Duguesclin. Una tranquilidad no interrumpida parecia reinar en el campamento: el ejército estaba entregado á un profundo sueño, y solo se veia un centinela á la entrada de la tienda del jefe. Salló don Pedro de su caballo sin trepidar, y entró en la tienda con De-Villaines; pero sus fieles amigos sometiéndose á un funesto presentimiento quedaron prudentemente á la entrada, con el objeto de custodiarla. Tan solo don Hernando de Castro al ver entrar solo á su amo, no pudo resistir á un secreto movimiento que le inclinaba á acompañarlo, y recomendando á sus compañeros que estuviesen sobre sí, siguió de cerca á don Pedro.

La tienda se hallaba tan solo alumbrada por el débil resplandor de una lámpara, que apenas permitia distinguir los objetos. Duguesclin con el codo apoyado sobre una pequeña mesa parecia sumergido en una profunda meditacion: la llegada de su huésped le volvió en sí, y se adelantó hácia él con ademan arrogante, pero con modales llenos de la mayor cortesia.

—Señor Beltran Duguesclin, le dijo el rey con acento firme, ya me veis en vuestra tienda: el rey de Castilla nada teme, aunque su conducta pueda parecer un exceso de imprudencia, pues en verdad es entrar en la madriguera del leon. Aquí estoy solo y sin defensa, pero tambien sin inquietud sobre mi suerte; cumplid vuestra palabra, so-

corredme en esta hora fatal, y os dejaré á lo que mas aprecio en este mundo, á Hernando de Castro, por prenda del cumplimiento de mi empeño. Luego que llegue á Toledo os enviaré las doscientas mil doblas y haré entrega de los castillos que deben ser vuestros en propiedad. La noche está adelantada, apresurémonos á concluir el tratado.

Nada contestó Duguesclin, y don Pedro observó que De-Villaines se acercaba á la extremidad de la tienda. Hubo un instante de silencio; y reparando el rey la impasible serenidad del caballero francés, dirigió en derredor inquietas miradas.

— Señor don Pedro, dijo este al fin, es necesario poner un término á los males que abruman este reino; y así no dudo os hallais dispuesto á hacer las concesiones que....

— ¡Concesiones! interrumpió el monarca: ni una sola que pueda deshonrar la corona que llevo. Ya os he hecho conocer cuanto pensaba sobre esta materia: mi resolucion es invariable, y me sorprende, señor caballero, que me dirijais semejante discurso, cuando me he trasladado á vuestra tienda con intenciones bién diferentes.

— Pensad, respondió Duguesclin, que al presente os hallais en nuestro poder, y que no hay violencia alguna de las que pueden emplearse con vos, que no quede plenamente justificada con vuestras crueldades. La sangre de doña blanca de Borbon, la de don Fadrique, y de tantas otras víctimas....

— No prosigais, señor Duguesclin, exclamó don Pedro: no he venido aquí para escuchar reconvenciones, ni alegatos tan injuriosos, ni tengo cuenta alguna que daros de lo que haya podido hacer en mi reino; sin embargo, os diré que mi pérfido hermano y las otras víctimas, cuya falta deplorais, vivirian aun si no se hubiesen rebelado contra su rey. En cuanto á Blanca, sois vos, señor Beltran, vos y vuestros semejantes, quienes podeis alabaros de haber contribuido en gran parte á su desgracia; es el socorro que habeis dado á los rebeldes el que ha formado su poder. Aho-

ra tan solamente os emplazo por vuestro propio honor y reputacion, á cumplir la palabra bajo cuya garantía he llegado hasta aquí.

Pronunció estas palabras don Pedro con tono firme y decidido, dirigiendo con intencion sobre el francés una mirada de indignacion, que parecia reconvenirle por su lentitud. En este momento la tela que cubria el fondo de la tienda se abrió de repente, y entraron en ella muchos caballeros armados completamente. Eran franceses mas no por esto se manifestó don Pedro alterado en manera alguna; antes al contrario pensó que venian para poner en ejecucion los empeños convenidos; y así les dijo bajando la voz:

— Vamos, señores, tiempo es ya de marchar.

Nadie le contestó; pero en breve uno de los caballeros separándose de los demás se adelantó hácia Duguesclin: era el mismo don Enrique. Bien fuese temor, ú otro motivo, se detuvo un momento, permaneciendo inmóvil, y como clavado en el puesto que ocupaba; dirigió una inquieta mirada en torno suyo, como si no hubiese reconocido á su hermano, acaso por la alteracion que sus desgracias causaran en sus facciones.

No manifestó don Pedro espanto alguno de esta súbita aparicion: permaneció en una profunda serenidad, esperando cual seria el resultado de esta visita. Entonces fue cuando uno de los caballeros gritó á don Enrique: «Señor, he aquí á nuestro enemigo y prisionero vuestro.»

Dirigió don Pedro una furiosa mirada, exclamando con tono amenazador: — ¡Sí, yo soy, yo soy! y se adelantó hácia él.

Don Enrique se arrojó entonces sobre su hermano, hiriéndole en el rostro. Precipitóse tambien el rey sobre su rival dando un grito de dolor y de rabia; y en aquel momento principió una lucha sostenida con igual resolucion y animosidad por una y otra parte: lucha horrorosa y desnaturalizada entre dos reyes y hermanos, y cuyo precio debia ser un trono. El horror que causó á los espectadores,

parecia privarles del uso de los sentidos, y así nadie hizo el menor movimiento para separar á estos encarnizados enemigos. Dirigió don Enrique á su hermano un segundo golpe que rechazó la armadura del rey; mas en breve se vió estrechado tan de cerca por su formidable adversario, que hubo menester todos sus esfuerzos para conservar únicamente su posicion. Mientras tanto la ancha herida de don Pedro, vertia su sangre con abundancia, y los espectadores horrorizados vieron á don Enrique manchado con esta sangre fraternal. Sacando el rey nuevas fuerzas con el dolor de su herida y el resentimiento que le causaba una traicion tan baja, hizo inauditos esfuerzos, aunque su situacion no le dejase esperanza alguna.

Presenciaba esta terrible lucha el leal don Hernando de Castro, poseido de una mortal desesperacion, mas como la pugna era entre personas de igual pujanza, y ninguno de los caballeros presentes hubiese ofrecido tomar parte en ella, conoció que habria violado las leyes de la caballería, si hubiese auxiliado á su amo, quien no necesitando de apoyo alguno, despues de proseguir la lucha por algunos minutos, derribó á su rival, y cayó con él sobre un banco, manteniéndolo estrechamente sujeto.

— ¡Traidor! exclamó don Pedro triunfante: soy tu rey, y te he vencido en una lucha completamente igual.

Temblaron entonces los espectadores, reflexionando las serias resultas que podia tener esta pelea. Animado don Pedro por el buen éxito, y embriagado de furor á vista de la sangre que corria de su herida, se consideraba ya dueño de la vida de su hermano. Mas en medio de esta terrible crisis, gritó Duguesclin á los que le rodeaban:

— ¿Dejaréis, señores, que vuestro amo sea asesinado en presencia de todos? ¿y seréis pacíficos espectadores de semejante escena, cuando podeis salvar á vuestro soberano?

Apenas concluyera estas palabras, cuando el conde de Rochebreton que estaba mas inmediato á los dos antagonistas, asió á don Pedro por las piernas y lo derribó, dando

tiempo á don Enrique con esta evolucion para que se levantase, y tomando ventaja sobre su adversario, lo sujetase fuertemente contra el suelo.

Luego que don Hernando de Castro observó esta nueva perfidia, sacó la espada y arrojándose sobre el conde de Rochebreton lo hirió mortalmente; mas á pesar de esto no pudo defender al rey, pues luego se halló rodeado de todos los espectadores que le desarmaron.

—¡Señor don Men! señor don Diego! exclamó con voz desfallecida: ¡socorred á vuestro Rey! Pero estos leales caballeros habian sido ya arrestados, y no pudieron oirlo.

Durante este tiempo don Enrique con inhumana crueldad hundia repetidas veces el puñal fratricida, ya teñido de sangre, en la garganta de su desgraciado hermano. Una sangre negra y espumosa salió de sus heridas con tal violencia que el homicida quedó cubierto de ella, mientras que el rey, incapaz ya de defenderse, asesinado, pero no vencido, contemplaba á don Enrique con vista intrépida y feroz, exclamando con frenesí:

—¡Pérfido fratricida! ¡bastardo abominable! esta cobarde conducta demuestra cuan baja y vil es tu alma! ¡Yo te maldigo y te desprecio!... Tú subirás sobre mi trono; pero esto no será sino á impulsos de la traicion; en el campo de batalla no hubieras sabido igualarme!... ¡Yo muero, y sin embargo experimento una especie de consuelo!... Te he vencido, te he derribado lealmente sobre este suelo, donde tu alma traidora habria debido separarse de tu cuerpo.... y yo tan solo he caido por la traicion!... ¡Sea contigo la maldicion del cielo!... ¡He vivido intrépido, é intrépido muero!... ¡Adios, Hernando, mi fiel amigo!... y que el recuerdo de tu rey cobardemente asesinado te impida para siempre....

No pudo continuar: su vista se cubrió con las sombras de la muerte: violentas convulsiones agitaron todo su cuerpo y arrojando un lúgubre gemido, espiró....

Así acabó don Pedro de Castilla, llamado el Cruel, en la flor de su edad, pues que aun no habia cumplido 35 años. Su trágico fin dejó estupefactos por un momento á los espectadores de tan horrible escena; en efecto, ofrecia don Pedro el aspecto mas espantoso; sus grandes ojos quedaron abiertos, y en el seno mismo de la muerte, parecia amenazar aun á sus enemigos: sus dientes se hallaban fuertemente apretados: una expresion de furor y despecho se pintaba sobre sus facciones; y la sangre que lo cubria, inspiraba á un tiempo mismo horror y compasion.

Durante algunos instantes reinó un triste silencio en medio de aquel lugar de desolacion. Don Enrique se demostraba en cierto modo admirado de su propia obra, y el Castellano exhalaba el dolor é indignacion que le causara una perfidia tan atroz.

En breve se llenó la tienda de curiosos: el primer espanto habia pasado ya; y los franceses y aragoneses prorumpieron en aclamaciones de triunfo. Envanecióse don Enrique con las aclamaciones que hubieran debido hacerle extremecer; y los elogios que recibia contribuyeron á disipar el horror que no podia dejar de inspirarle un crimen contra el cual se levantaba hasta la misma naturaleza. Todo el campamento se puso muy luego en movimiento, y los jefes se felicitaron de ver el término de la guerra y el cumplimiento de sus deseos. La cabeza de don Pedro fue separada de su cuerpo y llevada en triunfo en lo alto de una lanza. Este sangriento trofeo fue conducido de esta suerte por todo el campo, en medio de los gritos burlescos de una soldadesca desenfrenada y del populacho de Montiel, atraido por el rumor de la noticia. El dia principiaba á manifestarse, y sus primeros resplandores alumbraban una escena de abominacion y horror, que no fue interrumpida por el hermano que subia al trono hollando la cabeza de su rey, ni por los aventureros que tan bien habian servido á sus pérfidos designios; al propio tiempo que los tres leales castellanos que habian acompañado al rey en su malhadada fu-

ga, fueron presos y asegurados con una buena guardia para esperar su sentencia.

El castillo recibió nueva intimacion de rendirse, y sabiendo el gobernador la muerte del rey dejó de obstinarse en una inútil resistencia, y la guarnicion entregó las armas. Don Tello Ramirez y los caballeros que se hallaban en el castillo fueron arrestados, y guardados estrechamente, al paso que los soldados fueron puestos en libertad, presentándoles la alternativa de volver á sus hogares, ó alistarse en las filas del ejército de don Enrique. Pasó la tropa el resto de este memorable dia en estrepitosos festejos, mientras que el acontecimiento que los produjera se esparcia con rapidez. Un correo fué despachado desde luego al comandante del sitio de Toledo; tenia don Enrique resuelto pasar en persona á aquel punto aun cuando estuviese cierto de que ningun obstáculo se opondria ya á su advenimiento al trono. La muerte de don Pedro le habia quitado todo recelo en esta parte; y este rey habia tenido tan poca popularidad, que don Enrique no debia temer que los castellanos se sublevasen para sostener los derechos de sus hijos. Estaba además tan bien establecido el poder de Trastamara, que despreciaba las tentativas parciales que pudieran hacerse en favor de sus sobrinos; porque miraba su triunfo como asegurado, y la única idea que le ocupaba era el modo con que debia castigar á los Castellanos que se habian declarado contra él, y el de recompensar á sus aliados y partidarios.

Al dia siguiente á la muerte de don Pedro, el nuevo rey rodeado de numerosa y brillante comitiva hizo conducir ante su presencia á todos los prisioneros. Marchaba á su frente el leal y generoso don Hernando, sin manifestar la menor señal de inquietud: su fisonomía, al contrario, solo expresaba el desprecio y una noble indignacion. Miraron todos á don Enrique con notable intrepidez; como si desafiasen su propia venganza; pero el nuevo rey, lejos de ofenderse de su atrevimiento admiraba secretamente su fi-

delidad, y la fortaleza de su ánimo, resolviendo salvarles la vida.

La muerte de don Pedro habia satisfecho su sed de venganza, y reflexionaba además que las medidas suaves aumentarian mucho su popularidad, especialmente despues de las desgracias y efusion de sangre que habian señalado el reinado de su hermano. No faltaron algunos aragoneses y castellanos que le aconsejaban quitase la vida á los caballeros leales, esperando que sus bienes aumentarian el botin, pero ni don Enrique, ni Beltran Duguesclin su principal consejero, fueron de este parecer. Sin embargo de esto, la sola vista de don Hernando de Castro despertó toda la cólera de sus enemigos, recordándoles su adhesion sin límites al difunto rey, la severidad de sus principios, y la muerte que habia dado al conde de Rochebreton por defender á su amo, y todo contribuia á excitar sentimientos rencorosos contra el noble Castellano; mas don Enrique dirigió estas palabras á los prisioneros:

Los males de Castilla se han terminado al fin con la muerte del tirano que los causaba, y cuyo bárbaro placer era derramar la sangre de la nobleza, y del piadoso clero. Vuestra insensibilidad á la voz de la patria lastimada, y especialmente la obstinada resistencia del castillo de Montiel, á pesar de nuestras intimaciones, nos darian el derecho de trataros con el mayor rigor; mas al subir al trono de Castilla no es la intencion de don Enrique seguir el ejemplo de su cruel predecesor. Castellanos, yo os concedo la vida, la libertad y la pacífica posesion de vuestros bienes; y si el gobierno de don Enrique os parece demasiado penoso para soportarlo, id enhorabuena á buscar la felicidad entre los extranjeros. Sin embargo, no se extiende mi indulgencia hasta Hernando de Castro: el rencor harto conocido que nos profesa, los repetidos esfuerzos que ha hecho para dañar á nuestra causa, y con especialidad la muerte de nuestro valiente aliado...'

— Señor, dijo el Castellano interrumpiéndole con orgu-

llo: me envanezco sobre manera de esta honrosa prueba de vuestro rencor; la muerte de mi rey no ha cambiado mis sentimientos, y la enemistad que me suponeis por vuestra persona, no ha podido ser suavizada por la escena de que he sido espectador en la tienda de vuestro digno aliado. Asi pues, disponed de mí como gusteis: estoy preparado á sufrir mi suerte.

— ¡Orgulloso Castellano! exclamó don Enrique con emocion: ¡mirad lo que hablais, y temed de pronunciar vuestra propia sentencia!

— No es á mí, contestó Hernando, á quien debeis dirigir semejantes amenazas; deberiais conocerme mejor; mas si aun os quedase alguna duda acerca de mis sentimientos inalterables, sabed, señor, que un cambio de fortuna no me impulsará á amar al hombre mismo á quien despreciaba en tiempo de su adversidad. Teneis en mí un enemigo irreconciliable, un contrario que solo llevará un disgusto al sepulcro dispuesto á recibirlo.

— Harto conocíamos vuestro carácter indomable, dijo don Enrique deseando evitar que el Castellano expresase el sentido de estas últimas frases.

— Es muy cierto, contestó Castro, siguiendo el curso de de sus ideas; y solo me es sensible que el acero que ha dado un golpe mortal en defensa de mi amo, no haya sido dirigido á vos mismo.

— ¡Ya lo ois, amigos mios! exclamó don Enrique con la mayor agitacion: nada es capaz de someter esta alma obstinada, y este postrer agravio, merece....

— ¡La muerte! gritaron á un tiempo muchas voces.

— La recibirá, dijo don Enrique, él mismo ha pronunciado su propia sentencia. Bien sabe el cielo que es á pesar mio.

— Es en efecto una medida de precaucion muy necesaria, repuso el intrépido Castellano: pues os lo digo francamente, mientras respire Hernando de Castro, tendréis en él un implacable enemigo.

— ¡Dios lo bendiga! exclamó una voz trémula y llena de emocion: ¡he aquí el lenguaje de un verdadero castellano, y de un noble caballero!

Apenas se dejaron oir estas palabras, cuando Pimiento, el anciano y buen escudero, se precipitó á los pies de su amo, y abrazó sus rodillas.

— ¡Ah señor! dijo el anciano conmovido hasta verter lágrimas; aunque vuestra muerte deba hacerme desgraciado por todo el corto resto de mi existencia, experimento una especie de gozo al veros arrostrar con tanta valentía un fin tan glorioso. No necesito recordaros la conducta de los valerosos caballeros cuyo ejemplo habeis seguido tan religiosamente durante vuestra vida, y es un consuelo para mí el ver que vuestra muerte coronará dignamente tan noble carrera. Sí, las almas del Cid y Bernardo del Carpio, se regocijarán en el cielo, al saber la magnanimidad de un caballero tan digno.

— Mi buen escudero, le dijo Castro enternecido, levántate, y permanece siempre fiel á unos sentimientos que te hacen digno del honor de la caballería. Ten ánimo, y recompense Dios tu lealtad acendrada. Muy sensible me es no poder dejarte el mas mínimo regalo, pues la confiscacion de mis bienes será forzosa consecuencia de mi muerte.

— ¿Y quién habla de regalos, señor? respondió Pimiento: ¿ni qué necesidad tengo de ellos, cuando poseo el conocimiento de haber sido escudero del mas noble caballero de este siglo?

— Amigo mio, le dijo don Hernando con un profundo suspiro: tengo que pedirte un postrer servicio. Lleva mis bendiciones y última despedida á aquella que es inútil nombrar: dila que Hernando no ha cesado de amarla, y que muere adorándola hasta el postrer momento: Adios.

Ordenó don Enrique que inmediatamente se diese muerte al valiente Castellano. Siempre intrépido don Hernando, se disponia á marchar al cadalso en medio de las muestras de dolor de sus compañeros, cuando la atencion general se

desvió de él con la llegada de una mujer rigorosamente enlutada, cuyas facciones se hallaban ocultas con un gran velo, pero su acento entrecortado, y la precipitacion con que se dirigia hasta don Enrique atestiguaban toda la extension de su dolor.

— ¡Deteneos! exclamó con voz apenas articulada: suspended un solo instante la ejecucion. Y al decir estas palabras se arrodilló delante del trono, y casi al propio tiempo la invitó don Enrique á que se levantase y le hiciese saber su súplica.

Ella obedeció, y con un ademan lleno de dignidad, levantó su velo descubriendo unas facciones nobles y encantadoras, aunque desfiguradas por el dolor. Todos reconocieron en ella á la hermosa Constanza de Vargas, cuya belleza parecia aun mas atractiva con su traje de luto, quedando suavizada por el pesar la ligera expresion de altaneria que tan natural era á sus facciones.

Dirigió don Hernando una melancólica mirada á su querida Constanza, y aguardó con ansiedad la explicacion de este misterio.

— Señor, dijo Constanza con voz encantadora y firme, en calidad de viuda de don Alvaro de Lara, vengo á cumplir sus postreros deseos. Ayer fue cuando el cielo dió fin á sus sufrimientos; pero antes de espirar me confió este pliego con vivas instancias para que os lo entregase sin dilacion.

Don Enrique, que tanto amaba al jóven Lara, arrojó un profundo suspiro al saber su triste fin, aun cuando estuviese preparado á tan infausto anuncio.

— ¡Ah! señores, exclamó con sentimiento: cuan sensible es para mi corazon perder á un enemigo tan fiel, y un guerrero tan valiente, en el momento mismo en que hubiera podido recompensar su adhesion y eminentes servicios! ¡Pero cúmplase la voluntad de Dios! debemos someternos á ella, puesto que está escrito que en este mundo no hay felicidad completa, siendo yo ahora el triste ejemplo de tan eterna verdad.

Tomó entonces el pliego que le presentaba Constanza: rompió el sello, y se llenó de agitacion al enterarse de su contenido. Su ademan pensativo, sus cejas fruncidas, y la expresion severa de su fisonomía, indicaban con evidencia el violento combate á que su alma se hallaba entregada.

— ¡Por Dios, y por mi honor! exclamó haciendo un esfuerzo sobre sí mismo: no seré yo quien desprecie los deseos de mi amigo moribundo, por grande que sea el sacrificio que nos pide. Señores, añadió dirigiéndose á su corte; mis buenos vasallos y aliados: el generoso don Alvaro de Lara por este último recuerdo de su amistad, me suplica con vivas instancias que perdone á su rival don Hernando de Castro. No afligiré los manes de mi amigo con una negativa; y por mas grande que pueda ser la obstinacion de don Hernando, espero que cederá al fin á estas muestras de bondad é indulgencia: « Don Hernando de Castro, desde este « momento quedais en libertad, y en plena posesion de « vuestros bienes y derechos como caballero castella- « no. »

Repetidas y estrepitosas aclamaciones correspondieron al momento á esta declaracion, y se elevó hasta las nubes la clemencia de don Enrique: el sonido de los clarines se mezclaba con los vivas del pueblo; mas en medio de todo este entusiamo, el único que no tomaba parte en él era el mismo que acababa de escapar á la muerte. Guardaba un triste silencio, y sus altaneras miradas anunciaban la poca gratitud que le inspiraba don Enrique. Convencido firmemente de no haber hecho mas que su deber, y de no haber merecido castigo alguno, se imaginaba que don Enrique no le hacia gran favor en concederle la vida. Desatáronse sus cadenas, y Men de Sanabria y demás compañeros se precipitaron en sus brazos; y hasta don Egas se abrió paso y le tendió la mano.

— ¡Alabado sea Dios! exclamó con alegría, todo sale acertadamente; la magnanidad de vuestro buen rey don Enrique asegura la paz y la tranquilidad de Castilla, y este re-

ciente acto de clemencia le ganará sin duda la decidida adhesion de don Hernando.

No le dió el Castellano respuesta alguna, y las miradas de don Egas demostraron cuanto desaprobaba su frialdad y ademan altivo. Se hallaba aun dispuesto á hacerle sobre ello sus reconvenciones, cuando el rey atrajo la atencion general, quien se dirigió de nuevo al concurso, diciendo:

— Bien veo, cuan imposible es vencer la aversion de don Hernando de Castro: el rencor que nos profesa está sobradamente arraigado para dejar entrada en su corazon á un sentimiento mas apacible; pero don Enrique no pretende forzar el afecto de sus nuevos vasallos, sino esforzarse en grangeárselo. Así pues, todos los que no se hallen bien avenidos con nuestro gobierno quedan con facultad de retirarse á sus castillos, ó bien fuera del reino, si bien les pareciese; mi conducta futura atestiguará que era digno de la corona que he conquistado.

Condujo don Egas al Castellano á su morada, donde encontró á su querida Constanza, único alivio de que era susceptible su corazon. Dióle una carta de don Alvaro, y el Castellano se sintió vivamente conmovido; su antiguo amigo, aquel á quien tanto habia amado, le suplicaba que le perdonase, y concluia expresando con delicadeza su deseo de que no sufriese mas retardos el enlace que habia trastornado. En efecto, nada se oponia ya á esta union suspirada por tanto tiempo. Pero Constanza por respeto á la memoria de su esposo, no quiso formar otros vínculos hasta que transcurriese el tiempo regular despues de la muerte de don Alvaro.

Principió entonces don Egas á respirar mas libremente: consideraba fenecidas todas sus tribulaciones, y la esperanza se apoderó de nuevo de su imaginacion. Lisonjeábase de que el Castellano llegaria á acomodarse á las circunstancias, y que volveria á la corte; pero en vano alimentaba semejantes ideas; ni las importunidades de don Egas,

ni la brillante perspectiva que hubiese podido procurarse en la nueva corte, pudieron cambiar los inalterables principios del generoso Castellano, quien no podia considerar á don Enrique, sino como un usurpador y fratricida.

Luego que su enlace se hubo celebrado, manifestó don Hernando á don Egas que su intencion era retirarse á Inglaterra, para acabar sus dias en la patria de su amigo sir John Chandos. Las súplicas del anciano fueron inútiles; y don Men de Sanabria resolvió tambien expatriarse, cuyo ejemplo iba á seguir tambien don Diego Gonzalez, si no le hubiese sorprendido la muerte. El dia anterior á su partida, se presentó el buen Pimiento, suplicando á su amo no lo dejase abandonado en Castilla.

— ¡Yo abandonarte! exclamó don Hernando: he resuelto ya que me acompañes no como un escudero, sino como amigo. Sí, Pimiento: tú mereces los honores de la caballeria, y recibirás de mi mano esta recompensa tan debida á tu valor y fidelidad.

Es inútil pintar los transportes de gozo del anciano escudero; y fueron tan extraordinarios, que el Castellano llegó á temer hubiese perdido el juicio.

Los emigrados castellanos partieron pues para Inglaterra, á donde llegaron con seguridad, siendo recibidos de sir John Chandos con aquella cortesanía que tanto lo distiguia, lo propio que á los demás caballeros ingleses; y allí dejarémos al Castellano, sin entrar en los pormenores de su futura residencia en aquel pais (1).

Don Egas de Vargas, que permaneció en España, llegó á ser el favorito de don Enrique, pues podia ya entonces ejercer sus talentos sin riesgo de comprometerse. Sin embargo, no fue tan feliz como se prometia, pues la ausencia

(1) Es un hecho bien conocido, que despues del fin trágico de don Pedro, su fiel vasallo don Hernando de Castro, se retiró á Inglaterra, donde murió, colocándose este epitafio sobre su sepulcro: « Aquí yace don Hernando de Castro, que solo él en Castilla fue fiel á su rey natural. »

de su hija emponzoñó su felicidad. Toda Castilla reconocia entonces el poder y dominacion de don Enrique; poco tiempo despues de la muerte de don Pedro, se rindió Toledo, y lo propio hicieron las principales ciudades del reino, sometiéndose al nuevo soberano. Carmona donde se hallaban los hijos de don Pedro, hizo á la verdad alguna resistencia; pero muy en breve quedó reducida. Las disensiones que mas adelante se originaron de las pretensiones promovidas acerca de la corona de Castilla no pertenecen á esta obra. Nos contentarémos pues con decir á nuestros lectores que don Enrique triunfó de sus rivales, y que establecido sólidamente en el trono, no olvidó aquellos que le habian colocado en él. La notable prodigalidad que empleó con sus partidarios le adquirió el renombre de *el de las mercedes*. Confirió á don Bernal el título de conde de Medina-Celi, y los actuales duques de esta denominacion pretenden descender de él por linea recta. Beltran Duguesclin y sus aventureros volvieron á Francia colmados de riquezas; y el nuevo rey señaló su reinado concediendo títulos y gracias, conocidas aun con el nombre de Enriqueñas.

FIN DEL CASTELLANO.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

		Pág.
CAPITULO	I. El astrólogo.	1
—	II. La prision.	22
—	III. Contratiempos.	41
—	IV. El espia.	54
—	V. La fuga.	68
—	VI. El embarazo.	79
—	VII. Nuevos apuros y sus resultados.	90
—	VIII. Cruel alternativa.	109
—	IX. El sacrificio.	126
—	X. La reunion.	141
—	XI. La víctima.	154
—	XII. El cortesano.	171
—	XIII. La derrota.	181
—	XIV. El castillo.	196
—	XV. Las conferencias.	203
—	XVI. El sueño.	221
—	XVII. Catástrofe.	237

FIN DEL INDICE.

Al anunciar el *Tesoro de Autores Ilustres*, el Editor ofreció que entrarian en esta *Coleccion* las obras mas aventajadas de Religion y de Moral; pero habiendo despues previsto que algunos de los suscriptores tal vez solo querrian serlo á las obras religiosas y morales, da á luz una coleccion completa de estas, dependiente del plan general del *Tesoro*, con el título de

BIBLIOTECA CATÓLICA.

COLECCION SELECTA Y ECONOMICA

DE LAS MEJORES OBRAS DE RELIGION Y DE MORAL, ANTIGUAS Y MODERNAS, NACIONALES Y EXTRANJERAS, ÚTIL Á TODA CLASE DE PERSONAS.

publicada bajo los auspicios del

EXCELENTÍSIMO É ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DON PEDRO MARTINEZ DE SAN MARTIN,

Obispo de Barcelona.

RECOMENDADA POR EL EXCELENTÍSIMO É ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DON JUAN JOSE BONEL Y ORBE,

Obispo de Córdoba, Patriarca de las Indias.

DEDICADA Á LA REINA DOÑA ISABEL II,

protegida por SS. MM.

y bajo la direccion de

D. J. Roca y Cornet y D. J. Rubió.

Sale en tomos de igual tamaño, igual papel é igual letra, que los del *Tesoro*, siendo las mismas las condiciones de la suscripcion, que pueden verse en el prospecto y al final de cada obra.

Se suscribe en Barcelona en la librería de su editor D. Juan Oliveres, *calle de Escudellers, n. 53, y en las principales librerías del reino.*